KRZYSZTOF POMIAN

SOBRE LA HISTORIA



cátedra

Krzysztof Pomian

Sobre la historia

Traducción de Magalí Martínez Solimán



CÁTEDRA
HISTORIA/SERIE MENOR



Título original de la obra:
Sur l'histoire

1.ª edición, 2007

Ilustración de cubierta: *La musa Clío* (copia romana)
© Museo Nacional del Prado

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 34.234-2007
I.S.B.N.: 978-84-376-2398-6
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)

Índice

Prefacio

La historia nunca dejará de sorprendernos. En primer lugar, por su diversidad. ¿Acaso no aglutina, bajo una misma etiqueta, ejercicios literarios y sabias investigaciones, periodismo de altos vuelos y trabajos de erudición, memorias en primera persona y tratados que pretenden ser objetivos? Incluso cuando se reduce a disciplina universitaria, da la sensación de que la historia se ramifica infinitamente dependiendo del enfoque, la época, la lengua, el espacio, el país, el ámbito, los documentos y los monumentos que ha estudiado. A ello se añaden las variaciones en el tiempo; a primera vista no se acaba de comprender qué rasgos tienen en común Heródoto, una crónica de la Edad Media y una obra reciente plagada de cifras y de gráficos, cuando no de ecuaciones. Sin embargo, los tres, según se nos dice, forman parte de la historia.

Y así es. Pues tanto Heródoto como el autor de la monografía más actual pretenden exponer, no los frutos de su imaginación, sino los resultados de sus investigaciones; y si difieren, lo hacen en el procedimiento. Heródoto se basa en su propia memoria y en la de las personas que le contaron sus recuerdos y que estima dignas de crédito. El historiador actual considera que puede hacer del pasado, tanto del lejano como del muy reciente, el objeto de un conocimiento *sui generis* que supuestamente le permitirá en ocasiones saber más y, a menudo, saber otras cosas que aquellas personas que precisamente lo vivieron; para él, la memoria desempeña un mero papel subsidiario. El caso es que tanto uno como otro oponen la historia a la fabulación. «La historia —decía Voltaire— es el relato de los hechos que se consideran ciertos, mientras que la fábula es el relato de los hechos que se consideran

falsos.» Para Voltaire, la historia era ante todo un género literario. Hoy en día es ante todo una disciplina erudita. Pero hoy, al igual que ayer, distingue los hechos de las fabulaciones y afirma que comprueba los primeros y deja a los artistas la tarea de elaborar las segundas.

Uno de los aspectos más extraños, más problemáticos y también más controvertidos de la historia es precisamente la condición de disciplina erudita que ostenta en la época moderna. Es la pretensión de la que hacen alarde los historiadores profesionales: que la practican, no como género literario, sino como rama del saber; que no necesitan recurrir a la memoria; que convierten el pasado en objeto de conocimiento; que están en condiciones de reconstituir aquello que ocurrió en épocas o en lugares en los que ellos mismos ni estaban ni podían haber estado, incluso aquello de lo que nadie antes ha sido consciente; y que demuestran que las alegaciones que hacen a este respecto son constataciones y no invenciones. Pretensión desorbitada, contraria a nuestras relaciones cotidianas con el pasado, establecidas ora a través de los recuerdos que cada cual conserva del mismo, ora a través de los relatos que nos transmiten los recuerdos de otras personas.

La historia no es obvia. En este sentido no difiere de las disciplinas científicas, una de las cuales afirma que dos líneas paralelas pueden cruzarse en el infinito, mientras que otra trata de convencernos de que el objeto que con toda seguridad vemos que es una silla es en realidad una nube de átomos, y otra más nos reduce a nosotros mismos, en último término, a moléculas. Pero estas disciplinas, a diferencia de la historia, pueden alegar como excusa sus aplicaciones para obtener, tal vez no una adhesión meditada a su imagen contraintuitiva del mundo y de nosotros mismos, pero sí al menos una aceptación tácita de dicha imagen en nombre de los efectos beneficiosos que ésta supuestamente produce. En cambio, la historia no cuenta con este recurso. Por ello periódicamente se la acusa de ser lo contrario de aquello por lo cual existe: no un conocimiento sino una retórica.

Sin embargo, las pretensiones de la historia se consagran institucionalmente a través de la presencia de ésta entre las disciplinas universitarias. Y se consagran intelectualmente por el lugar que se le otorga. Las ciencias humanas y sociales son hoy en día su reino. El estructuralismo ha intentado oponerse a su predominio, por no decir a su legitimidad, en el estudio de las lenguas, los mitos, las sociedades, las literaturas, con el fin de sustituirla por la teoría: una combinatoria o un sistema lógico-deductivo. Ha salido victoriosa de la prueba. Es más, se ha introducido en las ciencias de la naturaleza, que durante mucho tiempo se han sustraído a su imperio: actualmente, la cosmología es una

historia del universo, la geología una historia de la tierra, la biología evolucionista una historia de la vida y la antropología somática una historia de la hominización. Por ello cabe preguntarse si, a fin de cuentas, el siglo XX no habrá sido, al igual que lo fue el XIX, un siglo de la historia, y ello con particular preponderancia.

Desde luego, dentro de las ciencias de la naturaleza, la historia es tributaria de las teorías físicas o biológicas, según el caso, mientras que no existe ninguna teoría general de las cosas humanas. Por ello éstas siguen siendo en gran medida imprevisibles y, lo que es mucho más grave, en un número muy elevado de casos, ininteligibles; la historia se limita las más de las veces a constatar, sin pretender siquiera explicar los hechos. Por otra parte, a diferencia de los objetos naturales, los seres humanos creen saber que hacen historia, lo que marca una inflexión en su comportamiento a través de un efecto de rebote. Para ser más precisos: sólo algunos seres humanos creen saberlo —y son desde luego menos numerosos que los que no tienen ni la menor idea de ello—, aunque sólo lo creen desde hace cierto tiempo, no muy largo comparado con el de la presencia en la tierra del *Homo sapiens*. Pero es suficiente para convertir la historia en objeto de los enfrentamientos que supuestamente permiten a unos o a otros imponer a sus contemporáneos las pautas que han de seguir. Por eso nunca es exclusivamente una disciplina erudita. Se espera de ella que arroje luz sobre el pasado de modo que permita vislumbrar, aunque sólo sea en filigrana, los esbozos del futuro. Y los historiadores se dedican, con celo y éxito variables, a satisfacer esta expectativa.

Hace más de cuarenta años que la historia no deja de sorprenderme. Por mucho que haya practicado sus formas más diversas, desde el catálogo de manuscritos hasta la síntesis de varios siglos de un continente, pasando por la edición de las fuentes y la monografía local; por mucho que haya estudiado la historia de la propia historia desde la Edad Media hasta nuestros días con el fin de identificar las rupturas que puntúan la continuidad de la aspiración a hablar del pasado de una forma verídica y a enunciar con respecto a él afirmaciones susceptibles de ser respaldadas mediante pruebas, la historia sigue siendo para mí invariablemente un problema y un reto.

Los nueve ensayos reunidos en este volumen y seleccionados entre un conjunto mucho más amplio jalonan veinticinco años de reflexión sobre la historia. Abordan las diferentes cuestiones que se plantean a propósito de la misma, una de las cuales atraviesa esta recopilación de punta a punta: la del saber referente al pasado y a los medios que permiten alcanzarlo y, en particular, la del conocimiento mediato. Po-

falsos.» Para Voltaire, la historia era ante todo un género literario. Hoy en día es ante todo una disciplina erudita. Pero hoy, al igual que ayer, distingue los hechos de las fabulaciones y afirma que comprueba los primeros y deja a los artistas la tarea de elaborar las segundas.

Uno de los aspectos más extraños, más problemáticos y también más controvertidos de la historia es precisamente la condición de disciplina erudita que ostenta en la época moderna. Es la pretensión de la que hacen alarde los historiadores profesionales: que la practican, no como género literario, sino como rama del saber; que no necesitan recurrir a la memoria; que convierten el pasado en objeto de conocimiento; que están en condiciones de reconstituir aquello que ocurrió en épocas o en lugares en los que ellos mismos ni estaban ni podían haber estado, incluso aquello de lo que nadie antes ha sido consciente; y que demuestran que las alegaciones que hacen a este respecto son constataciones y no invenciones. Pretensión desorbitada, contraria a nuestras relaciones cotidianas con el pasado, establecidas ora a través de los recuerdos que cada cual conserva del mismo, ora a través de los relatos que nos transmiten los recuerdos de otras personas.

La historia no es obvia. En este sentido no difiere de las disciplinas científicas, una de las cuales afirma que dos líneas paralelas pueden cruzarse en el infinito, mientras que otra trata de convencernos de que el objeto que con toda seguridad vemos que es una silla es en realidad una nube de átomos, y otra más nos reduce a nosotros mismos, en último término, a moléculas. Pero estas disciplinas, a diferencia de la historia, pueden alegar como excusa sus aplicaciones para obtener, tal vez no una adhesión meditada a su imagen contraintuitiva del mundo y de nosotros mismos, pero sí al menos una aceptación tácita de dicha imagen en nombre de los efectos beneficiosos que ésta supuestamente produce. En cambio, la historia no cuenta con este recurso. Por ello periódicamente se la acusa de ser lo contrario de aquello por lo cual existe: no un conocimiento sino una retórica.

Sin embargo, las pretensiones de la historia se consagran institucionalmente a través de la presencia de ésta entre las disciplinas universitarias. Y se consagran intelectualmente por el lugar que se le otorga. Las ciencias humanas y sociales son hoy en día su reino. El estructuralismo ha intentado oponerse a su predominio, por no decir a su legitimidad, en el estudio de las lenguas, los mitos, las sociedades, las literaturas, con el fin de sustituirla por la teoría: una combinatoria o un sistema lógico-deductivo. Ha salido victoriosa de la prueba. Es más, se ha introducido en las ciencias de la naturaleza, que durante mucho tiempo se han sustraído a su imperio: actualmente, la cosmología es una

historia del universo, la geología una historia de la tierra, la biología evolucionista una historia de la vida y la antropología somática una historia de la hominización. Por ello cabe preguntarse si, a fin de cuentas, el siglo XX no habrá sido, al igual que lo fue el XIX, un siglo de la historia, y ello con particular preponderancia.

Desde luego, dentro de las ciencias de la naturaleza, la historia es tributaria de las teorías físicas o biológicas, según el caso, mientras que no existe ninguna teoría general de las cosas humanas. Por ello éstas siguen siendo en gran medida imprevisibles y, lo que es mucho más grave, en un número muy elevado de casos, ininteligibles; la historia se limita las más de las veces a constatar, sin pretender siquiera explicar los hechos. Por otra parte, a diferencia de los objetos naturales, los seres humanos creen saber que hacen historia, lo que marca una inflexión en su comportamiento a través de un efecto de rebote. Para ser más precisos: sólo algunos seres humanos creen saberlo —y son desde luego menos numerosos que los que no tienen ni la menor idea de ello—, aunque sólo lo creen desde hace cierto tiempo, no muy largo comparado con el de la presencia en la tierra del *Homo sapiens*. Pero es suficiente para convertir la historia en objeto de los enfrentamientos que supuestamente permiten a unos o a otros imponer a sus contemporáneos las pautas que han de seguir. Por eso nunca es exclusivamente una disciplina erudita. Se espera de ella que arroje luz sobre el pasado de modo que permita vislumbrar, aunque sólo sea en filigrana, los esbozos del futuro. Y los historiadores se dedican, con celo y éxito variables, a satisfacer esta expectativa.

Hace más de cuarenta años que la historia no deja de sorprenderme. Por mucho que haya practicado sus formas más diversas, desde el catálogo de manuscritos hasta la síntesis de varios siglos de un continente, pasando por la edición de las fuentes y la monografía local; por mucho que haya estudiado la historia de la propia historia desde la Edad Media hasta nuestros días con el fin de identificar las rupturas que puntúan la continuidad de la aspiración a hablar del pasado de una forma verídica y a enunciar con respecto a él afirmaciones susceptibles de ser respaldadas mediante pruebas, la historia sigue siendo para mí invariablemente un problema y un reto.

Los nueve ensayos reunidos en este volumen y seleccionados entre un conjunto mucho más amplio jalonan veinticinco años de reflexión sobre la historia. Abordan las diferentes cuestiones que se plantean a propósito de la misma, una de las cuales atraviesa esta recopilación de punta a punta: la del saber referente al pasado y a los medios que permiten alcanzarlo y, en particular, la del conocimiento mediato. Po-

nen así de manifiesto los cambios que dichas cuestiones han experimentado a lo largo de las últimas décadas y, especialmente, el lugar que ha ido ocupando progresivamente la que se refiere a las relaciones de la historia con la memoria. De paso ofrecen una visión conjunta de las grandes orientaciones de la investigación histórica del siglo XX.

K. P.

PARTE I

Capítulo primero

Historia y ficción

No hay historia si no hay conciencia de la frontera entre el ámbito de la realidad y aquel en el que es la ficción la que ejerce todo el poder. Se trata sin duda alguna de una frontera móvil cuyo trazado, a menudo difícil de establecer a lo largo de su recorrido, exige a los historiadores una atenta vigilancia y los obliga a reforzar constantemente sus defensas. En efecto, bastaría que ésta se borrara para que la historia, expropiada de su identidad, se viera anexionada, con rango de provincia subalterna, al imperio de las bellas letras; como veremos más adelante, los resultados serían deplorables para todo el mundo. Por ello las declaraciones programáticas de los historiadores y, en particular, las definiciones de la historia, que la oponen a la fábula o insisten en su vínculo consustancial con la verdad, jalonan la trayectoria de la disciplina en Occidente desde por lo menos san Isidoro de Sevilla hasta Voltaire.

A partir del siglo XVII, la historia erudita se atribuye la condición de ciencia, de un saber basado en el conocimiento del pasado por intermediación de las fuentes y que goza por ende de una razonable certeza. Dicha condición se la reconocen, no sin controversia, tanto las instituciones de enseñanza superior y de investigación como los Estados y las opiniones públicas. Paralelamente, en la propia práctica de los historiadores, y ello desde la Alta Edad Media, calificar una narración de fábula es negar a su objeto la realidad y, por consiguiente, excluirla de la historia; la afirmación recíproca es igualmente válida: demostrar el carácter ficticio de un objeto es negarle al texto que habla de él su pertenencia a la historia, relegarlo a las fabulaciones. Hoy en día ocurre

exactamente lo mismo. Los reiterados intentos por mostrar que las cámaras de gas jamás existieron, aun siendo odiosos, constituyen un ejemplo particularmente significativo de ello.

Nacida en la década de 1960, una escuela filosófica-sociológica-psicoanalítica-literaria se empeña, aun sin proclamarlo, en difuminar la frontera entre la historia y la ficción, tratando a la primera como si en nada se distinguiera de la segunda. Desde esta perspectiva ficcionalista, la historia es una rama de la retórica: sólo tiene una dimensión, a saber, la de la escritura; y los procedimientos que se supone que los historiadores aplican para que sus afirmaciones resulten controlables tienen en realidad el único propósito de hacer que el lector crea en la veracidad del relato que le ofrecen. En sí misma, la tesis no es nueva; la historia ya ha vivido más de una crisis de esta índole. Pero ello no merma en absoluto la gravedad de la actual.

En primer lugar, porque el destino de la historia está directamente vinculado, en este caso, al de la ciencia, objeto de maniobras análogas que pretenden poner de manifiesto que las afirmaciones que ésta enuncia son meros productos sociales destinados principalmente, cuando no exclusivamente, a afirmar el poder de sus autores. Luego, porque todas estas deconstrucciones deslegitiman la idea misma de verdad. Si la historia no es nada más que una fábula y la ciencia no es nada más que un medio para dominar al ser humano, no hay lugar para la verdad como adecuación del saber a lo real; la idea de verdad así entendida se nos antoja una mistificación, la mistificación por excelencia. Mientras conserve este estigma, mientras la propia palabra verdad siga siendo ese término vergonzoso e inutilizable en el que se ha convertido para algunas personas desde hace un cuarto de siglo, permaneceremos en la penumbra del escepticismo nihilista que algunos se creen que han dejado muy atrás. Historia y ficción: tan antiguo como la propia historia, el problema de sus relaciones plantea actualmente un interrogante fundamental para el futuro de la filosofía y del conocimiento.

Acerca de la novela histórica

Recordemos, para adentrarnos en el tema, algunas novelas históricas: *El nombre de la rosa* de Umberto Eco; o ejemplos más antiguos del género: las obras de Walter Scott, *Nuestra Señora de París* de Victor Hugo, *Guerra y paz* de Lev Tolstói o *Quo vadis?* de Henryk Sienkiewicz. Y enunciemos algo evidente que no cobrará todo su peso hasta más

adelante: todas estas novelas se consideran de entrada novelas. Se consideran novelas por el hecho de carecer de marcas tipográficas de historicidad, de las que volveremos a hablar; pero también porque las publican determinados editores, en determinadas colecciones, con determinadas cubiertas que nosotros, los lectores, sabemos que están reservadas a publicaciones del género novelesco. Además, al parecer nadie les ha negado jamás su categoría de novelas. A este respecto, tales obras permitirán, mejor que cualquier otra, iniciar una reflexión sobre las complicadas y mudables relaciones que la historia mantiene con la ficción cuando ésta comparte con ella el mismo objeto, sin que haya que preguntarse de entrada por dónde pasa la frontera entre la primera y la segunda —cuestión a la que a estas alturas y bajo esta forma no se le puede dar una respuesta satisfactoria.

En cualquier novela reconocida como histórica, la intriga se sitúa en el pasado. Por ello su autor pone todo su empeño en que el lector adquiera conciencia de que cierta distancia temporal lo separa del mundo en el que se desarrollan las peripecias que está leyendo. Por otra parte, cualquier novela reconocida como histórica pretende describir un pasado efectivamente vivido por seres humanos. De ello es prueba fehaciente el hecho de que el autor recurra a elementos que se considera que él no ha inventado, sino que los ha tomado prestados de una realidad extranovelesca. Así, al menos algunos de los lugares que sirven de escenario pueden situarse físicamente sobre el terreno, en un mapa o en un relato de viaje, y aparecen descritos en el estado en el que se supone que estaban en la época de la trama. Lo mismo ocurre cuando se trata de instituciones políticas, culturales, económicas o sociales, de los hábitos y de las creencias colectivas. O de accesorios: prendas de vestir, armas, joyas, adornos, obras de arte, monedas, pesos y medidas, herramientas, utensilios, edificios, medios de transporte, animales domésticos y salvajes, etc., que también aparecen descritos tal como se piensa que fueron. Ello es igualmente aplicable a los comportamientos de los personajes —protagonistas y comparsas—, de los cuales se subraya que son conformes a los comportamientos que adoptaban en la época de la trama, en circunstancias análogas, los personajes retratados por sus contemporáneos.

Finalmente, también puede aplicarse a su psicología: sus motivaciones, sentimientos, certidumbres y dudas, angustias y esperanzas, la manera en que cada persona vive su relación consigo misma y sus relaciones con las demás personas. El amor cortés escenificado en una novela situada en el siglo XII difiere del amor galante de una novela que se desarrolla en el siglo XVI y del amor burgués del siglo XIX; algo

parecido ocurre con el odio y la amistad, con la alegría y la tristeza, con la curiosidad y la credulidad. En las novelas que se consideran incontestablemente novelas históricas, los desplazamientos temporales afectan tanto a lo visible como a lo invisible, tanto a lo «exterior» como a lo «interior». Efecto que el autor consigue ejerciendo un control particularmente estricto sobre la lengua, algunos de cuyos términos se eliminan para evitar anacronismos y en la que, en cambio, adquieren legitimidad giros o palabras caídos en desuso, algunos desde hace tiempo.

Los desplazamientos temporales que con ello se consiguen, y que a menudo se complementan mediante indicaciones temporales directas —por ejemplo, fechas o referencias a personalidades de existencia probada, a acontecimientos conocidos—, cumplen por último una condición que no por ser evidente ha de dejar de mencionarse, pues tiene una importancia capital. En toda novela histórica, los lugares son compatibles con los acontecimientos, las instituciones y las creencias con los comportamientos, las opiniones profesadas con los objetos, la vida íntima con el entorno exterior. En una palabra: todos los desplazamientos temporales forman un haz coherente. También hay novelas que sitúan en las islas Fidji accesorios procedentes del antiguo Egipto, instituciones pertenecientes a la China de los Ming, comportamientos propios de la Edad Media occidental, la jerga de la chusma parisina de finales del siglo pasado y la psicología de nuestra época. Pero las novelas construidas sobre este principio no son novelas históricas. Pertenecen al registro del humor o de la parodia.

Cualquier novela histórica, obra de ficción aunque no lo sea exclusivamente, como acabamos de ver, pone en escena a protagonistas que su autor ha inventado y que viven las aventuras que éste ha imaginado. A caballo entre las convenciones novelescas y los procedimientos que permiten que la trama encaje en la historia, el autor se ve obligado a asumir en cada caso compromisos en función de sus objetivos. Así, los personajes nunca hablan en la lengua que se supone que debieron de utilizar a diario cuando ello conlleva el riesgo de que la novela resulte incomprensible. Se arcaíza un poco la forma de hablar, se cuelan algunas palabras en lengua extranjera, se introducen expresiones características; es decir, se utilizan alusiones o evocaciones suficientes para suscitar cierta desubicación lingüística y provocar así en el lector la sensación de una diferencia entre la lengua que él utiliza y la de los personajes de la novela. De forma semejante, para evitar el riesgo de que la novela que uno está escribiendo resulte ilegible a fuerza de convertirla en una enciclopedia de la época en la que se desarrolla la tra-

ma, el autor suele limitarse casi siempre a poner ejemplos; es decir, una vez más, a introducir alusiones y evocaciones que permiten sugerir, sin detenerse excesivamente en ello, la diferencia entre las maneras presentes y pasadas de vestirse, de alimentarse, de viajar, de guerrear o de amar. Siempre en busca de un equilibrio entre la metáfora que domina la narración novelesca y la metonimia que reina sobre la historia, la novela histórica opta por la sinécdoque.

Con esta salvedad, todo ocurre como si cada novela reconocida como novela histórica respetara a su propia manera al menos tres exigencias: la de desplazar en el tiempo hacia el pasado instituciones, accesorios, creencias, costumbres, etc.; la de armonizar la psicología de los personajes con la época en la que se supone vivieron; y la más generalizada de hacer coherentes todos los desplazamientos temporales realizados. ¿Cuál es el origen de estas exigencias? ¿Qué presuponen acerca de los lectores de las novelas? ¿A qué se debe su carácter perentorio para cualquiera que aspire a escribir una novela histórica?

Tomemos el más reciente de los *best-sellers* del género: *El nombre de la rosa*. Se dirige obviamente a lectores de los que Eco supone que disfrutan siguiendo el doble juego, por una parte de la historia y de la ficción, y por otra del presente y del pasado. Es decir, a lectores para los cuales el pasado es ante todo un objeto del conocimiento y a los que se les supone que saben cosas, en este caso particular, del siglo XIV, acerca del conflicto entre el papado y el Imperio, del papel que en él desempeñaron Ockam y sus amigos, de la atribulada historia de la orden franciscana y de los *fraticelli*, de la invención de las gafas y de la producción de manuscritos. Con respecto a los lectores a los que se dirige Eco, de los que se presupone que tienen ese saber y que ello les importa, se presume que le piden a la ficción que sea plausible y que no contradiga los resultados del conocimiento, sino que se integre en ellos sin solución de continuidad, como si no fuera una ficción, al tiempo que se multiplican los guiños y los indicios que la revelan como tal.

Ello es aún más evidente en el caso de la película de Jean-Jacques Annaud basada en la novela de Eco, en cuyos créditos figuran varios nombres de eminentes medievalistas encargados de autentificarla con su autoridad magistral, del mismo modo que, en la Edad Media, una universidad solemnemente reunida autentificaba una crónica. Y en cuyo rodaje se han invertido sumas considerables de dinero destinadas a la caracterización de las localizaciones, de los accesorios, de los comportamientos y de la propia apariencia física de los personajes, para que todo ello lleve la impronta indiscutible del siglo XIV. Por su parte,

parecido ocurre con el odio y la amistad, con la alegría y la tristeza, con la curiosidad y la credulidad. En las novelas que se consideran incontestablemente novelas históricas, los desplazamientos temporales afectan tanto a lo visible como a lo invisible, tanto a lo «exterior» como a lo «interior». Efecto que el autor consigue ejerciendo un control particularmente estricto sobre la lengua, algunos de cuyos términos se eliminan para evitar anacronismos y en la que, en cambio, adquieren legitimidad giros o palabras caídos en desuso, algunos desde hace tiempo.

Los desplazamientos temporales que con ello se consiguen, y que a menudo se complementan mediante indicaciones temporales directas —por ejemplo, fechas o referencias a personalidades de existencia probada, a acontecimientos conocidos—, cumplen por último una condición que no por ser evidente ha de dejar de mencionarse, pues tiene una importancia capital. En toda novela histórica, los lugares son compatibles con los acontecimientos, las instituciones y las creencias con los comportamientos, las opiniones profesadas con los objetos, la vida íntima con el entorno exterior. En una palabra: todos los desplazamientos temporales forman un haz coherente. También hay novelas que sitúan en las islas Fidji accesorios procedentes del antiguo Egipto, instituciones pertenecientes a la China de los Ming, comportamientos propios de la Edad Media occidental, la jerga de la chusma parisina de finales del siglo pasado y la psicología de nuestra época. Pero las novelas construidas sobre este principio no son novelas históricas. Pertenecen al registro del humor o de la parodia.

Cualquier novela histórica, obra de ficción aunque no lo sea exclusivamente, como acabamos de ver, pone en escena a protagonistas que su autor ha inventado y que viven las aventuras que éste ha imaginado. A caballo entre las convenciones novelescas y los procedimientos que permiten que la trama encaje en la historia, el autor se ve obligado a asumir en cada caso compromisos en función de sus objetivos. Así, los personajes nunca hablan en la lengua que se supone que debieron de utilizar a diario cuando ello conlleva el riesgo de que la novela resulte incomprensible. Se arcaíza un poco la forma de hablar, se cuelan algunas palabras en lengua extranjera, se introducen expresiones características; es decir, se utilizan alusiones o evocaciones suficientes para suscitar cierta desubicación lingüística y provocar así en el lector la sensación de una diferencia entre la lengua que él utiliza y la de los personajes de la novela. De forma semejante, para evitar el riesgo de que la novela que uno está escribiendo resulte ilegible a fuerza de convertirla en una enciclopedia de la época en la que se desarrolla la trama, el autor suele limitarse casi siempre a poner ejemplos; es decir, una vez más, a introducir alusiones y evocaciones que permiten sugerir, sin detenerse excesivamente en ello, la diferencia entre las maneras presentes y pasadas de vestirse, de alimentarse, de viajar, de guerrear o de amar. Siempre en busca de un equilibrio entre la metáfora que domina la narración novelesca y la metonimia que reina sobre la historia, la novela histórica opta por la sinécdoque.

Con esta salvedad, todo ocurre como si cada novela reconocida como novela histórica respetara a su propia manera al menos tres exigencias: la de desplazar en el tiempo hacia el pasado instituciones, accesorios, creencias, costumbres, etc.; la de armonizar la psicología de los personajes con la época en la que se supone vivieron; y la más generalizada de hacer coherentes todos los desplazamientos temporales realizados. ¿Cuál es el origen de estas exigencias? ¿Qué presuponen acerca de los lectores de las novelas? ¿A qué se debe su carácter perentorio para cualquiera que aspire a escribir una novela histórica?

Tomemos el más reciente de los *best-sellers* del género: *El nombre de la rosa.* Se dirige obviamente a lectores de los que Eco supone que disfrutan siguiendo el doble juego, por una parte de la historia y de la ficción, y por otra del presente y del pasado. Es decir, a lectores para los cuales el pasado es ante todo un objeto del conocimiento y a los que se les supone que saben cosas, en este caso particular, del siglo XIV, acerca del conflicto entre el papado y el Imperio, del papel que en él desempeñaron Ockam y sus amigos, de la atribulada historia de la orden franciscana y de los *fraticelli,* de la invención de las gafas y de la producción de manuscritos. Con respecto a los lectores a los que se dirige Eco, de los que se presupone que tienen ese saber y que ello les importa, se presume que le piden a la ficción que sea plausible y que no contradiga los resultados del conocimiento, sino que se integre en ellos sin solución de continuidad, como si no fuera una ficción, al tiempo que se multiplican los guiños y los indicios que la revelan como tal.

Ello es aún más evidente en el caso de la película de Jean-Jacques Annaud basada en la novela de Eco, en cuyos créditos figuran varios nombres de eminentes medievalistas encargados de autentificarla con su autoridad magistral, del mismo modo que, en la Edad Media, una universidad solemnemente reunida autentificaba una crónica. Y en cuyo rodaje se han invertido sumas considerables de dinero destinadas a la caracterización de las localizaciones, de los accesorios, de los comportamientos y de la propia apariencia física de los personajes, para que todo ello lleve la impronta indiscutible del siglo XIV. Por su parte,

la campaña publicitaria insistía ampliamente en que el director había procurado que sus imágenes fueran conformes a los datos de la historia. Por ello se utilizaron varios medios para despertar, entre un público tan amplio como fuera posible, la expectativa de una trama inmersa en la historia y respetuosa con las enseñanzas de la historia. Pero que no por ello deja de ser una ficción.

El éxito de la novela de Eco, al igual que el de la película de Annaud, se debe, por un lado, a su capacidad para satisfacer esta expectativa. Por otro lado, aunque esto no es menos importante, se debe a su adecuación al clima dominante en la opinión no sólo italiana sino occidental a partir de finales de la década de 1970, y marcada por la crisis del futuro: desencanto con respecto a las utopías, rechazo de las ideologías, derrumbe del mito revolucionario, desacralización de la violencia. Todo ello ha conducido, como siempre después de un período de profundas conmociones, a una reafirmación de la continuidad y de la identidad. Por eso se ha producido una eclosión del interés por la historia y la memoria —y un resurgimiento de la religión—, perfilándose la transmisión de las obras heredadas del pasado, acaso más que la creación de las obras originales, como constitutiva de la esencia misma de la cultura. Situada en la Edad Media, época nuevamente privilegiada, en esta ocasión como época de la memoria y de la religión, la novela de Eco —intriga policíaca en un *scriptorium* cuya clave es un libro perdido de la *Poética* de Aristóteles— expresa, desde una perspectiva política de izquierdas y bajo una forma accesible para la mayoría de los lectores, la obsesión con el peligro que amenaza a la cultura de élite de Occidente y, con ella, a la propia identidad occidental.

Todo ello no deja de presentar analogías con determinados episodios que jalonan el pasado de la novela histórica. Como es bien sabido, el género fue creado por Walter Scott, cuyo verdadero primer *best-seller, Waverly,* se publicó en 1814. En aquella fecha, la «novela gótica» celebraba su 50 aniversario; a la primera, *El castillo de Otranto* de Walpole, publicada en 1764, cinco años después de los poemas de Ossian, siguieron muchas otras, entre ellas las célebres de Madame Radcliffe. La moda del *gothick*, manifiesta en el mobiliario, el decorado, las ilustraciones de los libros, la pintura y los diseños de jardín, y esporádicamente también en la arquitectura, particularmente con Strawberry Hill y Fonthill Abbey, estaba vigente desde hacía casi un siglo. Y el interés de la historiografía británica por la Edad Media duraba ya al menos ciento cincuenta años, a lo largo de los cuales los anticuarios publicaron varios volúmenes de documentos, de crónicas y de trabajos eruditos. En definitiva, había un número bastante abultado de lectores que no ignoraban ni la geografía de Inglaterra y Escocia en la Edad Media, ni el aspecto de los objetos que se utilizaban por aquellos pagos, ni los usos y costumbres de aquella época. El propio Scott, que se relacionaba con varios anticuarios escoceses, escribe para un público al que consigue satisfacer mejor que los autores de las «novelas góticas», porque crea el decorado y describe a sus personajes siguiendo el modelo de aquellos de quienes habla la historia.

Lo mismo ocurre en Francia, donde *Nuestra Señora de París* de Hugo llega tras aproximadamente dos siglos de investigaciones sobre la Edad Media, si empezamos por André Duchesne. Tras Thierry, los famosos cursos de Guizot y su *Collection des mémoires relatifs à l'histoire de France*. Tras la moda de la pintura *troubadour*, tras los *Voyages pittoresques et romantiques dans l'ancienne France*[1] y, sobre todo, tras unos cuarenta años de interés por el arte medieval, que se plasma en primer lugar a través del museo de Lenoir, luego a través de las actividades de la Sociedad de los Anticuarios de Francia y de las sociedades provinciales, y finalmente a través de la multiplicación de las colecciones privadas de objetos procedentes de la Edad Media, como la colección Du Sommerard en París, bien conocida y a menudo visitada a partir de la década de 1920. A lo cual se añade la coyuntura ideológica postrevolucionaria, alentada —como en la Gran Bretaña de Walter Scott, donde sin embargo, se trataba más de revolución industrial que de revolución política— por la esperanza de una solución pacífica al conflicto institucional y social en el marco de una comunidad consciente de su identidad propia y, por consiguiente, de su diferencia con todas las demás, y cohesionada por unas tradiciones de las que supo restablecer la continuidad. Como el pasado próximo se prestaba mal a semejante uso, se le encarga al pasado lejano, en ambos países, que muestre el camino hacia el futuro. Por ello se enaltece la Edad Media, cuyos vestigios se interpretan en función de esta esperanza, y que unos admiran por considerarla una época nobiliaria y católica, otros por su carácter monárquico y popular, y todos porque es nacional.

Es inútil seguir multiplicando los ejemplos. Porque éstos que acabamos de revisar ya ponen de manifiesto que el género literario de la novela histórica presupone que los lectores gozan de conciencia y conocimiento históricos. De conciencia histórica, es decir, de una representación, aunque muy imprecisa, del futuro del que imaginan sucederá a su presente; ésta condiciona la representación del pasado, suscep-

[1] Obra de 1820 del escritor y bibliotecario francés Jean-Charles Emmanuel Nodier (Besançon, 1780-París, 1844). *(N. de la T.)*

tible de ser para ellos un polo de identificación. De conocimiento histórico, es decir, de un conjunto de afirmaciones que se consideran constataciones de hechos y que supuestamente proceden de un conocimiento del pasado. La primera proporciona un marco general dentro del cual los hechos adquieren un sentido; además proyecta los valores sobre la sucesión de acontecimientos, personas y épocas, concediendo a determinados elementos de ésta una gran importancia y tratando a otros como si fueran insignificantes o confiriéndoles, ora el rango de modelo, ora el de antimodelo. El segundo colma este marco, sin que jamás exista coincidencia entre ambos: los hechos son siempre al mismo tiempo insuficientes y demasiado numerosos; escasean los que permiten confirmar determinadas hipótesis y abundan aquellos que aparentemente no sirven para nada. Pero no es éste el lugar para desentrañar las relaciones de la conciencia histórica con el saber histórico. Baste con decir que una no existe sin el otro, que ambos adoptan formas que varían en el tiempo y que sus cambios tienen incidencia mutua.

La novela histórica, obra de ficción y que se considera como tal, a primera vista da la sensación de que no tiene necesidad de saber histórico alguno. Y, sin embargo, como acabamos de ver, lo presupone constantemente. ¿Se trata de un simple estado de las cosas que perfectamente podría no haberse dado, o acaso revela un aspecto esencial de las relaciones entre historia y ficción? Consideremos una novela que habla del presente de sus lectores. ¿Cómo se lo puede indicar sin multiplicar las referencias a aquello que ven y a aquello que oyen, a su saber perceptivo? ¿Y cómo se puede indicar a los lectores que se están narrando acontecimientos que supuestamente se han producido lejos sin introducir paisajes y costumbres de los que se sabe que se hallan lejos, porque el autor ha viajado en persona o al menos ha leído relatos de los viajes o ha visto fotografías o películas? De manera semejante, para indicar que la trama se sitúa en el pasado, en un determinado país, en una determinada época, el autor de una novela histórica sólo dispone de un medio: evocar los recuerdos de sus lectores, si se trata de un pasado próximo, o, si se trata de un pasado lejano, recurrir a su saber derivado de relatos, documentos y vestigios materiales procedentes de él, es decir, a su saber histórico.

Sólo una ficción pura puede permanecer cerrada sobre sí misma. Sin embargo, una ficción pura carece de toda localización espacial y temporal o, mejor dicho, crea un espacio y un tiempo que le son propios, y los llena con objetos y con seres que en principio no tienen ninguna definición concreta. Pero, en la medida en que aspira a inscribirse en una realidad, sólo puede elegir entre aquéllas accesibles a través

de las modalidades del conocimiento que están a nuestra disposición. A saber: la percepción y el lenguaje habitual que invocan los autores de las novelas realistas, la cuantificación estadística que utilizan los escritores naturalistas, la introspección que alimenta las novelas psicológicas, la observación-experimentación que desempeña el mismo papel para la ciencia ficción, y la reconstrucción del pasado que explotan las novelas históricas. Es evidente que una misma novela puede utilizar datos de varias modalidades del conocimiento; en el siglo XX es una práctica bastante frecuente.

De ello se deduce que la novela como género literario, a la vez que reivindica su pertenencia a la ficción, no permite que la encierren completamente en ésta. Porque en ella la imaginación creadora cohabita casi siempre con el conocimiento, la ficción con una realidad, la invención con la verdad. (Incluso cabe preguntarse si la crisis actual de la novela europea y en particular de la francesa no se debe a que la mayoría de los escritores que la practican han renunciado a toda aspiración de divulgar cualquier cosa entre sus lectores para entretenerlos al menor coste posible. Pero obviaremos esta cuestión.) Esta constatación de una dualidad al mismo tiempo ontológica y epistemológica del universo representado en las novelas requiere una precisión terminológica importante: a partir de ahora tendremos que estar atentos a distinguir las narraciones de ficción o las obras de ficción de las obras literarias o novelescas, pues las primeras no son, salvo casos particulares, sino componentes de las segundas, de modo que lo que vale para unas no vale necesariamente para las otras. Esta observación conlleva también un corolario: la novela histórica presupone un saber histórico, es más que un simple estado de las cosas. Ello radica en la imposibilidad por principio de hablar de una realidad, cualquiera que ésta sea, si no es refiriéndose a los datos del conocimiento correspondiente. Y, en particular, en la imposibilidad de hablar del pasado sin recurrir al saber histórico del que es objeto. Es decir, que la fábula precisa de la historia, la imaginación del conocimiento, la ficción de la verdad. ¿Es esto recíproco?

Contra el ficcionalismo

Las narraciones que se consideran históricas, que pretenden dar cuenta de una realidad pasada, se pueden dividir en dos grandes categorías según traten del pasado próximo del autor o de un pasado remoto: de cosas de las que no ha podido ser ni partícipe ni testigo ocular.

La primera engloba autobiografías y memorias, relatos de lo que les aconteció a sus autores, de lo que han sentido, vivido, visto, leído u oído en el pasado. La segunda, más variada, contiene las biografías personales; las narraciones de momentos singulares: orígenes o cambios, ya se trate de acontecimientos o de revoluciones, de caídas o de desapariciones; las descripciones de las trayectorias: historias en el sentido tradicional del término, que cuentan las vicisitudes de sus objetos de tal fecha a tal otra, o columnas de cifras, cada una de las cuales corresponde a un segmento del tiempo, o gráficos; las monografías de las formas: instituciones, unidades territoriales, actividades, usos, costumbres, opiniones, creencias; los análisis de las relaciones entre los grupos étnicos, confesionales, profesionales, naciones, clases, razas, grupos de edad, sexos; y finalmente las obras de síntesis que tratan de integrar en una narración coherente todos estos enfoques, o sólo algunos de ellos, revelando los vínculos entre los hechos históricos pertenecientes a distintos tipos.

Una tercera categoría de narración histórica, que no puede reducirse a las dos anteriores, es el museo, del que la exposición temporal es un ejemplo particular. En su caso, la narración consiste en la organización de un recorrido a lo largo del cual hablan al mismo tiempo objetos y textos: comentarios, designaciones y explicaciones que acompañan a los objetos. Estos últimos están por lo general distribuidos en un determinado orden que se intenta que la mirada perciba, aprehenda. Así, en un museo arqueológico, primero se muestran unas piedras burdamente talladas, luego las que lo están de una manera más elaborada y, por último, piedras pulidas, para pasar entonces a los metales: bronce y hierro. De este modo se cuenta, haciéndola visible, la trayectoria que han recorrido los materiales y las técnicas.

Pero también se organizan los objetos de modo que cuenten la vida de un individuo (Victor Hugo), de un momento singular de la historia (la Revolución francesa), de una institución (la Marina o Correos) o las relaciones entre las clases (determinados focos industriales abandonados). El museo reproduce de este modo todas las formas de narración histórica, en la medida en que pretende ofrecer a la vista del público los vestigios de todos los tipos de hechos a los que éstas corresponden. Pero para que lo que se ofrece a la vista sea efectivamente percibido, es preciso entre otras cosas orientar previamente la mirada del espectador, hacerle saber cuáles, de entre los numerosísimos caracteres de los objetos expuestos, ha de retener como pertinentes. Este papel les incumbe a los textos, que además aportan un cúmulo de informaciones que los objetos por sí mismos no son capaces de ofrecer: sobre los lugares donde se encontraron, su datación, el origen de los materiales con los que fueron fabricados, las técnicas utilizadas para ello, su pertenencia a uno u otro grupo, a uno u otro individuo, así como sobre otros aspectos que, aunque invisibles, no por ello deben dejar de tenerse en cuenta para que el sentido otorgado a cada objeto no resulte arbitrario.

En la variante museística de la narración histórica, el texto no basta, pues, por sí solo, no es autónomo con relación al objeto del que ofrece un comentario. La lectura acompaña en este caso a la mirada. La informa y la orienta, pero no la sustituye. El espectador mira, se hace preguntas, lee, vuelve a mirar. Entra en el texto y vuelve a salir de él. Entra para salir de él, para compararlo casi siempre con uno o varios objetos, aunque a veces también con una imagen, un mapa, un gráfico. La frecuencia de los pronombres demostrativos y de las referencias —cifras que corresponden a las que llevan los objetos, signos icónicos diversos— pone de manifiesto que el texto incluye en este caso el objetivo o la intención de incitar al lector a interrumpir la lectura y a sustituirla unas veces por otra lectura, otras por un acto de percepción. Pero semejante objetivo o intención no aparece en las obras de ficción. Si es que se manifiesta en ellas, cosa que realmente ocurre muy pocas veces, cuando la ficción quiere hacerse pasar por una narración histórica o científica, revela, en cuanto se sigue su sugerencia concreta, su incapacidad para programar el encuentro con un objeto al que podemos captar a través del conocimiento en una de sus numerosas modalidades. Semejante objetivo o intención aparece en cambio en todas las narraciones históricas, hasta el punto de convertirse en un rasgo distintivo, inmediatamente identificable.

Y es que cualquier narración histórica conlleva elementos, signos o fórmulas que supuestamente han de conducir al lector fuera del propio texto; signos o fórmulas que apuntan hacia una realidad exterior a esta narración misma, incluso extratextual, señalando que la narración que los contiene pretende no bastarse a sí misma. Que pretende, por una parte, proceder de los actos de percepción, de lectura, de observación, de reconstrucción o de cuantificación. Y que pretende, por otra parte, estar compuesta por afirmaciones controlables mediante operaciones que enseguida concretaremos. Son estos signos y estas fórmulas los que designamos con el nombre de marcas de historicidad. Pueden estar indisolublemente integradas en el texto mismo de una narración. También pueden hallarse en la presentación material de ésta y, en particular, en su tipografía. En todos los casos, como primeros indicadores del carácter de la narración que los contiene, permiten al lector cla-

sificarla de antemano entre las historias, aunque tenga que revisar su juicio después de un examen más profundo.

Así, los autores de autobiografías y memorias, para justificar sus alegaciones, suelen citar documentos y, al hacerlo, invitan a los lectores a referirse a ellos. También dicen, todavía con más frecuencia, haber visto, oído, leído u observado esto o aquello, afirmaciones todas ellas que han de inspirarle al lector confianza, precisamente porque posibilitan el control. Pues es bien sabido que, sin que sea necesario ser capaz de hacerlo uno mismo, es posible tratar de verificar si el autor que afirma haber visto un determinado acontecimiento estaba efectivamente presente en el momento y en el lugar en que dicho acontecimiento se produjo y si se hallaba en situación de verlo tal y como lo describe. Y que también se puede verificar si un documento, que se supone emitido por una determinada institución en una determinada fecha, lo ha sido realmente. No es preciso que nos preguntemos ahora si semejantes intentos dan siempre sus frutos y qué grado de certidumbre se puede razonablemente conceder a sus resultados. Sólo nos importa la obligación, para quien se plantee esta verificación, de escrutar algunos objetos, de mirar determinadas imágenes o de visitar ciertos lugares. De conocer realidades exteriores al texto en cuestión.

En algunas obras dedicadas al pasado lejano, las marcas de historicidad son diferentes. En ellas encontramos casi siempre notas, referencias a pie de página en las que aparece citado un determinado libro o artículo, un determinado archivo, alguna pieza de museo. Cita que significa a su vez que el lector es libre de acudir a ese libro, ese artículo, ese archivo o esa pieza de museo para, según el caso, leer u observar personalmente —y de este modo verificar, comparándolas con las suyas— las conclusiones del autor. A veces el lector halla en la propia obra las fotografías, los mapas, los planos y las curvas que puede estudiar o comparar si quiere rehacer, paso a paso, el camino que ha conducido al autor a enunciar determinada proposición. A veces se le facilita el acceso a documentos originales o a datos elementales y a fórmulas cuya aplicación ha permitido alcanzar determinados resultados numéricos o determinados gráficos. A veces se le comunican los protocolos de las experimentaciones. Se trata de toda una serie de procedimientos cuya suma pone de manifiesto que percepción, lectura, observación, reconstrucción, cuantificación, todos estos actos cognitivos que fundamentan las afirmaciones de un autor que habla de un pasado remoto, pueden ser reproducidos por cualquier lector competente y que conducen a afirmaciones idénticas a las suyas, con variaciones insignificantes. Conviene insistir en que no se trata de pronunciarse sobre la validez de semejante postulado. Sólo nos importa la obligación, para quien se lo toma en serio, de conocer unas realidades externas al texto en cuestión.

Por consiguiente, una narración se considera histórica cuando comporta marcas de historicidad que certifican la intención del autor de brindar al lector la posibilidad de abandonar el texto y que programan las operaciones cuyo fin es permitir, bien que se verifiquen las alegaciones del mismo, bien que se reproduzcan los actos cognitivos que supuestamente son el resultado de sus afirmaciones. En definitiva: una narración se considera histórica cuando hace gala de la intención de someterse a un control de su adecuación a la realidad extratextual pasada de la que habla. Pero para que una narración se reconozca como histórica, es preciso que esta intención no sea baldía; esto significa que cualquier lector competente debe poder ejecutar las operaciones de control que la narración programa, a menos que la imposibilidad de ejecutarlas sea fruto de los acontecimientos ocurridos después de que dicha narración fuera redactada (destrucción de los archivos, por ejemplo, pérdida, robo u otros accidentes de naturaleza semejante).

Si, entre las decenas de códigos de registro de archivo existe uno al que no corresponde nada, pensaremos que hay un error tipográfico o que el autor se ha equivocado. Si todas las referencias de una narración son inexistentes, si su autor cita libros que jamás se escribieron, revistas ausentes de todos los catálogos, archivos que no se conservan en ningún depósito y piezas que ningún museo reconoce como suyas, afirmaremos con certeza que se trata de una obra de ficción. Existen narraciones cuya pertenencia resulta difícil de establecer y otras en las que la frontera entre historia y ficción es una frontera interna que separa, a lo largo de un sinuoso trazado, los párrafos e incluso las frases. En la inmensa mayoría de los casos, la crítica consigue resolver este tipo de problemas. Y los raros casos irresolubles no bastan para invalidar la tesis según la cual las narraciones de ficción sobre el pasado difieren de las narraciones históricas precisamente en que las primeras no permiten salir del texto y controlar su adecuación a una realidad extratextual y en que, en la mayoría de los casos, ni siquiera invitan a ello, mientras que las segundas invitan siempre a ello y, por lo general, lo permiten.

Dicho esto, se advierte de entrada una afinidad entre la narración histórica del pasado remoto y la narración científica. Porque esta última, a su vez, señala al lector mediante marcas adecuadas que puede salir del texto, y programa las operaciones destinadas a permitir que se controlen sus afirmaciones. Es cierto que las marcas de historicidad di-

fieren, exceptuando algunos ámbitos, de las marcas de cientificidad. Y es lógico: los actos cognitivos de los que proceden las narraciones científicas pertenecen a la observación-experimentación o a la demostración matemática, mientras que las narraciones históricas presentan los resultados de la reconstrucción. Por consiguiente, difieren unas de otras por su estatus epistemológico. A pesar de ello, ambas conducen a plantear las mismas preguntas: ¿es legítimo tratar las narraciones históricas y científicas como si se pudiera pasar por alto su apertura a realidades extranarrativas? ¿Es legítimo considerar las marcas de historicidad y de cientificidad como simples procedimientos retóricos establecidos para ganarse la confianza del lector? ¿Es legítimo estudiar las narraciones históricas y científicas sin tener en cuenta los actos cognitivos de los que proceden y que supuestamente el lector ha de poder reproducir a condición de que domine las competencias pertinentes? En otras palabras, ¿es legítimo borrar entre estas narraciones y las narraciones de ficción cualquier demarcación ontológica, admitir tácitamente que instauran una relación idéntica con lo real y no ver en lo que las distingue nada más que los signos de pertenencia a géneros literarios diferentes?

Estas preguntas serían meramente declamatorias si no esbozaran los perfiles de una actitud que adoptan con frecuencia frente a narraciones históricas y científicas quienes realizan estudios literarios, filósofos, sociólogos e incluso historiadores. Los primeros, que se inspiran en el postulado atribuido a Saussure de plantearse la lengua en sí misma y por sí misma, aíslan a veces las narraciones de cualquier realidad extratextual, interesándose únicamente por sus propiedades intrínsecas. Semejante planteamiento, que ya es discutible cuando se aplica a ficciones con respecto a las cuales no es indiferente conocer las correspondencias con estados oníricos o alucinatorios o, por el contrario, con determinada percepción del mundo circundante e incluso con una tradición oral, resulta sumamente cuestionable cuando se trata de narraciones que se consideran históricas o científicas. Pues su pretensión de estar abiertas al exterior contradice explícitamente el postulado pseudosaussuriano inicial. Una vez admitido éste, hay que rechazar dicha pretensión, borrando al mismo tiempo cualquier frontera entre estas narraciones y la ficción que no sea la que separa los diferentes géneros literarios. Pero semejante conclusión no hallará adeptos si no se demuestra que la pretensión de las narraciones históricas y científicas de estar abiertas al exterior carece de fundamento, que no es más que un procedimiento retórico ideado para hacer que el lector se crea lo que le están contando. A falta de semejante demostración, cualquier

aplicación a las narraciones históricas y científicas del postulado pseudosaussuriano, que por cierto rechazan muchos lingüistas, no es más que una mera petición por principio.

Queda por saber si se puede tomar en serio la pretensión del autor de una obra histórica o científica de estar hablando de una realidad extranarrativa, e incluso extratextual. ¿Acaso no es precisamente lo que quiere hacernos creer? ¿Y no es aquello que nos quieren hacer creer lo que, en general, debe despertar inmediatamente nuestra sospecha? ¿Y acaso el medio más seguro para no llamarse a engaño no consiste en desplazar las preguntas que se le hacen a una narración histórica o científica, de modo que eliminemos todas aquellas que ésta nos intenta imponer? Mediante un razonamiento de este tipo, que se enmarca en el psicoanálisis, podemos llegar a la conclusión de que el único enfoque válido de una narración, cualquiera que ésta sea, consiste en buscar su contenido implícito o latente, en interesarse, no por aquello de lo que en apariencia trata, sino únicamente por quien en ella habla, en situar el problema de sus referencias en una realidad exterior en beneficio exclusivo del que se refiere a sus relaciones con el inconsciente de su autor.

Pero este razonamiento sólo se sostiene si admitimos que tenemos derecho a estudiar una narración como si no existiera ninguna realidad extranarrativa, posición ontológica que no debe adoptarse a la ligera. Sin embargo, se introduce subrepticiamente, sin que se haya presentado ningún otro argumento para justificarla más que una variante del postulado pseudosaussuriano, cuyo carácter falaz ya hemos constatado. En cambio, en cuanto aceptamos semejante realidad, no sólo tenemos derecho sino obligación clara de preguntarnos cómo se refiere a ella la narración que dice hablar de ella. Esto no zanja en absoluto la problemática de sus relaciones con la conciencia o el inconsciente de su autor, del mismo modo que el rechazo del postulado pseudosaussuriano en nada invalida la exigencia de estudiar cada narración por sí misma antes de hacer explícitas sus eventuales relaciones con el exterior. Sin embargo, es suficiente para constatar que ningún argumento apremiante, ni lingüístico ni psicoanalítico, prohíbe tomar en serio la pretensión que tiene una narración histórica o científica de hablar de una realidad extranarrativa, o incluso extratextual, y de tratar de compararla con ésta para establecer si y en qué medida dicha pretensión puede considerarse válida.

Sólo desde el momento en que se reconoce a las narraciones una apertura posible al exterior puede la diferencia entre, por una parte, las ficciones y, por otra, la historia o la ciencia, convertirse en un proble-

ma epistemológico. Porque entonces depende de la pretensión de las segundas no sólo de hablar de una realidad exterior sino, además, de enunciar, contrariamente a las primeras, proposiciones susceptibles de que los lectores las controlen, es decir, las verifiquen o reproduzcan con los actos cognitivos de los que proceden; y, en caso de que se presten a semejante control, han de llegar a cualquiera que comprenda su sentido. Pero no faltan filósofos y sociólogos que observan que, en realidad, las cosas ocurren de otra manera. Un lector común no controla la narración que lee. No tiene ni tiempo ni competencias para hacerlo. Así, por ejemplo, una narración histórica es para él una autoridad a la que otorga su confianza y cuya lectura no prolonga mediante actos cognitivos. Por consiguiente, en ese caso las marcas de historicidad no funcionan como un programa de operaciones de control. Por el contrario, refuerzan la confianza que se le otorga al autor, pues su presencia y su abundancia demuestran que está dispuesto a someter sus afirmaciones a la crítica de los expertos, cuyo silencio se percibe entonces necesariamente como una aprobación. Así pues, se advierte que, en la realidad de la recepción, lo que cuenta en una narración histórica o científica es la escritura, y que las marcas de historicidad o de cientificidad desempeñan únicamente el papel de aquellos procedimientos retóricos que permiten que el lector se crea lo que le están contando.

Aunque así ocurra la mayoría de las veces, también hay que saber qué consecuencias cabe deducir de ello. Porque también hay lectores que controlan las narraciones en los ámbitos de su competencia. Bien es verdad que nunca se controla todo; además, ni siquiera es preciso. En general, el control se ejerce sobre narraciones que se apartan de lo que creemos saber con certeza, que sorprenden, que cuestionan afirmaciones aparentemente admitidas, que suscitan una disonancia cognitiva o, de alguna manera, que resultan originales. Sin embargo, también hay que tener en cuenta que una misma narración considerada histórica puede ser objeto de dos lecturas: una lectura pasiva y una lectura crítica. Y que, desde el punto de vista epistemológico, la segunda de estas lecturas es superior a la primera en la medida en que produce efectos cognitivos públicos, sobre todo cuando conduce a invalidar puntual o globalmente la narración de la que es objeto.

Se trata de una constatación aparentemente banal y, sin embargo, polémica, cuando se afirma o insinúa que los supuestos controles no hacen sino justificar la posición social privilegiada de quienes monopolizan las competencias necesarias para practicarlos. Y cuando se reducen de esta manera las competencias cognitivas a billetes de entrada y a signos de pertenencia a un determinado medio social, y nada más.

Ello equivale a refutar la idea misma de competencia como maestría que se alcanza gracias a un aprendizaje especializado, a técnicas, procedimientos u operaciones que permiten percibir de una manera más sutil, utilizar una nomenclatura especializada o una sintaxis formalizada, observar por medio de instrumentos, cuantificar, reconstruir mediante narraciones, documentos o vestigios materiales. Con la idea de competencia se rechaza, por tanto, la validez de cualquier conocimiento que no sea el conocimiento habitual puramente mítico, que supuestamente está al alcance de cualquiera, sin aprendizaje. En otras palabras, se rechaza el conocimiento mismo en cuanto relación con lo real que no cabe reducir a las relaciones sociales. Y por ello mismo se niega lo real en nombre de un voluntarismo sin freno. Y se borra cualquier diferencia entre la historia o la ciencia y la ficción.

Camuflado de diversas maneras, semejante maoísmo sociológico, vestigio del maoísmo a secas, siempre reina en la filosofía y la sociología de las ciencias e incide en la mente de algunos historiadores. Huelga recordar los desastres que ha causado. Baste observar que ningún argumento digno de ese nombre lo justifica. Puesto que hay que destruir la desigualdad y que somos desiguales ante las matemáticas, es preciso abolirlas, ya que sólo sirven para garantizar el poder de los matemáticos: esto no es un argumento, es pura demagogia. Es cierto que el conocimiento es desigual y jerárquico. Cualquiera que desee una sociedad igualitaria o más igualitaria que la nuestra evidentemente tendrá que tenerlo en cuenta, a menos que queramos también una regresión general de la civilización. Pero ello sólo significa que las relaciones entre el conocimiento y la democracia son problemáticas, aun cuando el primero se encarna en instituciones sociales cuyo principio mismo es al parecer incompatible con el que gobierna la segunda.

Ni la lingüística ni el psicoanálisis ni la psicología ofrecen, pues, razón alguna que obligue a negar la posibilidad misma de una demarcación ontológica entre las narraciones históricas y científicas, por un lado, y las narraciones de ficción, por otro. Lo que, en otras palabras, obliga a reducir a las primeras a la mera escritura, a identificar las marcas de historicidad o de cientificidad con los procedimientos retóricos cuya función es engañar al lector haciéndole creer que lo que le están contando lo puede verificar o reproducir; y a distinguir unas de otras sólo como se distinguen los diferentes géneros de la ficción. Ni la lingüística ni el psicoanálisis ni la sociología pueden pretender servir de pilares del ficcionalismo más que a condición de que se erijan en filosofía, de que sus explicaciones, necesariamente parciales, sean tratadas como si, cada una por su parte o todas juntas, ofrecieran la explicación

ma epistemológico. Porque entonces depende de la pretensión de las segundas no sólo de hablar de una realidad exterior sino, además, de enunciar, contrariamente a las primeras, proposiciones susceptibles de que los lectores las controlen, es decir, las verifiquen o reproduzcan con los actos cognitivos de los que proceden; y, en caso de que se presten a semejante control, han de llegar a cualquiera que comprenda su sentido. Pero no faltan filósofos y sociólogos que observan que, en realidad, las cosas ocurren de otra manera. Un lector común no controla la narración que lee. No tiene ni tiempo ni competencias para hacerlo. Así, por ejemplo, una narración histórica es para él una autoridad a la que otorga su confianza y cuya lectura no prolonga mediante actos cognitivos. Por consiguiente, en ese caso las marcas de historicidad no funcionan como un programa de operaciones de control. Por el contrario, refuerzan la confianza que se le otorga al autor, pues su presencia y su abundancia demuestran que está dispuesto a someter sus afirmaciones a la crítica de los expertos, cuyo silencio se percibe entonces necesariamente como una aprobación. Así pues, se advierte que, en la realidad de la recepción, lo que cuenta en una narración histórica o científica es la escritura, y que las marcas de historicidad o de cientificidad desempeñan únicamente el papel de aquellos procedimientos retóricos que permiten que el lector se crea lo que le están contando.

Aunque así ocurra la mayoría de las veces, también hay que saber qué consecuencias cabe deducir de ello. Porque también hay lectores que controlan las narraciones en los ámbitos de su competencia. Bien es verdad que nunca se controla todo; además, ni siquiera es preciso. En general, el control se ejerce sobre narraciones que se apartan de lo que creemos saber con certeza, que sorprenden, que cuestionan afirmaciones aparentemente admitidas, que suscitan una disonancia cognitiva o, de alguna manera, que resultan originales. Sin embargo, también hay que tener en cuenta que una misma narración considerada histórica puede ser objeto de dos lecturas: una lectura pasiva y una lectura crítica. Y que, desde el punto de vista epistemológico, la segunda de estas lecturas es superior a la primera en la medida en que produce efectos cognitivos públicos, sobre todo cuando conduce a invalidar puntual o globalmente la narración de la que es objeto.

Se trata de una constatación aparentemente banal y, sin embargo, polémica, cuando se afirma o insinúa que los supuestos controles no hacen sino justificar la posición social privilegiada de quienes monopolizan las competencias necesarias para practicarlos. Y cuando se reducen de esta manera las competencias cognitivas a billetes de entrada y a signos de pertenencia a un determinado medio social, y nada más.

Ello equivale a refutar la idea misma de competencia como maestría que se alcanza gracias a un aprendizaje especializado, a técnicas, procedimientos u operaciones que permiten percibir de una manera más sutil, utilizar una nomenclatura especializada o una sintaxis formalizada, observar por medio de instrumentos, cuantificar, reconstruir mediante narraciones, documentos o vestigios materiales. Con la idea de competencia se rechaza, por tanto, la validez de cualquier conocimiento que no sea el conocimiento habitual puramente mítico, que supuestamente está al alcance de cualquiera, sin aprendizaje. En otras palabras, se rechaza el conocimiento mismo en cuanto relación con lo real que no cabe reducir a las relaciones sociales. Y por ello mismo se niega lo real en nombre de un voluntarismo sin freno. Y se borra cualquier diferencia entre la historia o la ciencia y la ficción.

Camuflado de diversas maneras, semejante maoísmo sociológico, vestigio del maoísmo a secas, siempre reina en la filosofía y la sociología de las ciencias e incide en la mente de algunos historiadores. Huelga recordar los desastres que ha causado. Baste observar que ningún argumento digno de ese nombre lo justifica. Puesto que hay que destruir la desigualdad y que somos desiguales ante las matemáticas, es preciso abolirlas, ya que sólo sirven para garantizar el poder de los matemáticos: esto no es un argumento, es pura demagogia. Es cierto que el conocimiento es desigual y jerárquico. Cualquiera que desee una sociedad igualitaria o más igualitaria que la nuestra evidentemente tendrá que tenerlo en cuenta, a menos que queramos también una regresión general de la civilización. Pero ello sólo significa que las relaciones entre el conocimiento y la democracia son problemáticas, aun cuando el primero se encarna en instituciones sociales cuyo principio mismo es al parecer incompatible con el que gobierna la segunda.

Ni la lingüística ni el psicoanálisis ni la psicología ofrecen, pues, razón alguna que obligue a negar la posibilidad misma de una demarcación ontológica entre las narraciones históricas y científicas, por un lado, y las narraciones de ficción, por otro. Lo que, en otras palabras, obliga a reducir a las primeras a la mera escritura, a identificar las marcas de historicidad o de cientificidad con los procedimientos retóricos cuya función es engañar al lector haciéndole creer que lo que le están contando lo puede verificar o reproducir; y a distinguir unas de otras sólo como se distinguen los diferentes géneros de la ficción. Ni la lingüística ni el psicoanálisis ni la sociología pueden pretender servir de pilares del ficcionalismo más que a condición de que se erijan en filosofía, de que sus explicaciones, necesariamente parciales, sean tratadas como si, cada una por su parte o todas juntas, ofrecieran la explicación

global —la única válida. Como si la suma de tres reduccionismos, de los cuales uno se aplica al lenguaje, otro al trabajo del inconsciente y el tercero a las relaciones conflictivas entre clases dominadas y clases dominantes, pudiera conducir a algo positivo y no sólo a un escepticismo arbitrario y autodestructor.

Pero, una vez puestas en su sitio, estas tres disciplinas aportan preguntas y técnicas que se pueden integrar en un enfoque multidimensional de las narraciones, y en particular de las narraciones históricas y científicas. Enfoque que empieza por señalar en una narración sus caracteres intrínsecos haciendo una descripción de los mismos, para tratar luego de explicarlos, refiriendo esta narración, por un lado a su autor y, por otro, a una realidad exterior, y para comparar los resultados de estos análisis con los datos de un estudio de la recepción. Tras haber descartado la identificación *a priori* de la historia y de la ciencia con la ficción, es en el marco de semejante enfoque donde se puede plantear el verdadero problema crítico: el de las interferencias de la ficción con la historia y la ciencia. Para resolverlo es preciso, sin embargo, abandonar provisionalmente la narración histórica para concentrarse en las operaciones que supuestamente permitirán un conocimiento del pasado del que ésta se limita a consignar los resultados, poniéndolos así al alcance de los lectores.

Las reconstrucciones del pasado

La identificación en el entorno de las fuentes históricas virtuales, condición previa necesaria para todo el trabajo de los historiadores, consiste en interpretar como signos de la procedencia del pasado de algunos objetos naturales o artificiales los caracteres visibles u observables que los diferencian de sus homólogos oriundos del presente, incluidos los lugares en los que nacieron y los contextos en los que aparecieron. El razonamiento subyacente excluye la existencia de cualquier geniecillo perverso que se hubiera divertido induciéndonos sistemáticamente a error y supone la asimetría del tiempo. Los caracteres visibles u observables de los objetos, de los que se constata que no se han impreso en ellos ahora y que, en virtud del razonamiento que acabamos de hacer explícito, no proceden ni del más allá, ni de la interioridad, ni del futuro, sólo pueden ser signos de la procedencia del pasado de estos objetos. La grafía de las letras, los soportes y los materiales de la escritura y las marcas de envejecimiento son signos de este tipo, propios de los documentos escritos, del mismo modo que lo son, tratándose de artefactos en general, sus formas, apariencias, distribuciones espaciales, los materiales que han servido para fabricarlos, etc.

Éstos son meros ejemplos, pues el número de caracteres visibles susceptibles de significar que el objeto al que pertenecen procede del pasado desafía cualquier enumeración. Algunas plantas, para quien sabe del tema, son signos de una antigua ocupación por parte del ser humano del emplazamiento donde crecen; esto también puede aplicarse, *mutatis mutandis*, a algunos elementos del relieve o del paisaje: el trazado de los campos, los tipos de hábitat. Añadamos los caracteres observables: composición química, algunas propiedades físicas, presencia de especies determinadas entre los vestigios de la flora y la fauna, concentración de carbono 14 de las sustancias orgánicas o número de cráteres producidos por unidad de superficie en un cristal o en un vidrio por la fisión del uranio 238, huellas microscópicas dejadas por productores y usuarios, etc.

El conjunto de fuentes históricas virtuales, que se enriquece siempre a medida que las nuevas técnicas permiten identificar nuevos signos de la procedencia del pasado, se han constituido básicamente —en cuanto conjunto de fuentes históricas precisamente— a lo largo de los cuatro últimos siglos. Pero sus raíces son mucho más profundas. Sin pretender esbozar aquí una historia de esta constitución en Europa, nos limitaremos a señalar algunos de sus episodios más destacados. Formación a partir de la Alta Edad Media —la más antigua se remonta al siglo VI— de las bibliotecas capitulares, episcopales, monásticas, universitarias o reales, algunas de las cuales pasan a ser públicas a partir del siglo XVII. Formación en paralelo de los tesoros de las abadías, los obispados y los castillos reales. Propagación, a partir del siglo XIV, de las colecciones privadas, que incluyen en particular antigüedades, y aparición, a partir del siglo XV, de los museos, cuyo número crece lentamente hasta el siglo XVIII, multiplicándose luego rápidamente al tiempo que se diversifica su contenido y se amplía su público.

Ordenación, respondiendo a las necesidades de las burocracias absolutistas, de los depósitos de actas de los diferentes dicasterios, a la que sucede, a partir de finales del siglo XVIII, la creación de archivos que en el siglo XIX se convertirán en la sede por excelencia de la investigación histórica. Instauración, también en el siglo XIX, a excepción de algunos antecedentes, de una protección de los monumentos históricos y artísticos, y de los emplazamientos. Publicación, a partir del siglo XV, de inscripciones, monedas, monumentos figurativos, documentos y textos de todo tipo. Finalmente, excavaciones, al principio accidentales y relacionadas con la búsqueda de un tesoro, y luego cada vez

más sistemáticas y aplicando métodos más y más sofisticados. El conjunto de fuentes históricas que hoy en día tienen a su alcance los historiadores es, pues, fruto de una larga historia, que es al mismo tiempo la de la conciencia histórica, la de las técnicas puestas al servicio del conocimiento del pasado, la de las instituciones sin las cuales éste no podría alcanzarse, pero también la de las creencias religiosas, los sistemas políticos y la organización de la enseñanza y la cultura.

Los objetos primarios de la investigación histórica se hallan, pues, aquí mismo, ante nosotros, diseminados por el entorno o reunidos en archivos, museos, bibliotecas; algunos ni siquiera han sido reconocidos como tales. Antes de que percibamos que son originarios de una u otra época, son contemporáneos nuestros sencillamente porque están presentes. He ahí un punto esencial y que suele olvidarse con demasiada frecuencia, como si el pasado pudiera aprehenderse de otra manera que a través de los objetos que están al alcance de la mano y de la mirada. Estudiados por sí mismos, porque suscitan curiosidad por las diferencias que manifiestan en cuanto se comparan con aquellos que tenemos la certeza de que han sido producidos en la actualidad, también lo son porque se supone que su extraña presencia se explica únicamente si se acepta que remiten —en un sentido todavía sin precisar— a referencias invisibles porque sólo han existido en el pasado: personas, grupos, países, instituciones, acontecimientos, seres, cosas, según el caso. Queda por verificar punto por punto el fundamento de semejante hipótesis, anclando cada objeto en su época y su espacio, y estableciendo, a ser posible, la identidad de las referencias a las que remiten sus caracteres propios.

Entre el estudio de las fuentes históricas por sí mismas y el que las aborda como aquello que permite acceder a referentes invisibles, la frontera es necesariamente imprecisa. Pero el primero es condición necesaria para el segundo. Al inicio del trabajo del historiador siempre se halla la inspección visual —acompañada de lectura si se trata de textos o de imágenes—, y eventualmente también la observación instrumental de un conjunto de fuentes virtuales. A menos que demostremos que éstas son falsas, dichas operaciones cognitivas obligan a admitir que los caracteres visibles u observables de objetos estudiados atestiguan efectivamente su procedencia de un pasado más o menos remoto y cualquier intento de explicarlos de otra manera conduce, ora a conclusiones absurdas, ora a complicaciones totalmente gratuitas. Además, en una amplísima mayoría de casos, la lectura y, sobre todo, la observación instrumental permiten hoy en día no sólo situar el origen de las fuentes estudiadas en un pasado indefinido o determinar el orden de

su sucesión en el tiempo, sino también medir la distancia entre nuestro presente y el pasado del que son originarias, es decir, atribuirles una datación absoluta.

Pero aún estando presente, un objeto fechado pertenece también a un pasado determinado, al período de sus orígenes. Pertenece a él en el sentido de que conserva la huella que forma parte de su identidad, del mismo modo que conserva a veces la huella de las diferentes vicisitudes que ha sufrido a lo largo de su historia. Una vez fechado, el objeto adquiere así una doble pertenencia temporal. Se convierte en una materialización de la duración. Reúne las dos extremidades del intervalo de tiempo que nos separa del momento en que ha sido producido o de aquel en el que ha recibido algunos de sus rasgos. Por ello es efectivamente un intermediario entre nuestro presente y el pasado que representa para nosotros, del que es un vestigio y cuyo conocimiento nos facilita por serlo. De un modo semejante, una vez localizado en el espacio, el objeto adquiere una doble pertenencia espacial: ocupa el lugar en el que lo estamos leyendo, mirando u observando, pero pertenece también a su lugar de origen, cuyas huellas lleva, tomándose aquí la palabra «lugar» en su acepción al mismo tiempo geográfica, cultural, social, étnica, etc. O sea, que dicho objeto tiene las condiciones para ser un intermediario entre hoy y ayer, entre aquí y allá. En particular, entre lo visible y lo que, después de haberlo sido, ya no lo es y no volverá a serlo jamás.

Cualquier fuente histórica virtual remite a referentes invisibles. Los nombra y los describe, si es una narración. Los nombra siempre y a menudo define algunos de sus rasgos, si es un documento. Los nombra a menudo y los muestra siempre, si es una imagen. Y, ya se trate de texto o de imagen, se supone que comporta, inseparable y diferente al mismo tiempo de este contenido manifiesto, un contenido latente que, explicitado, revela tales o cuales atributos del autor que, sin que éste lo sepa, han pasado a su obra. Además, toda fuente histórica virtual, cualquiera que sea, contiene también elementos que comparte con otras fuentes; la cuantificación de un conjunto en el que se han reunido semejantes elementos repetitivos permite poner de manifiesto algunos caracteres de las colectividades cuyas huellas conservan dichos elementos. Finalmente, en cuanto objeto material, cualquier fuente histórica virtual lleva las huellas que dejaron sin saberlo sus productores y usuarios y que hacen parcialmente posible su identificación. Por consiguiente, los textos y las imágenes tienen dos tipos de referentes: los referentes intencionados, nombrados, descritos, caracterizados, mostrados por los contenidos manifiestos, y los referentes implícitos a los

que se refieren los contenidos latentes, los elementos repetitivos y las huellas. Evidentemente, las fuentes materiales sólo contienen referentes del segundo tipo. Pero, desde un punto de vista epistemológico, la distinción de las narraciones, documentos, imágenes y vestigios materiales no es pertinente. Sólo lo es la división en contenidos manifiestos, contenidos latentes, elementos repetitivos y huellas, pues estas rúbricas corresponden cada una a una modalidad diferente del conocimiento.

El estudio de las huellas que lleva una fuente suele bastar para determinar su autor, su fecha y el lugar y las circunstancias de su aparición. También permite discernir los rasgos de su autor —no es preciso que sea un individuo, ni siquiera un ser humano—, que subyacen en las huellas estudiadas. El razonamiento utilizado para obtener todos estos resultados es una aplicación del principio de causalidad. Si, a través de observaciones-experimentaciones practicadas en la actualidad sabemos que determinados hechos son producidos por determinados dispositivos de determinada manera, y si razonablemente podemos admitir que el vínculo entre unos y otros no varía en el tiempo, cada vez que descubrimos los mismos hechos podemos postular que han sido producidos por los mismos dispositivos. En la práctica, la situación nunca es tan favorable, porque los hechos observados no son idénticos a los que conocemos en la actualidad sino solamente semejantes, y además en grado variable según el caso. Es, pues, de la mayor o menor similitud de los hechos de lo que inferimos una mayor o menor similitud de los dispositivos que los han generado, controlando, si es posible, estas inferencias mediante pruebas. Una vez que hemos admitido la realidad pasada de determinado dispositivo, en algunas ocasiones, siempre y cuando nos apoyemos en observaciones presentes, podemos ir más lejos y reconocer también como reales objetos de los que se sabe que se suelen dar en ella. Así, el estudio de los pólenes permite identificar la flora que crece en un determinado lugar y el conocimiento de la flora permite a su vez caracterizar el régimen hidrológico, el clima y las especies animales susceptibles de haber vivido en él; todo ello contribuye a ofrecer una idea bastante precisa de las condiciones de vida de los seres humanos.

Esta manera que tiene la historia de aplicar la observación, a menudo exclusiva de las ciencias naturales, ha transformado profundamente nuestra representación del pasado. Primero del pasado muy remoto, que antecede a la escritura y del que ahora entrevemos las grandes líneas y las principales escansiones. Y también de un pasado mucho más cercano aunque todavía lejano; baste recordar todo lo que la geografía

y la arqueología, secundadas por la física y la química, la geología, la zoología y la botánica, nos han enseñado sobre la Edad Media: el hábitat, la alimentación, la salud, algunos aspectos de la demografía, las técnicas, en particular las de la ganadería y la agricultura, la explotación de los recursos, la higiene, todos ellos ámbitos de la vida del ser humano en la Edad Media de los que no habríamos sabido nada o casi nada sin la ayuda de estas disciplinas y de algunas más. Pero también hay ámbitos de los que no nos enseñan nada. En el pasado que nos permiten conocer, un pasado sin individuos e incluso sin etnias, sólo se distinguen —y ello exclusivamente a partir de una determinada época— culturas en el sentido que a este término le otorgan los prehistoriadores. Se trata de un pasado reducido a su dimensión biológica-ecológica-tecnológica, pues los métodos de las ciencias naturales sólo se aplican a vestigios materiales o a soportes materiales de textos y de imágenes, pero no a los propios textos ni a las propias imágenes a pesar de estar integrados en un circuito de comunicación, es decir, en lo que tienen de propiamente semiótico. Es, en otras palabras, un pasado en el que el ser humano se ve como productor de determinados efectos naturales —huellas— y, por consiguiente, como parte de la naturaleza. Los intentos por poner de manifiesto, a partir de huellas, sus actividades intelectuales, proceden de otro tipo de interpretación que consiste en leer dichas huellas como signos dejados inconscientemente y cuyos contenidos latentes se pretende hacer explícitos.

A pesar de que, entre los componentes tanto de los contenidos latentes como de los contenidos manifiestos, se pueden identificar elementos repetitivos, una vez sometidos a cuantificación, todos ellos se tratan como si sólo los rigieran unas regularidades propias de las grandes cifras y por ello sólo pertenecieran a la naturaleza. Por este motivo, la idea misma de que se puedan estudiar de este modo algunos hechos humanos y, en particular, algunos comportamientos culturales, ha suscitado durante mucho tiempo fuertes resistencias y sólo ha quedado legitimada en la historia al cabo de largas controversias; lo cual prueba, dicho sea de paso, que estamos aquí ante un conocimiento *sui generis*. Hoy en día el recuento con el cálculo de porcentajes, la explicación de las distribuciones espaciales y temporales que se presenta mediante mapas y curvas, el análisis factorial, e incluso, para los períodos recientes, los intentos por construir modelos cuantitativos de los ámbitos que se prestan a ello, en definitiva, las técnicas estadísticas de un nivel muy variable de sofisticación, se han convertido en instrumentos rutinarios que se utilizan tanto en la historia económica y social como en la historia cultural e intelectual.

La representación que tenemos del pasado se ha visto muy enriquecida por ello. La evolución secular de los precios, de la circulación de mercancías, en particular de los metales preciosos, y de la producción sobre todo de cereales, sólo se dibuja ante nuestros ojos con suficiente claridad gracias a los resultados que ha aportado la estadística retrospectiva. Lo mismo ocurre con la historia demográfica: los matrimonios y los nacimientos, las fluctuaciones de la población, las migraciones. Y, de manera creciente, de la historia cultural, la alfabetización y la escolarización principalmente, pero también la circulación de libros y el acceso a los bienes culturales. Dicho esto, la estadística retrospectiva sólo es posible cuando existen archivos suficientemente abundantes. Y sólo responde a cuestiones claramente delimitadas. En cuanto al pasado que nos permite conocer, se trata de un pasado sin personalidades y sin acontecimientos más allá de los que corresponden a los puntos singulares de las curvas, un pasado sin obras individuales, que se caracteriza exclusivamente por los movimientos colectivos.

Sin embargo, a diferencia del pasado biológico, ecológico y técnico reconstruido a partir de las huellas, el pasado al que permite acceder la estadística retrospectiva es principalmente económico, aunque también engloba hechos culturales y se abre a una dimensión psicológica o, si se prefiere, de las mentalidades. Un análisis de los datos demográficos permite revelar los comportamientos sexuales ocultos y, en particular, las medidas contraceptivas, así como las actitudes con respecto a la vida y a la muerte. Y ha sido gracias al estudio —con el apoyo de mapas y de curvas— de los procesos contra la brujería, de los testamentos, de los exvotos, de los monumentos funerarios, de la propagación de los relojes en los lugares de trabajo y en la vida cotidiana, de los manuales de aritmética comercial, de los sistemas metrológicos, como se ha conseguido poner de manifiesto los cambios que afectan a las creencias, las maneras de pensar, las emociones y las percepciones, que, sin embargo, se abordan, subrayémoslo, como fenómenos colectivos. Esto sólo se aplica por supuesto, en cada caso, a algunas épocas y a algunos países. Pero basta para demostrar que semejante procedimiento es posible con tal de disponer de las fuentes adecuadas. También es legítimo. Porque aquí no vamos a entrar en la discusión sobre la validez de los razonamientos estadísticos en general; pero la estadística retrospectiva sólo constituye una aplicación de éstos a objetos que proceden del pasado. En cuanto al paso de la estadística retrospectiva a la psicología colectiva, se realiza a través de hipótesis que se justifican, bien mediante datos presentes o pasados, bien mediante consideraciones teóricas. Es despreciable la diferencia entre estas inferencias y las que conducen a determinar las especies vegetales identificadas mediante análisis polínico y de ahí el régimen hidrológico del lugar en el que crecieron.

Convengamos, para no extendernos, en que cada texto, narración o documento es una obra y que eso también vale para cada imagen, cualquiera que ésta sea. Toda obra tiene, pues, un contenido manifiesto: nombra, designa o muestra algo real o ficticio. Pero, de acuerdo con el presupuesto fundador de cualquier hermenéutica, ninguna obra se reduce a su contenido manifiesto; éste se acompaña siempre necesariamente de un contenido latente que contiene todo lo que el autor de una obra, al producirla, ha introducido en ella inconscientemente y que, por consiguiente, no viene dado de antemano. De acuerdo con el segundo presupuesto fundador de la hermenéutica, sólo una lectura-interpretación del contenido manifiesto de una obra facilita el acceso a su contenido latente. En otras palabras, el contenido latente de una obra supuestamente sólo puede revelarse a condición de hacerle a dicha obra preguntas que su autor no se hacía y que, en la mayoría de los casos, ni siquiera imaginaba que se pudieran hacer jamás. En este sentido, un contenido latente se parece a una huella. De hecho, es una huella. Pero una huella no material, es decir, tal que no se deja ni ver ni observar. Una huella dejada por la producción de un contenido manifiesto determinado e impresa a elección y según la organización de aquellos signos —expresiones verbales, formas, colores— que supuestamente han de ajustar este contenido a las intenciones de su autor.

Los métodos de interpretación de textos y de imágenes con vistas a hacer explícitos sus contenidos latentes son muy diferentes: sofisticados y rigurosos o, por el contrario, rudimentarios y a veces más propios de la adivinación que de la ciencia. Volveremos sobre ello. Baste aquí con detenernos en aquellos que son objeto de consenso entre los historiadores. Consisten en una aplicación, principalmente a los documentos, de los cuestionarios que proceden, hoy en día, de presupuestos teóricos tomados casi siempre de las ciencias sociales. Por eso se utilizan los registros parroquiales franceses de los siglos XVII y XVIII como fuentes de la demografía histórica y las actas de matrimonio como fuentes de una historia de la alfabetización, sometiendo a unos y a otras a tratamiento estadístico. Por eso también se interpretan los penitenciales y los textos teológicos o las cartas que intercambiaron una madre y su hija como fuentes de una historia de los comportamientos sexuales. La contabilidad de las manufacturas polacas del siglo XVIII ha permitido reconstruir las relaciones entre los patronos y sus obreros y las con-

diciones de trabajo. El estudio de las insignias reales, de los ceremoniales, de los rituales, de las creencias ligadas a la persona del rey, ha renovado la historia de la institución monárquica y de las actitudes que se adoptaban con relación a ésta, principalmente en la Edad Media. Los documentos de un inquisidor permitieron exhumar las actividades y el día a día de un pueblo de Occitania a finales del siglo XIII y principios del XIV. Los ejemplos de este tipo se pueden multiplicar hasta el infinito.

Así pues, hacer explícitos los contenidos latentes permite reconstruir el pasado en sus dimensiones social, religiosa, institucional, política, cultural, intelectual, artística... Además, a menudo proporciona elementos repetitivos que, una vez descubiertos, se someten a tratamiento estadístico, lo que amplía el campo de aplicación de este último a todos los ámbitos, países y épocas para los cuales se posee un número suficientemente grande de obras. La explicitación de los contenidos latentes, completada a través del estudio de los contenidos manifiestos de los documentos, abarca sin embargo mucho más que la estadística retrospectiva, pues es capaz de reconstruir hechos no solamente colectivos sino también individuales: las biografías, los acontecimientos, las circunstancias únicas, los recorridos excepcionales. Ninguno de estos hechos individuales se puede eliminar de la historia, porque todos han sucedido en el pasado y por consiguiente han de volver a hallar un lugar en una reconstrucción de éste, pero también porque es posible que hayan desempeñado en él un papel desproporcionado en relación con su aparente insignificancia. No es de sorprender: varias disciplinas estudian hoy en día estas situaciones de inestabilidad en las que una pequeñísima variación de las causas provoca una grandísima divergencia de los efectos. Todo induce a pensar que, en semejantes situaciones históricas —cataclismos, guerras, revoluciones, levantamientos, revueltas—, la sustitución en el mismo lugar de un individuo por otro puede producir efectos que modifiquen durante un período prolongado la trayectoria de un sistema, ya sea éste un Estado o una Iglesia, un grupo o una institución.

Reconstruyendo el pasado a partir de huellas, a veces se cometen errores: ejemplo célebre de ello son las primeras dataciones con C 14 que hubo que revisar al alza después de volver a calibrar los patrones gracias a la dendrocronología, lo que modificó profundamente las ideas sobre el neolítico europeo y sus relaciones con Egipto y Oriente Próximo. Aunque sin duda menos espectaculares, los errores tampoco faltan ni en las estadísticas retrospectivas ni en los razonamientos que reconstruyen, partiendo de ellos, determinados aspectos de la psicolo-

IMPT

gía histórica. Sucede a veces que la explicación de los contenidos latentes de un conjunto de obras comporta una parte de arbitrariedad, o que resulta claramente engañosa. Pero en ninguno de estos procedimientos afronta el historiador la amenaza de ser engañado por alguien que, al afirmar que ha visto lo que describe o lo que enseña, pretende conscientemente inducir a sus lectores a error, o la amenaza de ver cómo alguien que, con toda su buena fe, la cree cierta, le impone a uno una falsa representación del pasado. Constituyen sin embargo los principales riesgos de cualquier intento de adquirir un saber del pasado a través de los contenidos manifiestos de los textos y de las imágenes, y muy particularmente de las narraciones.

Convencidos de que, si queremos hablar del pasado lejano, no podemos evitar dejarnos engañar por los testimonios a los que nos vemos obligados a dar crédito, porque son los únicos que lo cuentan, los pirrónicos de los siglos XVI y XVII encontraban en la dependencia del historiador con respecto a sus informadores un argumento imparable contra la idea misma de un conocimiento del pasado y, por consiguiente, contra la pretensión de la historia de ser radicalmente distinta de la fábula. En respuesta a ello, los historiadores elaboraron las reglas de una crítica de las fuentes, primero las narrativas y luego también de los documentos, lo suficientemente conocida como para no tener que hablar de ella aquí; ampliaron el repertorio de las fuentes históricas virtuales; practicaron y perfeccionaron la explicación de los contenidos latentes; recurrieron a la estadística retrospectiva y al estudio de las huellas. Sin duda podemos tratar de dar nuevo impulso al pirronismo, rechazando la validez misma de dicho estudio. Pero ello equivale a poner en duda la validez de la observación y por consiguiente de casi todas las ciencias naturales. De forma semejante, podemos tratar de rechazar la validez de la estadística retrospectiva y de los razonamientos que se basan en ella. Pero ello equivale a cuestionar la validez de la cuantificación y, con ella, de una gran parte de las ciencias naturales y de todas las ciencias sociales. Podemos realizar el mismo proceso con la explicitación de los contenidos latentes. Pero ello equivale a cuestionar la validez de toda la hermenéutica y por consiguiente de la totalidad de las ciencias humanas. El destino epistemológico de la historia es ya solidario en gran medida del de las disciplinas cuyas técnicas y métodos pone a disposición. O todas se sostienen o todas juntas caen. Para borrar realmente la frontera entre la historia y la fábula, es preciso demostrar que todo lo que consideramos conocimiento no es sino ilusión o impostura. Ambicioso propósito, qué duda cabe.

A medida que crecía y se diversificaba el repertorio de las fuentes históricas virtuales, el peso específico de las narraciones fue disminuyendo notablemente. Una descripción del pasado —no sólo de la era anterior a la escritura sino de cualquier período, incluso reciente— que nunca habría hecho referencia a ellas resulta hoy en día perfectamente concebible. Semejante descripción, mientras sea lo suficientemente detallada, responde a nuestra necesidad de saber, y en particular a la de conocer numerosísimos aspectos del pasado que hasta ahora han quedado fuera del alcance de los historiadores para los cuales era su presente, si es que los había, o a los cuales jamás les prestaron atención, aun habiendo podido hacerlo. No por ello resulta menos incompleta ni insatisfactoria. Porque los lectores de obras eruditas, de novelas históricas y de periódicos, los espectadores de películas situadas en el pasado y de obras de teatro, los visitantes de museos, exposiciones, monumentos históricos, yacimientos arqueológicos, en definitiva, los consumidores de la historia, incluidos los propios historiadores, esperan de ella no sólo que les permita conocer el pasado con un grado razonable de certeza, sino también que les explique los rasgos distintivos del mismo, que los vincule a las causas, las razones o los factores que operaban entonces y que ya no actúan o que actuaban de una determinada manera y que hoy actúan de otra, debiéndose explicar a su vez, a ser posible, esta interrupción o este cambio a través de su integración en un dispositivo que abarque todavía más. Finalmente, le reclaman a la historia que les restituya, del pasado que se otorga por objeto, esa dimensión singular sobre la que se basa la diferencia entre él y el pasado del universo, de la tierra o de las especies vivas y que hace que sea nuestro, es decir, siempre el de los seres humanos supuestamente semejantes a nosotros mismos y casi siempre también el de un grupo particular al que nosotros mismos pertenecemos.

Hacer saber, hacer comprender, hacer sentir. Que hoy en día es su público el que plantea esas tres exigencias con respecto a la historia es lo que traduce el comportamiento de los lectores de obras y de revistas dedicadas a ella. También se deduce, cosa que no sorprende, que la tercera de estas exigencias es la más ampliamente compartida; en cambio, la primera la expresan principalmente algunos historiadores profesionales capaces de apreciar la originalidad de un trabajo o, incluso, unos cuantos, capaces de controlar la adecuación de las novedades que aporta a las fuentes de las que pretende haberlas extraído. Por otra parte, a cada una de estas exigencias corresponde aproximadamente una clase determinada de obras históricas: a la primera sobre todo las monografías eruditas, a la segunda los ensayos o los tratados, y a la tercera las novelas. Dicho esto, hay monografías que han despertado emociones, ensayos que han enriquecido el conocimiento y novelas que han permitido progresar en la comprensión del pasado. Una obra histórica ejemplar es aquella que consigue satisfacer de forma equilibrada las tres exigencias al mismo tiempo.

Éstas, siempre en el candelero, son tan viejas como la propia historia. Desde luego, la naturaleza del saber ha cambiado y, tratándose del pasado lejano, con la transición de la fe (confianza que se otorga a una autoridad) al conocimiento (reconstrucción a partir de las fuentes); y también con los perfeccionamientos sucesivos de la crítica y la llegada de la hermenéutica, la estadística y la observación; por último, con la aplicación al pasado cercano, con intensidad siempre creciente, de la estadística, por un lado, y de las técnicas y los métodos elaborados para estudiar el pasado remoto, por otro. Por su parte, la naturaleza de la explicación también ha cambiado, como consecuencia de la sustitución del marco pagano, particularmente el astrológico, por el marco cristiano, y de las transformaciones de este último; como consecuencia de la superposición de la filosofía de la historia a la teología de la historia, en sus versiones teocéntrica y cosmocéntrica; como consecuencia de la superposición de las ciencias sociales a la filosofía de la historia. Los cambios han afectado en paralelo a los medios narrativos utilizados para conferir a la historia su cualidad de historia de un determinado grupo o de otro, incluso de la humanidad considerada como un todo. Pero, a través de todas estas variaciones, la exigencia de hacer saber, al igual que la de hacer comprender y la de hacer sentir, siempre han sido expresadas, bajo formas diversas, por los sucesivos públicos de la historia, cuyos miembros concedieron la preeminencia unas veces a la primera, otras a la segunda, otras a la tercera, repartiendo las posiciones subordinadas entre las otras dos.

Pero estas exigencias imponen a toda representación del pasado unas reglas que los historiadores están obligados a respetar si aspiran a que sus trabajos interesen no sólo a otros historiadores sino también a un público más amplio. Siempre que sea posible, cuando el estado de las fuentes lo permite, cuando, en particular, se dispone de narraciones y de imágenes, una representación del pasado, para que se considere satisfactoria, no puede limitarse a su dimensión biológica-ecológica-técnica, reconstruida a partir de huellas, ni a su dimensión económica-

demográfica y referente a las mentalidades, reconstruida a partir de elementos repetitivos, ni a su dimensión social, institucional, cultural y política, reconstruida a partir de los contenidos latentes de textos e imágenes y de los contenidos explícitos de determinados documentos, ni siquiera a estas tres dimensiones a la vez. Para conferirle al pasado esa cualidad que lo convierte en un pasado nuestro, para hacerlo sentir tanto como son capaces de ello las palabras, también hay que reconstruir, si es que se deja, la dimensión visible de este pasado, llegar a una descripción de lo que se ofrecía entonces a la mirada; y además hay que reconstruir la dimensión vivida, llegar a una descripción de los estados afectivos generados, entre aquellas personas para las que aquel pasado era su presente, a través del espectáculo en el que diariamente participaban de una manera o de otra. Pero estas dos dimensiones sólo pueden alcanzarse a partir de los contenidos manifiestos de las narraciones, escritas o figuradas, y más raramente también a partir de los documentos, porque sólo estas fuentes poseen tales contenidos y sólo ellas traducen a este respecto puntos de vista subjetivos. Los contenidos manifiestos y, en particular, los de las narraciones, resultan por lo tanto indispensables para cualquier reconstrucción del pasado que pretenda ser considerada plenamente satisfactoria.

Y aquí es donde vuelve a aparecer la ficción. Porque, sin recurrir a ella, es imposible reconstruir la dimensión visible del pasado y su dimensión vivida. No es que los contenidos manifiestos de las narraciones no puedan someterse a una crítica capaz de verificar si lo que supuestamente se ha visto ha podido ser y ha sido en realidad, y de comprobar si los sentimientos que en ellas se expresan son meramente convencionales o traducen estados afectivos probados mediante hechos. Pero con ello tampoco eliminamos una dificultad elemental que radica en la naturaleza misma del pasado. Porque, por la manera en que sustenta el conocimiento a través de los vestigios que lo representan entre nosotros, el pasado es siempre fragmentario e incompleto y está descontextualizado. Fragmentario porque nos llega a retazos. Incompleto porque éstos, aun reunidos, nunca permiten, sin más recursos, reconstituir el todo al que pertenecieron. Descontextualizado porque se hallan en un entorno diferente del suyo original. Estos tres defectos, que se acentúan cuanto más lejano es el pasado, son característicos de la inmensa mayoría de los objetos que proceden de él, y todos los conjuntos o sistemas de objetos, a excepción de los escasos complejos funerarios que han conseguido permanecer intactos; incluso en éstos, los factores de corrosión han dejado su impronta.

La fragmentación, la pérdida de información y la descontextualización afectan ante todo a la apariencia visible de los seres y de las cosas, que no sólo cambia sino que se hace imposible de reconstruir a su estado primitivo a partir de los meros vestigios. Eso es así aun a pesar de que, exceptuando cierta coloración subjetiva de cualquier apariencia visible y de las variaciones de ésta en función de varios factores, entre otros la iluminación, la identificamos exclusivamente por los rasgos de un objeto, percibidos por cualquier espectador común bajo una luz suficiente. Consideremos un monumento del que contamos con casi todos los elementos originales, los planos detallados, las imágenes que lo representan, los textos que hablan de él. Todo ello no autoriza la afirmación de que, una vez reconstruido, dicho monumento tendrá la misma apariencia visible que la que tenía antes de convertirse en una ruina. Porque nunca se sabe todo lo que habría que saber para tener un conocimiento comparable al que proporciona la percepción visual y no se pueden excluir cambios que nadie registró y de los que, por consiguiente, no tenemos ni idea.

Contrariamente a la reconstrucción de la estructura o de los caracteres mensurables de un objeto, la reconstrucción de su apariencia visible no es posible sin la aportación de la imaginación, única capaz de colmar las lagunas de los vestigios que quedan de él; lo cual equivale a decir que la apariencia visible reconstruida de un objeto siempre comporta una parte de ficción. Ésta puede ser mayor o menor, pero nunca se puede eliminar por completo. Todo esto se aplica con más motivo a las reconstrucciones de la apariencia visible que ofrecen los historiadores, los cuales abordan por lo general hechos mucho más complejos que un monumento. Y a las reconstrucciones de la dimensión vivida de éstos. Porque la dimensión vivida —multiplicidad de estados afectivos que se suceden en un individuo y que varían de un individuo a otro, aunque éstos se hallen en la misma situación— constituye el componente de la subjetividad probablemente más difícil de aprehender, aun apoyándose en la introspección o en los datos de la mirada clínica. Para reconstruirla a partir de textos y de imágenes, en los que su expresión ha pasado por el filtro de una censura y está sometida a unas normas que los rigen, sólo disponemos del razonamiento por analogía y de la imaginación que debe suplir los silencios inevitables de las fuentes, permitiéndole al historiador que se meta en la piel de sus personajes. En definitiva, los contenidos manifiestos disponibles, por irreprochables que sean su exactitud y su fidelidad, y aunque sean mucho más numerosos todavía de lo que lo son en los mejores supuestos, siempre serán insuficientes para responder, a propósito de un hecho

determinado, a todas las preguntas a las cuales, sin que sea necesario enunciarlas, responde inmediatamente una simple mirada. Y a todas aquellas a las cuales se responde inmediatamente, adoptando una determinada actitud frente a lo que se ofrece a la mirada. Es precisa la ficción para paliar estas insuficiencias.

La dimensión visible y la dimensión vivida del pasado son, a nuestro parecer, las únicas imposibles de reconstruir sin su ayuda. En todos los demás casos, la reconstrucción puede prescindir de ellas. Pero esto no supone en ningún caso que no haya otras incrustaciones ficticias en la textura misma de las narraciones históricas. La convicción profundamente arraigada de que los individuos humanos no son los demiurgos de la historia y de que otras potencias, cuando no otras fuerzas impersonales, determinan su curso o al menos contribuyen a moldearla, siempre ha inspirado investigaciones orientadas a identificarlos, a penetrar en sus intenciones o en sus medios de actuar y de hacer de este modo inteligible el pasado y previsible el futuro. Sin embargo, durante mucho tiempo, estos agentes históricos suprahumanos se consideraron doblemente ajenos a la historia: se los creía situados en el más allá o en la naturaleza y se recibían los saberes de los que eran objeto, primero de la teología teocéntrica o de esa teología cosmocéntrica que es la astrología, y más tarde también de la mecánica, cuando no se las mezclaba en grupos de dos o de tres en proporciones y combinaciones muy variables.

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, a consecuencia entre otros factores de la transformación del tiempo, que desplaza su centro de gravedad hacia el futuro, estas potencias o estas fuerzas, creadoras de los hechos y por ello principios explicativos últimos de los mismos, se conciben como inmanentes a la historia. A partir de un momento dado, para que los historiadores la reconozcan, su realidad debe quedar, pues, demostrada en el seno de la historia misma y a través de los medios que le son propios. Ello significa que ha de ser reconstruida como lo son los hechos del pasado, aprovechando el único procedimiento que al parecer lo autoriza, la explicación de los contenidos latentes. Adaptada a su nuevo papel, ésta se encarga de identificar en las fuentes las huellas y materiales de los agentes suprahumanos de la historia, de describir a estos últimos a imagen de otros hechos reconstruidos de la misma manera y, a ser posible, de comprenderlos. Para este propósito se han elaborado diversas variantes de la explicitación de los contenidos latentes. Ninguna de ellas alcanza una validez reconocida unánimemente por los historiadores.

Muy esquemáticamente, cabe la posibilidad de repartirlas en tres estratos, cada uno con sus divisiones internas. A la más reciente corres-

ponden todas aquellas cuyo objetivo es hacer explícito el contenido latente de un conjunto de fuentes síncronas, con el fin de reconstruir a partir de ahí las reglas a las cuales se supone que está sometido, sin saberlo, quienquiera que en la misma época se dedica a la filosofía, la ciencia, la literatura o el arte, o bien que actúa en un determinado ámbito —del mismo modo que cualquiera que habla una lengua habitual está sometido, por lo general sin saberlo, a las reglas de la gramática. Las fuentes que se refieren a un sector de actividades y que proceden de una misma época manifiestan efectivamente una semejanza, una unidad de estilo, propia no sólo de las letras y de las artes, sino también del pensamiento y de las prácticas, y que las distingue de sus homólogas pertenecientes a épocas diferentes. Radica en la repetición de determinados rasgos, o incluso de un conjunto de éstos, que se observan, bien directamente leyendo las fuentes, bien aplicando una estadística retrospectiva unas veces a las fuentes mismas y otras a sus contenidos latentes hechos previamente explícitos.

Pero esta unidad contrasta con la diversidad individual y, por consiguiente, no se puede explicar a través de ésta. Por ello no queda más remedio que reconocer la realidad de una entidad impersonal y suprapersonal —estructura, epistema, paradigma—, marco geográfico, sistema de barreras técnicas o demográficas, de techos de productividad, de axiomas admitidos como evidencias de la razón, de creencias que se aceptan como si fueran evidentes, de convenciones que rigen los géneros literarios o artísticos, de presupuestos fundadores de una ciencia normal. Semejante entidad limita, cuando no la anula, la libertad de los individuos, marca su impronta sobre todo lo que éstos hacen en su sector de competencia, le confiere un aire familiar. Es un actor oculto de la historia, cuando no el creador de ésta. Y los hechos que, de otro modo, serían meros accidentes individuales, se vuelven inteligibles cuando se refieren a ella.

De un estrato más antiguo proceden todos los métodos que supuestamente reconstruyen, a partir de los contenidos latentes, entidades supraindividuales: naciones, clases, razas, Iglesias y confesiones religiosas, profesiones, sexos, generaciones. Y que se utilizan también para poner de manifiesto las determinaciones a las cuales se someten en cada época los individuos por el hecho de su pertenencia a determinadas entidades biológicas o sociales: visiones del mundo ligadas, cada una, a la perspectiva de clase que se impone a un individuo por su incorporación a ésta; intereses, ilusiones y limitaciones del grupo al que pertenece, que expresa, incluso y sobre todo cuando se imagina que habla en nombre de lo universal; caracteres de un pueblo que se refrac-

tan en las costumbres y los actos de sus súbditos y en primer lugar en las producciones de sus artistas; rasgos indelebles de una raza impresos en todo lo que de ella emana.

Reducido el papel de los individuos a muy poco, o a nada, las entidades supraindividuales se erigen en verdaderos actores, incluso en demiurgos de la historia transformada en el palenque de sus conflictos. Son estos últimos los que tienen que explicar el desarrollo pasado y mostrar su dirección futura. El mismo estrato abarca también todos los métodos que, desde una óptica diametralmente opuesta, hacen explícito el contenido latente de las obras con el fin de reconstruir la psicología de sus autores: un sistema de operaciones intelectuales o las pulsiones reprimidas por la censura del súper-yo o un flujo de vivencias o una sucesión de actos de percepción, de voluntad y de juicio. Finalmente, el estrato más antiguo es el de los métodos de explicitación de los contenidos latentes que habrán desvelar la marcha del Espíritu, la tendencia dominante del espíritu humano, los principios organizadores de la cultura espiritual o los progresos de la civilización en la época de la que proceden las obras interpretadas, para integrar en una totalidad-finalidad los acontecimientos de toda clase que cobran de este modo inteligibilidad y sentido.

Todos los métodos para hacer explícitos los contenidos latentes, de los que acabamos de hacer un rápido inventario, fueron variantes de la reconstrucción del pasado tal como la practicaron los historiadores. Pero si en su época se consideraban legítimas, la mayoría ya no lo son hoy día. Ello es evidente tratándose de aquellos que pretenden reconstruir en el pasado objetos por definición invisibles y cuya existencia es preciso por lo tanto demostrar, como se demuestra la de Dios. Así sucede con el Espíritu, con el espíritu humano o también con la cultura o con la civilización en el sentido que daba a todos estos términos el naciente siglo XIX. Si la realidad presente de los objetos que le corresponden no puede constatarse mediante procedimientos reproducibles, a menos que admitamos previamente unos presupuestos filosóficos que equivalen a introducirla subrepticiamente, lo mismo puede decirse *a fortiori* de su realidad pasada, que no se reconstruyen, aunque parezca lo contrario, sino que sólo se postulan. Todas estas entidades invisibles y otras análogas son, pues, ficciones de las que uno sólo se imagina que actúan en la historia.

Objetos tales como las naciones, las clases u otros grupos dan la sensación a primera vista de no sustentar semejante crítica. Los caracteres morfológicos y la manera de vestirse hacen visible —y los caracteres anatómicos, observable— la pertenencia a un sexo, del mismo

modo que el color de la piel hace visible la pertenencia a una raza. Hace un siglo, en la calle se distinguía a un obrero de un burgués y a ambos de un campesino; es decir, que siempre estaba a la vista el espectáculo de las clases sociales. Hoy en día, la división de clases prácticamente ya no se aprecia a través de la mirada, aunque queda de manifiesto a través de los datos de la renta. Antaño visibles por la manera que tenían, cada una, de ordenar el espacio que ocupaban, de construir, de vestirse, de hacer la guerra, hoy en día las naciones sólo lo son por la lengua de las innumerables inscripciones que jalonan sus carreteras y sus ciudades y por la especificidad de sus monumentos, al tiempo que se distinguen por sus producciones y su renta per cápita, que se reflejan a través de los datos estadísticos. En definitiva, para todos los grupos que hemos enumerado, salvo acaso para las generaciones, es posible indicar procedimientos reproducibles que permiten constatar la realidad presente.

Mientras intentemos reconstruir la realidad pasada de los grupos definidos de esta manera, estaremos enfrentándonos a objetos reales y seguiremos en el terreno del conocimiento. Pero al convertir estos grupos en los principales o incluso en los únicos actores de la historia, y su conflicto en la explicación última de los hechos, abandonamos dicho terreno para adentrarnos por las vías de la imaginación. Porque las clases cuya lucha se supone que ha propulsado la historia universal no son las mismas, a pesar de llevar el mismo nombre, que aquellas de las que se trataba entonces. Ahora están investidas de una conciencia que las unifica y las convierte en individuos colectivos. Y se les atribuye un papel o una misión. Lo cual equivale a decir que ahora llevan entidades o cualidades invisibles. Del mismo modo, para las doctrinas racistas, las razas no son simplemente grupos de seres humanos que comparten algunos caracteres visibles e innatos. Son grupos hereditariamente cargados de las virtudes beneficiosas o perjudiciales que les garantizan en la historia el lugar de los buenos o de los malos sin remisión. Pero en cuanto portadores de entidades o de cualidades invisibles, los grupos biológicos o sociales son ficciones. Y, sin embargo, es el motivo por el que se les promueve al rango de actores o creadores de la historia.

Los objetos pertenecientes al estrato más reciente —estructuras, paradigmas, epistemas y otros semejantes— exigen un tratamiento aparte. Además hay que abordarlos uno después de otro, porque no tienen el mismo estatus epistemológico. Cuando se habla de la estructura que caracteriza al antiguo régimen democrático, por ejemplo, se hace primero explícito el contenido latente de determinados documentos, que

los convierte en fuentes de la historia de la población. Luego se utiliza la estadística retrospectiva para determinar la evolución, durante un largo período, de los coeficientes de mortalidad, natalidad, nupcialidad, etc. Entonces se advierten repeticiones debidas al hecho de que estos coeficientes permanecen encerrados dentro de unos límites que no consiguen superar. De ellos se concluye que existen factores que bloquean el crecimiento demográfico y se procura identificarlos. Por consiguiente, se enuncian hipótesis sobre este tema que se someten a distintas pruebas, para llegar a fin de cuentas a poner de manifiesto la acción de varios factores, a menudo interdependientes, que hace que la población necesariamente llegue a un techo o crezca muy lentamente, y ello a través de un movimiento de vaivén.

Cuando se habla de las estructuras geográficas, técnicas o agrarias, el procedimiento es similar. Pero en esos casos casi siempre se recurre a determinadas huellas; en ocasiones, las repeticiones se advierten sin necesidad de una estadística retrospectiva que no siempre se puede aplicar. El estatus epistemológico de estas estructuras no es, pues, el mismo que el estatus de todas las que se ponen de manifiesto cuando se estudian los datos cuantitativos. Por ello los razonamientos son menos rigurosos y las descripciones más subjetivas y más imprecisas. Aun así, los procedimientos utilizados siguen siendo reproducibles, lo que permite afirmar que nos enfrentamos ahora —y antes todavía más— al conocimiento y por lo tanto a objetos cuya realidad pasada no cabe cuestionar. Esto se aplica *mutatis mutandis* al objeto denominado paradigma, siempre a condición de que se limite su alcance a una ciencia determinada durante un período bien definido.

Cosa distinta ocurre cuando se trata de objetos tales como episteme o visión del mundo, cuando se supone que esta última define una época (referirla a una clase significa casi siempre atribuir a ésta una cualidad invisible). En este caso, también, se parte de determinadas repeticiones. Pero por lo general éstas se constatan de una forma bastante aproximada: se identifican por ejemplo unos razonamientos o unas clasificaciones admitidas como válidas por los autores de una época concreta y por sus lectores, mientras que para nosotros no lo son, o las opiniones compartidas por unos y por otros sobre la realidad de los seres o de los fenómenos que consideramos ficticios, o también de las fronteras trazadas de una manera distinta de lo que lo hacemos entre lo posible y lo imposible, lo necesario y lo contingente, lo seguro y lo dudoso. Puesto de manifiesto por la brecha que nos separa de la época estudiada, su carácter ajeno sólo puede explicarse suponiendo que entonces se admitían, como si fueran evidentes y sin darse cuenta del papel que efectivamente desempeñan, axiomas o criterios de clasificación o definiciones de categorías principales del pensamiento que ya no admitimos. De ahí que se investigue para identificar y enunciar semejantes presupuestos inconscientes y para hacer inteligibles las revoluciones intelectuales que han puesto fin a su imperio en las mentes.

En todo ello nada hay de ilegítimo. Si una serie de personas de las que no hay ningún motivo para poner en duda ni su buena fe ni su inteligencia reconocen como irrefutable un razonamiento que para nosotros no es demostrativo, lógico es inferir que aceptan, sin saberlo, presupuestos que les inducen a ello. Pero surgen dudas cuando, al constatar que algunos presupuestos fueron aceptados inconscientemente por determinadas personas, se pasa a la afirmación de la realidad del episteme o de la visión del mundo propia de una época determinada. Para que semejante transición pudiera justificarse, ¿no habría que disponer de la lista completa de presupuestos presentes que constituyen el fundamento de los razonamientos y de las clasificaciones que en aquella época se consideraban apropiados? Sin embargo, por lo general, sólo se conocen algunos de ellos. Una muestra tan limitada y cuya representatividad no está garantizada no permite fundamentar conclusiones que se refieren a toda una época para poner de manifiesto la unidad profunda. La validez de las inferencias locales no se hace extensiva a su generalización. Y como algunos objetos, como episteme o visión del mundo, sólo adquieren la realidad que se les atribuye mediante la demostración destinada a ponerla de manifiesto de manera incontestable, la invalidación de ésta supone un rechazo de aquélla. Por consiguiente, estamos aquí no ante objetos reconstruidos a partir de fuentes mediante procedimientos reproducibles, sino ante ficciones proyectadas en la historia por la imaginación.

Hacer saber, hacer comprender, hacer sentir: interiorizadas por los historiadores, las exigencias que su público le presenta a la historia los inducen a introducir en sus trabajos objetos ficticios y a hablar de ellos como si fueran reales. A ello se suman algunos efectos de la propia narración. Toda obra histórica confiere a su tema cierta individualidad: le asigna un principio y un fin, traza a su alrededor una frontera, elimina todo lo que no guarda relación con él. Entre el principio y el fin, organiza transiciones y crea por lo tanto una apariencia de continuidad en una materia que es siempre e irremediablemente incompleta. A partir del momento en que se hace algo más que describir las propias fuentes, los procedimientos de reconstrucción empleados y los referentes intencionados e implícitos en los que, dicho de otra forma, ya no basta la prosa ascética de los catálogos, inventarios, anales, dic-

los convierte en fuentes de la historia de la población. Luego se utiliza la estadística retrospectiva para determinar la evolución, durante un largo período, de los coeficientes de mortalidad, natalidad, nupcialidad, etc. Entonces se advierten repeticiones debidas al hecho de que estos coeficientes permanecen encerrados dentro de unos límites que no consiguen superar. De ellos se concluye que existen factores que bloquean el crecimiento demográfico y se procura identificarlos. Por consiguiente, se enuncian hipótesis sobre este tema que se someten a distintas pruebas, para llegar a fin de cuentas a poner de manifiesto la acción de varios factores, a menudo interdependientes, que hace que la población necesariamente llegue a un techo o crezca muy lentamente, y ello a través de un movimiento de vaivén.

Cuando se habla de las estructuras geográficas, técnicas o agrarias, el procedimiento es similar. Pero en esos casos casi siempre se recurre a determinadas huellas; en ocasiones, las repeticiones se advierten sin necesidad de una estadística retrospectiva que no siempre se puede aplicar. El estatus epistemológico de estas estructuras no es, pues, el mismo que el estatus de todas las que se ponen de manifiesto cuando se estudian los datos cuantitativos. Por ello los razonamientos son menos rigurosos y las descripciones más subjetivas y más imprecisas. Aun así, los procedimientos utilizados siguen siendo reproducibles, lo que permite afirmar que nos enfrentamos ahora —y antes todavía más— al conocimiento y por lo tanto a objetos cuya realidad pasada no cabe cuestionar. Esto se aplica *mutatis mutandis* al objeto denominado paradigma, siempre a condición de que se limite su alcance a una ciencia determinada durante un período bien definido.

Cosa distinta ocurre cuando se trata de objetos tales como episteme o visión del mundo, cuando se supone que esta última define una época (referirla a una clase significa casi siempre atribuir a ésta una cualidad invisible). En este caso, también, se parte de determinadas repeticiones. Pero por lo general éstas se constatan de una forma bastante aproximada: se identifican por ejemplo unos razonamientos o unas clasificaciones admitidas como válidas por los autores de una época concreta y por sus lectores, mientras que para nosotros no lo son, o las opiniones compartidas por unos y por otros sobre la realidad de los seres o de los fenómenos que consideramos ficticios, o también de las fronteras trazadas de una manera distinta de lo que lo hacemos entre lo posible y lo imposible, lo necesario y lo contingente, lo seguro y lo dudoso. Puesto de manifiesto por la brecha que nos separa de la época estudiada, su carácter ajeno sólo puede explicarse suponiendo que entonces se admitían, como si fueran evidentes y sin darse cuenta del papel que efectivamente desempeñan, axiomas o criterios de clasificación o definiciones de categorías principales del pensamiento que ya no admitimos. De ahí que se investigue para identificar y enunciar semejantes presupuestos inconscientes y para hacer inteligibles las revoluciones intelectuales que han puesto fin a su imperio en las mentes.

En todo ello nada hay de ilegítimo. Si una serie de personas de las que no hay ningún motivo para poner en duda ni su buena fe ni su inteligencia reconocen como irrefutable un razonamiento que para nosotros no es demostrativo, lógico es inferir que aceptan, sin saberlo, presupuestos que les inducen a ello. Pero surgen dudas cuando, al constatar que algunos presupuestos fueron aceptados inconscientemente por determinadas personas, se pasa a la afirmación de la realidad del epistema o de la visión del mundo propia de una época determinada. Para que semejante transición pudiera justificarse, ¿no habría que disponer de la lista completa de presupuestos presentes que constituyen el fundamento de los razonamientos y de las clasificaciones que en aquella época se consideraban apropiados? Sin embargo, por lo general, sólo se conocen algunos de ellos. Una muestra tan limitada y cuya representatividad no está garantizada no permite fundamentar conclusiones que se refieren a toda una época para poner de manifiesto la unidad profunda. La validez de las inferencias locales no se hace extensiva a su generalización. Y como algunos objetos, como epistema o visión del mundo, sólo adquieren la realidad que se les atribuye mediante la demostración destinada a ponerla de manifiesto de manera incontestable, la invalidación de ésta supone un rechazo de aquélla. Por consiguiente, estamos aquí no ante objetos reconstruidos a partir de fuentes mediante procedimientos reproducibles, sino ante ficciones proyectadas en la historia por la imaginación.

Hacer saber, hacer comprender, hacer sentir: interiorizadas por los historiadores, las exigencias que su público le presenta a la historia los inducen a introducir en sus trabajos objetos ficticios y a hablar de ellos como si fueran reales. A ello se suman algunos efectos de la propia narración. Toda obra histórica confiere a su tema cierta individualidad: le asigna un principio y un fin, traza a su alrededor una frontera, elimina todo lo que no guarda relación con él. Entre el principio y el fin, organiza transiciones y crea por lo tanto una apariencia de continuidad en una materia que es siempre e irremediablemente incompleta. A partir del momento en que se hace algo más que describir las propias fuentes, los procedimientos de reconstrucción empleados y los referentes intencionados e implícitos en los que, dicho de otra forma, ya no basta la prosa ascética de los catálogos, inventarios, anales, dic-

cionarios, cronologías o informes de excavaciones, se introducen algunos elementos ficticios sencillamente porque se respeta la autonomía de la narración. Durante mucho tiempo, los historiadores no se dieron cuenta de todo esto. Ha sido el trabajo crítico que se ha venido realizando desde hace un siglo el que les ha hecho adquirir conciencia de la necesidad que tienen de desechar incansablemente las ficciones que se ocultan en la historia, así como de la imposibilidad de eliminarlas completamente y de una vez por todas.

Porque las ficciones no son sólo intrusiones inertes de las que la historia se pueda librar sin perder nada. Desempeñan un papel heurístico: las prolongaciones o las variaciones imaginarias de los datos del conocimiento engendran nuevas preguntas, conducen a cuestionar unos acervos que se consideraban incontestables, suscitan controversias que pueden resultar fecundas. Por todos estos motivos a veces promueven la investigación de nuevos hechos, generando de este modo nuevas constataciones, válidas porque se han obtenido mediante procedimientos reproducibles, pero genéticamente tributarias de las ficciones. La importancia de éstas es todavía mayor cuando se busca la inteligibilidad. Los intentos por descubrir por los medios propios de la historia la acción inmanente a ésta de las entidades que por cierto los filósofos reconocen como reales, las ideologías o las ciencias sociales —unas después de otras y unas contra otras— nos han llevado a poblarla con ficciones, desde el Espíritu hasta el epistema.

Pero antes de haber sido desenmascaradas y desacreditadas, estas entidades que se consideraban reales han satisfecho, una tras otra, las necesidades de una historia planteada como algo más que una recopilación de hechos. De una historia de la que se sabe hacia qué fin se encamina. O, más modestamente, de la que somos capaces de explicar por qué ha seguido una determinada trayectoria y no otra. O, más modestamente aún, de una historia que se compone de hechos cuyos rasgos distintivos se comprenden. Sin embargo, estas diversas explicaciones han tenido a su vez un papel heurístico: han inspirado nuevos cuestionarios, han puesto en valor ámbitos o períodos pasados por alto y han conducido a hipótesis cuya verificación ha hecho que avanzaran los conocimientos. Hoy en día las cosas no han cambiado. Por unas razones que, como hemos visto, no son las únicas, la historia no puede construirse sin ficciones. Pero no puede construirse sin ellas del mismo modo que un edificio no puede construirse sin unos andamios, que se desmontan una vez terminada la obra, cuando el edificio se asienta establemente y de manera duradera sobre sus propios cimientos. Con la pequeña diferencia de que en la historia —edificio siempre

inacabado— los andamios antiguos sólo se desmontan para instalar inmediatamente otros nuevos.

* * *

Lo que acabamos de decir no se aplica sólo a la historia y a la ficción. En efecto, el conocimiento en todas sus formas no puede construirse sin la imaginación, sin registrar lo que viene dado por la proyección sobre él de los presupuestos *a priori*. Para convencerse de ello basta pensar en la evolución de la física, el mejor ejemplo de un esfuerzo milenario por superar el punto de vista antropocéntrico y por detectar entre las entidades consideradas reales aquellas que no son sino invenciones humanas. Esfuerzo eficaz, pues numerosos conceptos aparentemente basados en la experiencia han quedado rebajados a la categoría de ficciones. Pero esfuerzo interminable, porque todo induce a creer que las mismas situaciones se reproducirán indefinidamente en el futuro. Por lo tanto, el conocimiento nunca es puro. Y la imaginación siempre guarda alguna relación con la realidad. La percepción, la demostración matemática, la hermenéutica, la cuantificación y la observación difieren sin embargo de la imaginación en su propia esencia, tanto por sus mecanismos como por lo que se refiere a la validez de sus resultados. Los productos de la imaginación, objetivados y autónomos a este respecto en relación con sus autores, nunca lo son del todo porque, aun cuando se sepa imitarlos o copiarlos, siguen siendo únicos. En cambio, los resultados del conocimiento, obtenidos mediante procedimientos reproducibles, son estables con respecto a las variaciones individuales, lo que les confiere una total independencia de su génesis y de sus autores. El hecho de que el conocimiento recurra a la imaginación no borra en ningún caso la frontera que los separa. Lo mismo ocurre con la historia y la ficción. Aun comportando añadiduras ficticias, una narración histórica no deja por ello de diferir de una narración fabulada, porque invita a salir del texto y programa las operaciones que permiten establecer una relación cognitiva con una realidad extratextual. Afirmar que la historia no es siempre pura no significa, pues, oponerse a la realidad de la frontera que la separa de la fábula. Por el contrario, significa subrayar que esta frontera, una frontera movediza y que en el pasado ha sufrido varios desplazamientos, nunca ha sido anulada. Y que es inconcebible que llegue a serlo jamás.

PARTE II

Capítulo II

El pasado: de la fe al conocimiento

Las marcas tipográficas características de un texto de historia o, por generalizar al tiempo que resumimos, las marcas de historicidad de un texto, tienen por cometido señalar que éste no es un producto de la imaginación. Comunican su pretensión de mantener relaciones particulares con algo «dado», en este caso con las fuentes con las que este texto pretende ser conforme. Pero, tal como las conocemos hoy día, las marcas de historicidad son el resultado provisional de una evolución multisecular de la que representan sus sucesivas aportaciones. Así, hace muy poco que las fotografías hicieron su aparición en las obras de historia como fuente por derecho propio. Así también, los gráficos sólo figuran en ellas desde las últimas décadas del siglo XIX. Las tablas con columnas de cifras son más antiguas: aparecen ya en el siglo XVIII. En cuanto a los mapas, figuran a partir del siglo XVI, al igual que las citas que hacen referencia a las fuentes impresas o manuscritas de las que supuestamente proceden. Como entonces y hasta finales del siglo XVIII no había archivos públicos, y como era difícil acceder a los depósitos de actas de las administraciones, que estaban casi siempre desordenados, era imposible identificar los documentos por su código de registro de archivo; al menos se indicaba el lugar en que se encontraban, y también se citaban los nombres de los coleccionistas privados que poseían las piezas —monedas, inscripciones, estatuillas— a las que se hacía referencia en los trabajos eruditos. Sin embargo, durante mucho tiempo, sólo una pequeña vanguardia de historiadores hacía gala de semejantes escrúpulos en cuanto a la referencia a las fuentes. A finales

del siglo XVII, Bayle todavía se sentía obligado a explicar que las citas cuyo origen se desconoce carecen de valor.

Antes de la invención de la imprenta, las marcas de historicidad de un texto son en primer lugar fórmulas solemnes, situadas por lo general, bien en la contraportada, bien al final, y que garantizan que el autor ha visto con sus propios ojos lo que describe, y oído en persona las palabras que refiere asegurando que han sido pronunciadas. En cuanto a aquellas cosas de las que el autor no ha sido testigo ocular, y en particular las que se han producido en un pasado más o menos lejano, existen fórmulas análogas que garantizan que la materia de su relato procede de personas dignas de crédito debido a sus elevadas funciones o a la santidad de su vida, y que afirman haber asistido a los hechos que refieren. Con mucha frecuencia a estas fórmulas se añaden otras que subrayan la pasividad del autor; éste afirma no haber añadido nada de su propia cosecha a la transcripción fidedigna de lo que le han contado los testigos de los acontecimientos. Las marcas de historicidad del mismo tipo —«he visto», «he oído de boca de una persona digna de crédito»— también están presentes en los textos antiguos. A este respecto, la Edad Media se limita a perpetuar una tradición más que milenaria, con la cual la ruptura sólo se inicia en los siglos XV y XVI.

La ambición realista de la historia

En todos estos casos, antiguos, medievales y modernos, las marcas de historicidad están ahí para decirle al lector que el relato que las lleva no es fruto de la imaginación, no es una obra de ficción, una fábula. Por el contrario, este relato se considera conforme a lo que su autor ha visto y ha oído, o a lo que ha descubierto estudiando las fuentes. Esta ambición realista —la pretensión de mostrar una imagen verdadera de los acontecimientos, de describir lo que realmente sucedió, de identificar las tendencias que actúan en la larga duración sin que lo sepan los individuos— la han reafirmado en varias ocasiones no sólo los teólogos y los filósofos que hablan de la historia, sino también los propios historiadores en sus declaraciones programáticas. San Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* opone la historia al argumento retórico y a la fábula: aquélla trata de lo que ha sucedido realmente, mientras que los argumentos sólo invocan cosas posibles y las fábulas sólo hablan de lo que no ha sucedido y no puede suceder por ser contrario a la naturaleza misma de las cosas. Once siglos más tarde, en la entrada «Historia» del *Diccionario filosófico,* Voltaire retomará la misma oposición pero

dándole un significado diferente: «La historia es el relato de los hechos que se consideran ciertos, mientras que fábula es el relato de los hechos que se consideran falsos.»

Según nuestros dos autores, la historia ambiciona, pues, decir la verdad. Sin embargo, mientras que san Isidoro opina que ésta alcanza su ambición, Voltaire no se pronuncia al respecto. La demarcación entre la historia y la fábula se basa para el primero en criterios ontológicos; distingue los hechos, los posibles y los imposibles. Los hechos son todo lo que se ofrece a la vista; en otras palabras, según san Isidoro, la realidad de la que trata la historia coincide con el ámbito de lo visible. En cuanto a la frontera entre lo que es posible y lo que no lo es, sólo puede trazarse en función de un saber referente a la naturaleza de las cosas. En este sentido, la historia no se puede disociar de la teología que, para san Isidoro, es la única que ostenta semejante saber. Evidentemente, para Voltaire, las cosas no son así: él se sitúa en el interior del discurso y separa la historia de la fábula en virtud de la intención de cada relato, de la manera como presentan los hechos. En otras palabras, Voltaire se refiere a lo que aquí hemos denominado marcas de historicidad: los elementos del discurso encargados de señalar la relación que pretende guardar con la realidad. A partir de ahí, Voltaire plantea la cuestión de la credibilidad de dichas marcas, es decir, de la posibilidad de desenmascarar las fábulas que supuestamente las hayan usurpado para hacerse pasar por historia. Entonces es cuando aparece con su pluma el término *monumento,* que no encontramos en san Isidoro.

Esto permite delimitar mejor los cambios que sufre la historia a partir del siglo XV y cuyos múltiples aspectos expondremos a continuación. Porque, para ser válido, cualquier discurso sobre la historia ha de ser a su vez un discurso histórico. Del mismo modo que cualquier teoría del conocimiento y, en particular, cualquier teoría del conocimiento histórico, ha de ser una teoría histórica en el sentido de que debe tener en cuenta las transformaciones del conocimiento mismo a lo largo del tiempo. Antes de esbozar una presentación de esta cuestión, subrayemos que la oposición entre historia y fábula no funciona sólo en las declaraciones programáticas sino que, de hecho, la utilizan los historiadores, particularmente en la Edad Media, para eliminar determinados relatos que de forma abusiva pretenden ser históricos a pesar de que su contenido sea fabulado: contrario a la naturaleza de las cosas.

Así, Pablo Diácono, historiador lombardo, hace escarnio del relato según el cual un dios, Wotan, supuestamente concedió a los winiles una victoria sobre los vándalos; como, para Pablo Diácono, Wotan no

era más que un hombre, difícilmente podía concederle a nadie una victoria militar, pues tal cosa dependía exclusivamente de un veredicto del cielo. De forma similar, los historiadores ingleses Guillermo de Malmesbury y Guillermo de Newburgh se esfuerzan por eliminar de la historia de Inglaterra la leyenda artúrica que introdujo Godofredo de Monmouth. Indican que las cosas que cuenta son sencillamente imposibles y que, por lo tanto, el relato que de ellas se hace no es sino una fábula. Podríamos citar otros ejemplos, como la secular controversia en torno a Heródoto, tachado por unos de mentiroso impenitente que no cuenta más que fábulas y considerado por otros como un historiador digno de todo crédito. Dejemos para más adelante algunos otros relatos que, después de haber pertenecido a la historia, han quedado rebajados a la categoría de fábulas, y constatemos de entrada que la oposición entre historia y fábula o, lo que es lo mismo, entre historia y ficción, está permanentemente presente desde la aparición misma de la historia hasta nuestros días; que el deseo de describir las cosas tal como son o tal como han sido es parte inherente del proyecto de la historia; y que cualquier texto en el que, más allá de las apariencias en sentido contrario, se revela la ausencia de semejante deseo, pierde por este mismo hecho la condición de texto histórico.

En resumen: la ambición realista es inseparable de la historia. Pero se encarna en formas socialmente codificadas que varían en el tiempo y en el espacio. En particular, una gran brecha separa el mundo en el que las marcas de historicidad son del tipo «he visto», «he oído de boca de una persona digna de crédito, la cual sí que ha visto lo que yo refiero», del mundo en el que estas marcas son del tipo: «he observado estudiando las fuentes». Al primero pertenecen, salvando todas las distancias, las historiografías antiguas —china, griega y romana—, así como las historiografías medievales —china, árabe, turca, bizantina, eslava y occidental—, ya sea en latín o en lenguas vernáculas. El segundo es el de la historia tal como empieza a despuntar en Italia en el siglo XV, para consolidarse y propagarse a lo largo de los siglos siguientes en los diferentes países europeos, extendiéndose, a partir del siglo XIX y sobre todo en el siglo XX, a otros continentes e imponiéndose en la actualidad un poco por doquier como el único modelo de la historia que tiene validez universal. Paralelamente, a lo largo de todo este período, se amplía el repertorio de técnicas y de métodos de la investigación histórica, así como su campo de aplicación, mientras que el intervalo de tiempo que son capaces de explorar experimenta una dilatación. Huelga insistir sobre el hecho de que todo ello se inscribe en un proceso muy complejo que es, por un lado, el de las transformaciones de los fundamentos mismos del conocimiento, y, por otro, el de la creación, con la fuerza de las armas, de los imperios dominados por las potencias europeas, que siguió a su desintegración a medida que se constituían naciones dentro de Europa y fuera de sus fronteras.

La mirada y la fe

La Edad Media occidental ha heredado de la Antigüedad la equiparación de la historia con la descripción verídica de las cosas vistas. Semejante definición se ofrece de forma explícita en obras que, sintetizando el saber clásico y las creencias cristianas, han ejercido su influencia durante siglos, como la enciclopedia ya citada de san Isidoro, cuyos ecos nos siguen llegando ochocientos años después de su aparición. Pero dicha definición corresponde también a la manera de proceder de los historiadores de la Edad Media, que dedican el grueso de sus obras a describir lo que han visto. Se trata aquí de un caso particular de la convicción que fundamenta la epistemología y la práctica cognitiva de la Edad Media, según la cual conocer y ver son una misma cosa. Es imposible pasar aquí revista a todas las consecuencias de semejante convicción. Nos limitaremos a señalar que cualquiera que se adhiera a ella debe admitir como evidente que el pasado lejano no puede conocerse teniendo en cuenta que, para un individuo determinado, los hechos se hallan en dicho pasado lejano cuando los recuerdos de estos hechos no forman parte de su propia memoria. Esta idea de la imposibilidad de conocer el pasado efectivamente se ha deducido de la identidad del conocimiento y de la mirada, como lo hizo por ejemplo san Agustín, cuyas obras figuraron durante siglos entre los textos más leídos de la Edad Media latina. Y es la misma idea la que subyace en la pregunta: ¿cómo se puede justificar la pretensión de mantener un discurso verdadero sobre acontecimientos de los que uno mismo no ha sido testigo ocular debido a su alejamiento espacial o temporal? A ello se contesta que este discurso emana de hecho, no del historiador, sino de una persona que sí que ha visto aquello de lo que habla; el historiador que considera a dicha persona digna de crédito lo manifiesta y se limita a transcribir fielmente sus palabras, adoptando con respecto a ella la posición de un copista. Por lo tanto, un discurso verdadero puede estar, en el ámbito que nos ocupa, fundamentado de dos maneras: tratándose del presente, en el conocimiento, es decir, en la mirada del historiador; tratándose del pasado, en la confianza que le otorga a quien ha sido testigo, es decir, en la fe. De este modo volvemos a encontrar las

dos variantes de las marcas de historicidad presentes en los textos de la Edad Media: «he visto» y «he oído de boca de una persona digna de crédito, la cual sí que ha visto lo que yo refiero». Queda, pues, claro que estas dos variantes están unidas por un profundo vínculo: si conocer equivale a ver, el pasado lejano no puede ser objeto de un texto histórico salvo que se aprehenda gracias a la fe.

A medida que se propagan en Europa la escritura, el cristianismo y el latín, los representantes de los pueblos que anteriormente sólo tenían tradiciones orales comienzan a practicar la historia. Esta propagación de la historia entre las etnias que han vivido fuera de las fronteras del Imperio romano comienza en el siglo VI con los godos; acabará ocho siglos más tarde en Prusia oriental y en Lituania en el momento en que surgen ya, entre los primeros humanistas italianos, las primicias de una nueva historia que, con cambios muy numerosos e importantes, seguirá vigente hasta nuestros días. Pero la historia cuya propagación cubre toda la duración de la Edad Media europea no exige sólo a quien se dedica a ella que sepa describir lo que ve conforme a las normas retóricas destinadas a garantizar la veracidad de la descripción. También exige que sea capaz de integrar su presente en tres tradiciones diferentes: la tradición étnica, la tradición clásica y la tradición bíblica.

La integración del presente en la tradición étnica permite afirmar la identidad del pueblo del que el historiador se siente portavoz, mostrar los orígenes, la persistencia y la gloria de su nombre, establecer la continuidad entre la generación presente y los antepasados fundadores. Así es como el pueblo adquiere la capacidad de tener una historia. Pero, para tener una historia, no basta con transcribir, fiándose de los Antiguos, las tradiciones que hasta entonces se transmitían oralmente. Porque llevan el doble sello de la barbarie y del paganismo, que las hace inaceptables a ojos de los clérigos vinculados a la religión cristiana y a la cultura latina. Por consiguiente, hay que mostrar que el pueblo del que se procede siempre ha sido un pueblo con una cultura. Y la única forma de hacerlo es identificando su presencia en la historia de los griegos y de los romanos, relacionando sus recuerdos colectivos con los acontecimientos descritos por sus historiadores, e incluso descubriendo vínculos de parentesco con ellos debidos a la existencia de antepasados comunes que vivieron durante la época de los orígenes. Del mismo modo, hay que mostrar que el pueblo del que se procede ocupa en la historia un lugar y desempeña un papel en ella previsto por el plan providencial tal como se puede leer en las Escrituras; para conseguirlo, hay que situar a este pueblo en la descendencia de Adán

o, más exactamente, en la de los hijos de Noé, estableciendo una filiación continua desde uno de ellos hasta el presente y trazando el itinerario que conduce de la torre de Babel hasta los territorios actualmente habitados.

Tradición étnica, tradición clásica, tradición bíblica

Una historia particular, aislada de las de los demás e insignificante, se integra de esta manera en la historia universal bajo sus dos modalidades: sagrada y profana. Ello le confiere una dignidad y un interés a ojos del clero, que es una realización institucional de esta universalidad. Se entiende que son sobre todo las tradiciones étnicas las que contribuyen en mayor medida a semejante operación. Porque su consignación por escrito y su posterior elaboración quedan subordinadas al objetivo planteado, que es su integración en la historia universal. Pero ni la tradición clásica ni mucho menos la tradición bíblica pueden de ningún modo modificarse, pues su veracidad la garantizan unas instituciones que gozan de absoluta credibilidad. En cambio, la tradición étnica es maleable, sobre todo en un momento en que se está empezando apenas a establecerla. A este respecto se plantean varios problemas técnicos que el historiador se ve obligado a resolver: el de los nombres étnicos a los que hay que encontrarles equivalentes en la historia grecorromana y bíblica; el de las fechas, es decir, el de la atribución a los acontecimientos de un lugar en el seno de la cronología cristiana; el de las creencias paganas que hay que convertir en historia; el de las genealogías que hay que adaptar a la dinastía reinante y a las familias nobles; etc. Fue la resolución de estos problemas en un país europeo tras otro la que condujo a dotarlos de todas sus historias vinculadas a la historia universal sacra y profana.

Pero esta historia universal tenía también sus propios problemas. En particular el de la cronología, porque había que sincronizar la de la Biblia con la que estaba en uso en Roma. Para ello fue necesario todo un trabajo iniciado por Eusebio de Cesarea y que concluyó en el siglo VI Dionisio el Menor planteando la equivalencia «754 *ab Urbe condita* = año 1.º tras el nacimiento de Cristo». Al situar la tradición esta última fecha en el año 5000 después de la creación del mundo, que supuestamente tenía de seis mil años, y al asignar un día de la semana para cada milenio y el domingo para la eternidad, se podían disponer dentro de este marco todos los hechos presentes, pasados y futuros. Junto a este problema cronológico vinculado al del calendario, la histo-

ria universal también tenía su problemática más propiamente teológica, referente a las relaciones entre su vertiente sacra y su vertiente profana. Esta problemática se manifiesta en lo esencial de dos formas: como la cuestión de la periodización de la historia universal y como una cuestión más política referente a las relaciones entre la Iglesia y el Imperio.

Durante ocho siglos, desde el VI hasta finales del XIV, la historia funciona en el marco cuyas líneas generales acabamos de esbozar. En particular, nadie critica los relatos etnogenéticos tildándolos de inaceptables, imposibles o absurdos, a pesar de que lo sean para nosotros en la inmensa mayoría de los casos. Si se rechaza uno, generalmente del vecino, es para defender mejor el propio. Así, los historiadores ingleses se oponen al origen troyano de los francos, pero aceptan con la mayor seriedad el mismo origen para los habitantes de las Islas británicas, cuyo nombre, como todo el mundo sabe, procede del de Bruto. Por ello, la aparición de críticos que atacan los relatos etnogenéticos en su propia raíz, rebajándolos todos —a excepción del de los romanos— a la categoría de fábulas, marca el comienzo del final de la historia bajo su forma medieval. Añadamos enseguida que esta aparición se sitúa en cada país en una fecha distinta y que las fechas se escalonan desde finales del siglo XIV en Italia hasta la segunda mitad del siglo XVIII en la Europa del Este. Y que, en cada país, los relatos etnogenéticos se convierten en la baza del conflicto entre los conservadores y los innovadores, conflicto que por regla general ha tenido una dimensión política. Se entiende, pues, que los relatos etnogenéticos no hayan desaparecido de la noche a la mañana: en Francia, tardaron ciento cincuenta años en hacerlo, y en Inglaterra casi dos siglos. Además, convendría tener en cuenta los distintos tipos de la historia, pues casi con toda seguridad la desaparición de los relatos etnogenéticos de la historia erudita (segunda mitad del siglo XVII en Francia y en Inglaterra) no signifique que hayan desaparecido también de la literatura histórica destinada a un público amplio. Además, en este ámbito como en muchos otros, se producen regresiones; así, en la historiografía polaca, las posiciones críticas muy avanzadas que ocuparon algunos historiadores en el siglo XVI no se mantuvieron posteriormente y sólo se recuperaron en la segunda mitad del siglo XVIII. Finalmente, existen distintos avatares de relatos etnogenéticos; cabe preguntarse, por ejemplo, si el mito celta en Francia, a finales del siglo XVIII y a principios del XIX, no es una variante actualizada de un relato de los orígenes que, so pena de resultar irrisorio, ya no podía recurrir a los valientes troyanos.

La invención de la Edad Media

¿Qué sucedió para que se pudieran rebajar a la categoría de fábula los relatos cuya pertenencia a la historia no suscitó durante siglos ninguna duda? La Edad Media acepta casi como un dogma la superioridad de los «antiguos» sobre los «modernos», basada en la convicción de que el tiempo es una fuerza puramente destructiva y de que el mundo evoluciona desde la juventud cercana a la creación hacia la vejez y la muerte. A una tesis tan abrupta desde luego hay que añadirle que existían múltiples maneras de concebir esta superioridad y que siempre se la podía atribuir a los «modernos» arguyendo el hecho de que son cristianos. A pesar de ello, las personas instruidas encontraban en la Antigüedad romana un repertorio de ejemplos y de modelos, en particular en lo relacionado con la lengua, el estilo y el saber profano, y reconocían que a este respecto, comparados con los «antiguos», los «modernos» eran unos pigmeos. Es este estado de ánimo el que inducía a buscar las reliquias de los romanos, en particular los textos de los autores clásicos, en sus versiones más arcaicas, más próximas de los orígenes y por lo tanto menos corrompidas por el tiempo.

Esta búsqueda, que se inicia a gran escala en el norte de Italia, y ello desde el siglo XIII, conduce poco a poco al descubrimiento de un desfase entre el latín original, el de Cicerón y Tito Livio, pero también el de san Agustín y el de san Jerónimo, y el latín de uso vulgar, en particular el de la escolástica y el derecho; entre la uncial carolingia, que supuestamente fue la escritura de los Antiguos, y la grafía de las inscripciones, que era realmente antigua, por una parte, y, por otra parte, entre la primera y la escritura que aún en nuestros días sigue llamándose «gótica»; entre la grandeza de Roma tal como aparece descrita en los textos clásicos y su miseria presente, particularmente llamativa en el período de los papas de Aviñón. En resumen, la dinámica misma de la cultura medieval dio origen en el siglo XIV a un humanismo como el que ya había engendrado en los siglos VIII y XII. Pero, a partir del siglo XIV, este humanismo halla un nuevo sustento social y económico; si anteriormente los humanistas eran necesariamente miembros del clero porque lo eran todas las personas instruidas, en adelante pueden ser notarios que trabajan, bien para las cancillerías —la del Papa o las de las ciudades-Estado de Italia—, bien para las grandes compañías comerciales, fuente de la riqueza de las ciudades. Por primera vez un humanismo halla en el seno mismo del mundo cristiano un ambiente

que, en ciertos aspectos, corresponde efectivamente al de las ciudades de la Antigüedad. Es en este clima en el que la idea de una continuidad entre el mundo antiguo y el mundo «moderno», es decir, el de los siglos XIV y XV, comienza a parecer insostenible por ser manifiestamente falsa. Entre el período en el que florecieron las buenas letras y el presente en el que vuelven a florecer aparece, desde esta nueva perspectiva, un abismo, un agujero, una época de corrupción de la lengua, de la escritura, del estilo, de las artes, de las costumbres, bajo la influencia de los pueblos del norte y, sobre todo, de los godos bárbaros que lo destruyen todo a su paso. Una época sin caracteres positivos y que sólo se puede definir como intermedia entre el esplendor del pasado lejano y el presente que tiende a imitarlo: *media aetas, media tempestas*. La Edad Media.

Qué duda cabe de que la gestación de este concepto ha requerido mucho tiempo, pues no adquiere su forma adulta hasta el siglo XVI. Pero la idea misma de la Edad Media aparece ya en Petrarca y desde finales del siglo XIV ya surge la idea concomitante de un renacimiento al que le espera un buen porvenir. Es fácil comprender que la propagación de una imagen de la historia en la que entre el pasado remoto, la Antigüedad y el presente se intercala una época cargada exclusivamente de caracteres negativos, al menos en lo que atañe a la vida profana, sólo puede conducir a un cuestionamiento de los relatos etnogenéticos que presuponen, por su parte, que entre el pasado lejano y el presente existe una continuidad sin ruptura. Pero esta nueva representación de la historia también contribuye de otro modo a rebajar dichos relatos a la categoría de fábula. El pasado lejano, ya lo hemos comentado, es en la Edad Media objeto de fe. Y un relato que trate del pasado lejano se acepta como histórico si viene avalado por una persona o una institución que se considera digna de crédito, dotada de la autoridad que obliga a dar su palabra por cierta. Pero el período mismo en el que aparecieron los relatos etnogenéticos los hace sospechosos para los humanistas, mientras que las instituciones que avalaban dichos relatos se hallan sometidas a crítica. Ya no inspiran confianza y se recela de lo que consideran verdadero, tratándose de su pasado. Ni siquiera la Iglesia se libra de semejantes ataques, como lo atestiguan las sucesivas demostraciones de la falsedad de la supuesta donación de Constantino.

La nueva representación de la historia la somete a una periodización que nada tiene que ver con las que se conocieron en la Edad Media y que todavía persistirá durante mucho tiempo, en particular en el ámbito de la historia eclesiástica. Conduce a una tripartición —Antigüedad, Edad Media, tiempos modernos— en la que las rupturas de continuidad vienen provocadas, no por intervenciones directas de Dios en los asuntos de los seres humanos, sino por las acciones de estos últimos, ya se trate de los godos que conquistan Roma o de los turcos que toman por asalto Constantinopla. Y también introduce una estructura cíclica del tiempo de la historia en la que, tras haberse alcanzado una cumbre, comienza un período de decadencia que se acentúa hasta el momento en que llega al punto más bajo; entonces se inicia una lenta recuperación que culmina en un renacimiento. Todo ello conduce a una modificación del estatus de la Antigüedad. Al no estar ya vinculada al presente de forma directa, deja de plantearse como inmediatamente comprensible, como si viniera dada del mismo modo que el mundo circundante. De ahí la aparición de la sensación de que los textos que proceden de ella no son transparentes sino que primero hay que establecerlos de manera segura y luego someterlos a un trabajo de interpretación. En otras palabras, la Antigüedad se objetiva, aparece cada vez más como objeto de estudio, sin dejar de ser durante mucho tiempo un repertorio de ejemplos y de modelos; es porque es esto por lo que se convierte en aquello. Llegamos aquí a un componente fundamental de la cultura erudita de los siglos XV a XVIII que hoy en día tenemos tanta más dificultad en comprender cuanto que la Antigüedad ya no es para nosotros la época con la que hay que medirse y que hay que tratar de emular. Este componente es la búsqueda anticuaria a la que se dedica una buena parte de la actividad intelectual del primer período de los tiempos modernos.

La búsqueda anticuaria

Se trata en primer lugar de la búsqueda de manuscritos a la que podríamos decir que se entregan los humanistas desde siempre y que conduce, a partir del siglo XIV, a buscar también otras reliquias de la Antigüedad: piedras grabadas, estatuas, inscripciones, monedas, objetos diversos. De este modo se manifiesta y se extiende cada vez más ampliamente la moda de las colecciones y las antigüedades, que perdurará hasta el siglo XVIII. Paralelamente a la búsqueda de piezas de colección se desarrolla el interés por los monumentos inmóviles: edificios, obeliscos, acueductos, anfiteatros, etc. Se los dibuja, se establecen sus planos y, poco a poco, se comienza a practicar en torno a ellos verdaderas excavaciones que, desde el punto de vista de las normas actuales, no son más que una búsqueda del tesoro, pero que descubren una gran cantidad de objetos y enriquecen la imagen que la gente se forma

de la Antigüedad. La acumulación, a partir del siglo XV, de un número creciente de documentos y de monumentos clásicos se halla en el origen de la formación de disciplinas que, bajo esta forma, no existían anteriormente. De la filología, que nace con Petrarca, directamente vinculada a la elaboración de las técnicas de establecimiento del texto, filiación de los textos, interpolación y corrección de éstos, atribución, etc. De la epigrafía, especializada en el estudio de las inscripciones y que aparece en el siglo XV con los primeros *Sylloge* y las primeras colecciones. De la numismática, estudio de las monedas —objeto de colección por excelencia—, que aborda a través de ellas toda una serie de problemas: la sucesión de los cónsules y de los emperadores de Roma o de los reyes en otros lugares, la cronología, la geografía histórica, las creencias; poco a poco, ampliará su radio de acción hasta englobar Oriente y la Edad Media, pero eso no ocurrirá hasta los siglos XVII y XVIII. Por último, de la arqueología, por utilizar un término anacrónico que designa el estudio de diferentes monumentos de los Antiguos —armas, obras de arte, utensilios, edificios, embarcaciones, etc.— para descifrar su significado o redescubrir sus usos.

Durante tres siglos, del XV al XVIII, está búsqueda antiquizadora está en pleno auge, al tiempo que se constituyen y se codifican las disciplinas que acabamos de enumerar. Los resultados de los trabajos de los anticuarios de aquella época llenan una biblioteca. Los textos clásicos que han publicado y comentado llenan otra. De este modo se acumula un enorme corpus de datos sobre los aspectos más diversos de la vida de los Antiguos. Y, sin embargo, durante mucho tiempo, al menos hasta el siglo XVIII, no se trató de escribir una historia clásica, una historia de Roma o de Grecia. Hallamos aquí un efecto, que sólo es paradójico en apariencia, de este mismo principio de imitación del que los estudios clásicos extraen su importancia trascendente. Porque si los Antiguos proporcionan en todos los ámbitos modelos y ejemplos, hay que admitir que su historia realmente la escribieron ellos mismos, y además en su forma definitiva; no hay nada que añadir y nada que corregir. Las historias de Tito Livio, de Tácito o de Amiano Marcelino tratándose de Roma, las de Tucídides y de Pólibo tratándose de Grecia, son historias modelo. Lo que hay que hacer es imitarlas. Pero puesto que tratan de aquello que para sus autores era el presente, imitarlas es escribir la historia del presente, inspirándose en el ejemplo que nos proporcionan.

Es esta idea de la historia la que transmitían en los siglos XVI y XVII numerosas *artes historicae* que, siguiendo en este punto el ejemplo de los Antiguos, tratan la historia como una rama de la retórica, del arte

literario y oratorio. Desde luego, repiten hasta la saciedad que el historiador debe escribir la verdad. Pero ésta se concibe como una adecuación, una «proporcionalidad» de la descripción y de la dignidad de las cosas descritas. Un historiador que habla de los reyes, de los príncipes, de los grandes, y que les habla, debe mantenerse estilísticamente a la altura de sus héroes y de sus lectores —y a la altura de los acontecimientos en los que éstos participan. De ahí el reconocimiento del derecho del historiador a inventar arengas jamás pronunciadas pero que sirven para mostrar que los personajes representados son conscientes de los móviles de sus actos y que éstos están impregnados de dignidad y grandeza. Detrás de todo ello se perfila una psicología de la historia que supone que los grandes acontecimientos son obra de grandes empresas concebidas por grandes hombres, y que busca sus principios explicativos en las pasiones, las aspiraciones y los intereses de estos últimos.

La historia eclesiástica

A partir del siglo XVI, paralelamente a la búsqueda antiquizadora cuyas técnicas adopta, se forma otra corriente que, bajo la presión de las exigencias de la controversia religiosa, se adentra en la explicación de la historia eclesiástica y, en particular, de la historia de la Edad Media. En este ámbito también se acumula a lo largo de los siglos XVI a XVIII un enorme corpus de fuentes: ediciones de los Padres de la Iglesia, de los concilios y de los sínodos, crónicas, vidas de santos, obras de teólogos, documentos diversos. Hay trabajos publicados en aquella época que todavía resultan útiles hoy en día. Pero no se trata en ningún caso de una búsqueda desinteresada: los protestantes buscan en el pasado argumentos que les permitan confundir a los «papistas», y estos últimos se esfuerzan por demostrar que los protestantes son unos herejes cuyas doctrinas se oponen a toda la tradición de la Iglesia universal. Así, los protestantes publican el opúsculo de Valla, *De falso credita et ementita Constantini donatione declamatio,* que consideran justificadamente un modelo de la crítica histórica y que resulta muy molesto para los controversistas católicos. Estos mismos protestantes se adueñan sin embargo de una leyenda inventada en la Baja Edad Media y según la cual, en un determinado momento del siglo IX, una mujer consigue ascender al trono de san Pedro: es la historia de la papisa Juana. Los historiadores y los publicistas protestantes concluyen (mientras los católicos se oponen a la validez de este razonamiento) que en la historia de la Iglesia romana se ha producido una ruptura de continuidad y

que, desde este punto de vista, la superioridad pertenece a la religión reformada que ha conseguido preservar sin interrupción la tradición apostólica gracias a la cadena de testigos de la fe. La controversia en torno a la papisa Juana se prolonga hasta principios del siglo XVIII; los protestantes —no todos, bien es cierto— se obstinan en defender la historicidad, mientras que los católicos demuestran que no era más que un personaje de fábula.

De esta controversia, la historia acabó por sacar algunos beneficios. Los historiadores católicos consiguieron revelar el carácter tardío (siglo XIV) de todos los textos que supuestamente eran las fuentes del relato sobre la papisa Juana y demostrar que todas las menciones a ésta, que se consideraban más antiguas, no eran más que interpolaciones. Pero eso hacía que el propio acontecimiento fuera poco probable, ya que era difícil imaginar que durante siglos nadie hubiera mencionado un hecho tan enorme y escandaloso como la usurpación por una mujer del trono papal. Por otra parte, se empezó a escrutar la cronología para verificar si había, entre dos pontificados conocidos, suficiente lugar para que sucedieran los acontecimientos de los que hablaba la leyenda. También a este respecto la conclusión era negativa. A medida que los argumentos se afinaban de una parte y de otra, los historiadores católicos y protestantes llegaron a la posición siguiente: si los primeros aceptaban los principios que fundamentaban la demostración del carácter fabuloso de la papisa Juana, no tenían más remedio que aceptar la falsedad de la donación de Constantino; y si los segundos aceptaban la falsedad de la donación, tenían que considerar que el relato de la papisa era una fábula. Lo que pone de manifiesto, dicho sea de paso, que las reglas de la crítica histórica no dependen en su enunciado de los presupuestos teológicos, ideológicos ni políticos. A pesar de que las investigaciones sobre la historia eclesiástica guardan semejanzas con las de los humanistas sobre la Antigüedad, unas y otras conducen a prácticas historiográficas muy diferentes. Como los humanistas no escribían historias antiguas, se abrió un abismo entre los anticuarios y los historiadores, inspirándose estos últimos en los ejemplos antiguos para escribir historias «modernas», esencialmente retóricas. En cambio, la historia puesta al servicio de la controversia religiosa, tanto del lado católico como del protestante, debía incorporar los resultados de las investigaciones, dedicarse a convencer a los adversarios y prestar especial atención a su conformidad con los datos procedentes de las fuentes, porque los críticos no perdonaban. De ahí la aparición de gruesos infolios suponiendo lectores que buscan, no una instrucción agradable y entretenida, como en el caso de los lectores de las historias humanistas, sino argumentos susceptibles de ser utilizados en controversias por uno mismo o por el enemigo. Éste es el ambiente en el que se empieza a recurrir a marcas de historicidad que todavía hoy seguimos poniendo en nuestros trabajos: notas a pie de página que permiten localizar el texto invocado, citas entre comillas, referencias a documentos originales. Se entiende que, para los historiadores-controversistas, el acceso a las fuentes adquiera una importancia crucial: la lucha es a golpe de descubrimientos, de documentos exhumados, de ediciones críticas, de dataciones, de atribuciones. Por ello, tanto del lado protestante como del católico, se crean auténticos institutos encargados de proseguir trabajos muy largos y que requieren un esfuerzo colectivo; se hacen viajes de estudio para rebuscar en los depósitos de actas y en las bibliotecas; en definitiva, se inventan varias instituciones que condicionan todavía hoy el trabajo de los historiadores.

ERUDICIÓN, POLÍTICA, CONTROVERSIA

De las tres tradiciones que un historiador tenía que armonizar en la Edad Media, los humanistas privilegian la tradición clásica y los historiadores-controversistas la tradición bíblica o eclesiástica. Queda por citar una tercera tendencia que, por su parte, privilegia la tradición étnica. Se constituye más tarde que las otras dos, a lo largo del siglo XVI, sobre todo en los países transalpinos —Francia, Gran Bretaña, Alemania; para los italianos, la tradición clásica formaba un todo con su tradición étnica. En un primer momento, esta última sufre sin embargo un proceso de antiquización, incluso en los países del norte, y los monarcas importan historiadores italianos y humanistas para cantar las grandes gestas de sus antepasados; es Paolo Emilio quien, a principios del siglo XVI, recibe el encargo de escribir una historia de Francia, del mismo modo que Polidoro Virgili escribe la de Inglaterra.

La tendencia que en adelante se denominará «erudita» imprime una orientación propia tanto a la investigación histórica como a la escritura de la historia. Sus representantes se interesan principalmente por la Edad Media; porque efectivamente es la época en la que se conforman las tradiciones particulares de cada reino y las instituciones de éstos. Por consiguiente se estudia el derecho, la justicia, el ejército, las monedas, los pesos y medidas, las técnicas de combate, las armas, los usos y costumbres de todo tipo, la lengua, las obras literarias y las creencias; citemos a modo de ejemplo *Les Recherches de la France* de Étienne Pasquier, por su interés casi enciclopédico por todo lo que se re-

fiere al pasado nacional. La elección de la época y de los temas, que distinguía a los eruditos de los humanistas, y a la que hay que agregar el hecho de que recurren frecuentemente a la lengua vernácula para escribir la historia, los separaba también de los historiadores implicados en la controversia religiosa. Era un ámbito que eludían abordar. Eran a menudo irenistas, o, como se decía entonces, «políticos», partidarios de un poder real fuerte, y subordinaban los intereses confesionales a los del Estado.

Si había una causa al servicio de la cual los eruditos ponían la historia, ésta era sin duda la de sus respectivas monarquías. Por ello se oponían a las pretensiones temporales del papado, aunque también, en Francia, a algunas reivindicaciones hugonotas acusadas de propugnar la creación de un Estado dentro del Estado. Y se oponían también, en nombre de su país, a las pretensiones de los vecinos a un determinado título, una determinada prelación o una determinada porción del territorio. Se hallaban, pues, empujados hacia la controversia, aunque política y jurídica mucho más que religiosa. Pero hemos visto que las exigencias de la controversia imponían una manera de escribir la historia destinada a convencer al adversario, produciendo las fuentes de sus afirmaciones. Los eruditos se asemejan más a los historiadores eclesiásticos que a los humanistas en la medida en que desempeñan un papel político y, por consiguiente, participan en algunas controversias. Utilizan como pruebas los numerosos documentos que descubren y publican. Y escriben sus historias esforzándose por convencer a sus lectores, no mediante argumentos puramente retóricos, sino a través de una hábil utilización de las fuentes. Ello los conduce a dar gran importancia a la exactitud geográfica y cronológica, a preferir las citas de los textos originales antes que mantener un estilo homogéneo, a no temer los términos arcaicos, jurídicos o técnicos.

Las nuevas periodizaciones que introducen los humanistas imponían al tiempo de la historia una estructura no tanto cíclica sino, tal vez, oscilatoria; después de una Antigüedad ejemplar viene una repulsiva Edad Media a la que sigue el renacimiento de antiguas virtudes, y así sucesivamente. De modo semejante, los historiadores protestantes distinguen la infame Antigüedad pagana, la época de la Iglesia primitiva que sigue siendo un modelo, la Edad Media mancillada por los «errores papistas» y el período del retorno a las fuentes de la fe. En cuanto a los eruditos, heredan de la tradición humanista la división tripartita de la historia, que gracias a ellos entrará en los manuales a partir de la segunda mitad del siglo XVII, aunque limitan el alcance de las oscilaciones, que se asimilan con frecuencia a las de la naturaleza, al

ámbito de las artes y las letras. Porque, junto a este tiempo oscilatorio, introducen otro: el tiempo del saber, un tiempo lineal a lo largo del cual los conocimientos se suman unos a otros. La vieja imagen de los enanos sentados sobre los hombros de los gigantes, que tanto gusta citar en los siglos XVI y XVII, adquiere así un nuevo significado. Ya no dicen como antes: somos unos enanos y sólo podemos ver más lejos que nuestros antecesores los gigantes gracias al hecho de que estamos encaramados sobre sus hombros. Por el contrario afirman: aunque fuéramos enanos, seríamos capaces de ver mas lejos que quienes nos precedieron; pero no lo somos, porque, en algunos aspectos, incluso hemos superado a los Antiguos. Buena prueba de ello es la brújula, que hizo posibles unos descubrimientos geográficos con los que los Antiguos ni siquiera habrían podido soñar, así como la imprenta, la pólvora, etc. De este modo se perfila entre los eruditos el primer esbozo de lo que, a finales del siglo XVIII, se convertirá en una teoría del progreso. Es lo que les inspira un sentimiento de superioridad con respecto al pasado y la voluntad de combatir las supersticiones, definidas por cierto de maneras muy variables pero entre las cuales figuran los relatos etnogenéticos que los eruditos relegan definitivamente a la categoría de fábulas.

UTOPÍA Y OBJETIVIDAD

A lo largo del siglo XVII, en los diferentes países europeos, la historia es el ámbito de una conflictiva coexistencia de tres tendencias a las que acabamos de pasar revista: humanista, «controversista» y erudita. Las diferencias son en este caso sociales: los humanistas son gentes de letras, los historiadores-controversistas son gentes de Iglesia, católica o reformada, los eruditos son magistrados. Los primeros escriben para las cortes y para los medios nobiliarios, los segundos se dirigen sobre todo al clero, los terceros trabajan para los intelectuales laicos, para lo que en aquella época se denomina la «República de las Letras». A esas diferencias sociales corresponden las distintas exigencias con respecto a la historia que acabamos de comentar. Sin embargo, se difuminan a lo largo del siglo entre los eruditos y los historiadores-controversistas. Los bollandistas con Papebroch, los mauristas con Mabillon y Montfaucon, sin duda sirven a la iglesia católica, del mismo modo que Leibniz y Bayle defienden la religión reformada. Pero todos ellos son también historiadores eruditos. Para todos, la historia es ante todo la búsqueda de documentos y su estudio crítico. Precisamente entre

bollandistas y mauristas llevan a cabo un ingente trabajo de recopilación y publicación de fuentes, que culmina con la constitución de dos disciplinas cuyo papel para los estudios medievales sigue siendo esencial hoy en día: la diplomática creada por Mabillon y la paleografía griega fundada por Montfaucon. A ese mismo entorno intelectual pertenece un laico como Du Cange, autor del monumental e insustituible *Glossarium ad scriptores mediae et infimae latinitatis*, así como de investigaciones sobre la historia bizantina. Y las relaciones son continuas entre estos parisinos y los bollandistas de Amberes, Muratori en Módena y Magliabechi en Florencia, Leibniz en Hannover y los eruditos ingleses. Se intercambian cartas, documentos, publicaciones, incluso se ayudan unos a otros, cuando se trata de conseguir el acceso a las fuentes o de defenderse contra las acusaciones de los poderes, que toleran mal la autonomía creciente de los historiadores; trabajan siguiendo los mismos criterios porque, cada vez más, reconocen como su grupo de referencia, junto a aquellos a los que pertenecen por nacimiento, a este grupo que han elegido libremente: la República de las Letras.

País sin territorio, sin fronteras y sin gobierno, la República de las Letras existe allá donde se encuentre al menos uno de sus miembros. Se trata, pues, de un país desvinculado del espacio. Es también un país en el que no se admite ninguna particularidad: se participa en él en la medida en que se es un ser razonable y sociable, quedando fuera todo lo que divide a los individuos y los opone entre ellos: las vinculaciones familiares, sociales, étnicas, políticas o confesionales. En este sentido, es un país fuera del tiempo, una especie de Iglesia universal, invisible y laicizada, cuyos miembros supuestamente sólo están al servicio de la verdad. En otros términos, la República de las Letras es una utopía. Pero es una utopía vivida que a sus miembros se les antoja como una comunidad real cuyas normas deben observar so pena de no ser reconocidos por los demás, de verse separados de ellos. Para los historiadores, la pertenencia a la República de las Letras conlleva la obligación de adoptar el punto de vista de la verdad, que es el mismo para todos, el punto de vista de lo universal. Ello significa en la práctica que hay que saber actuar, si así lo exige la verdad, en contra del país o la confesión de uno o de la institución a la que se pertenece. Este modelo de comportamiento lo siguieron efectivamente quienes eliminaban de sus historias nacionales las leyendas —incluidas las etnogenéticas— destinadas a embellecerlas o a dar a los pueblos de los que hablaban un suplemento de prestigio. Y también aquellos que, siendo católicos, desenmascaraban los fraudes piadosos en la hagiografía o en la historia monástica; o que, siendo protestantes, señalaban la falsedad de relatos

tales como el de la papisa Juana o de los elementos apologéticos en la historia de la Reforma. Se trata de las primeras aplicaciones de la exigencia de objetividad del historiador, que no es otra cosa que la exigencia de superar cualquier punto de vista particular para analizar los hechos que se describen con mirada independiente de cualquier sistema de referencias contingente y, por lo tanto, capaz de aprehender las cosas tal como realmente ocurrieron.

Huelga subrayar que, tomada al pie de la letra, esta exigencia es irrealista, aunque sólo sea porque trata al historiador como si estuviera situado él mismo fuera de la historia. Pero, por muy irrealista que haya sido, la exigencia de objetividad ha desempeñado un papel esencial en el proceso que culminó con la constitución del pasado —objeto de fe para la Edad Media— como objeto de conocimiento. Porque con esas palabras podemos resumir la formación plurisecular de diversas disciplinas citadas anteriormente, así como la codificación de diversas técnicas de investigación y de crítica de las fuentes que, todas ellas, permiten al historiador estudiar el pasado, por muy remoto que sea, y adquirir con respecto a él una certeza razonable, liberándose de un plumazo de la dependencia con respecto a los testigos oculares y a sus relatos. Es lo que ha hecho posible la promoción de la historia al estatus de saber, incluso de ciencia, confirmada oficial e institucionalmente desde las últimas décadas del siglo XVIII con la creación del primer seminario de historia en la Universidad de Gotinga. A partir de ese momento, el historiador profesional como tipo social ya no pertenece al clero ni es literato, magistrado ni historiógrafo al servicio del poder. Es profesor de universidad: un hombre de investigación y de enseñanza que, al gozar con su institución de una notable autonomía, puede efectivamente creer que está en condiciones de acceder a la objetividad.

Hacia una renovación

Con la aparición de lo universal laicizado —naturaleza humana, espíritu humano, Espíritu, Razón, etc.— que desde el siglo XVIII, según un número creciente de filósofos e historiadores, ofrece la explicación última del destino del ser humano, la tradición bíblica queda rebajada al rango de historia particular, cuando no se la considera una colección de fábulas. El problema de las relaciones entre la tradición étnica y la tradición bíblica deja de ser pertinente fuera de la reflexión teológica sobre la historia que, bajo formas diversas, se mantiene hasta nuestros días. Pero los esquemas, particularmente los de periodización que ela-

boran los teólogos de la Edad Media, conservan su valor como instrumentos que permiten pensar la historia universal. Y, sin embargo, tal como la conciben Voltaire, Turgot, Condorcet, Hegel, Comte y Marx, a pesar de sus divergencias, la nueva historia universal difiere en varios aspectos de la de antes del siglo XVIII. En primer lugar, su tiempo global es un tiempo progresivo, una realización de valores que cada autor define a su manera, y ello aunque se dé cabida, variable según los casos, a oscilaciones y a retrocesos. Esta orientación progresiva del tiempo está directamente ligada al desplazamiento de su centro de gravedad; anteriormente situado en el pasado, cerca de la era mítica de los orígenes, éste se traslada a partir de entonces hacia el futuro más o menos lejano. La historia universal, de pasadista se convierte en futurista, mientras que la propia universalidad, que cada autor define de una forma diferente, aparece ya no como lo que viene dado inicialmente sino como un postulado que debe cumplirse. Por último, el tiempo de la historia se dilata. Los seis mil años que la Biblia atribuye a la existencia del mundo no han resistido al descubrimiento del pasado de otros pueblos, de los egipcios o de los chinos, cuyas cronologías, que no podían encajar en el marco admitido en Europa, suscitaron dilatadas controversias al término de las cuales hubo que proceder a realizar revisiones. Luego vino la perturbación originada por la geología, gracias al estudio de los sedimentos, los fósiles y los fenómenos volcánicos; por la biología, sobre todo a partir de la teoría darwiniana de la evolución; y por la física, con sus derivaciones cosmológicas, posteriores al descubrimiento de la radiactividad. En apenas tres siglos, entre el XVII y el XX, se pasa, en lo que se refiere a la duración del universo, de seis mil a unos diez mil millones de años, es decir, un cambio de escala de siete ceros.

En el gran movimiento progresivo que conduce a la humanidad considerada como un todo hacia la realización cada vez más completa de los valores universales, ¿qué lugar ocupa y qué papel desempeña una nación particular? ¿O una clase social, por ejemplo la burguesía o el proletariado? ¿O un acontecimiento, por ejemplo el reparto de Polonia o la Revolución francesa? Ésas son las preguntas que debe plantear y a las que debe contestar, en el siglo XIX, cualquier historiador que quiera ir más allá del simple trabajo de erudición: búsqueda de documentos, su publicación, análisis crítico y comentario, establecimiento de los hechos, fechas, filiaciones, etc. Es al contestar a estas preguntas, en las que se reconocen fácilmente los avatares del viejo problema de las relaciones entre la tradición étnica y la tradición bíblica, cuando se recurre, a veces del todo inconscientemente, a esquemas que proceden de la teología. Así sucede, por ejemplo, cuando se atribuye a una nación o a una clase un papel universal-histórico, cuando no directamente de salvación, o cuando se ordena el conjunto de los hechos que supuestamente componen la historia universal en torno a unas cuantas naciones o clases que supuestamente habrían asumido, una tras otra, el papel motor; o también cuando se pone de manifiesto que un determinado acontecimiento contribuye a la realización de la vocación de la humanidad. En este contexto se plantean otras dos cuestiones. La primera se refiere al lugar que les corresponde en la historia universal a Grecia y a Roma; se trata de un avatar del problema de las relaciones entre la tradición bíblica y la tradición clásica. A medida que se conoce el número creciente de culturas más antiguas que las de Grecia y Roma y con un elevadísimo grado de desarrollo, el lugar privilegiado de estas últimas resulta cada vez más difícil de defender. Durante mucho tiempo sigue siendo indiscutible cuando se trata de la filosofía, de la ciencia y del arte. Pero en lo referente a este último, durante todo el siglo XIX se mantienen el debate entre los partidarios de la imitación de los modelos clásicos y los defensores de la Edad Media; identificamos en esto un caso particular de nuestra problemática de las relaciones entre la tradición clásica y la tradición étnica.

A partir de finales del siglo XIX, la historia entra en un período de perturbaciones que afectan al marco mismo en el interior del cual lleva funcionando desde la Alta Edad Media. Este marco, definido a través del juego de tres grandes tradiciones y que ha sobrevivido, como acabamos de ver, incluso a esta auténtica revolución epistemológica que fue el cambio de estatus del pasado que, de objeto de fe, se convirtió en objeto de conocimiento, este marco, decimos, se muestra cada vez menos capaz de englobar todos los hechos conocidos de manera que adquieran un sentido. Ello se traduce sobre todo por la crisis de la historia universal que, en sus formas tradicionales, no consigue integrar un tiempo cada vez más largo y un espacio realmente planetario, habitado por una multiplicidad de culturas, cada una de las cuales articula a su manera las diferentes dimensiones de la vida social y evoluciona en una dirección propia. Pero esto se traduce también por la crisis de la historia nacional que, aun manteniéndose en la enseñanza y conservando adeptos entre el público general, al parecer pierde el contacto con la investigación puntera. Esta última, en el siglo XX, utiliza sobre todo el formato de monografía de una región, de un grupo social, de una institución o de un fenómeno cultural. Sólo recientemente han empezado a perfilarse nuevas orientaciones tanto en la historia universal como la historia nacional. Pero es demasiado pronto para poder hacer nada más que llamar la atención sobre este hecho.

Sobrevolar rápidamente el camino que ha conducido a abandonar el discurso cuyas marcas de historicidad han sido del tipo «he visto», «he oído de boca de una persona digna de crédito, la cual sí que ha visto lo que yo refiero», en beneficio del discurso en el que estas marcas son del tipo «he observado estudiando las fuentes», permite afirmar que, entre el siglo XV y el siglo XVIII, varias mutaciones han afectado a todos los aspectos de la teoría y de la práctica de la historia. A un historiador situado cara a cara con la realidad, que se limita en aquel momento a lo que ve, le sucede un historiador que sólo tiene ante sus ojos documentos y monumentos, a partir de los cuales tiene que reconstruir los caracteres de la realidad de la que éstos son vestigios. La condición ontológica de ésta es, pues, diferente de lo que fue, y ello por lo que se refiere no sólo al pasado sino también al presente; la historia contemporánea se practica hoy examinando los archivos, si es que se puede acceder a ellos, la prensa y las publicaciones diversas, las estadísticas, las fotografías y las películas, etc. Desde luego se siguen escribiendo libros cuyo carácter histórico está señalado mediante marcas del tipo «he visto». Pero los libros de este tipo no pertenecen hoy día al género «histórico»; pertenecen al género de las «memorias». A sus autores no se les considera historiadores sino testigos que producen fuentes para uso de los historiadores del futuro.

Al no poderse acceder directamente a la realidad, correlativamente, el conocimiento no puede identificarse con la mirada. Conocer es proceder a la lectura-interpretación de las fuentes y a la reconstrucción de una realidad a partir de lo que en ella se ha encontrado. La lectura-interpretación de las fuentes depende evidentemente de la naturaleza de éstas y obliga por lo tanto a recurrir a técnicas muy variadas. En cuanto a las inferencias que, a partir de una clase determinada de vestigios, permiten reconstruir la realidad cuya huella conservan, también han adquirido, en varios casos, una temible complejidad. Al abandonar el conocimiento supuestamente inmediato, la noción misma de verdad ha sufrido cambios importantes. Cuando el conocimiento se identificaba con la mirada, una proposición era verdadera si, según una definición clásica, era conforme a la realidad visible: digo «llueve» y es que llueve. Semejante conformidad con la realidad visible ya no puede exigirse si sólo se tienen con la realidad relaciones indirectas, por intermediación de las fuentes. Algunos deducen de ello que se ha abandonado la exigencia de verdad; leyendo sus textos, la única diferencia que separa la historia de la fábula es que la primera pretende que la crean y la segunda no. En este sentido, la historia sería supuestamente todavía más falaz que la ficción que, al menos, no pretende ser otra cosa que lo que es. Por el contrario, todo lo que se ha escrito aquí pretende poner de manifiesto que la ambición realista es constitutiva de la historia. Y que ésta no sólo aspira a decir la verdad sino que la dice, adquiriendo este concepto para ella un sentido absolutamente preciso, análogo al que tiene para las ciencias naturales. Efectivamente, las técnicas y los métodos de investigación, codificados en las diferentes disciplinas evocadas anteriormente y cuyo número ha crecido notablemente desde el siglo XVIII, no son sino operaciones reproducibles cuyo objetivo es reconstruir una realidad a partir de los vestigios que ésta ha dejado. Semejante reconstrucción puede considerarse verdadera si la puede reproducir cualquier otra persona que sepa utilizar las técnicas necesarias para el caso. Las marcas de historicidad que aparecieron en la época moderna sirven precisamente para hacer posible una repetición-reproducción del trabajo del historiador, autor de un texto, por parte de otro historiador que tenga las competencias adecuadas.

Pero practicar la historia no es sólo establecer los hechos. También es hacerlos inteligibles, integrándolos en esquemas de los que se admite que son capaces de conferirles un sentido. Al principio estos esquemas nos los aportaba la teología, a la que luego le tomaron el relevo la psicología y la filosofía de la historia. Desde finales del siglo XIX, son las ciencias sociales las que se encargan de este cometido. Y por lo tanto son ellas las que proporcionan a la historia el repertorio de preguntas a las que se dedica a contestar, mostrando las experiencias que son las reconstrucciones de determinados aspectos del pasado y, a veces, consiguiendo modificar, por efecto de rebote, las ideas teóricas que subyacen en las cuestiones planteadas. En otras palabras, hoy en día se supera el nivel de la simple erudición aportando respuestas históricas a las cuestiones cuyo origen se sitúa en las ciencias sociales. Max Weber, en Alemania, y Marc Bloch, Lucien Febvre y François Simiand, en Francia, fueron algunos de los primeros en mostrar, frente a la crisis de la filosofía de la historia bajo todas sus formas y a la ola de escepticismo que ésta suscitó, que la historia no está condenada a elegir entre los hechos insignificantes y las significaciones arbitrarias, sino que puede realizar síntesis monográficas que tengan un fundamento teórico, adaptando a su uso los cuestionarios de la economía, de la sociología, de la antropología, de la demografía, etc.

Establecer los hechos y hacerlos inteligibles: estos dos componentes esenciales de la actividad de un historiador sólo surten plenamente

efecto si los resultados de las investigaciones y del trabajo de síntesis se consignan en un texto escrito que resulte legible. Huelga subrayar que los criterios de elegibilidad son histórica y socialmente variables. Crónicas y tratados de teología de la historia; relatos humanistas que hacen hincapié en la intriga y salpicados de retratos psicológicos y de arengas; anales y diccionarios de los eruditos y de los historiadores-controversistas; historias universales y nacionales; monografías. Las maneras de escribir la historia han variado tanto como las maneras de constatar los hechos y de pensarlos. Dicho esto, en cada época los grandes historiadores han sido aquellos que, haciendo gala de originalidad en cada una de las tres dimensiones de su disciplina, han sabido alcanzar en algunas obras un equilibrio entre los aspectos cognitivo, filosófico y literario. Los ejemplos a este respecto son necesariamente subjetivos; sin embargo cabe pensar que, sin prejuzgar otros nombres que estarían calificados para figurar en esta lista, muchos historiadores estarían de acuerdo en incluir en ella a Guicciardini *(Storia d'Italia)*, Gibbon *(The Decline and Fall of the Roman Empire)*, Burckhardt *(Die Kultur der Renaissance in Italien)*, Tocqueville *(L'Ancien Régime et la Révolution)*, Braudel *(La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II)*.

Al parecer la historia se halla hoy en una nueva encrucijada. Después de décadas de insistir en la cientificidad, ahora se habla cada vez más de lo vivido. Después del dominio de la historia económica y social, los estudios se orientan hacia lo político, lo cultural y lo religioso. Y a una fascinación por la larga duración le suceden los intentos de aplicar una nueva mirada al acontecimiento. Sería una pena que, al mismo tiempo, se volviera a abrir la vieja controversia entre los adalides de una historia-ciencia y quienes defendían su carácter artístico. Porque la historia sólo puede dar el máximo de sí misma si es al mismo tiempo una ciencia que establece los hechos, un arte de presentarlos y una filosofía que permite comprenderlos. Los ejemplos de los grandes historiadores del pasado sólo seguirán siendo válidos en la actualidad e indicarán la vía que ha se seguirse en la medida en que ilustren semejante programa y en que sus obras guarden siempre su frescura.

CAPÍTULO III

La historia de la ciencia y la historia de la historia

El siglo XIX fue el siglo de oro de la historia: el de la historia considerada como ciencia. Y no como una ciencia cualquiera, sino, junto con la psicología, como una de las ciencias fundamentales del espíritu. Porque todas aquellas historias que tenían que ocuparse de sus producciones —del lenguaje, de las literaturas, de las religiones, de las mitologías, del arte— no eran más que historias particulares. La Historia, la Historia a secas y con mayúscula, debía servirles de guía y de modelo. También fue el siglo de oro de los historiadores. Nunca antes su prestigio, ni la opinión que tenían de sí mismos, habían alcanzado cotas tan altas. Algunos se creían espíritus puros, situados fuera del tiempo y del espacio, al practicar una *vorurteilsfreie Forschung*[2] y al describir, con toda objetividad, lo que realmente había sucedido. Casi todos ellos creían en los hechos históricos, duros como piedras, y que bastaba con sacar de la cantera de los archivos para que, ordenados uno por uno y cimentados por unas leyes del desarrollo bien establecidas, recompusieran la Historia, la verdadera, y permitieran comprenderla en todos sus detalles. Este ambiente sólo empezó a cambiar a finales de siglo. Algunos filósofos, sociólogos e incluso historiadores se pusieron a demostrar que la objetividad, los hechos establecidos de una vez por todas, las leyes del desarrollo, el progreso, todas ellas nociones que hasta entonces se habían considerado evidentes y que constituían el funda-

[2] Investigación carente de prejuicios, en alemán en el original. *(N. de la T.)*

mento de las pretensiones científicas de la historia, no eran más que engañifas. Se diseccionaron las obras de los heraldos de la antigua escuela y se halló en ellas lo contrario de lo que habían proclamado. Ninguna objetividad, sino una parcialidad inconfesada y tal vez inconsciente; ningún registro, en todo su contenido, de los hechos referentes al tema tratado, sino una elección realizada entre las fuentes disponibles en función de presupuestos exteriores y ajenos a la investigación; y el pecado capital del anacronismo, resultante de proyectar sobre el pasado las preocupaciones del presente. Y además juicios de valor implícitos, silencios sospechosos, procedimientos dudosos y explicaciones basadas en una psicología somera y antihistórica, que no tenían en cuenta los intereses materiales ni los conflictos sociales. El acta de acusación era larga y abrumadora. Los historiadores que creían haber edificado una obra duradera y científica quedaron retratados, en el mejor de los casos, como unos ingenuos cegados por las ilusiones que ellos mismos habían generado y, en el peor, como charlatanes.

En este ambiente de proceso hecho la historia, y que los historiadores se entablaban unos contra otros, la historia de la historiografía, al menos en sus manifestaciones más ambiciosas, dejó de ser una disciplina puramente bibliográfica y erudita dedicada a la compilación de catálogos, en la que el trabajo se limitaba a sustituir el orden del alfabeto por el de la cronología. Tras sacar las lecciones de la crítica de las aspiraciones científicas de la historia, ésta ve ahora en ella una actividad intelectual más que, junto con otras, forma parte de la vida de una época y de una sociedad dadas de las que no se la puede aislar. La historia de la historiografía adopta así por divisa las palabras de Benedetto Croce: toda historia es una historia contemporánea. Trata, por consiguiente, de sustituir los escritos de los historiadores en el contexto de las luchas políticas y de las controversias ideológicas de su época; de revelar las opciones y los presupuestos que han presidido la elaboración de las imágenes del pasado y del presente. Visto desde esta óptica, el historiador ya no es en absoluto un espíritu puro. Ni siquiera un sabio en busca de la verdad de lo que realmente aconteció. Es un forjador de mitos cuyas obras, sea como fuere, reflejan y marcan un punto de inflexión en el curso de la historia que le es contemporánea. Un político, a menudo sin saberlo, que sustituye la acción real por los ejercicios de escritura.

Pero en las últimas décadas del siglo XIX y en las primeras del XX no se produjo sólo un debate sobre la historia. Se cuestionó toda la ciencia, y en particular su núcleo, la física. Los fundamentos que durante mucho tiempo se habían considerado definitivos se quedaron pendientes de un hilo. En cuanto a las representaciones que los sabios se hacían de sí mismos y de la ciencia, no quedó más remedio que admitir que ya no correspondían a la realidad, si es que alguna vez habían correspondido a ella. La primera que se cuestionó fue la que identificaba la ciencia con un conocimiento puro; con una relación entre un sujeto, situado, a través de una purificación intelectual, en un estado de objetividad y de receptividad, y un objeto que existe independientemente de él. La ciencia que se supone genera semejante relación ha de estar compuesta por verdades inmutables de validez universal. El sabio es aquel que actúa movido por el deseo de acceder a estas verdades, de descubrirlas, pasando él a segundo plano y cediéndoles, como si dijéramos, la palabra. Esta concepción metafísica de la ciencia, subyacente en las metodologías del siglo XIX, aun cuando éstas se proclaman empíricas, era muy difícil de salvaguardar en un mundo en el que los vínculos recíprocos entre la ciencia y la técnica, la ciencia y la economía, la ciencia y los poderes, se volvían cada vez más rígidos, cada vez más visibles. En un mundo en el que los sabios siempre estaban deseosos de salir de su tradicional aislamiento y de intervenir.

No es, pues, de sorprender que toda una crítica cuestionara los principales dogmas de la ciencia y de la ideología de los sabios. Ésta atacó el concepto de objetividad, poniendo de manifiesto que el horizonte del sabio queda determinado por las particularidades de los órganos sensoriales y por un conjunto de herramientas instrumentales y mentales. También arremetió contra el concepto de receptividad, poniendo de manifiesto el carácter activo de la investigación científica. Por consiguiente, no le quedaba más remedio que refutar la equiparación del hecho científico con algo que viene dado: éste siempre se construye. Por último, negó rotundamente el carácter supuestamente absoluto e inmutable de las verdades descubiertas por la ciencia. Las nuevas epistemologías trataron de liberarse de la tradición metafísica. La psicología y la historia, a su vez desgarradas por una serie de controversias, no tuvieron más remedio que hablar de la ciencia, que explicar el fenómeno del descubrimiento y la evolución de los conocimientos.

Para la historia de la historiografía, la historia no es una ciencia. Se sitúa más bien del lado de las ideologías. La historia de las ciencias comparte esta manera de ver, heredada de la vieja división del universo del conocimiento en ciencias de la naturaleza, que son las ciencias a secas, y ciencias del espíritu, que no lo son del todo. Sin embargo, resulta difícil no sorprenderse ante los destinos paralelos de la historia y de la ciencia durante los años cruciales de principios de este siglo. Las críticas dirigidas a los historiadores han sido las mismas que aquellas a

las que se han visto expuestos los sabios. En ambos casos, se han cuestionado los mismos conceptos: el de la objetividad, el de la receptividad del tema y el del hecho que existe independientemente de quien lo observa. En ambos casos también, se ha descubierto que creer en un desarrollo puramente autónomo del saber carece de fundamento: tanto la historia como la ciencia están determinadas por sus contextos económicos, sociales, políticos y psicológicos. Este paralelismo va todavía más allá. Efectivamente, ¿acaso no resulta curioso que la historia de las ciencias deje de ser una disciplina marginal, puramente bibliográfica y erudita, precisamente en los años en los que se produce una transformación análoga en la historia de la historiografía? Tal vez todas estas coincidencias sean fortuitas. Tal vez aparezcan únicamente durante algunas décadas de finales del siglo XIX y de principios del XX. Pero de no ser así, si la evolución de la historia y la de la ciencia resultaran ser estrictamente paralelas, no sólo en la corta duración sino también en la larga duración del tiempo, ¿acaso no podríamos legítimamente concluir que los vínculos entre la ciencia y la historia son mucho más profundos de lo que se suele creer? ¿O, yendo todavía más lejos, que la ciencia y la historia no son sino dos manifestaciones parciales del fenómeno más general que es el conocimiento? ¿Y que es en una historia del conocimiento donde deberían integrarse la historia de las ciencias y la de la historia, una vez hubieran superado sus enfoques tradicionalmente unilaterales?

Los astrónomos y los historiadores

Los astrónomos de la Edad Media contemplaban el cielo. Los de hoy ya no lo contemplan. Y si, en ocasiones, lo hacen, no es para resolver los asuntos realmente candentes de su ciencia. Porque éstos no pueden abordarse de ningún modo sin un equipo pesado y costoso compuesto por telescopios ópticos con sus baterías de cámaras, radiotelescopios, espectrógrafos, contadores de partículas y detectores de radiaciones invisibles. Los astrónomos, en lugar de tener los ojos clavados en el firmamento, se pasan el tiempo analizando fotografías, espectrogramas, grabaciones y Dios sabe cuántas cosas más. Sin ser un experto en la materia, se puede decir que apenas quedan rasgos comunes entre la astronomía tal y como era hace medio milenio y la disciplina, o más bien el conjunto de disciplinas, que hoy día llevan este nombre clásico. Sobre la historia de la transformación de una en otra se ha escrito a menudo. Nos limitaremos a sacar de estos trabajos y, en

particular, de los de Alexandre Koyré, algunas conclusiones importantes para nuestro objetivo.

La astronomía occidental de la Edad Media estaba confinada al ámbito de la percepción inmediata. Los objetos cuyos movimientos describía eran únicamente aquellos que se podían percibir a simple vista. El tiempo que medía con sus clepsidras era un tiempo vivido. Entre los siglos VI y XII, antes de que se hubiera redescubierto a Aristóteles y a Tolomeo, en Occidente ni siquiera se disponía de una teoría capaz de introducir un orden inteligible en los fenómenos celestes. Sólo se iba más allá de lo visible a simple vista cuando se estudiaba el cielo empíreo. Pero éste interesaba más a los teólogos que a los astrónomos. Al ser inaccesible al sentido de la vista, salvo para aquellas personas tocadas a estos efectos con la gracia, no podía de ningún modo ser objeto de un saber, excepto que existieran, precisamente, los testimonios de quienes sí lo habían visto y habían descrito lo que habían visto. La existencia del cielo empíreo y de todo lo que en él se hallaba era, pues, objeto de fe. Se admitía porque se confiaba en las relaciones de quienes habían recibido el don de la visión supranatural. Y se confiaba en éstos porque la autenticidad de dichas relaciones y su veracidad estaban avaladas por la Iglesia. Por lo tanto, aun cuando se disertara sobre el cielo empíreo, se seguía estando, contrariamente a las apariencias, en el ámbito del conocimiento inmediato; con una restricción importante: que en este caso se reservaba exclusivamente a los elegidos. En resumen, todo ocurre como si la Alta Edad Media occidental, tácitamente y sin pensarlo, identificara el ser con lo que es visible, si no para todo el mundo, al menos para algunos; si no para los ojos del cuerpo, al menos para los del alma.

El redescubrimiento de las teorías astronómicas de Aristóteles y de Tolomeo coincide con un cambio en esta ontología implícita. Pero conviene analizar plenamente su alcance. Porque estas teorías, elaboradas a partir de los datos de la percepción inmediata, no hacían más que introducir en ella un orden, pero sin oponer el universo de la razón al de los sentidos. El primero sólo se concibe como una prolongación del segundo. Se «abstraía» de él. Un ejemplo permitirá comprender el carácter particular de esta operación. Tomemos una proposición que en la Edad Media se consideraba un axioma: *omne quod movetur, ab alio movetur*. Es evidente que hace extensiva a todos los cuerpos móviles una regla procedente de los datos de la percepción más cotidiana, que pone de manifiesto que un objeto sólo se pone en movimiento cuando un objeto exterior lo empuja o tira de él. Existen sin embargo varias excepciones a esta regla. Así, por ejemplo, los ani-

males; y los cuerpos celestes; y también los proyectiles que, antes de caer, siguen en movimiento sin que se vea qué les ha empujado o qué tira de ellos. El problema que plantea la existencia de semejantes fenómenos se había resuelto de la siguiente manera: las aparentes excepciones en realidad no lo son, porque allí donde falta un motor visible, siempre existe uno que es invisible. Para los animales es el alma; para los cuerpos celestes son las inteligencias; para los proyectiles es el aire que se abre a su paso, los envuelve, retorna al lugar que éstos han liberado y al hacerlo los empuja (o, según otros, es un *impetus* o un impulso que, hasta que se agota, mantiene el proyectil en su vuelo). Estamos aquí ante un razonamiento sin duda posible, ante una teorización de los datos de la experiencia. Pero ésta no hace sino abstraer una regla de lo que se percibe para imponerla luego como ley general. Añadamos que los motores invisibles sólo lo son para los hombres. No para Dios.

La teoría tolemaica efectúa una operación del mismo tipo. Sitúa en el punto de partida los datos de la percepción: el Sol y los planetas giran alrededor de la Tierra. Abstrae las irregularidades de estos movimientos, el más importante de los cuales es su carácter cíclico e invariable. Y los describe utilizando el lenguaje de la geometría. Semejante descripción sólo es posible debido al carácter cíclico e invariable de los movimientos de los cuerpos celestes, que los opone a aquellos que vemos en el mundo sublunar. Estos últimos los estudia la física, que no tiene nada que ver con la astronomía, como tampoco la materia de los cuerpos celestes tiene nada que ver con la de los cuerpos con los que nos encontramos. También es el carácter cíclico e invariable de los movimientos de los cuerpos celestes el que obliga a atribuirlos a la acción de las inteligencias. En resumen, la teoría tolemaica, como por cierto la física de Aristóteles, supera los límites de la visibilidad ocular. Plantea la existencia de un ámbito que es invisible para el ser humano, al tiempo que es inteligible para él. Pero este ámbito sólo se concibe como una prolongación del de la percepción inmediata, que sigue siendo su fundamento; como una extrapolación, una generalización de las regularidades que en él se descubren. Por ello coexiste perfectamente con el cielo empíreo de los teólogos, accesible a una visión sobrenatural, es decir, a falta de ésta, a la fe. El saber procede por tanto de tres fuentes: la percepción inmediata, la abstracción y la fe. Y los tres niveles de la creación que, *grosso modo*, le corresponden —el mundo sublunar, la bóveda celeste y el cielo empíreo— tienen cada uno una forma de ser particular. El primero está sometido al tiempo. El segundo existe en el *aevum*, es decir, que tiene un principio y un fin pero,

entre ambos, nada cambia sustancialmente. El tercero es el reino de la eternidad.

* * *

Mientras los astrónomos contemplaban el cielo, ¿qué hacían los historiadores? Anotaban lo que ocurría en su entorno y que rompía la monotonía cotidiana: las intrigas y las batallas, los desplazamientos del príncipe, las embajadas, los prodigios, las intemperie, las hambrunas. En definitiva, los acontecimientos, si convenimos en llamar así a todo lo que se sale de lo ordinario. Por lo tanto los historiadores miraban al presente, a lo que podían ver y oír personalmente. Sin embargo, también solían interesarse por los acontecimientos que habían ocurrido mucho antes de su época: el pasado de la Iglesia o los orígenes y las vicisitudes de su pueblo. Además, a menudo necesitaban volver atrás para aclarar un punto conflictivo y justificar las pretensiones de su protector para reivindicar una porción del territorio, un privilegio, demostrando que ciertos antepasados o predecesores ya habían gozado de él. Pero estas incursiones en el pasado, demasiado lejano para que fuera posible hablar de él basándose en sus propios recuerdos, situaba a los historiadores frente a un problema difícil: ¿cómo se puede acceder al conocimiento acerca de unos acontecimientos en los que uno mismo no ha participado no habiendo sido tampoco testigo ocular? *Tu, cum sis iunior quomodo seniorum gesta poteris scire? Qualiter ad te eorum facta venerunt?* Es Gregorio de Tours el que se hace la pregunta. No fue ni el primero ni el último.

Para los historiadores de la Alta Edad Media, una cosa está clara: los acontecimientos en los que uno no ha participado no habiendo sido tampoco testigo ocular no pueden conocerse. Porque, según la epistemología, entonces aceptada explícitamente por los teólogos y tácitamente por los historiadores, el conocimiento es la aprehensión inmediata de lo que viene dado. Conocer significa, pues, ver, tocar u oír. Ver con sus propios ojos, tocar con sus propias manos, oír con sus propios oídos: para que haya conocimiento no puede existir ningún intermediario, cualquiera que sea la naturaleza de éste, entre quien desea conocer y aquello que pretende conocer. Esta exigencia se entendía con tanto rigor que san Agustín comparaba la visión con una varilla que otorga a los ojos la capacidad de tocar a distancia. Se aplicaba también al conocimiento no sensorial. Basta analizar las metáforas utilizadas cuando se habla del tema —los ojos del alma, la visión intelectual, la luz de la verdad, la iluminación, etc.—, para constatar que siempre

se concibe como un contacto inmediato entre la facultad de conocer y su objeto. De ello se deduce, como bien se daban cuenta, que no se puede conocer más que lo que está presente; aquello que uno presencia. El pasado lejano, los acontecimientos a los que no se ha asistido, no pueden conocerse de ninguna manera. Por supuesto, el historiador dispone de relatos, orales o escritos, que le refieren acontecimientos en los que no ha participado, no habiendo sido tampoco testigo ocular de los mismos. Sin embargo, lo que él ve personalmente no son los acontecimientos sino a quien habla de ellos o el pergamino sobre el que se ha consignado un texto. Sólo podemos conocer a esa persona o ese texto, y no los acontecimientos mismos. Sin embargo, son éstos los que interesan al historiador, son éstos los que quiere describir, teniendo la certeza de que es conforme a la realidad. ¿Cómo puede conseguirlo?

La respuesta cabe enteramente en tres palabras: por la fe. Claro que hay que definir lo que esto significaba y cómo esta «fe» se traducía en las operaciones del historiador. Precisemos en primer lugar que la fe de la que aquí hablamos no tiene nada de irracional en sí misma. Muy por el contrario, es la única vía que encuentra la razón para alcanzar un saber referente a cosas que, desde un punto de vista determinado, son invisibles y, por lo tanto, imposibles de conocer. Hacer acto de fe significa sencillamente admitir la autoridad de quien ha visto lo que yo no puedo ver de ningún modo. Es otorgarle mi confianza y aceptar su relato al pie de la letra. Un historiador que quiere saber lo que ocurrió en tiempos remotos debe, pues, encontrar previamente el relato de alguien contemporáneo de lo ocurrido y que estuvo presente cuando acontecieron los hechos que interesan al historiador. Una vez hallado dicho relato, no sólo tiene que buscar dentro de él información sobre los acontecimientos sino también, y ése es el punto más importante, asumir la percepción propia que de ellos tuvo el autor del relato. Ello significa que el historiador ni siquiera tiene que intentar liberarse del punto de vista del testigo ocular cuya narración fundamenta la suya. Por el contrario es preciso que retome los mismos términos con la mayor fidelidad posible. Como mucho, debería ser un simple copista. De hecho, así es cómo concibe su papel en teoría y cómo lo desempeña en la práctica. ¿Cómo habría podido aspirar a otra cosa? Y, en particular, ¿con qué derecho habría pretendido verificar la narración de un testigo ocular? No tiene acerca de los acontecimientos que le interesan un punto de vista propio, puesto que no los ha visto en persona, y sabe que *a priori* no lo puede tener, puesto que dichos acontecimientos son para él imposibles de conocer. Por sí mismo no sabe absolutamente nada y le es imposible saber nada salvo retomando las palabras de quien los ha conocido o de quien los ha visto con sus propios ojos.

No hay que inferir por ello, siguiendo una tradición nefasta, que el historiador medieval carecía de sentido crítico. La única conclusión válida es que practicaba la crítica de una manera distinta de la que se impuso poco a poco a partir del siglo XVII y que, como veremos, se basa enteramente en la convicción de que el historiador puede conocer los acontecimientos, por muy alejados que estén de él, siempre y cuando éstos hayan dejado huella. El historiador medieval, que a este respecto tenía unas convicciones exactamente opuestas, sólo podía someter a la crítica aquello que le era inmediatamente accesible: la persona del autor del relato que utilizaba, o quien lo avalaba sin ser su autor, y el propio contenido del relato. El primer tipo de crítica es esencialmente de naturaleza moral, religiosa y social. Consiste en poner de manifiesto que el autor o el aval del relato, teniendo en cuenta la pureza de sus hábitos, de su apego a la Iglesia o de la encumbrada posición que ocupa en la sociedad, no puede haber mentido, ni siquiera haberse equivocado; o, por el contrario, que debido a su paganismo, por ejemplo, no es digno de crédito. El segundo tipo de crítica consiste en demostrar que el relato como tal es increíble porque introduce entre los acontecimientos unas relaciones causales que son manifiestamente imposibles. Semejante relato no pertenece a la historia: es una fábula.

Una vez que el relato ha pasado la criba, una vez reconocida la veracidad de su autor o de su aval, sólo restaba admitir lo que estaba contando. Si había otro que contradecía al primero, siendo igual de probable y emanando de una persona cuya veracidad no cabía cuestionar, sólo quedaba admitir éste también, sin preocuparse por el hecho de que se presentaran de este modo los mismos acontecimientos desde dos puntos de vista mutuamente excluyentes. Ello no significa que el historiador medieval fuera insensible a las contradicciones. Era tan consciente de ellas como lo somos nosotros. Sólo que, cuando se trataba del pasado lejano, no se consideraba autorizado para elegir entre dos relatos igualmente probables e igualmente autentificados. Para que el historiador pueda arrogarse semejante derecho es en efecto necesario que se atribuya la capacidad de adoptar un punto de vista independiente del de aquellos que encuentra en los textos que utiliza. El historiador medieval, al que semejante pensamiento ni siquiera se le pasaba por la cabeza, sólo podía limitarse a citar testimonios contradictorios, recurriendo a una cláusula de estilo que hallaremos con frecuencia en las crónicas: *Unus dicit... Sed alius dicit...*

La asimilación de cualquier conocimiento con el conocimiento inmediato explica varios otros rasgos singulares de la práctica de los historiadores de la Alta Edad Media. Y en primer lugar el hecho de que prefirieran los relatos a los documentos, aun cuando tuvieran estos últimos al alcance de la mano. Porque el documento no es sino la huella del acontecimiento. Permite decir que este acontecimiento ha sucedido y precisar sus circunstancias. Pero no lo presenta desde un punto de vista que haría posible su descripción ni la percepción del mismo que lo visualizaría, dando así derecho a hablar de él como si uno lo hubiera presenciado. Es lo que hace el relato y lo que lo privilegia desde el punto de vista del historiador medieval. Por eso un relato adornado con todos los artificios de la retórica, repleto de detalles pintorescos, ricamente colorista, vale más para él que un relato sobrio. Incluso prefiere una narración que para nosotros sería épica a otra que, a nuestro entender, pertenece a la historia. Sin embargo, cualquier relato debe estar autentificado por su autor o por su aval. Es la palabra dicha la que autentifica lo escrito. Esta preeminencia de la palabra que se ha visto pronunciar, nacida de la convicción de que cualquier conocimiento es un conocimiento inmediato, explica que los historiadores de la Alta Edad Media hayan situado en el mismo plano la tradición oral y los escritos. El modo de transmisión de las informaciones referentes al pasado lejano carecía para ellos de importancia, puesto que, de todos modos, el conocimiento de una persona presente y cuya palabra garantizaba la veracidad del relato era el único fundamento de la credibilidad que se le concedía.

No podemos entrar aquí en los detalles. Lo que acabamos de decir debería bastar para demostrar que la oposición entre el conocimiento inmediato y la fe no es una invención verbal de los filósofos ni de los teólogos, sino que trasluce en todo el conjunto de las operaciones que los historiadores realizaban cuando precisaban hablar de un pasado lejano. En otras palabras, creemos haber presentado, de una manera muy superficial, claro está, y muy somera, no tanto una teoría sino una práctica del conocimiento histórico. Llama tanto más la atención constatar que corresponde a la que, en la misma época, era la de los astrónomos. Esto resulta todavía más evidente cuando se estudian los cambios que afectan a la práctica de los historiadores a partir del siglo XII. Son muchos. Sólo citaremos algunos. El primero es que ya no basta con yuxtaponer testimonios contradictorios. Se intenta conciliarlos y alcanzar un punto de vista único y coherente que se supone común a todos los relatos que se invocan. El segundo es que ya no se exige a un texto que esté avalado por una palabra. En adelante se considera que

cualquier texto contiene determinados indicios que permiten hacerse una idea de las circunstancias en las cuales ha sido escrito y de la persona de su autor. El tercero es que los historiadores empiezan a introducir, muy tímidamente, una distinción entre su punto de vista y el de la autoridad que le proporciona las informaciones. Estos tres ejemplos ponen de manifiesto que, en adelante, uno se comporta en la práctica como si admitiera, al menos en algunos casos, la posibilidad y la validez de una abstracción; como si creyera tener derecho a buscar en un texto una intención que no corresponde a la letra, lo que permite considerar aparente la contradicción entre los testimonios y suponer que existe una identidad sustancial entre puntos de vista que al parecer son diferentes. Del mismo modo, la posibilidad de pasar de un relato a su autor sólo se abre cuando se considera que el texto es portador de una intención que se puede extraer del mismo. Esta intención equivale, por así decirlo, a una casi presencia del autor en su texto y es esta casi presencia la que basta para autentificarlo. Por último, la distinción entre el punto de vista del historiador y los de sus autoridades remite a una nueva definición del papel del historiador: éste ya no está condenado a ser un copista porque lo que realmente le importa es no tanto la exactitud literal como la fidelidad a las intenciones de los autores que utiliza. Pero la relación entre la intención y el texto, así como la relación entre una forma abstracta y algo sensible que viene dado, son análogas. En ambos casos se pasa de lo visible a lo inteligible, prolongando el primero hacia el segundo. Los historiadores que, a partir del siglo XII, cambian su manera de trabajar, se adentran por la misma vía que los astrónomos que, por la misma época, redescubren la teoría tolemaica.

Los historiadores de la Alta Edad Media describen los acontecimientos. Las fallas en la continuidad del tiempo que remiten a intervenciones sobrenaturales, las únicas capaces de crear algo verdaderamente nuevo y verdaderamente duradero. En efecto, sólo la Iglesia, que es una obra divina, se mantiene desde el principio hasta el fin de los tiempos. En la historia profana no hay por el contrario nada más que cambios. Toda institución humana recorre necesariamente el ciclo que comienza con el nacimiento y acaba con la muerte. La historia profana se opone de este modo a la historia eclesiástica, como el ámbito del cambio al de la duración. Como el tiempo a la eternidad. Lo cual explica, dicho sea de paso, que los autores de las historias eclesiásticas no se hayan interesado por los mismos acontecimientos que los autores de las historias profanas. Sólo a partir del siglo XII se empieza a atribuir a algunas instituciones situadas en la historia profana la ca-

pacidad de salvaguardar a lo largo del tiempo su identidad sustancial, aunque cada una de ellas haya tenido un comienzo y por lo tanto tenga que tener un final. Es el caso, por ejemplo, del Imperio, pero también el de cualquier monarquía: *dignitas non moritur*. Poco importan las controversias a las que dieron origen estas pretensiones monárquicas a las que se opusieron los portavoces de la Iglesia. Lo que nos parece significativo es que volvemos a encontrar en el pensamiento de los historiadores y en su práctica la tripartición que ya habíamos advertido cuando hablábamos de los astrónomos. La que distingue entre el tiempo, el *aevum* y la eternidad. Porque se supone que las monarquías y el Imperio existen en el *aevum*, al igual que los cuerpos celestes. El paralelismo entre la historia y la astronomía es, pues, total: no sólo coinciden los procedimientos utilizados, sino también los estatus ontológicos atribuidos a los sujetos estudiados.

Concluyamos esta apresurada revisión de los problemas del conocimiento en la Edad Media mediante algunas observaciones generales. Durante el período que abarca hasta el siglo XII, el conocimiento es siempre y por doquier el conocimiento inmediato: la percepción de un objeto sensible o la intuición intelectual de una esencia. Se trata de una evidencia que todo el mundo acepta, como si fuera de suyo; que nadie cuestiona y que nadie trata siquiera de justificar. Aparentemente se impone a los espíritus con una fuerza irresistible. Entre las múltiples consecuencias de este axioma epistemológico, la más importante es la que obliga a situar fuera del ámbito del conocimiento posible todo aquello que no está presente aquí y ahora. Quien acepta las informaciones sobre objetos que son invisibles porque están alejados en el tiempo o en el espacio no puede verificarlas. El fundamento de esta aceptación es exclusivamente la credibilidad de quienes son sus autores y que dicen haber visto aquello de lo que hablan. De este modo, la fe aparece como complemento necesario del conocimiento asimilado a un conocimiento inmediato. Porque es ella y sólo ella la que permite trascender sus limitaciones espacio-temporales.

El redescubrimiento de la abstracción se inscribe en este marco preestablecido. No lo trastoca, porque la abstracción sólo puede generarse a partir de algo dado que se percibe inmediatamente. Aunque a partir de entonces se accede a lo inteligible, no ya gracias a una intuición intelectual, sino de manera indirecta, a través de lo sensible que lo contiene, se sigue sin embargo en el mundo del conocimiento inmediato. Y, por consiguiente, de la fe. Pero los datos de la fe sólo pueden invalidarse destruyéndose la credibilidad de quien es su autor o su aval y, eventualmente, demostrando su carácter fabuloso (lo cual no significa «milagroso», pues el milagro tiene su estatus perfectamente definido por la teología). Por lo tanto, no basta constatar que no se puede ver lo que alguien dice haber visto para inferir que ha cometido un error o que ha sucumbido a una ilusión. Porque la imposibilidad en la que uno se halla de confirmar lo que dicen otras personas significa sólo que en el lugar espacial y temporal que era el suyo, ha podido ver lo que en otro lugar es invisible. Algo dado en la fe, un *credibile*, una vez admitida la autoría de su autor o su aval, es tan válido como un *sensibile*, y por lo tanto puede servir de punto de partida para la abstracción. La ciencia medieval no consigue, como hemos visto, eliminar lo que procede *ex auditu*. Permanece trabado en la tradición. Por otra parte, la asimilación de cualquier conocimiento al conocimiento inmediato hace que quienes practican la ciencia no tengan ningún motivo para salir del mundo de la percepción. Ni siquiera se plantean la posibilidad de hacerlo. Es lo que explica que no traten de fabricar instrumentos de observación, aun cuando técnicamente sería posible. No los necesitan, como tampoco necesitan una medida precisa ni, en general, el lenguaje cuantitativo. El mundo de los astrónomos y de los historiadores de la Edad Media es el de lo aproximado. Y también es un mundo finito, en el espacio y en el tiempo, compuesto por lugares cualitativamente diferentes y ordenados en una jerarquía. El mundo del conocimiento inmediato es un cosmos.

La doble revolución del conocimiento

El resultado más importante de la revolución científica de los siglos XVI y XVII es, desde el punto de vista que hemos adoptado, la sustitución, como fundamento de la ciencia, del conocimiento inmediato por el conocimiento mediato. Empieza por una ruptura entre lo inteligible y lo inmediatamente visible que ya se inicia con Copérnico. Desde el punto de vista estrictamente cinemático, su teoría equivale a la de Tolomeo. Pero, desde el punto de vista filosófico, defiende la opinión contraria. Porque cualquiera que fuera la idea que el propio Tolomeo se hacía de su teoría, ya la considerara verdadera o pensara que no servía más que para salvar los fenómenos, lo inteligible se situaba para él en la prolongación de lo sensible. Y se pasaba de lo segundo a lo primero a través de la abstracción. Pero la ontología y la epistemología implícitas de la teoría copernicana son totalmente distintas, y ello cualesquiera que fueran las opiniones que Copérnico mantenía a este respecto. Efectivamente, en la teoría copernicana, la percepción inmediata sólo tiene un cometido, aunque muy importante: proporciona

un conjunto de constataciones, cada una de las cuales se refiere a la posición de un planeta dado en un momento dado. Pero no fundamenta ya ninguna conclusión general: el Sol y los planetas giran alrededor de la Tierra. Esta conclusión, no la impone. En otras palabras, el paso de lo visible a lo inteligible no se efectúa a través de una abstracción a partir de los datos de la percepción inmediata. Muy por el contrario, si el sistema del mundo es el que describe Copérnico, la percepción inmediata, en el momento en que se intenta deducir alguna ley de ella, resulta ser una fuente de error. En resumen, el ámbito de lo general, de lo inteligible, de la teoría, ya no aparece como una continuación del de lo particular, de lo visible, de la experiencia. Se opone a él.

Cabría defender que esta forma de concebir la relación entre lo inteligible y lo visible no es tan revolucionaria como parece ser. Al fin y al cabo, Platón ya demostraba con excelentes argumentos que no se puede pasar de lo visible a lo inteligible; y, sobre todo desde los trabajos de Alexandre Koyré, sabemos el eminente papel que el platonismo desempeñó en la formación de la ciencia moderna. Pero aquí hay que tener cuidado. Porque, según los adalides del platonismo, lo inteligible podía ser inmediatamente aprehendido por el espíritu. Podía ser objeto de una intuición intelectual que, a nivel de las esencias, era el equivalente de la intuición sensible. En cuanto a la ciencia moderna, se sitúa más allá de la controversia entre la abstracción aristotélica y la intuición intelectual de Platón. Opone a ambas su nueva práctica del conocimiento: la del conocimiento mediato.

A decir verdad, cuando hablamos del conocimiento inmediato estamos simplificando la expresión. Si quisiéramos ser totalmente precisos, habría que decir: «el conocimiento que se creía inmediato». Porque no lo era. Y no podía ni puede serlo, puesto que existe todo un conjunto de mediaciones, empezando por los órganos sensoriales y los diversos presupuestos que los informan, que se interponen siempre entre el «sujeto» y el «objeto». El conocimiento inmediato no es más que un mito. Una especie de paraíso perdido epistemológico, siempre buscado, nunca alcanzado. Pero para los sabios de la Edad Media, era una realidad. Y sustentaron todos sus procedimientos sobre la convicción no sólo de la posibilidad de un conocimiento inmediato, sino también de la imposibilidad de un conocimiento que no lo sea o que, al menos, no lo tome como su punto de partida. Es esa convicción la que la ciencia moderna contradice a través de su práctica y a veces también a través de su teoría. Porque, ¿cuáles son las consecuencias de la ruptura copernicana entre lo inmediatamente visible y lo inteligible? Para comprenderlas, recordemos en primer lugar que, en el caso de la

astronomía, lo inteligible es lo que se puede describir con el lenguaje de la geometría. Eso no es nada original. La teoría tolemaica era también una teoría matemática. La novedad que introduce Copérnico es oponer lo inteligible matemático a las generalizaciones que sugiere el conocimiento inmediato. Este último se muestra, pues, incapaz de garantizar el paso a lo inteligible. Porque si admitimos que la teoría copernicana corresponde a la realidad, y sabemos cuán difícil es, resulta que los únicos datos cuantitativos —en este caso, las mediciones de la posición de los planetas— constituyen un conjunto de constataciones que permiten extraer un sistema inteligible, mientras que las enseñanzas cualitativas de la percepción inducen a error. Por consiguiente, para aplicar un procedimiento idéntico a los objetos del mundo sublunar, es preciso hacer dos cosas: negar la diferencia cualitativa entre estos objetos y los cuerpos celestes, aunque ésta ya pareciera evidente a la percepción; y descubrir una manera de obligar a los objetos del mundo sublunar a mostrarse bajo sus aspectos cuantitativos. Para ello hay que saber previamente lo que se puede medir. En otras palabras, se precisa una teoría matemática de los objetos sublunares que haga posible la formulación de las hipótesis y, por lo tanto, de las preguntas que les vamos a hacer a los propios objetos. El método de experimentación elaborado por Galileo se opone, pues, punto por punto, a la manera de proceder propia de la ciencia medieval. En lugar de partir de la percepción inmediata para abstraer de ésta regularidades cualitativas, se parte de la teoría matemática, de la que se deducen las hipótesis que guían las operaciones sobre los objetos. Estas últimas tienden a colocar dichos objetos en una situación en la que se vean por así decir obligados a comportarse de una manera cuantificable. Y lo único que registra la percepción son los resultados de las mediciones, reduciéndose su papel estrictamente al mínimo.

La revolución copernicana abrió, pues, la vía conducente a una unificación de la astronomía y de la física, y también a la introducción en esta última de la teoría y de la experimentación. En definitiva, a una sustitución del conocimiento inmediato por el conocimiento mediato, interponiéndose a partir de entonces la teoría y las técnicas de la experimentación entre el sabio y su objeto, y ya no sin que éste sea consciente de ello, como ocurría en la Edad Media, sino porque él las ha puesto ahí para estudiar, por intermediación de ellas, el comportamiento de su objeto. Y este objeto ha cambiado de naturaleza, porque ahora sus características pertinentes ya no son aquellas que se pueden percibir sino aquellas que se pueden medir. La revolución copernicana abre al mismo tiempo otra vía que conduce a una mediatización del

conocimiento. En efecto —Giordano Bruno fue el primero en darse cuenta de ello—, conduce a rechazar la representación del cosmos y a sustituirla por la de un universo infinito. Semejante hipótesis, que contradice abiertamente todas las enseñanzas de la percepción inmediata, es sin embargo susceptible de verificación. Porque los objetos que existen en el universo, aun siendo inaccesibles a la percepción inmediata, deben revelar su presencia de una manera o de otra. Una vez admitido esto (cosa, repitámoslo, que era muy difícil), se podía abordar el problema técnico referente a los medios que había que proporcionar para descubrir objetos invisibles a simple vista. Fue una vez más Galileo el que, extrayendo todas las consecuencias de las ideas de Copérnico y de Bruno, planteó el problema y ofreció su solución: construyó el primer telescopio y lo utilizó para escrutar el cielo.

El sabio medieval sabía que estaba sometido a limitaciones espacio-temporales. Sólo la aparición del conocimiento mediato —de la teoría matemática, de la experimentación, de los instrumentos de observación y medida— permitió al sabio evadirse del mundo cerrado de la percepción. El descubrimiento de estas nuevas posibilidades se expresaba no sólo en el desarrollo del lenguaje científico y de un corpus de técnicas y de métodos, sino a través de la multiplicación del número de objetos cuya existencia hasta entonces ni siquiera se sospechaba. También había hecho posible un cuestionamiento de la concepción que los sabios tenían de sí mismos y de las opiniones que defendían o que aceptaban tácitamente con respecto a la ciencia. El sabio que practica el conocimiento mediato se comporta, en efecto, como si ya no concibiera que lo componen dos elementos igualmente importantes: unos sentidos que perciben y un intelecto que abstrae las formas de los datos de la percepción. Esta última es cada vez más limitada y termina sirviendo únicamente para registrar los resultados de las observaciones y de las medidas, antes de verse suplantada, incluso en este papel, por la placa fotográfica y todo lo que se ha descubierto después de ella. Los órganos de los sentidos son, pues, puramente receptivos. Además se los somete a un control cada vez más riguroso, para que las diferencias entre los individuos no puedan ser fuente de confusión y de error. Los resultados que se alcanzan y que se registran deben poder ser reproducidos por cualquier persona que posea las competencias necesarias: que sepa manejar los instrumentos y que comprenda el lenguaje de la teoría. Ya no hay cabida, pues, para la diferencia elemental entre los resultados que uno mismo obtiene y los de los demás. Los resultados de las experimentaciones y de las observaciones, si son válidos, ya no pueden llevar la marca de su origen individual. La ciencia se

libera así definitivamente del peso de la tradición, que se acepta en virtud de la autoridad de quienes la transmiten. No conoce nada que no pueda ser verificado.

No son sólo los resultados sino también los propios sabios los que, en cierto modo, con el apoyo de los instrumentos y de las teorías, trascienden las limitaciones del tiempo y del espacio. Cada sabio, al dejar de estar encerrado en su percepción inmediata, se convierte, por así decir de forma virtual, en coextensivo del universo; es decir, de todo aquello que se le hace accesible a través de los instrumentos que tiene a su disposición. Desde luego, en la práctica un individuo sólo se interesa por un fragmento de este universo. Y no es menos evidente que los instrumentos están lejos de ser perfectos. Pero, por una parte, cada sabio sólo se concibe como uno de los miembros de la comunidad científica, y ello no sólo en relación con la conciencia que tiene de sí mismo, sino también y sobre todo, con respecto a las operaciones realmente efectuadas. Porque sólo admite como válido aquel resultado que puede reproducir otra persona. Sólo utiliza procedimientos que otros pueden utilizar. No acepta ninguna conclusión que otro que no fuera él no pudiera sacar. En definitiva, lo que se admite aquí y ahora sólo se admite porque puede ser admitido siempre y en todas partes. Por otro lado, los instrumentos se perfeccionan, y la capacidad que tienen de perfeccionarse es inherente a su propia naturaleza, lo que los opone a los órganos sensoriales dados de una vez por todas. Por ello existen suficientes motivos para estar convencido de que lo que hoy es inaccesible dejará de serlo, si no hoy, al menos más adelante. Y de que la ciencia, producida por una cadena de generaciones en la que las últimas retoman la tarea en el punto en que la dejaron las anteriores, es obra de un observador ideal, de un puro sujeto del conocimiento que no está sometido a las limitaciones espacio-temporales, porque siempre es capaz de trascenderlas y de empujar cada vez más lejos los límites del universo conocido, que es un universo infinito.

Dicho esto, hay que añadir que esta nueva ideología implícita de la ciencia, porque era una ideología, no se estableció de la noche a la mañana. Y que el proceso de su formación y de su explicitación en las doctrinas filosóficas que la presentaban, por supuesto, no como una ideología sino como una verdad, este proceso, decíamos, no fue en absoluto una progresión lineal, apacible y automática. Las peripecias de la revolución científica de los siglos XVI y XVII son lo suficientemente conocidas para que huelgue recordarlas aquí. Simplemente hemos querido mostrar que el paso del mundo cerrado al universo infinito, que es el del mundo de lo aproximado al universo de la precisión,

por retomar los títulos de los admirables trabajos de Alexandre Koyré, que este paso puede presentarse como la sustitución del conocimiento inmediato por el conocimiento mediato. El interés de semejante presentación, aunque no aporte nada particularmente nuevo, reside principalmente en lo siguiente: permite describir, con un mismo lenguaje, las transformaciones de la ciencia y las de la historia. Permite comparar unas con otras. Y, por consiguiente, permite desvelar su paralelismo.

Porque, ¿qué ocurre del lado de la historia durante los dos siglos en los que presencia cómo la ciencia sustituye, paso a paso, el conocimiento inmediato por el conocimiento mediato? A partir del siglo XV, se advierte en la historia una multiplicación de las rupturas entre el presente y el pasado. Esto empieza por la crítica de las leyendas sobre los orígenes de los pueblos y de las dinastías. Luego vienen los diversos intentos por definir los rasgos característicos del período que se está viviendo para oponerlo al inmediatamente precedente. Para ello, unos —los humanistas— hacen sobre todo referencia a un renacimiento de las artes y de las bellas letras. Otros —es el caso de todos los reformadores— invocan un retorno a las fuentes de la fe cristiana. Los terceros —los sabios, los técnicos y también los eruditos— subrayan la importancia de las invenciones, por ejemplo la pólvora, la imprenta, la brújula y los descubrimientos geográficos. Las filosofías de la historia que corresponden a estas definiciones del presente difieren unas de otras e incluso se contradicen. El tiempo de los humanistas y de los reformadores es cíclico: a una época que había alcanzado la plenitud le sucede una caída, bien de las artes y de las letras, bien de la religión. Ahora se asiste a una renovación, a un renacimiento o a un regreso, pero nunca se podrá superar el nivel de los Antiguos. Como mucho se podrá igualar, aunque esto ni siquiera es seguro. El tiempo de los sabios, de los técnicos y de los eruditos es lineal y acumulativo: las invenciones y los descubrimientos introducen en él algo fundamentalmente nuevo y abren la vía a otras invenciones y descubrimientos. No se advierte ningún motivo que pudiera impedir que este proceso continuara indefinidamente. Dos maneras de concebir el tiempo de la historia remiten, pues, a dos actitudes opuestas frente a las posibilidades de los seres humanos: son limitadas en un caso, ilimitadas en el otro. Sin embargo, aun quienes no les prescriben límites están igualmente convencidos de que sólo la técnica y la ciencia pueden crecer indefinidamente. La idea de un progreso generalizado de todos los aspectos de la actividad humana es una invención tardía del siglo XVIII.

Cualquiera que sea el criterio utilizado para magnificar el presente, siempre se llega a quebrar la continuidad entre éste y el pasado, lo que coloca al historiador en una situación nueva. Sin embargo, si es partidario del tiempo cíclico, siempre podrá encontrar en las épocas de plenitud, ya se trate de la Antigüedad clásica o de los primeros siglos del cristianismo, ejemplos y modelos a los que debe atenerse si quiere ser un historiador perfecto. Los problemas pendientes de resolución se vuelven verdaderamente inéditos cuando se acepta la idea de un tiempo lineal y acumulativo. Entonces ya no se puede considerar el pasado como un objeto de fe, porque retomar el punto de vista de quienes participaron en los hechos o de los testigos oculares de los mismos se basa en la creencia en la continuidad del tiempo. Una vez destruida ésta al admitir acontecimientos que supuestamente han introducido en el tiempo un corte radical, uno ya no puede identificarse con quienes vivían en el pasado, copiando sus palabras o extrayendo de los textos sus intenciones para retomarlas luego por cuenta propia. Y esto se puede hacer tanto menos cuando más firmemente se está convencido de la superioridad del presente sobre el pasado y, por lo tanto, de la superioridad de un punto de vista que es el del presente sobre aquel de las personas que vivieron en épocas lejanas. Por supuesto, el papel lo aguanta todo y se llega a conciliar las actitudes contradictorias y a escribir la historia de una manera que no responde a las declaraciones, o que contradice sencillamente la lógica. Pero precisamente es la lógica la que nos interesa aquí. Desde el momento en que se tomaba conciencia de las implicaciones que suponía la concepción del tiempo que se tenía, ya sólo había elección entre dos soluciones del problema en relación con los medios para alcanzar un saber acerca del pasado sin dejar de suponer que el tiempo era lineal y acumulativo. La primera consistía sencillamente en negar la posibilidad misma de una historia verídica, basándose en el hecho de que el pasado era inaccesible al conocimiento, identificado en este caso con el conocimiento inmediato. Ésta fue la actitud de todos los que profesaron el pirronismo histórico. Mientras se compartiera su manera de comprender el conocimiento no se les podía oponer ningún argumento realmente válido. Para refutar el pirronismo histórico era preciso, y ésta era la segunda solución del problema, elaborar las técnicas y los métodos que habrían permitido convertir el pasado en objeto del conocimiento mediato.

El proceso que habría de conducir a ello se inició ya en el siglo XV con la crítica que de la donación de Constantino hicieron Nicolás de Cues, por una parte, y Lorenzo Valla, por otra. Luego son los «anticuarios» los que crean ciertas técnicas que permiten extraer informaciones

sobre el pasado de los diversos objetos que son sus vestigios, en particular de las inscripciones y de las medallas. Su actividad se sitúa, sin embargo, al lado de la historia, que se escribe sin tener en cuenta estas técnicas, siguiendo los modelos dejados por los Antiguos. Además, los propios «anticuarios» no pretenden convertirse en historiadores. La investigación sobre la Antigüedad es para ellos una cosa, y la historia es otra. Los primeros que trataron de integrar estas dos corrientes fueron los eruditos de los siglos XVI y XVII, esos grandes olvidados de la historia tradicional de la historiografía, de los que Croce recomendaba imperativamente hacer caso omiso. Efectivamente, son ellos quienes, perpetuando a este respecto la tradición de los juristas y de los controversistas religiosos, introducen en la historia la exigencia de formular sólo proposiciones que puedan verificarse contrastándolas con las fuentes. Por lo tanto a estas últimas hay que citarlas de modo que sea posible contrastarlas, aunque ello haga más pesado el relato histórico y más difícil su lectura. Y lo que es todavía más fundamental, son ellos los que modifican el estatus de los textos en los que se basa el historiador. Para ellos, los textos ya no son autoridades: son, precisamente, fuentes. Esto significa que ya no se puede dar ningún valor a un texto en virtud de unas garantías externas al propio texto. No hay ninguna institución, ninguna persona cuya palabra sea capaz de autentificarlo. El texto tiene que defenderse a sí mismo. Sólo el análisis tanto de su contenido como de todos sus rasgos característicos —de su soporte material, de la escritura, de los títulos y fórmulas utilizados, de la datación, del sello que eventualmente lleve, etc.— permite pronunciarse sobre su autenticidad. Un análisis de este tipo conlleva evidentemente el establecimiento de toda una serie de comparaciones entre un texto determinado y los demás, que señalen diferencias y semejanzas significativas. Son éstas las que, a su vez, hacen imposible la atribución de un texto a un período, una región y un autor que lo han producido. Pero hay que subrayar que no todos los textos son igualmente útiles para un historiador. Como ya no se buscan en ellos puntos de vista establecidos para asumirlos, como es preciso someterlo todo a una crítica, como cuantas menos deformaciones subjetivas contenga un texto más valioso es, las fuentes narrativas pierden su lugar privilegiado, que pasan a ocupar en adelante los documentos. La sustitución de las autoridades por las fuentes conduce a los eruditos a apreciar su utilidad para la historia de una manera que se opone no sólo a la tradición medieval sino también a los procedimientos de los historiadores, para quienes algunos textos seguían siendo ejemplos, cuando no autoridades. A lo largo de las controversias con los defensores del pirronismo histórico y de la

historiografía retórica que proseguía la obra de los humanistas y con todos aquellos para quienes la historia debía estar prioritariamente al servicio de los fines de la apologética religiosa, se fue formando el corpus de las técnicas y de los métodos de la investigación, por un lado, y la nueva ideología de los historiadores, por otro. No hay lugar aquí para presentar estos esfuerzos, que culminaron con la creación de la epigrafía, de la numismática, de la sigilografía, de la cronología, de la geografía histórica y de la paleografía —de todo ese conjunto de reglas que sirven para establecer la autenticidad de una determinada categoría de vestigios del pasado y para extraer de ella informaciones de manera crítica. Baste recordar que estas disciplinas son obra de eruditos y que el modelo del género procede de la diplomática, cuyas reglas fueron formuladas por Mabillon. Es, pues, en el siglo XVII cuando el pasado se convierte en objeto de un conocimiento mediato que analiza sus huellas y reconstruye, a través de éstas, las circunstancias que las han producido. Son ellas las que permiten al historiador conocer los acontecimientos remotos, incluso en el caso en que ningún participante, ningún testigo ocular, haya dejado relatos de los mismos. Son ellas también las que, cuando dichos relatos existen, hacen posible su crítica. En definitiva, el punto de vista del historiador que observa el pasado se vuelve totalmente independiente, al menos en teoría, del punto de vista de aquellos para quienes este pasado ha sido un presente. Sus relatos no le ofrecen más que informaciones de las que, además, tampoco se fía ciegamente. Siempre tiene que verificar lo que dicen. En cuanto a la interpretación, la hace él mismo.

Esta independencia del historiador con relación al pasado sería sin embargo incompleta si aquél siguiera sometido a instituciones que, al tiempo que le son contemporáneas, justifican sus pretensiones invocando el pasado y, haciéndolo, se arrogan el poder de autentificar algunos textos, obstaculizando el libre ejercicio de la crítica histórica. Los historiadores que querían practicar su oficio de la manera que ellos entendían tenían que emanciparse de las diversas tutelas que se les imponían. Y tenían que emanciparse no sólo en su existencia social real —y eso no era poca cosa, teniendo en cuenta el peso de las resistencias que tenían que vencer—, sino también en el ámbito de la ideología. En otras palabras, tenían que rechazar la opinión dominante, para la cual el historiador no era más que un humildísimo y obedientísimo servidor de la monarquía o de la Iglesia. Tenían que desprenderse de estas instituciones, dejar de identificarse con ellas y hallar otro punto de apoyo, otro sistema de referencia. Son una vez más los eruditos los que, a lo largo del siglo XVII, definen las obligaciones profe-

sionales del historiador y las coordenadas del lugar que tendría que ocupar en la sociedad. Ese lugar es la razón. El historiador la alcanza despojándose de todas las pasiones, trascendiendo todas las limitaciones espacio-temporales, pero también sociales y confesionales, para poder mirar al pasado de forma totalmente objetiva. El historiador en el ejercicio de sus funciones es un ciudadano de la Republica de las Letras, pues ella es el país de la razón y sólo le debe obediencia y fidelidad a las leyes de esta comunidad, sobre todo cuando entran en conflicto con las cargas que intenta imponerle la sociedad real a la que pertenece. Esta doctrina utópica, que fundamenta toda una práctica del intercambio de informaciones y de servicios, de ayuda mutua y de solidaridad frente al mundo exterior, se aclaró y se precisó poco a poco a lo largo del siglo XVII, para adquirir su forma definitiva con los grandes teóricos de la erudición: Bayle y Le Clerc.

Esta descripción de los cambios de la historia en los siglos XVI y XVII basta, a nuestro parecer, para constatar que son exactamente paralelos a los que, durante el mismo período, tuvieron lugar en el ámbito de la ciencia. Al igual que el sabio, el historiador renuncia al conocimiento inmediato. Sustituye la fe otorgada a la letra de los relatos o las intenciones de sus autores por la crítica de las fuentes y por los procedimientos que extraen de éstas informaciones sobre el pasado. Desde el punto de vista epistemológico, este procedimiento se equipara con la experimentación y la observación mediante instrumentos. Desde luego, son muchos los historiadores que siguieron fieles a las tradiciones de la historiografía retórica o apologética. Pero ¿acaso no eran las universidades el refugio de los sabios que se oponían obcecadamente a la ciencia nueva? El hecho de que de tanto en tanto aparezcan oposiciones no invalida la constatación de un paralelismo. Pero lo que acabamos de decir no lo agota. Tanto en la nueva historia como en la ciencia nueva, en adelante ya sólo se pueden enunciar proposiciones que pueda verificar cualquier persona competente. Esta verificación se hace posible por el hecho de que los resultados de las experimentaciones y de las observaciones, al igual que los de la crítica de las fuentes y los de las deducciones que de ellas se hacen, son independientes de quien los obtiene y, por consiguiente, reproducibles. A la destrucción del mundo espacialmente cerrado corresponde la de la clausura del tiempo. Y a la idea del observador ideal, la del historiador absolutamente objetivo. La historia, como la ciencia, se libera de este modo del peso de la tradición. Y el historiador, al igual que el sabio, se cree a partir de entonces capaz de trascender todas las limitaciones espacio-temporales y de acceder a un saber que

ninguna influencia externa puede deformar. En una palabra, los siglos XVI y XVII han vivido no sólo una revolución científica sino también una revolución de la historia. Una y otra no son por cierto más que dos aspectos diferentes de una mutación de los cimientos mismos del conocimiento.

* * *

A lo que acabamos de decir cabe oponer dos tipos de argumentos. El primero cuestiona el concepto de paralelismo. Efectivamente, ¿acaso no podríamos sostener que, en relación con la ciencia y con la historia, estamos, no ante dos procesos paralelos, sino ante una influencia unilateral de las mutaciones de la ciencia sobre la práctica de los historiadores? No lo creemos. Las nuevas maneras de concebir el tiempo aparecen antes de Copérnico. Y la corriente erudita se perfila claramente antes de Galileo. Indudablemente, ha habido influencias. Pero han sido recíprocas. Se conoce el papel que los argumentos históricos desempeñaron en la controversia que enfrentaba a los portavoces de la ciencia nueva con los adalides de la tradición hermética; baste mencionar a Casaubon. También es conocido el peso de estos argumentos, cuando se ha tratado de destruir la creencia en la influencia nefasta de los eclipses o de los cometas. La historia nueva ha sido a menudo una especie de complemento crítico de la nueva ciencia: desbrozaba el camino por el que luego esta última podía avanzar.

Otra objeción es más difícil. Al fin y al cabo, las diferencias entre la ciencia y la historia son demasiado llamativas para que sea posible borrarlas de un plumazo. Es verdad. Por lo tanto, no tenemos ninguna intención de negarlas. Sólo queremos situarlas en su lugar preciso. ¿Dónde se halla éste? No en el ámbito de las técnicas ni de los métodos que permiten constatar los hechos. Éstos son en la historia tan infalibles o, si se quiere, tan dudosos como los procedimientos de los que se sirven las ciencias. Ni unos ni otros ofrecen certeza absoluta. Sólo que la ciencia no se reduce a la experimentación ni a la observación. También está la teoría, o más bien las teorías, que permiten, cada una en su ámbito respectivo, describir los hechos en un lenguaje estandarizado y atribuir a cada uno de ellos un significado preciso. La ciencia no es sólo una semántica. Es también una sintaxis. Desde luego, la ciencia real no corresponde en absoluto a la imagen idealizada que de ella ofrecen los manuales de filosofía inspirados en una tradición positivista. La significación de un hecho, el conjunto de las consecuencias que se pueden deducir de una constatación empírica, se prestan a

menudo a controversia. Y el lenguaje científico no está siempre tan matematizado como en algunas ramas de la física. Sin embargo, y aquí es donde se sitúa la diferencia esencial entre la ciencia y la historia, la primera tiene teorías mientras que la segunda no. Son las ideologías, los presupuestos filosóficos, eventualmente, lo que se toma prestado de cada disciplina, los que sirven casi siempre para colmar este vacío teórico. La historia es un cúmulo de observaciones, en general bien establecidas, pero entre las cuales se instaura un orden recurriendo a procedimientos cuyo estatus no es comparable al de las teorías científicas. Dicho esto, el enfoque tradicional de la historia de la historiografía, que sitúa fuera de sus intereses el aspecto cognitivo de la historia, o que lo admite sólo de una manera verbal, sin saber integrarlo realmente en una visión de conjunto, sigue siendo no obstante insuficiente e insatisfactorio. La historia de la historiografía ha vivido su momento. Lo que hoy necesitamos es una historia de la historia que sitúe en el centro de sus investigaciones las interacciones entre el conocimiento, las ideologías, las exigencias de la escritura; en definitiva, entre los aspectos diversos y a veces discordantes del trabajo del historiador. Y que, de este modo, permita tender un puente entre la historia de las ciencias y la de la filosofía, la literatura y tal vez el arte. O mejor aún, entre una historia del conocimiento y la de los diferentes usos que de él se han hecho.

Capítulo IV

De la comparación en la historia

Durante mucho tiempo, la historia erudita ha identificado su ámbito con el de la escritura. Los objetos materiales, a excepción de las obras de arte, sólo le interesaban si facilitaban la comprensión de las fuentes escritas, y desconfiaba de las tradiciones orales. Los pueblos sin escritura, conocidos únicamente por los vestigios que dejaron, correspondían, pues, a la prehistoria; aunque se podía investigar sobre ellos y recoger sus tradiciones orales, eran materia para la etnografía. Esta frontera entre el estudio de la escritura, el de la cultura material y el de la oralidad sin duda se mantiene, aunque sólo sea debido a las rigideces disciplinarias y a las diferentes competencias a las que hay que recurrir debido a las diferencias existentes entre los propios objetos. Antaño estanca, se ha convertido en un colador. Y ahora separa no tanto la historia de la no-historia como los objetos de los métodos de la propia historia que, a lo largo de las cuatro últimas décadas, ha dejado de identificar su ámbito con el de la escritura.

Efectivamente, la datación absoluta facilitada tan sólo por la escritura hace apenas medio siglo se puede ahora atribuir, gracias a nuevas técnicas, a objetos materiales muy diversos; por consiguiente, ya no es necesario recurrir a textos fechados para construir una serie cronológica. Por otra parte, el estudio de los vestigios se ha convertido en un instrumento que la historia utiliza para completar los conocimientos que tiene sobre épocas bastante recientes: la Edad Media occidental (investigaciones sobre pueblos abandonados) e incluso la modernidad (ar-

queología industrial). Paralelamente, la recopilación y el análisis de las tradiciones orales se han impuesto en la historia social, inconcebible sin el magnetófono de casetes, sobre todo cuando estudia grupos que se expresan poco o nada por escrito. Para hablar hoy de la comparación en la historia sin cometer anacronismos, hay que tener en cuenta todos estos desarrollos recientes, consecuencia de la ruptura del vínculo monogámico entre historia y escritura. En otras palabras, hay que plantear de entrada que el corpus de fuentes virtuales de la historia lo engloba hoy prácticamente todo; ¿acaso los hematólogos no han puesto de manifiesto las relaciones más antiguas entre los grupos humanos a partir de una investigación sobre los marcadores sanguíneos?

Las producciones naturales, las cosas, los signos del lenguaje y los semióforos, que componen en conjunto el corpus de fuentes virtuales, se estudian por sí mismos en varias disciplinas especializadas, cada una en una clase particular de objetos, y que se abren a dos tipos de historias: las de los objetos mismos y las que, después de haber diseccionado, criticado y fechado un conjunto definido de objetos, que con ello quedan promovidos a la categoría de fuentes, reconstruyen a partir de las informaciones que extraen de ellos determinados aspectos de la existencia de aquellos cuyas huellas conservan dichos objetos. Las primeras sólo comparan objetos visibles. Las segundas comparan también objetos invisibles, reconstruidos como pasados. Abordaremos aquí ambos usos de la comparación en la historia.

Producciones naturales

Hemos evocado la sangre como fuente histórica. Citemos también los esqueletos y los vestigios óseos humanos, que informan sobre la estatura, la edad en el momento de la defunción, las enfermedades. Añadamos los restos de animales y de plantas; hallados en un emplazamiento, permiten reconstruir el entorno y el modo de vida de sus habitantes. En las investigaciones de este tipo, la comparación desempeña un papel fundamental: hace posible la identificación de los vestigios y su interpretación. Pero en este caso se trata de un uso de la comparación que no es específico de las ciencias humanas y sociales; efectivamente, lo que se compara son los resultados de las observaciones efectuadas por medio de los instrumentos adecuados. Por tanto nos limitaremos a subrayar su importancia para la historia, sin entrar en los detalles.

Cosas

Denominamos «cosas» a todos los objetos recogidos o fabricados por los seres humanos y que han sido utilizados como utensilios, instrumentos, armas, medios de protección contra el entorno o artículos de consumo. Las cosas, una vez sometidas a inspección, lo cual consiste en comparar los caracteres visibles u observables propios de cada una de estas categorías o de las especies en las que se dividen, aportan cantidad de informaciones sobre el equipamiento, las técnicas, el modo de vida, el hábitat, los intercambios, y a veces incluso sobre las relaciones sociales en el seno de los grupos que las han producido o que las han utilizado. La comparación de los caracteres visibles (formas, texturas, tratamiento de las superficies, materiales utilizados, etc.) suele conducir a tipologías basadas en las similitudes y en las diferencias de las apariencias externas; como por ejemplo en el caso de la alfarería, de las herramientas, de la cestería, de los tejidos, etc. El estudio de la distribución de los tipos en el espacio y de la coexistencia de algunos de ellos en los mismos emplazamientos permite distinguir los conjuntos caracterizados, cada uno de ellos, por la presencia de equipos determinados de objetos que les son peculiares. A estos conjuntos se les designa mediante nombres propios, compuestos por los términos «cultura» o «civilización» seguido del nombre del emplazamiento representativo o simplemente de aquel en el que se ha descubierto el conjunto designado; sucede que en lugar del nombre del emplazamiento se utilice la indicación de un carácter visible sintomático. Así, se habla de la *Natufian Culture* de la *Cortaillodkultur*, de la «civilización magdaleniense» o también de la *bandkeramische Kultur*, etc.

En la comparación de los caracteres visibles de las cosas se basa no sólo la identificación de las culturas-civilizaciones, sino también su periodización. Así, en la famosa división de la prehistoria en las épocas paleolítica y neolítica, que introdujo sir John Lubbock en 1865, intervienen tres criterios, uno de los cuales se refiere a la apariencia externa de las herramientas: las antiguas son de piedra tallada, las nuevas de piedra pulida. De forma más general, cualquier datación suscita comparaciones. En el caso de la datación relativa, se comparan los objetos que difieren por sus posiciones estratográficas, para poner de manifiesto la evolución; se comparan también los objetos hallados sobre diferentes emplazamientos para relacionar los cambios que en ellos se observan y para tratar de fechar las épocas a las que pertenecen aquellos que no se pueden fechar directamente, haciéndolos corresponder con

otros a los cuales sí se sabe atribuir una fecha. Pero en la actualidad es más importante la datación absoluta, que consiste, entre otras cosas, en comparar las concentraciones de C 14 en los restos orgánicos o la relación argón/potasio en las rocas y en los minerales, etc.

Con la datación absoluta, hemos pasado de la comparación de los caracteres visibles a la comparación de las propiedades observables, cuyo papel en nuestro ámbito es cada vez más importante a medida que se desarrollan las técnicas que permiten extraer de las cosas informaciones pertinentes para la historia. Pero en este caso, al igual que en el estudio de las producciones naturales, nos hallamos ante un uso de la comparación que no es específico de las ciencias humanas y sociales. Tratándose en particular del período más antiguo del pasado del ser humano, es sin embargo semejante uso de la comparación el que contribuye de manera más eficaz a reconstruir su historia. Una historia parcial, qué duda cabe, cuyos hechos señalados se refieren fundamentalmente a la dimensión ecológica y económica de la existencia humana, pero aun así una verdadera historia, con su diversidad espacial y temporal, sus fechas importantes, sus continuidades y sus rupturas.

Signos del lenguaje

Los intentos por reconstruir las creencias de los pueblos indoeuropeos a partir de los datos de la lingüística comparada comenzaron en la segunda mitad del siglo XIX (Max Müller). Los resultados han sido decepcionantes. Hubo que esperar a que se precisaran las reglas cuyo respeto garantiza la validez de las comparaciones entre las diferentes lenguas de la familia indoeuropea (A. Meillet) para que se abriera la vía hacia una reconstrucción, basada en la comparación de los elementos del léxico, de las instituciones (E. Benveniste) y de las creencias (G. Dumézil) de los indoeuropeos. La comparación en materia lingüística queda fuera de nuestras competencias; nos contentaremos, pues, con esa breve evocación que subraya su utilidad para reconstruir algunos sectores del pasado de otro modo inaccesibles.

Semióforos

Llamaremos «semióforos» a objetos reconocidos en una sociedad dada como portadores de significados y por lo tanto fabricados o expuestos con el fin de dirigirse a la mirada, bien de manera exclusiva, bien conservando una función utilitaria. Cuadros, dibujos, estampas, esculturas, escritos de todo tipo, manuscritos e impresos, pesos y medidas, sellos, monedas, billetes de banca y títulos diversos, objetos litúrgicos, así como todas las cosas decoradas: tejidos y tapicerías, prendas de ropa y edificios, armas, utensilios, herramientas, etc., pertenecen a esta categoría, sin por ello agotarla, porque ocurre que determinadas sociedades reconocen como portadoras de significados las producciones naturales (animales, árboles, piedras extrañas, fragmentos de meteoritos, restos de seres humanos) o cosas que, en origen, sólo tenían una función utilitaria (por ejemplo, las herramientas antiguas que se exponen en nuestros museos).

Objetos con dos caras, a la vez físicos y semióticos, los semióforos se pueden estudiar y comparar desde dos aspectos: el material y el significante. En el primer caso, se tratan como producciones naturales o cosas. Sólo en el segundo caso se tiene en cuenta su especificidad. Pero los significados son transmitidos mediante imágenes y textos; es el tratamiento de una cosa para convertirla en imagen, exponiéndola a la mirada e impidiendo que se utilice, lo que transforma esta cosa en semióforo. Para hacer explícitos los significados de los semióforos, basta pues, tanto en la sincronía como en la diacronía, confrontar las imágenes con otras imágenes, las imágenes con los textos y los textos con otros textos.

Ni las imágenes ni los textos constituyen, sin embargo, categorías homogéneas. Los documentos —huellas escritas que deja la ejecución de determinadas actividades— difieren de las narraciones procedentes de un proyecto deliberado de describir o de contar algo; entre las narraciones, las historias que pretenden representar fielmente los acontecimientos o los hechos difieren de las ficciones que no están sometidas a tales limitaciones. Tratándose de imágenes, corresponden a las historias y a veces incluso a los documentos, los globos, los mapas, los planos, las ilustraciones científicas, los modelos, todos los objetos que se supone representan de manera conforme, aunque sea en miniatura o en dos dimensiones, segmentos de la realidad visible; las obras pictóricas, gráficas y plásticas, que no tienen por objeto principal alcanzar dicha conformidad, corresponden por su parte a ficciones.

Las comparaciones entre estas diferentes clases de imágenes y de textos son constitutivas de casi todo lo que se hace en la historia cultural, social, política y económica y en sus innumerables ramas, al igual que en la historia del arte y en la de la literatura en el sentido más amplio de estas expresiones. Así, se comparan las obras atribuidas por la tradición a un escritor o un artista para separar las apócrifas de las auténticas y para reconstruir, a partir de éstas, la evolución de su autor; con ello, se relacionan las obras con las narraciones y los documentos

referentes a la vida del autor de estas obras con su época; es decir, se comparan las informaciones sacadas de estas dos categorías de semióforos. De manera semejante, se comparan las imágenes y/o los textos procedentes de un mismo país y de una misma época para extraer los rasgos que tienen en común, para reunirlos bajo el concepto de «estilo», para reconstruir a partir de ahí la «mentalidad» o las «mentalidades» de quienes han vivido en ese país en esa época, o también su «gusto», su «cultura», su «bagaje mental», el «episteme» que supuestamente impondrá un marco a su pensamiento, etc. Se comparan también las obras que tratan sobre un mismo tema o pertenecen a un mismo género; independientemente de su interés intrínseco, esta operación permite reconstruir los cambios en las actitudes, las creencias o las normas, según el caso.

No nos cansaremos de subrayar que el procedimiento comparativo constituye el fundamento mismo de la historia tal como se practica en la Europa moderna. Efectivamente, sin proceder a comparaciones resulta imposible distinguir lo verdadero de lo falso, en lo que se refiere a las imágenes y a los textos en general y, en particular, a los documentos. Porque, para una clase determinada de objetos que supuestamente proceden de un determinado país y de una determinada época, pueden darse única y exclusivamente dos situaciones. O bien se cuenta con especímenes cuyo origen se conoce de manera incontestable o muy difícilmente contestable; en este caso, todo elemento sospechoso de la misma clase debe compararse con esos especímenes, y las semejanzas y diferencias entre ambos, puestas de este modo de manifiesto, permitirán decidir, con una probabilidad bastante limitada de error, si se trata de un objeto auténtico o de un objeto falso. O bien ningún elemento de una clase puede servir de patrón; en ese caso hay que comparar cada objeto con todos los demás para realizar un inventario de las semejanzas y las diferencias, e identificar así objetos que aparentemente, basándose en buenas razones, tienen un origen distinto del de los demás. Evidentemente, este procedimiento no es infalible. Pero cuanto mayor es el número de elementos que se comparan y el de los caracteres considerados, más se acerca a la certeza la probabilidad de los resultados.

Digresión sobre la historia de la comparación en la historia

A partir del siglo XV comienza a constituirse la crítica histórica moderna, que aplica los procedimientos comparativos a diferentes categorías de fuentes para autentificarlas, fecharlas, atribuirlas, eliminar los

errores de los copistas, las interpolaciones posteriores, etc. La historia, hasta entonces dominio de un conocimiento supuestamente inmediato, inicia así su transformación en un conocimiento mediato; en otras palabras, el pasado, sobre todo el lejano, objeto de fe en la Edad Media, empieza a convertirse en un objeto de conocimiento. La penetración de la crítica en la práctica de los historiadores de los pueblos europeos ha tardado unos cuatro siglos. Pero en todos los países y tratándose de todos los objetos, el procedimiento es esencialmente el mismo: se forma una serie homogénea y se comparan sus elementos unos con otros, teniendo en cuenta sus caracteres visibles y los significados que transmiten, con el fin de distinguir los verdaderos de los falsos, de clasificar los primeros en orden cronológico y, en su caso, de determinar los lugares de origen, los autores, los destinatarios, las circunstancias de producción, etc.

Es la epigrafía la que ha inaugurado la utilización del procedimiento comparativo para acceder, a través de las fuentes, a un conocimiento del pasado. A partir del siglo XV, las series de inscripciones latinas se reúnen en diversas ciudades de Italia, bien en forma de colecciones, bien en la de *Sylloges;* este trabajo de crítica epigráfica, que prosiguen generaciones de eruditos en numerosos países de Europa, conducirá en el siglo XIX a la publicación del *Corpus Inscriptionum Latinarum.* A partir del siglo XVI arranca la numismática latina, apoyándose en el crecimiento del número de colecciones; a las monedas griegas, orientales y medievales les llegará el turno más tarde. Las investigaciones anticuarias, cuyos adeptos comparan los objetos dejados por los Antiguos, alcanzan su apogeo en los siglos XVI y XVII; a partir de mediados del siglo XVIII, se orientarán hacia un estudio comparativo de las obras de arte romanas y griegas.

Situando en el centro de las controversias teológicas-históricas la Baja Antigüedad y la Edad Media, la Reforma pone en marcha un movimiento que conducirá, en la segunda mitad del siglo XVII, a la codificación de las reglas de la diplomática y de la paleografía. Habrá que esperar todavía dos siglos para que estas reglas se adapten y apliquen a los documentos de la Baja Edad Media y a los que fueron redactados en lengua vernácula. Paralelamente a todas estas disciplinas se desarrolla y se precisa la filología: conocimiento del léxico antiguo y medieval, codificación y aplicación de los principios del establecimiento de los textos que se extenderán más tarde a los escritos medievales y modernos, cualquiera que sea su lengua.

Estas alusiones rápidas e incompletas deben bastar para adquirir conciencia del enorme trabajo comparativo efectuado durante varios siglos y que proporciona hasta la fecha a la investigación histórica unos

instrumentos insustituibles: catálogos de monedas, ediciones críticas de textos, publicaciones de fuentes escritas pero también de vasos antiguos, de esculturas, de vidrieras, de diccionarios, etc. Y también deben indicar lo que aquí no puede mostrarse por falta de espacio, a saber, que la historia de la crítica histórica comienza con el estudio de los semióforos y los signos del lenguaje, interesándose sólo más tarde por las cosas y más recientemente aún por las producciones naturales; este desplazamiento corre parejo con una prolongación del pasado y con la importancia creciente de la observación.

REFERENTES

¿Para qué sirve la historia? ¿Qué esperamos de los historiadores? La controversia en torno a estas cuestiones opone, a lo largo del siglo XIX, a los partidarios de la historia-arte a los de la historia-investigación (o historia-ciencia), o también a quienes consideran que la historia es una disciplina idiográfica a quienes le atribuyen una vocación nomotética. Se refiere en particular a la oportunidad para los historiadores de practicar el procedimiento comparativo tratándose de objetos invisibles, reconstruidos como pasados. Reduciendo telescópicamente las fases sucesivas de esta controversia, eludiendo las diferencias nacionales y ofreciendo de las posiciones enfrentadas un resumen burdamente esquemático, podemos presentarlas de la siguiente manera:

Según unos, el historiador debe describir el segmento del pasado que se ha dado por objeto, con el fin de poner de manifiesto su unicidad, pues ésta es consustancial a la propia historicidad. Borrarla es eliminar la frontera infranqueable entre el espíritu que anima la historia y que se realiza plenamente en la individualidad, y la naturaleza, ámbito de las leyes universalmente obligatorias. Por consiguiente, el historiador sólo tiene que hacer comparaciones, puesto que su objetivo no es llegar a generalizaciones. Por el contrario, debe aspirar a particularizar, a especificar, a individualizar; como mucho, a volver a actualizar el pasado, a hacer que sus lectores lo revivan. De ahí el interés por los acontecimientos, los cambios percibidos, aprehendidos tal y como son, y partiendo de las fuentes narrativas, a condición de que hayan superado con éxito la prueba de su veracidad. De ahí también el deseo de identificarse a través de una especie de introyección con sus personajes o de describir el pasado imaginándose haber sido testigo de aquello de lo que se habla, deseo que conduce a presentar los resultados de las reconstrucciones como si fueran los datos de la percepción y, por consiguiente, a introducir en la historia elementos de ficción. De ahí también el privilegio que se concede a la historia política y a la *Geistesgeschichte*[3], que corre pareja con el culto de los grandes hombres y la convicción de que la forma literaria más adecuada es la biografía, hasta el punto de que la historia de un país se escribe a la manera de una biografía colectiva. En resumen, la historia se asimila aquí al relato que restituye el contenido de una memoria, nacional o universal, que lo vuelve a actualizar, con el fin de facilitar la comprensión de lo que ocurrió.

Los promotores de la historia nomotética se oponen punto por punto al programa que acabamos de enunciar. Según ellos, ningún abismo separa la historia de la naturaleza; al igual que la segunda, la primera se rige por unas leyes, aunque la forma sea diferente en ambos casos. Los historiadores tienen, pues, que comparar los objetos invisibles que reconstruyen para poner de manifiesto las regularidades de su evolución y llegar así, por inducción, a deducir las leyes de la historia misma. En lugar de particularizar, de especificar, de individualizar, deben ocuparse de revelar los ciclos, las involuciones, las sucesiones irregulares, las determinaciones de carácter general. De ahí el interés por los hechos repetitivos que permiten eludir las coordenadas espacio-temporales de cada uno de ellos considerado individualmente y por tratarlos todos como elementos de un conjunto al que se le puede aplicar la estadística; este interés por los hechos repetitivos corre parejo con la búsqueda de documentos a partir de los cuales se pueden reconstruir. De ahí también el rechazo de las identificaciones imaginarias y de la idea de la reactualización del pasado, que sustituye el acento que se pone en la distancia entre el historiador y su objeto. De ahí finalmente el privilegio que se concede a la historia económica y social, que destrona a los grandes hombres en beneficio de las masas y eleva la monografía de un sector, de una institución o de una región a la dignidad de forma literaria sumamente adecuada. En una palabra, la historia no funciona aquí bajo la modalidad de la memoria. Pretende ser una ciencia de la observación, con la particularidad de que, en lugar de utilizar unos instrumentos que hacen presente lo que no se puede ver, recurre a las fuentes y a los métodos de reconstrucción del pasado que no se puede vivir. Y, como cualquier otra ciencia, se esfuerza por explicar lo que observa, procediendo a investigar las causas.

[3] Historia del pensamiento, en alemán en el original. *(N. de la T.)*

Los portavoces de la historia nomotética no son los vencedores; como nadie ha conseguido descubrir las leyes de la evolución de los pueblos, se las han dejado a los filósofos y a los ideólogos. Pero los adalides del programa idiográfico son indiscutiblemente los perdedores; alrededor de 1900, Max Weber, François Simiand y otros demostraron de manera convincente que la historia no puede reducirse a una descripción de los casos únicos. Por la misma época, se empieza también a practicar una historia comparada cuyo auge se producirá en el período de entreguerras; en Francia, entre los defensores de esta historia, Marc Bloch y Lucien Febvre ocupan lugares particularmente destacados. Aunque sigue publicándose una revista cuyo título, *Comparative Studies in Society and History*, remite a la tradición de la historia comparada, ésta ya no representa desde hace tiempo una corriente en conflicto con una «historia historizadora» que rechaza el procedimiento comparativo por una cuestión de principio. A excepción de unos cuantos filósofos particularmente obsoletos, hoy en día se consideran por lo general legítimas las comparaciones instauradas entre los objetos invisibles, reconstruidos como pasados. Y se utilizan a menudo.

¿Cuáles son, pues, estos objetos? ¿Cómo y con qué fin se comparan? Planteemos que todo acontecimiento es un cambio percibido. De ello se derivan tres corolarios. Para que haya acontecimiento primero tiene que pasar algo. Luego es preciso que lo que pasa se pueda percibir y por consiguiente no debe durar ni demasiado ni demasiado poco (decir de la Revolución francesa que es un acontecimiento o bien es abusar del lenguaje o bien es dejarse engañar por él). Finalmente es preciso que lo que pasa sea efectivamente percibido, refractado en una subjetividad. Es fácil convencerse de que estas tres condiciones las satisfacen innumerables acontecimientos acumulados en obras históricas de todo tipo —crónicas, anales, memorias, biografías, manuales—, lo que pone de manifiesto que la definición de acontecimiento que acabamos de dar no es arbitraria. Sólo a lo largo de los últimos años la palabra «acontecimiento» ha empezado utilizarse para designar discontinuidades reveladoras que no son percibidas sino observadas o reconstruidas.

Volveremos sobre este nuevo significado del término «acontecimiento». De momento, limitémonos al antiguo para sacar de él una consecuencia importante: en cuanto cambio percibido, cualquier acontecimiento es efectivamente único, porque es inseparable de la subjetividad de la persona que lo ha percibido y de las circunstancias en las que se ha producido, particularmente del lugar y del momento. La historia, identificada con la descripción de los acontecimientos, resulta ser por

lo tanto una disciplina idiográfica. Lo inverso también es cierto: el programa idiográfico, una vez aplicado, conduce al historiador a contar sólo acontecimientos o, más exactamente, pseudoacontecimientos: resultados de las reconstrucciones de escritos incidiendo en su unicidad, como si hubieran sido percibidos. Por otra parte, la historia, identificada con la descripción de los acontecimientos, no puede tener en cuenta lo que jamás ha sido percibido y que ni siquiera se puede percibir, aun siendo susceptible de reconstrucción: la larga duración, los procesos muy lentos o incluso prácticamente inmóviles, los cambios imperceptibles, etc.

Sin embargo, los trabajos de los historiadores se refieren cada vez más, desde mediados del siglo XVIII, precisamente a este tipo de objetos invisibles que no son acontecimientos. Los llamaremos aquí «hechos históricos». Contrariamente a los acontecimientos, cambios percibidos, los hechos son siempre reconstruidos a partir de las fuentes, constatados a partir de una serie de operaciones que se enmarcan en el conocimiento mediato. Esto significa que no es constitutivo de un hecho histórico el que haya sido percibido por alguien o imaginado como si lo hubiera sido. Y que las condiciones que todo objeto debe cumplir para estar al alcance de la percepción no dependen de dicho objeto. En particular, no es necesario plantearlo como único, aunque pueda serlo. Y no es necesario que esté encerrado en las dimensiones muy limitadas que, para todo objeto, hacen su percepción posible. En resumen, un hecho histórico es real, no porque haya sido o pudiera haber sido percibido, sino únicamente porque ha dejado huellas a partir de las cuales se puede reconstruir, utilizando procedimientos codificados y reproducibles.

La distinción entre los acontecimientos y los hechos se refiere, pues, a sus maneras respectivas de ser y de presentarse, a su estatus ontológico-epistemológico. Pero también es una distinción que, para los especialistas en historia, tiene un sentido totalmente operativo. Efectivamente, coincide con una frontera que la crítica conoce bien y que ya se ha mencionado aquí, que discurre entre las narraciones históricas y los documentos. Las primeras cuentan los acontecimientos a los cuales han asistido sus autores o aquellas personas cuyos testimonios han utilizado éstos. Los segundos conservan las huellas de los hechos de las que esas mismas personas que han determinado los documentos a menudo no tenían la menor idea. Añadamos, para evitar malentendidos, que cualquier narración, histórica o ficticia, se puede leer como un documento a condición de que indaguemos no en su contenido explícito sino en lo que figura en ella sin que lo sepa su autor.

Por otra parte, la distinción entre los acontecimientos y los hechos se hallaba en el centro de la controversia que enfrentaba los dos programas de la historia: el idiográfico y el nomotético. Este último defendía la idea de que existen hechos históricos que no son acontecimientos. Esta idea, componente válido del programa de la historia nomotética, también fue admitida por los promotores de la historia económica y social, cuyo conflicto con los defensores de una historia exclusivamente política se centraba, en todos los países de Europa, en la realidad misma de los hechos históricos que no son acontecimientos y en su importancia para la comprensión del pasado y del presente. En Francia, esta problemática es en particular la de los «combates por la historia» de Lucien Febvre, de Marc Bloch y del equipo de los *Annales*.

A la pregunta «¿cuáles son los objetos invisibles que comparan los historiadores?» cabe contestar ahora, una vez que hemos fijado el sentido de las palabras, que son los hechos históricos. Pero esta respuesta no deja de ser muy general. Tratemos, pues, de circunscribir un poco mejor estos hechos, procediendo a una clasificación de todos aquellos que están reconstruidos en los trabajos de los historiadores. Eso nos lleva a dividirlos en cinco categorías:

1) Los *individuos*, de los que se reconstruyen sus caracteres, sus motivaciones profundas, sus aspiraciones inconfesadas, sus deseos inconscientes, sus opiniones y convicciones, toda una vida interior que interactúa con las circunstancias externas que hay que reconstruir a su vez y que se expresa a través de los comportamientos privados y los actos públicos, particularmente en las obras.
2) Las *formas:* instituciones, grupos, organizaciones, agrupaciones espontáneas; en definitiva, conjuntos de individuos que se despliegan, cada uno, en un determinado espacio y dan origen a fenómenos de distancia y de frontera, y eventualmente también de jerarquía. Las lenguas, las creencias, los saberes, incluso los gustos, pueden tratarse como formas, estudiarse teniendo en cuenta sus dimensiones espaciales. En principio una forma debe poder representarse mediante un organigrama, un mapa, un plano, un gráfico.
3) Las *relaciones* de cooperación, explotación y dominación; de amistad o de odio (xenofobia, racismo); de exclusión o de integración; pacíficas o conflictivas; también entran en este grupo todas las modalidades del intercambio. Es evidente que las relaciones estudiadas por los historiadores nunca se plantean sin sus portadores —individuos, grupos o instituciones— y que frecuentemente tienen una dimensión espacial; su estudio se asemeja al de las formas, aun manteniendo una especificidad.
4) Las *trayectorias* que se desarrollan en el tiempo y que, en principio, deben estar representadas por tablas y curvas. Se abordan cuando se estudian, por ejemplo, las variaciones en el tiempo de una población determinada, de la producción de una mercancía, de la tasa de alfabetización o del número de personas adheridas a un movimiento o de adeptos a una creencia. En la historia sucede con frecuencia que una trayectoria sólo se puede reconstruir como una descripción verbal.
5) Las *singularidades* de las trayectorias: sus comienzos, sus finales, los puntos en los que se produce una inversión de la tendencia y, finalmente, las discontinuidades. Actualmente a estas últimas se las suele designar con la palabra «acontecimiento», que vuelve a aparecer en el lenguaje de los historiadores.

Estas categorías, como es fácil observar, corresponden a perspectivas que los historiadores adoptan frente a los objetos que reconstruyen, cada una de las cuales les presenta un abanico de técnicas de reconstrucción. Por tanto, un mismo objeto puede tratarse como una forma y por consiguiente abordarse como perteneciente a una relación o reducido a su trayectoria; y también se puede estudiar bajo varios aspectos de los que tratamos de hacer una síntesis. Para que sea intelectualmente satisfactoria, la historia de un objeto, se trate o no de un individuo, por lo general debe describir su configuración, las relaciones entre sus partes y entre aquellas que lo integran en conjuntos más amplios, así como su trayectoria comprendida entre los dos puntos singulares que son su aparición y su desaparición, exhibiendo eventualmente otras singularidades o discontinuidades. Desde luego, la libertad de elegir uno u otro enfoque se ve a veces limitada por el estado de las fuentes, que hace imposible que el historiador aborde determinados aspectos del objeto que estudia. Pero, a excepción de esta importante reserva, son las cuestiones a las que una investigación pretende responder las que determinan la perspectiva que el historiador adopta frente a su objeto y que lo llevan a incluir éste unas veces en una sola categoría y otras veces en varias. Es incontestable que en todo este trabajo de reconstrucción hay una parte de subjetividad; esto es particularmente cierto, aunque no sólo, en relación con la elección de las preguntas que planteamos. No podemos ocuparnos de ello aquí.

Los objetos invisibles que comparan los historiadores son, pues, hechos históricos: los individuos, las formas, las relaciones, las trayectorias y las singularida-

des, reconstruidos a partir de las fuentes, utilizando procedimientos codificados y reproducibles. Así, Charles Petit-Dutaillis compara dos formas en su *Monarchie féodale en France et en Angleterre* (1933) y Marc Bloch dos variantes de la misma relación social cuando coteja (1928) la ministerialidad en Francia y en Alemania. El feudalismo, a la vez forma y haz de relaciones sociales, ha dado lugar por cierto a varios estudios comparativos; citemos a modo de ejemplo *Feudalism in History* (1956), publicado por R. Coulborn a partir de un coloquio sobre el mismo tema con ocasión del cual se comparó Europa occidental, Japón, China, la Mesopotamia antigua e Irán, el Egipto antiguo, las Indias, Bizancio y Rusia. La comparación de varias trayectorias o de dos segmentos de una trayectoria que, por ejemplo, después de un período de auge, había empezado a estancarse o a descender, es algo corriente en la historia: es lo que hacen todos los historiadores de la Roma clásica cuando abordan el problema de su decadencia o, entre los historiadores de la época moderna, aquellos que analizan la historia de España, de Polonia o de Venecia, tres países cuya decadencia se hace manifiesta a partir del siglo XVII. Por poner ejemplos del estudio comparado de las singularidades, citemos el libro de Charles P. Kindleberger, *Manias, Panics and Crashes. A History of Financial Crises* (1978), que compara una treintena de *cracks* financieros en diferentes países (Inglaterra, Francia, Países Bajos, Alemania y Estados Unidos) entre 1720 y 1975. O también los numerosísimos trabajos sobre el despegue económico, que a menudo comparan los países europeos de los siglos XVI a XVIII con los países del «tercer mundo» actual, centrándose en ese momento singular en el que la curva que dibujan las variaciones de un indicador representativo del conjunto de las actividades económicas deja de oscilar en torno a un nivel estacionario y empieza a subir. A la misma rúbrica pertenecen los estudios comparativos de estos momentos singulares de la historia cultural denominados «renacimientos» y que se comparan en el tiempo y en el espacio: siglo VIII (el renacimiento carolingio), siglo XII (Francia), siglos XIV a XVI (primero Italia y luego los países cisalpinos). Finalmente, todas estas comparaciones de individuos, formas, relaciones, trayectorias y singularidades se encuentran en la obra que sin duda constituye el intento más ambicioso de aplicar el procedimiento comparativo al estudio de la historia. Me refiero a *Study of History* de Arnold Toynbee (1934-1954, y vol. XII, 1961).

A los trabajos que acabo de citar, o al menos a algunos de ellos, se les puede reprochar que no toman las suficientes precauciones y, en particular, que comparan los resultados de las investigaciones sin asegurarse siempre previamente de que se han realizado para proporcionar resultados comparables. Sin embargo, semejante reproche no se les puede hacer a trabajos fruto de grandes investigaciones cuyos preparativos consistieron en particular en poner de relieve los problemas que había que resolver para garantizar la posibilidad de comparar los resultados. Así, a lo largo de la primera investigación de este tipo, organizada durante la década de 1930 bajo los auspicios del Comité Científico Internacional para la historia de los precios, hubo que afrontar problemas tales como el que plantea la heterogeneidad de las fuentes de las que se sacan los datos sobre los precios y que ofrecen unas veces los precios del mercado, otras los precios pagados por las instituciones —que no son necesariamente los mismos—, otras los precios al detalle, otras al por mayor, etc.; el de las medidas, que varían según las localidades, los artículos, las épocas, los tipos de transacción; el de las expresiones de los precios (¿en cantidad de metal precioso?, ¿en unidades de cuenta?); y esta enumeración no es limitativa. Antes de obtener curvas de precios comparables, durante un período que iba desde la Edad Media hasta el siglo XIX y para Estados tan diferentes como Aragón, Florencia, Inglaterra, Francia, Países Bajos, Alemania y Polonia, cada uno de los cuales, además, encerraba en sus fronteras varios mercados a menudo bastante aislados unos de otros, era, pues, necesario proceder a todo un trabajo de homogeneización de los datos que, de otro modo, sólo serían comparables en apariencia.

Problemas análogos se han debido plantear y resolver a lo largo de otras investigaciones, ya sea la referida al movimiento de la producción agraria en Francia entre los siglos XV y XVIII tal como se refleja a través de los diezmos, o la que trata de la alfabetización de los franceses desde Calvino hasta Jules Ferry. En estos casos, y no son los únicos, vemos cómo el procedimiento comparativo penetra en la textura misma de la investigación histórica, suscita controles complementarios de las fuentes, determina el contenido y la forma de las preguntas, induce a obtener resultados cuantitativos o, al menos, a reducir la parte de impresión subjetiva, de lo aproximado, de la impreciso, a imponer cierta normalización de los procedimientos; la utilización creciente del ordenador refuerza por supuesto la tendencia en este sentido.

Todas estas comparaciones, más o menos rigurosas, permiten en primer lugar enriquecer nuestros conocimientos. El cambio del número de habitantes de un país, de su producción agraria o de la tasa de alfabetización, todas estas trayectorias, muy interesantes, sólo pueden determinarse practicando un procedimiento comparativo. Incluso se puede ir más lejos: cualquier proposición de carácter mínimamente general, que por consiguiente se refiere, no a un caso individual, sino a una localidad, una región o un país, siempre es fruto de un procedimiento comparativo del que obtiene su validez. Pero son muchos los

historiadores que conceden al procedimiento comparativo una importancia todavía mayor: según ellos, sirve para investigar las causas. Por mi parte, soy muy escéptico sobre este particular, porque creo que, para identificar las causas de un fenómeno, primero hay que aislar los factores susceptibles de incidir en su evolución, lo que, en la historia, ya es muy difícil; y luego hay que hacer variar estos factores para descubrir el vínculo, si es que existe, entre sus variaciones y las del fenómeno del que supuestamente son las causas. Pero tratándose del pasado, esto es sencillamente imposible. En realidad, sólo se puede hacer en el marco de una experimentación en la que se controlan los parámetros pertinentes. Y semejante experimentación sólo puede simularse mediante un modelo matemático en el que el comportamiento de determinadas variables evoluciona en función de las variaciones de otras. Por lo tanto, es ahí y sólo ahí donde el historiador consigue construir un modelo matemático del objeto que estudia, donde puede, si no identificar las causas de un fenómeno, al menos excluir los candidatos que pretenden abusivamente desempeñar ese papel.

Esto es lo que ilustran los trabajos de Robert W. Fogel dedicados a caracterizar en términos cuantitativos el impacto de la construcción de la red ferroviaria sobre el crecimiento económico de Estados Unidos en los últimos años del siglo XIX. Como punto de partida, una evidencia admitida por todo el mundo: el crecimiento de la red ferroviaria era la causa, si no exclusiva al menos la más importante, del desarrollo de la economía estadounidense. Pero las pruebas que supuestamente fundamentaban semejante afirmación sólo muestran que las dos variables están relacionadas, sin que por ello se pueda observar un vínculo causal. Para aclararlo, Fogel inicia un estudio de la influencia de los ferrocarriles sobre la distribución interregional de productos agrarios en Estados Unidos. Para ello, introduce el concepto de ahorro social igual a la diferencia entre el coste del transporte de una misma cantidad de mercancías por tren o por barco. De ahí surge toda una serie de cálculos referentes a los costes comparados de la construcción de canales y de pontones, por una parte, y de vías férreas y de estructuras para el transporte rodado, por otra; a los costes de transbordo, a los costes derivados de que las vías de agua sólo se abran durante una parte del año, etc. Conclusión: el ahorro social que razonablemente se puede atribuir a los ferrocarriles era del orden del 1 por 100 del PNB; en otro artículo, utilizando el mismo procedimiento, Fogel demuestra que los ferrocarriles han incrementado el potencial productivo estadounidense aproximadamente en un 3 por 100 del PNB.

Los trabajos de Fogel suscitaron en el momento de su publicación, hace más de 20 años, una polémica que todavía está en el candelero y de la que aquí sólo nos interesa un aspecto: la comparación que realizó Fogel entre dos economías estadounidenses en torno a 1890, de las cuales la primera, real, utilizaba el ferrocarril, mientras que la segunda, ficticia, supuestamente sólo disponía de canales. En otras palabras, para evaluar el peso de los ferrocarriles entre las causas del crecimiento de la economía estadounidense, Fogel recurre a una hipótesis contrafactual. Eminentemente arbitraria y sin aportar nada a nuestro conocimiento de la historia cuando los filósofos la utilizaban para especular sobre lo que habría pasado si Napoleón no se hubiese resfriado en Waterloo, esta operación pasa a ser aquí científicamente aceptable y generadora de un saber. Ello se debe a la construcción de un modelo matemático del objeto estudiado —en este caso, de la economía estadounidense— tal que todos los elementos pertinentes del mismo están representados en él, cada uno a través de una magnitud, y vinculados mediante ecuaciones que permiten medir el efecto de la sustitución *ceteris paribus* de un elemento y de uno solo por otro; en este caso, de los canales por el ferrocarril. De esta manera no se llega a identificar las causas del crecimiento económico estadounidense. Pero se consigue, que ya no es poco, desmontar una opinión común, fruto de los prejuicios ideológicos de los actores mismos de la historia.

El procedimiento comparativo no basta, pues, para descubrir las causas del perfil de una trayectoria o de la aparición de alguna otra singularidad, a menos que utilicemos la palabra «causa» en una acepción muy imprecisa. Sin embargo, es necesaria para eliminar las ideas falsas sobre la causalidad de la historia y también —y he ahí su aportación positiva— para conferir a los hechos históricos una inteligibilidad de la que por sí mismos carecen. La reconstrucción de un objeto autoriza a afirmar que se trata, en su caso, de algo real y no de una ficción. Pero no contesta a varias preguntas que estamos legitimados a planteamos al respecto: ¿por qué este objeto es así y no diferente? ¿Por qué ha aparecido y por qué ha desaparecido? ¿Por qué su aparición y su desaparición se han producido en un determinado momento, en un determinado lugar? ¿Su aparición y su desaparición eran inevitables? La trayectoria que recorría entre éstas, con toda sus singularidades, ¿era la única posible? ¿Cuál ha sido su papel o su función? ¿Lo ha programado alguien? Y, en caso afirmativo, ¿con qué fin? ¿Qué influencia ha ejercido sobre el curso de la historia?

Todas las cuestiones de este tipo se refieren, pues, a la incógnita que es la razón suficiente (o que son las razones suficientes) de un objeto que ha sido reconstruido; nuestra mente está conformada de tal

manera que, a menos que haya sido condicionada para eludirlas, no descansa mientras no haya encontrado respuestas. El procedimiento comparativo, aunque no las aporta, permite sin embargo progresar en esta dirección. Comparar varios hechos pertenecientes a una misma categoría y, en el seno de ésta, a una misma clase, equivale a reconocer los rasgos propios de cada uno de ellos tomados individualmente y poner de manifiesto lo que se repite y que, dicho de otra manera, permanece estable a pesar de las variaciones de las circunstancias del entorno: entonces se pueden buscar los factores responsables de esta estabilidad. Es también la comparación la que revela algunas irregularidades ocultas y la que separa los condicionamientos de tipo general de aquellos cuyo alcance es meramente local. Gracias a ella, en algunos casos al menos, se consigue sustituir la simple constatación por un inicio de razonamiento fundado, no sobre premisas arbitrarias, sino sobre la presencia de zonas de inteligibilidad en el seno de la propia historia.

CAPÍTULO V

Historia cultural, historia de los semióforos

La historia en cuanto saber universitario, en el sentido que otorgamos a esta expresión —no un comentario de las obras de antiguos historiadores, sino el estudio, la explicación y la descripción del pasado—, tiene sus orígenes en Gotinga en la segunda mitad del siglo XVIII. Los doscientos años que nos separan de ella pueden dividirse en tres grandes períodos. En el primero, que duró hasta la segunda mitad del siglo XIX, es la historia político-diplomática la que ha desempeñado el papel principal en el conjunto de las disciplinas históricas. En el segundo, que terminó a lo largo de la década de 1970, este papel le correspondió a la historia económica y social. Desde entonces, pertenece a la historia antropológico-cultural.

En la época de su preeminencia, cada una de estas disciplinas procura tratar a las otras dos como auxiliares o proporcionarles los conceptos destinados a permitirles pensar el pasado que sondean, a integrarlo en una totalidad inteligible. Pero en lo esencial cada una privilegia otro objeto. La primera, el Estado en cuanto ostenta la soberanía, promueve las leyes cuyo respeto, que impone, garantizan el orden en su territorio, único actor legítimo de las relaciones internacionales, habilitado para concluir los tratados y hacer la guerra. La segunda, las clases sociales diferenciadas por el lugar que ocupan en la producción o en el reparto de las rentas y portadoras de intereses y aspiraciones enfrentadas o incluso incompatibles. La tercera, las obras con sus autores individuales o colectivos y los comportamientos de los grupos humanos a los que pertenecen, que definen el carácter específico de estos grupos

al tiempo que contribuyen a crear su sentimiento de identidad. De ella hablaremos a continuación.

El enfoque semiótico y el enfoque pragmático

Tomemos como ejemplo los relatos que se asignan habitualmente a la literatura. Y comparemos dos enfoques, uno de los cuales los considera *obras literarias* y el otro *libros*. Supongamos que se aplican con conocimiento de causa y con espíritu de continuación y no, contrariamente a lo que suele suceder con demasiada frecuencia, confundidos el uno con el otro sin siquiera ser conscientes de ello. Supongamos también que ninguno utiliza los procedimientos que son, en ese marco, ilegítimos.

Empecemos por constatar que la obra literaria es invisible. Porque lo que vemos es siempre un libro, manuscrito o impreso, y, dentro de éste, páginas cubiertas de manchas de tinta de formas diversas. Para pasar de estas páginas y de estas manchas a la obra literaria, hay que tener una capacidad que supera, con mucho, la de ver de forma correcta. Hay que saber leer, es decir, reconocer las manchas como signos de una escritura, referirlas a los sonidos de un lenguaje determinado y comprender las asociaciones de estos sonidos: vincular éstos a su vez a lo que significan, a lo que designan y a lo que expresan. Por lo tanto, hay que tener memoria a la vez del lenguaje y de la escritura, y hay que saber pensar, es decir, establecer entre las unidades lingüísticas de diferentes niveles los vínculos que conformen con ellas un todo, en este caso la obra literaria. Éstas son sólo las condiciones necesarias mínimas.

La obra literaria es, pues, un objeto invisible y el libro un objeto visible. Esta diferencia de estatus ontológico ocasiona varias más. La obra literaria es invariante desde el punto de vista de sus realizaciones físicas, siempre que exista entre ellas una correspondencia biunívoca; se puede recitar, escribir, imprimir, digitalizar, pero sigue siendo ella. Es invariante desde el punto de vista de sus realizaciones psíquicas y, por ello, a pesar de que éstas sean tan numerosas como los lectores, éstos pueden, cuando hablan sobre ella, hablar de una misma obra, siempre y cuando dispongan de las competencias que les permiten comprenderla. La obra es invariante, por último, desde el punto de vista de sus realizaciones lingüísticas, lo que permite sus traducciones. Dicho esto, en el primer caso la obra no sufre ninguna deformación, mientras que puede quedar marcadamente deformada en los otros dos. Basta sin

embargo satisfacer determinadas condiciones para que la identidad de la obra no se vea afectada. Incluso es posible preservarla, de manera que la obra permanezca reconocible cuando se la trasponga fuera del lenguaje, en una sucesión de imágenes inmóviles, en un espectáculo teatral, en una película.

Es inútil detenernos en demostrar que nada de ello se aplica al libro, inseparable de su forma física; de ahí los problemas jurídicos y financieros que hoy en día plantea a los bibliotecarios, los editores y los libreros la propagación de las técnicas informáticas de grabación. Probablemente estemos de acuerdo en que una serie de números grabada en un disquete y leída por una máquina no es en ningún caso un libro. Aunque materializa una determinada obra literaria y aunque, una vez conectada la máquina a una impresora, permite producir un libro, difiere de él en su esencia, porque un libro, por definición, debe poderse leer sin que medie una máquina. En otras palabras, un libro se muestra a la percepción como libro porque lo distinguimos a simple vista de un conjunto de hojas de papel en blanco o cubiertas de manchas sin ningún significado. Cosa que no ocurre en el caso de un disquete del que no sabemos si está virgen o si contiene alguna grabación antes de haberlo introducido en una máquina con la que es compatible. Desde este punto de vista, las microfichas no son libros: aunque veamos a simple vista que están cubiertas de signos, no podemos leerlas sin un lector adecuado. Pero un rollo de papiro o un códice de pergamino son formas diferentes de libro.

Al inventario de las diferencias entre el libro y la obra literaria podemos ahora añadir algunas más. La obra literaria existe fuera del tiempo y del espacio porque, siempre y en todas partes, permanece idéntica a sí misma. En este sentido, es una entidad ideal. El libro, en cuanto objeto visible, pero también táctil, existe evidentemente en el tiempo y en el espacio: ocupa sitio, pesa, cambia. La obra literaria es, en cada caso, única: existe una sola *Madame Bovary* y una sola *Divina Comedia*. A cada obra literaria le corresponden, sin embargo, varios libros. Por supuesto a veces ocurre que las obras se conservan en un único manuscrito o en un solo ejemplar impreso. Pero esos casos, siempre excepcionales, son cada vez más raros.

En cuanto entidad ideal, la obra literaria sólo requiere dos personas: un narrador que la genera y un lector al que se dirige y que no es sino un lector virtual. Uno y otro tienen una existencia tan ideal como la propia obra, y sólo la obra permite el encuentro de ambos. En cuanto al libro, da trabajo a industrias enteras que producen papel, tintas, material de imprenta; exige también impresión, energía, transporte,

publicidad. Moviliza además a todo un colectivo: el autor como persona física y rol social, el editor con su equipo, el personal de la imprenta, el distribuidor y sus servicios, los transportistas, los libreros, los lectores que tienen que tener no sólo competencias idóneas sino también poder adquisitivo suficiente para adquirir el ejemplar o, en su defecto, la posibilidad de leerlo en una biblioteca. Requiere capitales y normas que regulan las relaciones entre los diferentes actores del mercado en el que ha sido objeto de toda una cascada de transacciones. Por tanto precisa, como telón de fondo, del derecho, de la justicia y del Estado.

La historia de las obras literarias se organiza a través de relaciones puramente formales; semejanzas, oposiciones, préstamos, transformaciones. Estrictamente hablando, no es una historia sino más bien una combinatoria imperfecta que tiene en cuenta la sucesión temporal. En cuanto a una geografía, una sociología o una economía de las obras literarias, quedan excluidas por definición, puesto que estas últimas son entidades ideales. Con el libro sucede todo lo contrario. Se estudia su historia, se dibujan mapas de la propagación de algunos títulos, de las imprentas, de las librerías, de las bibliotecas; se investiga sobre la lectura en función del sexo, la edad, el nivel de renta, la profesión, el nivel educativo, el tiempo que se le dedica, la preferencia por determinados géneros de escritura, determinados temas, determinados autores; se analizan los costes de la producción y de la distribución, los precios, los impuestos.

Todas estas cosas, por lo demás perfectamente conocidas, se recuerdan aquí únicamente para recalcar, de la manera más flagrante, el contraste entre dos enfoques de los escritos que se asignan a la literatura, uno de los cuales deriva de diferentes teorías, principalmente fenomenológicas y estructuralistas, de la obra literaria, de la literatura y de los géneros literarios, mientras que el otro está representado por el conjunto de las investigaciones sobre el libro, los periódicos y las bibliotecas. Estos dos enfoques —hablaremos también de tratamientos o de perspectivas— se excluyen recíprocamente, en el sentido de que uno no deja ningún lugar al otro; además, cada uno se plantea cuestiones diferentes y se desarrolla en realidades diferentes. El primero, entre los signos, los significados y las estructuras; el segundo, entre las cosas, las acciones y las series temporales. Al primero lo llamaremos a partir de ahora *enfoque semiótico;* al segundo, *enfoque pragmático*. Ambos están presentes desde las primeras décadas del siglo XX, no sólo en los estudios literarios sino en casi todos los ámbitos de las ciencias humanas.

Así, en el estudio de las artes plásticas, tenemos la iconología, que se interesa principalmente por lo que permanece invariado en relación con el paso de la escritura y por lo tanto de la lengua común a las huellas del lápiz, del pincel o de las tijeras, cuya asimilación a una modalidad del lenguaje autoriza una lectura de las obras de arte para hacer explícitos sus significados. En el polo opuesto, tenemos diversas investigaciones que consideran estas obras principalmente, cuando no exclusivamente, visibles u observables: productos, en cada caso, de la mano y del ojo de un determinado individuo; ensamblajes de determinados materiales de unas dimensiones definidas; aplicaciones de diversas técnicas; objeto de una determinada recepción por parte de individuos o de grupos, que queda de manifiesto por los precios pagados para poseerlas, los lugares en los que se exponen y las maneras de exponerlas, así como los comentarios que se hacen respecto de ellas.

En el estudio de las creencias mágicas, religiosas o ideológicas o de las doctrinas filosóficas, teológicas, políticas, jurídicas, sociales, económicas, etc., encontramos la «historia de las ideas», a la que, sobre todo entre algunos de sus adeptos, le interesan únicamente determinadas entidades invariantes considerando sus realizaciones, cualesquiera que éstas sean, y exentas de cualquier vinculación con un espacio o con un tiempo determinados; en una palabra, entidades ideales y por lo tanto designadas justificadamente mediante un nombre con ecos platónicos. Se oponen a ella las investigaciones que vuelven a situar los discursos proferidos de forma oral o escrita entre los comportamientos visibles, o que lo hayan sido, de los individuos, los grupos, las organizaciones, las instituciones, situados en un tiempo histórico y en un espacio al mismo tiempo físico y social. Y que tratan de establecer, no cuáles son las ideas que se supone debe transmitir invariablemente un determinado relato y que el historiador supuestamente debe señalar, sino cómo los lectores de épocas sucesivas comprendieron este escrito, qué reacciones suscitó, qué malentendidos produjo, qué polémicas desató. Lo mismo cabe decir del estudio de la ciencia; a quienes lo tratan de ideal en todos los sentidos del término y que, por lo tanto, asimilan su historia a una sucesión de teorías, producto de un trabajo puramente intelectual de individuos desinteresados, consignado en sus escritos, se oponen quienes insisten en el papel de la experimentación y por lo tanto de los instrumentos que se manipulan, en todos los sentidos de la palabra, así como en la dimensión social y material de la investigación con sus conflictos y rivalidades en torno a bazas tales como el poder, el dinero o el prestigio.

Evidentemente, esto no agota la pluralidad de enfoques que manifiestan las publicaciones sobre los ámbitos a los que rápidamente he-

mos pasado revista, pues algunos no han experimentado cambios desde el siglo XIX. Volveremos sobre ello. Aun así, en las ciencias humanas contemporáneas, la línea divisoria principal opone el tratamiento semiótico al tratamiento pragmático. Esta dualidad pertenece hasta tal punto al paisaje que ya ni siquiera nos damos cuenta. Aunque entre las décadas de 1920 y 1950 los promotores del enfoque semiótico luchaban por garantizarle primero el derecho de ciudadanía y luego una posición dominante, o incluso exclusiva, multiplicando las polémicas, los manifiestos y los programas, desde hace aproximadamente tres décadas impera en las ciencias humanas una coexistencia pacífica. Unos aprehenden los objetos que estudian desde una perspectiva semiótica, otros desde una perspectiva pragmática, otros más a la ligera porque, inconscientemente, conjugan una y otra perspectiva, como si no fueran incompatibles. Y también los hay que tratan, a veces con éxito, de encontrar una perspectiva unitaria: como, en la mayoría de los casos, no la justifican mediante consideraciones teóricas, no se les distingue de quienes ilegítimamente mezclan ambas. Los únicos que podrían provocar alguna perturbación son los que se oponen a las ciencias humanas en su mismísima esencia, arguyendo que lo único que hacen es producir ficciones y que los argumentos presentados para justificar las afirmaciones que en ellas se enuncian son meros procedimientos retóricos establecidos para imponer al público opiniones irremediablemente arbitrarias. Pero raras veces avanzan con la cara descubierta.

Los semióforos entre otros objetos visibles

Volvamos a la obra literaria y al libro, pero ahora planteándonoslos de otra manera; nos daremos cuenta de que normalmente no tenemos experiencia ni del mero significado puro ni del objeto visible sin más. La tenemos de un libro como soporte de la obra literaria; más exactamente, como unión de signos que transcriben esta obra —por ejemplo, letras del alfabeto latino ensambladas conforme a las reglas de una lengua determinada o imágenes en blanco y negro o en color— y de un soporte de estos signos: hojas de papel pegadas o cosidas bajo una misma tapa. Hojas impresas, pegadas o cosidas en un orden determinado, *para que* alguien las lea en el orden establecido. Dicho de otra manera, para programar el comportamiento de un destinatario de modo que se convierta en un lector.

Visto desde esta perspectiva, el libro deja de ser un mero objeto visible: remite a un destinatario que es exterior a él y a un significado invisible que éste supuestamente debe poder extraer leyéndolo. Pero por su parte la obra literaria ya no es sólo una entidad ideal, porque existe *realiter* en el intelecto del lector: cuando éste lee un libro y lo comprende, programa en cierta medida, que depende de su contenido y de las circunstancias, sus estados internos y a veces incluso sus comportamientos. Desde esta perspectiva, el libro es un *semióforo:* un objeto visible dotado de significado.

Pero no lo es de una forma definitiva. Ser semióforo es una *función* que el libro sólo conserva mientras se adopte frente a él una de las actitudes programadas por su *forma* misma: cuando se le lee u hojea o, al menos, cuando se le coloca en la estantería de la biblioteca, de una librería o de un puesto de librero de viejo. También lo trata como semióforo quien lo preserva porque lo ve como un libro aunque no sea capaz de leerlo, o quien sólo ve en él un objeto extraño o precioso que por ese motivo hay que conservar. Y el que ordena quemarlo, convencido de que puede ejercer una influencia nociva sobre los lectores o porque quiere destruir las producciones escritas de un grupo para destruir al grupo. Pero cuando con un libro se calza un mueble que cojea o cuando se utiliza para alimentar el fuego, deja de ser semióforo y se convierte en *cosa;* este concepto lo explicaremos más tarde. Es cierto que la apariencia misma de libro sugiere que ha sido producido para ser leído o mirado. Pero eso no basta para que sea realmente un semióforo, si no hay nadie para reconocerle la capacidad de ejercer esa función.

Dejemos aquí el ejemplo del libro. Y para aclarar el concepto de semióforo y mostrar su alcance en toda su generalidad, procedamos a una clasificación del conjunto de objetos visibles (dejaremos, pues, a un lado todos los objetos percibidos por los sentidos que no sean la vista). Semejante clasificación exhaustiva de objetos visibles, compuesta por un pequeño número de rúbricas, parece estar condenada de antemano al fracaso, debido a su extrema heterogeneidad. Efectivamente así sería si nos viéramos limitados a clasificar los objetos únicamente en función de sus formas y sus materiales. Sin embargo, nuestro proyecto sería fácil de realizar si clasificáramos los objetos según su génesis en producciones naturales y producciones humanas. Resulta un poco más difícil, aunque sigue siendo realizable, si atendemos a las *funciones* de los objetos identificadas, para cada uno de ellos, con el destino que le reserva su productor, individual o colectivo, así como al *uso* que de él hacen quienes lo utilizan, y si por consiguiente tratamos de dividir el conjunto de objetos visibles en unas cuantas clases funcionales.

Llegados a este punto, seguramente nos dirán que hay tantos destinos para los objetos como tipos de objetos y que, por tanto, el criterio funcional no permite evitar la multiplicidad casi ilimitada en la que nos encierran los criterios morfológico y material. Pero no es así. Porque, a diferencia de las formas que, igual que los materiales, son cualitativamente irreductibles las unas a las otras, las funciones, por muy específicas y punteras que sean, pueden tratarse como casos particulares de funciones más generales, cosa que ilustra por ejemplo la historia de las herramientas, marcada por su diferenciación progresiva. Nuestro propósito consiste, pues, en determinar las funciones más generales que habrían permitido dividir el conjunto de los objetos en unas cuantas clases en el interior de las cuales se puede proceder entonces a especificaciones tan avanzadas como se quiera.

Aparece también otra objeción según la cual, por lo general, el destino de un objeto no coincide con su uso o sus usos; veremos más adelante algunos ejemplos. ¿Cómo se puede entonces asimilar la función de un objeto a su destino *y* a su uso? Para poder contestar a esta pregunta, observaremos primero que el destino asignado a un objeto por su productor, individual o colectivo, dicta la elección de los materiales utilizados para fabricarlo y la forma que le será impuesta. La función de objeto está, pues, inscrita en su apariencia y se hace visible a través de ésta. En cuanto al uso o a los usos, por lo general dejan huellas, modificando en grado variable determinados aspectos de la apariencia original. En la medida en que está inscrita en la apariencia visible del objeto, su destino inicial determina el abanico de sus usos más probables. Pero los usos reales de este objeto pueden apartarse a veces mucho de éstos. Entre el destino inicial y los usos reales se despliega toda una historia del objeto entre los hombres: consecuencia de las variaciones de su función en el tiempo y en el espacio y de los cambios que sufre por ello su apariencia visible.

Observemos ahora que existen a todas luces objetos visibles, algunos de los cuales no tienen ningún destino porque no han sido producidos por seres humanos, y otros no tienen ningún uso, lo cual traduce su eliminación del espacio en el que viven. Unos y otros al parecer cuestionan una clasificación funcional de los objetos visibles. De hecho, le aportan una confirmación. Antes de haber sido transformadas por los seres humanos, las materias primas, las plantas y los animales salvajes, los elementos tales como el agua, la tierra, el aire y el fuego encendido por el sol, el rayo o los volcanes, e incluso el cuerpo humano, no tienen ningún destino original. Sin embargo tienen usos, los más probables de los cuales vienen determinados por sus apariencias visibles o por sus propiedades observables. Es lo que los convierte en una clase funcional independiente que reúne todo lo que los seres humanos hallan en su entorno; los objetos que forman parte de éste se denominarán *cuerpos*. Pasemos a los que no tienen ningún uso. Las huellas que llevan muestran que, a diferencia de los cuerpos, todos han tenido un destino y unos usos a los que ya no se prestan, bien en virtud de cambios sufridos por su apariencia visible o sus propiedades observables, bien porque han cambiado sus propios usuarios. Esto los convierte en una clase funcional aparte que reúne todo lo que los seres humanos abandonan, rechazan o destruyen; los objetos que forman parte de ella se denominarán *desechos*.

Entre los cuerpos y los desechos, los cuales pueden evidentemente dividirse en numerosas rúbricas, en nuestro caso no pertinentes, se reparten otras clases de objetos. Tomemos los objetos destinados a transformar la apariencia visible o las propiedades observables, o también a modificar la localización de otros objetos, ya sean cuerpos, incluido el cuerpo humano, o procedan de una transformación previa de los cuerpos, incluso de una cadena, a menudo muy larga, de dichas transformaciones. Destinados también a permitir a los seres humanos que se protejan o protejan otros objetos contra las amenazas externas, ya se trate de variaciones del entorno o de agresiones; destinados por último a ser directamente consumidos o transformados para su consumo. Todos los objetos que forman parte de esta clase serán denominados *cosas*. Se trata de las máquinas, las herramientas, los instrumentos, los medios de transporte, las viviendas, la ropa y las armas, los alimentos, los medicamentos. Se trata también, puesto que las cosas no son necesariamente inanimadas, de las plantas cultivadas y los animales domésticos destinados a los usos que acabamos de enumerar. Y se trata también de los seres humanos cuando sus cuerpos se someten a semejante tratamiento.

A la clase siguiente pertenecen los objetos destinados a sustituir, a completar o a prolongar un intercambio de palabras, o a conservar su huella, haciendo visible y estable lo que de otro modo sería evanescente y perceptible únicamente con el oído. Éstos recibirán el nombre de *semióforos*. Ya hemos estudiado un espécimen de semióforo y encontraremos varios más cuando propongamos una clasificación. De momento, señalemos los rasgos que comparten, pues éstos se derivan de su propia función. El primero es que cada uno está compuesto de un soporte y de signos que, sin formar siempre un lenguaje, hacen las veces de lenguaje.

Cada semióforo se inserta en un intercambio entre dos o más socios y entre lo visible y lo invisible. Pues cada uno remite prioritaria-

mente a algo actualmente invisible y que por consiguiente no puede designarse mediante un gesto, sino que únicamente puede evocarse con la palabra; algunos semióforos sólo remiten de manera indirecta y secundaria a alguna cosa presente aquí y ahora. En la medida en que sustituye algo invisible, lo muestra, lo indica, lo recuerda o conserva su huella, un semióforo está hecho para ser mirado, o incluso escrutado en sus detalles más ínfimos. Para imponer a sus destinatarios la actitud de espectadores. De ahí la elección de los materiales y de las formas susceptibles de atraer y de fijar la mirada, que, para producir ese efecto, deben contrastar con el medio ambiente; deben, si se comparan con los componentes de éste, ser insólitos. De ahí, por tanto, el hecho de que los semióforos formen una jerarquía según el carácter insólito de sus materiales y de sus formas. De ahí, por último, la importancia que se concede a estos caracteres de su apariencia que manifiestan lo invisible y que son por lo tanto signos; ello conduce a rodearlos de una protección, proporcional a la posición de cada tipo de semióforo en la jerarquía, con el fin de evitarles el desgaste que sufren las cosas, que, al transformar los cuerpos u otras cosas, se transforman inevitablemente también ellas, hasta el punto de quedar irreconocibles y por lo tanto inutilizables.

Al lado de las cosas y de los semióforos, existe finalmente una clase de objetos que, emparentados en grado variable con unas y otros, se distinguen sin embargo de ellos por su función. Efectivamente su destino es producir semióforos. Forman parte de esta clase de objetos visibles los sellos, marcapáginas, pinceles, punzones, buriles, lápices, plumas, máquinas de escribir e impresoras, aparatos fotográficos, telégrafos, teléfonos, fonógrafos, gramófonos, micrófonos, magnetófonos, cámaras, emisoras con sus antenas, receptores de radio y televisión, copiadoras, télex, magnetoscopios, ordenadores con sus discos, disquetes, casetes, películas. Forman parte de ella también los relojes, las balanzas, las reglas graduadas, las brújulas y todos los instrumentos de observación y de medida. Todos ellos son semióforos porque cada uno se compone de un soporte y de signos. Pero esto es secundario en su caso, como es secundario, para una máquina, el hecho de llevar una marca de fábrica, lo que accesoriamente hace de ella un semióforo. Del mismo modo, es secundario que algunos, a imagen de las cosas, transformen la apariencia visible de los cuerpos o de otras cosas para que en ellos aparezcan signos y, con ello, se transformen ellos mismos, se desgasten. Porque la función primordial de todos estos objetos no es ni estar dotados de significados ni fabricar cosas, sino producir o transmitir los signos con sus soportes visibles u observables, es decir, semióforos. Convengamos en llamarlos a partir de ahora *medios de comunicación*.

El conjunto de objetos visibles puede por tanto dividirse, de manera aparentemente exhaustiva, en cinco clases funcionales: *cuerpos, desechos, cosas, semióforos* y *medios de comunicación*. De entrada nos damos cuenta de que las tres últimas corresponden a los escalones de una sucesión histórica: las cosas son mucho más antiguas que los semióforos, que a su vez son mucho más antiguos que los medios de comunicación, pues estos últimos sólo empezaron a distinguirse a la vez de unas y de otros a partir del siglo XVI. Por otra parte, un objeto nunca está ligado definitivamente a la clase a la que perteneció originalmente, aunque sólo sea porque cada uno corre el riesgo de convertirse tarde o temprano en desecho. Por otra parte, nada impide que los objetos cambien de función a lo largo de su historia: veremos más adelante que esto ocurre con más frecuencia de lo que se piensa. En particular, la reducción de un objeto a desecho no es necesariamente definitiva, pues conocemos casos de reutilización de los desechos y particularmente de su promoción a la categoría de semióforo. El único recorrido irreversible lleva a los cuerpos hacia otras clases de objetos.

La diversidad de los semióforos

Volvamos ahora al libro que, puesto que ya hemos hablado mucho de él, resulta cómodo de elegir como punto de partida de un estudio más profundo de los semióforos. Empecemos, pues, por aquellos que, como el libro, se producen para ser leídos y que, por consiguiente, al igual que él, se componen cada uno de un soporte y de signos de escritura. Nos referimos a publicaciones periódicas, diarios, impresos oficiales, prospectos, carteles, manuscritos y textos dactilografiados, partituras, cuadros numéricos, inscripciones, letreros con los nombres de las calles o de las instituciones, cartelas junto a los cuadros u otros objetos expuestos, marcas de fábrica, etiquetas, rótulos. En adelante los denominaremos *textos*. Constituyen al mismo tiempo una clase funcional y una clase morfológica; esta última porque los signos de escritura que llevan son los elementos constitutivos de su apariencia visible. Pero, en otros aspectos, son muy heteróclitos. Así, entre los soportes de los signos, hallamos junto al papel los metales, la piedra, los tejidos, el cristal o las materias plásticas. Así también, en el interior de la función que hace de ellos semióforos y que consiste, recordémoslo, en sustituir, prolongar o completar un intercambio de las palabras o en conservar

sus huellas, tienen como veremos enseguida funciones específicas muy diferentes.

Partiendo siempre del libro que puede destinarse no sólo a ser leído, sino principalmente a ser mirado, pasemos a las *imágenes*. Y en primer lugar, a los cuadros —pintados, tejidos, bordados, recortados, grabados, ensamblados con distintos materiales—, compuestos por personas y objetos, como en los espectáculos, que se ofrecen a la vista directamente o a través de grabaciones, compuestos también por plantas y bosquetes en los jardines decorativos, o también de edificios en algunos paisajes urbanos en los que se sitúan miradores que permiten intencionadamente captarlos como cuadros. Añadamos los dibujos, grabados, fotografías, mapas, planos, maquetas, modelos, esculturas, instalaciones. Al igual que los textos, las imágenes forman una clase al mismo tiempo funcional y morfológica. Pero se diferencian principalmente de los textos por el carácter de los signos que llevan y que ya no son, en su caso, idénticos a los signos de la escritura. Son matices del blanco y del negro, colores, líneas, manchas, superficies, volúmenes, mímicas y gestos —y las relaciones que se establecen entre ellos. Son además los accidentes de la factura, el pulido o la rugosidad, el brillo o el aspecto mate, la transparencia o la opacidad. A veces son también las dimensiones. Convendremos en denominar estos elementos de las imágenes *signos icónicos*.

Varios rasgos los distinguen de los signos de la escritura. Éstos son inseparables del lenguaje cuyos sonidos representan como letras del alfabeto, o cuyos conceptos traducen como ideogramas. Éstos sólo guardan con el lenguaje un vínculo extremadamente tenue. Considerados independientemente, no representan nada; hay que conjugar varios de ellos y separar del exterior el ensamblaje así creado para que pueda eventualmente representar algo. Los signos de escritura, para ser reconocibles, han de ser conformes a un modelo. Los signos icónicos dependen totalmente de quien los traza. Los primeros sólo se pueden combinar siguiendo algunas reglas. Los segundos pueden combinarse libremente, juzgándose cada combinación según el efecto que produzca en el espectador. Los primeros son autónomos con respecto a sus soportes. Los segundos pueden no disponer, con respecto a estos últimos, de autonomía alguna y, cuando la tienen, en general es muy limitada.

Los textos describen todas las modalidades de lo invisible. Las imágenes sólo pueden mostrar algunas de ellas, las que pertenecen al pasado, aunque por otra parte se las sitúe en la realidad trascendente. El futuro no se puede mostrar, pues no puede ser visto antes de haberse realizado; las imágenes que supuestamente nos lo muestran sólo transmiten visiones. Sin embargo conocemos semióforos que remiten al futuro y que, por ello, constituyen una clase funcional, aunque tienen formas muy diferentes. Son los billetes de banco y las monedas, cuyo significado es idéntico a su poder adquisitivo, es decir, al conjunto de mercancías por las cuales se podrán cambiar llegado el momento. Junto a los diferentes instrumentos de crédito, pertenecen a una clase específica de semióforos que, a falta de otra cosa mejor, designaremos con la expresión *sustitutos de los bienes* y a la que pertenecían, en otras sociedades, los lingotes de oro o de plata, las conchas, el ganado, algunos tejidos, algunas cerámicas, etc.

Otros semióforos también remiten al futuro, no porque representen objetos por los cuales se podrán cambiar, sino porque rigen los comportamientos futuros de los seres humanos. Los semáforos de la red viaria y los innumerables ideogramas que indican que hagamos esto o lo otro, que prohíben la entrada por una determinada puerta, que indican el emplazamiento de un determinado servicio, o también los iconos sobre los que hay que hacer clic para obtener la respuesta deseada del ordenador, proporcionan otros tantos ejemplos de esta clase de *comandos*, en plena expansión. En este caso también, nos hallamos ante una clase exclusivamente funcional porque, atendiendo al criterio morfológico, los elementos son muy heterogéneos: textos, imágenes, colores, luces continuas o parpadeantes, líneas continuas o discontinuas.

Situadas sobre edificios, prendas de ropa o cosas, o directamente sobre el cuerpo humano, lo que ocurre en el caso de los uniformes, adornos, joyas, tatuajes, escarificaciones y mutilaciones rituales, cambios cosméticos o modificaciones del estado natural de la cabellera, las *insignias* utilizan signos icónicos, incluso imágenes, pero a veces recurren también a los textos. Sin embargo, no remiten ni al pasado ni al futuro; manifiestan caracteres presentes pero invisibles del individuo cuyo cuerpo les proporciona un soporte: su pertenencia a un grupo étnico, confesional o profesional, su lugar en la jerarquía social, a veces algunos rasgos de su personalidad. Manifiestan también caracteres invisibles del objeto sobre el que se colocan: la naturaleza de la institución que se halla en un determinado edificio, el rango de la persona que lleva una determinada prenda de ropa, el hecho de que una cosa pertenezca a una determinada persona o a un determinado grupo. Observemos de paso que los objetos inanimados no son los únicos que son semióforos. También pueden serlo las plantas o los animales, desde el momento en que se les hace llevar una determinada insignia. En

cuanto a los seres humanos, siempre son semióforos; incluso cuando no llevan ninguna, los rasgos de sus rostros, sus actitudes, el aspecto de sus manos, la manera de hablar y de moverse se perciben como otras tantas manifestaciones de su pertenencia y de su rango.

Ya nos hemos alejado mucho de los libros. Pero los semióforos de los que hemos hablado hasta el momento siguen en ciertos aspectos emparentados con ellos, porque todos los signos que acabamos de mencionar, visibles a simple vista, son transformaciones físicas de la apariencia de los objetos, producidas deliberadamente para llamar la atención del espectador sobre algo invisible y programar de este modo sus estados internos o sus comportamientos. Sin embargo existen objetos visibles que son semióforos, no porque hayan sufrido este tipo de transformación, sino porque han sido investidos de esta función por otros medios.

Cuando tratamos de poner orden en la maraña de los semióforos, entre ellos encontramos representantes de todas las clases de objetos visibles, cuerpos, cosas, medios de comunicación y desechos, convertidos en semióforos tras haber sido sometidos a un doble tratamiento que consiste en extraerlos de la naturaleza o del uso y de cambiar con ello su función para colocarlos luego de manera que puedan ser mirados, rodeándolos al mismo tiempo de los cuidados y de la protección necesaria para ralentizar lo más posible la acción corrosiva de los factores fisicoquímicos e impedir su robo y las depredaciones. Dicho de otra manera, cualquier objeto se convierte en semióforo a raíz de su descontextualización y de su exposición. Y sigue siéndolo mientras está expuesto.

Es así porque colocar un objeto, cualquiera que éste sea, en una vitrina, en un álbum, en un herbario, sobre una peana, colgarlo de la pared o del techo, separarlo por una valla, una barrera, un cordón, una reja o simplemente una línea dibujada que no se debe traspasar, mandarlo vigilar por un guardia o poner a su lado un cartel que prohíbe acercarse y sobre todo tocarlo, todo ello equivale a imponer a las personas que se encuentren a su alrededor una actitud de espectadores, a incitarlas a volverse hacia dicho objeto y a clavar en él su mirada. Y ello contribuye a llamar la atención sobre este objeto y a mostrar que su contemplación cambia a quien lo mira, porque le aporta algo de lo que de otro modo carecería.

Testimonio de ello es la decoración del edificio o del interior en el que se halla el objeto, del mueble en el que se exhibe, del marco que lo rodea o de la peana sobre la que descansa. También lo son los comentarios orales o escritos que se le dedican. Lo es sobre todo la protección que lo rodea, aunque sea absolutamente inútil, pues sólo son útiles aquellos objetos que circulan entre los seres humanos y a los que éstos confieren usos. Esta protección es una manifestación visible del elevado valor que se le otorga al objeto. Como no puede estar en deuda con sus relaciones con otros objetos visibles, precisamente porque está aislado de ellos, dicho valor sólo puede proceder de sus vínculos con lo invisible. Así, por el hecho de la descontextualización y de la exposición, todo objeto, cualquiera que éste sea, resulta investido de significado, y sus propiedades visibles se convierten en signos incluso cuando no son fruto de una intervención deliberada del ser humano. Y se convierten con una facilidad tanto mayor cuanto que distinguen este objeto, que son excepcionales, llamativas, extraordinarias, sorprendentes, y que por ello contribuyen a separarlo de los demás. Los semióforos que pertenecen a esta categoría los designaremos con el nombre de *expósito*[4]. La transfiguración de cuyo efecto proceden se realiza, en nuestra sociedad, sobre todo en las colecciones y en los museos. En otro contexto, también se daba en las tumbas, los santuarios, los tesoros y los palacios.

Ahora ya se puede dar uno cuenta, al menos así lo esperamos, de que el concepto de *semióforo* no se ha introducido únicamente por el placer de alargar la lista de los neologismos. Porque cuando reflexionamos sobre lo que tienen en común objetos tan diferentes como los textos, las imágenes, los sustitutos de los bienes, los comandos, las insignias y los expósitos, llegamos a la conclusión de que cada uno se compone de un soporte y unos signos, cada uno tiene de éstos una cara material y una cara significante; en definitiva, todos son objetos visibles dotados de significados. La palabra *semióforo* intenta precisamente captar todo lo que estos objetos tienen en común, mostrarlos como realizaciones diferentes de una misma función y dar a ésta un nombre, lo que nos obliga a describir también otras funciones que pueden ejercer los objetos visibles e introducir para ello toda una terminología. Pero no se trata sólo de palabras. Porque lo que aquí proponemos con todas estas innovaciones terminológicas es un nuevo enfoque de los objetos visibles, y en particular de aquellos que hemos denominado *semióforos,* y por los que, como lo han puesto de manifiesto nuestros ejemplos, se interesa prioritariamente la historia cultural; podemos hacerlo fácilmente extensivo a objetos percibidos por otros sentidos dis-

[4] En el original, *expôt,* neologismo que designa aquello que puede exponerse. Traducido aquí como *expósito* por proceder este término del latín *expositus,* expuesto, aunque el sentido habitual de expósito sea otro (véase el DRAE). *(N. de la T.)*

tintos de la vista. Un enfoque unitario que abarque a la vez los signos y sus soportes en sus relaciones recíprocas, y que permita superar, a través de la propia oposición entre la perspectiva semiótica y la perspectiva pragmática, el carácter unilateral propio de una y de otra.

La controversia sobre el concepto de «cultura»

Hasta mediados del siglo XIX, la cultura se identificó con la *cultura espiritual*, con el conjunto de productos del espíritu humano o del psiquismo humano. Ambos conceptos no son sinónimos, pero dedicarnos aquí a distinguirlos nos apartaría de nuestro tema. Además, ambas perspectivas, la espiritualista y la psicologista, admiten de común acuerdo que cada producto del espíritu y del psiquismo humano es una obra que cuenta con su autor individual y que, al igual que éste, es única. Además de por su carácter desinteresado, se distingue por la ausencia de cualquier utilidad. Finalmente, en cuanto realización de un proyecto concebido libremente por su autor, es la negación de cualquier determinismo externo y el autor se antoja, pues, como un auténtico creador; su personalidad excepcional, que le permite producir algo radicalmente original, le confiere por este motivo una estatura heroica.

La forma visible que se confiere a la obra es, desde esta perspectiva, secundaria; lo esencial es el proyecto que encarna. Para *comprenderla* es por lo tanto preciso referirla al proyecto de su autor. El lector, el espectador o el auditor accede a esa comprensión cuando consigue, por así decirlo, introyectar en sí mismo los rasgos de la personalidad del autor que se expresan en su obra, elevarse de este modo hasta su altura en la medida de lo posible y recrear en sí mismo el proyecto del autor. Semejante método de estudio de la cultura, el único válido, recibe el nombre de *hermenéutica*. Los objetos que privilegia, porque la forma visible de las obras es al parecer la menos importante, son textos, sobre todo literarios y filosóficos. Un historiador ejemplar de la cultura es sobre todo, cuando no exclusivamente, un filólogo.

Desde la segunda mitad del siglo pasado, esta posición ha sido rebatida por el enfoque pragmático de la cultura, que identifica a ésta con la *cultura material*, aunque la propia expresión no haya aparecido hasta la década de 1920. La cultura material abarca todos los productos del trabajo manual, fabricados por las masas y a escala de masa, para satisfacer las necesidades corporales. Productos que expresan la pertenencia del ser humano a la naturaleza y, por tanto, su sumisión a un determinismo cuyo sustrato es, al igual que su ámbito, objeto de debate. Esta perspectiva orienta la atención hacia la forma visible de los productos humanos, hacia su diferenciación, hacia su distribución espacial y temporal, hacia el trabajo que los moldea, los usos que se hacen de ellos y el mercado en el que circulan.

Pero todo ello es necesario *explicarlo:* enmarcado en las características del medio ambiente según unos, del bagaje biológico según otros, del régimen social según los terceros, o también en los modos y las condiciones de producción, con sus reglas de intercambio y apropiación de los bienes materiales. Como la cultura pertenece al ámbito de lo repetitivo, el único método correcto para estudiarla es la *estadística*, que permite identificar las regularidades que existen tras las aparentes fluctuaciones; de ahí el interés por las enumeraciones y las conclusiones que se pueden sacar de ellas. Los ámbitos privilegiados de la cultura son, desde este punto de vista, la economía y la técnica, que ponen mejor de manifiesto las relaciones del ser humano con la naturaleza. Y un historiador ejemplar de la cultura practica la arqueología prehistórica o étnica —diferente de la arqueología clásica, próxima de la filología— o la antropología en cuanto estudio del equipamiento somático y material de las sociedades primitivas, o también la historia económica, que sigue los progresos de la agricultura, la industria, el comercio, las invenciones y los descubrimientos.

Por supuesto no han faltado los intentos de rebatir el enfoque espiritualista o psicologista en su propio terreno, poniendo de manifiesto que la literatura, el arte o la filosofía también están, por su parte, sometidos al determinismo y por consiguiente han de ser estudiados por las *ciencias sociales* con sus métodos estadísticos. Ni los intentos opuestos por refutar el enfoque pragmático, poniendo de manifiesto que la técnica, o incluso la economía, dependen de fenómenos espirituales o de la psicología individual, lo que las convierte en objetos legítimos de las *ciencias humanas* —o, mejor aún: de las *ciencias del espíritu (Geisteswissenschaften)*—, es decir, de la hermenéutica. Pero estas controversias no han conseguido invalidar las oposiciones conceptuales incluidas en el fundamento mismo de esas perspectivas incompatibles que son la perspectiva espiritualista y psicologista y la perspectiva pragmática. El tema no quedó zanjado hasta la aparición, en la década de 1920, de la perspectiva semiótica.

Ésta rechaza en primer lugar el supuesto de que la división de los fenómenos en espirituales (o psíquicos) y corporales (o físicos), integrada implícitamente en la oposición entre la cultura espiritual y la cultura material, es al mismo tiempo exhaustiva y disyuntiva, es decir, tal que cada fenómeno pertenece, bien a uno de estos ámbitos, bien al

otro. El enfoque semiótico se atribuye el haber demostrado que el lenguaje es al mismo tiempo intelectual y sensible, psíquico y físico, y que estos dos aspectos son tan inseparables como el anverso y el reverso de una hoja de papel. Rechaza también el supuesto según el cual sería exhaustiva y disyuntiva la división de los fenómenos en individuales y colectivos (o sociales), pues pretende haber demostrado que, en el lenguaje, estos dos aspectos tampoco se pueden separar. Además, el enfoque semiótico rechaza el supuesto según el cual es exhaustiva y disyuntiva la división de todo lo que puede ser objeto de conocimiento, por una parte, en fenómenos accesibles a una intuición sensorial, y, por otra, en cosas que en sí mismas están fuera de su alcance, al tiempo que escapan al intelecto humano —incapaz de captarlas directamente— y por ello a la razón teórica. Pretende haber demostrado que la lengua, a diferencia de la palabra, no es ni lo uno ni lo otro, sino que constituye un sistema de signos cada uno de los cuales tiene una cara intelectual y una cara sensorial unidas en un todo de modo que los componentes no se pueden separar más que en el pensamiento.

La cultura aparece desde esta perspectiva a imagen y semejanza del lenguaje: es el *conjunto de sistemas de signos,* y las producciones humanas sólo forman parte de ella si son sistemas de signos. Por eso la investigación privilegia, junto al propio lenguaje, los principios de clasificación de los seres humanos y de los objetos inscritos en las diferentes costumbres, por ejemplo culinarias o del atuendo, en la vida sexual, en la organización espacial de las sociedades. Privilegia asimismo las reglas del intercambio matrimonial y las relaciones de parentesco, así como los mitos, los ritos, las creencias y las obras literarias. El método idóneo de estudio de la cultura lo proporciona el *análisis estructural,* que trata los objetos a los que se aplica como sistemas de signos y que, por ello, sólo se interesa por los hechos *sincrónicos,* por ser los únicos que conforman un sistema: en otras palabras, rechaza el tiempo con el que no sabe qué hacer.

El lingüista, el etnólogo o el semiólogo que practican de forma ejemplar el análisis estructural no son *historiadores* de la cultura. Son *teóricos* de tales o cuales sistemas de signos. Con el enfoque semiótico, las ciencias humanas descubren efectivamente la teoría que, como cualquier teoría, ante todo no puede ser contradictoria; de ahí que se recurra a las matemáticas, las únicas capaces de satisfacer esta exigencia, aunque se desvíen de la historia. Todos los intentos por integrar a la perspectiva semiótica una *diacronía* se han saldado hasta la fecha con fracasos, cuando no han quedado como declaraciones de intención sin efectos concomitantes.

La historia de la cultura sólo es la única forma legítima del saber acerca de la cultura desde una perspectiva espiritualista, pues ésta es fruto de la equiparación de la humanidad con un individuo que se desarrolla desde el nacimiento hasta la madurez; pero con un individuo inmortal, infinito, cuya madurez durará eternamente y cuyo desarrollo nunca se detendrá, pues aspira insaciablemente a la perfección. Ésta es la definición más sencilla del espíritu del que la humanidad es supuestamente la encarnación y que es al mismo tiempo el sustrato y el creador de la historia. Sustrato, porque los individuos y las colectividades empíricas cuyos actos y obras la llenan son únicamente sus exteriorizaciones, sus manifestaciones visibles. Creador, porque su producción sucesiva no se hace de cualquier manera, sino siguiendo un orden que es fruto de su orientación teleológica, de su deseo de alcanzar en su plenitud la verdad, la bondad y la belleza.

El psicologismo radical y el igualmente radical materialismo —variante extrema de la actitud pragmática— estaban necesariamente abocados a rechazar la identificación de la humanidad con un individuo con todas sus consecuencias. Ambos consideraban que la humanidad está dividida en una pluralidad de grupos dispersos sobre la faz de la tierra y diversificados en función de los medios que ocupaban. El espacio era para ellos no menos importante sino más importante que el tiempo. El convencimiento de que la historia es la única forma posible de saber acerca de la cultura —o la única junto con la psicología— podía en cualquier caso justificarse en semejante marco a través de la idea de evolución de las especies biológicas y por lo tanto de la especie humana.

En tal caso, el sustrato de la historia se identifica con la vida cuyas manifestaciones visibles representan los individuos y las colectividades empíricas, y la propia historia es obra de la tendencia, inherente a la vida, de hacer que triunfen los individuos o los grupos mejor adaptados a las exigencias de ésta, capaces de ganar la lucha por los bienes que permiten la supervivencia y de dominar a los demás. Otras versiones más moderadas, porque menos rigurosas, del enfoque psicologista o materialista tomaban del espiritualismo la idea de la humanidad una, más allá de su diversidad, rechazando que dicha humanidad tuviera una orientación teleológica. Desde su punto de vista, la dirección de la historia es la resultante de los conflictos, las rivalidades y los esfuerzos de los individuos y de los grupos por garantizarse el mejor lugar, según las necesidades de la vida o las leyes de la naturaleza. Esto bastaba para sustentar la convicción de que la historia fuera la única forma concebible de saber acerca de la cultura o de que compartiera este privilegio con la psicología.

A fin de cuentas, tanto para los defensores del enfoque espiritualista como para aquellos que eligieron el enfoque pragmático, la primera cuestión que hay que plantear a un objeto que se estudia —a un acontecimiento, una persona o una institución— se refiere a su génesis: por un lado, a los factores de los que es producto y a los medios que han producido su existencia; por otro, a su lugar en la historia, a su pertenencia a una determinada fase de la historia de la humanidad. La perspectiva semiótica impone otro cuestionario, porque no tiene ningún sustrato de cambios tales como el espíritu, la vida, la humanidad o sus equivalentes. En la medida en que, para ella, no existen más que signos, reduce la realidad a relaciones, siendo un signo idéntico al conjunto de las diferencias entre él y los otros signos. La cuestión de la génesis pierde entonces su primacía, cuando no su pertinencia, en beneficio de la cuestión de la estructura, es decir, del sistema de relaciones inmanentes al objeto estudiado. Y la teoría sustituye a la historia.

Pero la concentración en la estructura conduce también a marginar, e incluso a eliminar, la problemática de las relaciones entre los signos y sus soportes. Sin embargo estaba presente en la lingüística en forma de pregunta referente a las relaciones entre los fenómenos y los sonidos. Pero la perspectiva general no le deja ningún lugar, porque no lo hay para los soportes de los signos en una ontología semiótica, que sólo conoce las relaciones y sus sistemas. De ahí el carácter limitado e incompleto del enfoque semiótico en cuanto se encuentra con un objeto que no se puede reducir a los signos de los que es portador, y que se ve por lo tanto obligado a introducir por la puerta de servicio los soportes de los signos expulsados por la puerta principal, como ocurre en el caso de las obras de artes plásticas y de arquitectura, y con todos los semióforos en los que el papel de soporte le corresponde al cuerpo humano. De ahí también la preponderancia que se concede al lenguaje y a los textos, porque en este caso el problema del soporte se considera sin razón no pertinente, lo que vincula el enfoque semiótico al enfoque espiritualista y lo opone, tras la estela de éste, al enfoque pragmático. Uno se ocupa de los signos sin soporte. El otro, de los soportes sin los signos. Es lo que ilustra el contraste esbozado al principio entre la obra literaria y el libro.

Observaciones finales

Introduciré aquí una nota personal. El descubrimiento, en las obras de Saussure, de Troubetzkoy, de Jakobson y sobre todo de Lévi-Strauss, del enfoque semiótico de la cultura o, como se llamaba en

aquella época, del estructuralismo, supuso en mi vida intelectual, como en la de otras personas de mi generación, uno de los acontecimientos más señalados. En mi caso, su influencia ha sido duradera. Siempre pienso que la aparición de este enfoque abrió una nueva época en la historia de las ciencias humanas y que todas las vueltas atrás a los enfoques anteriores y su problemática son meras regresiones. Pero los treinta y cinco años transcurridos desde la época de una asimilación entusiasta de las reglas del enfoque semiótico no han hecho sino reforzar la convicción que ya estaba en germen en aquella época, sin que entonces yo supiera expresarla claramente, de que el estudio de la cultura sólo puede hacer inteligibles los objetos tal y como los aprehendemos en la experiencia a condición de superar la oposición entre el enfoque semiótico y el enfoque pragmático.

Eso es lo que se hace hoy en la práctica de la historia cultural: en la historia del libro, en la historia de las colecciones, en la nueva historia política, en algunos trabajos de historia del arte. Y es lo que he tratado de teorizar aquí, introduciendo el concepto de semióforo, que me parece que caracteriza de forma tópica el tipo de objetos privilegiados por la historia cultural hoy en día: ni entidades ideales, ni cosas materiales; objetos cuya apariencia, localización o ambas cosas a la vez ponen de manifiesto que están dotados de significados. Al mismo tiempo ha sido preciso esbozar toda una ontología del mundo visible, con el fin de señalar las grandes articulaciones y de situar los semióforos entre los demás objetos.

La promoción de los semióforos a la condición de objetos privilegiados de la historia cultural tiene varias consecuencias. Modifica en particular la importancia respectiva de la lectura y de la mirada. Durante mucho tiempo los historiadores sólo se interesaron por lo escrito. El intento de hacerlos salir al exterior y de hacerles mirar los paisajes, que emprendieron Vidal de La Blache y sus seguidores, entre ellos Bloch y Febvre, sólo ha tenido efectos limitados. Pero hoy en día asistimos a un nuevo intento en este sentido, aunque se haga en un terreno diferente. Efectivamente, la historia cultural se vuelve hacia los objetos y las imágenes, incluso en los ámbitos en los que hasta hace poco sólo se estudiaban los textos. De ahí que se hayan reequilibrado las relaciones entre la lectura y la mirada en beneficio de esta última, lo que conduce a proponer algunas reglas sencillas. Primero lo visible, luego lo invisible. Primero la forma, luego la función. Primero el presente, luego el pasado. No estoy diciendo que se limiten las lecturas; por muy grandes que sean, siempre son insuficientes. Pero lo que ha de saber hacer ante todo cualquiera que practique hoy en día la historia cultural *es ver y describir lo que ve.*

Por lo tanto, primero descripción y sólo después teoría e historia. A la teoría pertenece en primer lugar el problema general de las relaciones entre la dimensión significante y la dimensión material, que se condicionan recíprocamente en cierta medida, diferente según las diferentes clases de semióforos. Pertenece también a la teoría el problema del lugar de los semióforos en el conjunto de los objetos visibles y de sus relaciones con las categorías diferentes de éstos. Luego viene toda la problemática de las relaciones entre los destinos y los usos, entre los productores y los usuarios, entre las significaciones virtuales y las que han sido actualizadas por la recepción. Señalemos de paso que de lo que acabamos de decir se deduce que es a ésta a la que la historia cultural ha de privilegiar, y no a su génesis, en la trayectoria temporal de los objetos en general y en particular de los semióforos. Citemos finalmente la problemática de las relaciones entre los semióforos y lo invisible, que, por falta de espacio, no hemos podido abordar aquí a pesar de ser esencial, pues es el reconocimiento del vínculo entre un objeto y lo invisible lo que hace de este objeto un semióforo, y puesto que es la definición de lo invisible a lo que remite la que le confiere tal o cual otro significado.

Pero los semióforos difieren de los sistemas de signos en particular en que, en su caso, la historia es el complemento necesario de la teoría. No porque remitan a un sustrato metafísico de la continuidad, sino porque, siendo visibles y por lo tanto dilatados y estando temporalizados, se transforman, se estropean, cambian de emplazamiento y de significado, sin dejar de ser semióforos, o pierden su función, dejan de circular y empiezan a ser utilizados como cosas, cuando no son abandonados como desechos. Cada uno de ellos tiene su trayectoria temporal, a veces también espacial que, en la medida en que modifica la apariencia y deja huellas en la memoria de los seres humanos o en otros semióforos, codetermina su significado. Por eso cuando se aborda el significado de un semióforo como si uno fuera el primero en hacerlo explícito, pasando por alto todo su pasado, se crea una ficción, a menos que se trate de algo totalmente nuevo, cosa poco común.

La historicidad caracteriza no sólo a cada semióforo independientemente, sino también a clases enteras de éstos, como la de los textos, las imágenes, los sustitutos de los bienes, los comandos, las insignias y los expósitos. La composición de cada una cambia, bien es cierto, al igual que los significados de los que están dotadas, los criterios de jerarquización de sus componentes y los lugares que cada una ocupa en la jerarquía. También cambia el número mismo de las clases, porque mientras unas se forman otras desaparecen. Cambian las relaciones entre unas y

otras, sus dependencias recíprocas y los lugares que ocupan en una jerarquía que forman conjuntamente y que a su vez también cambia.

Por último, la historicidad es inherente al conjunto de los semióforos, a sus relaciones con los cuerpos, las cosas, los medios de comunicación y los desechos, a su papel de intermediarios entre los seres humanos y lo invisible por un lado y entre las modalidades diferentes de lo invisible por otro, a su lugar en la producción, el intercambio y el consumo, pero también en el conocimiento, la adoración y el sacrificio. Asimismo es inherente a los cuerpos, las cosas, los medios de comunicación y los desechos, a los que se aplica todo lo que acabamos de decir sobre los semióforos. Cada objeto visible recorre su trayectoria en el tiempo y cada clase de estos objetos cambia, lo mismo que la jerarquía que todas juntas componen.

Basta hacer un corte sincrónico en el conjunto de los objetos visibles presentes en nuestra sociedad para observar que, en un mismo tiempo, a menudo en un mismo espacio, coexisten objetos que no han podido aparecer simultáneamente; de ello es testimonio su apariencia externa, su frecuencia, los lugares en los que se encuentran, los papeles que les hacemos desempeñar. La imagen que revela semejante operación es, pues, comparable a un perfil geológico, ya que muestra estratos, cada uno procedente de una época distinta. Sin embargo, aquí su superposición, que por lo general hace que cuanto más profundo sea un estrato más antiguo es, se sustituye por una distribución horizontal: cuanto más nos alejamos de determinados lugares más objetos encontramos en ellos que ya están caducos, que han cambiado de función o de significado, o que incluso se han convertido en desechos. La historia está, pues, inscrita en el presente, como lo está en la apariencia de cada objeto.

De la definición de los objetos, no en términos sustanciales sino en términos funcionales, se deduce que ninguno está unido definitivamente a la clase a la que pertenece por el hecho de su génesis. Aunque el paso de una clase a otra no sea del todo arbitrario, porque ningún objeto puede convertirse en un cuerpo y la función medio de comunicación sólo puede asumirse a través de determinadas propiedades físicas, cualquier objeto visible puede convertirse en semióforo, y casi cualquiera puede convertirse en cosa. Por este motivo no se pueden plantear los objetos independientemente de los seres humanos que, al servirse de ellos, les confieren sus funciones y, en el caso de los semióforos, sus significados. Pero, por este mismo motivo, los seres humanos y sus comportamientos no se pueden plantear sin los objetos que utilizan y que codeterminan su lugar en la jerarquía social, sus papeles y sus identidades.

PARTE III

PARTE III

Capítulo VI

La crisis del futuro

Amargo fin de milenio. Aunque los astrólogos juran que la era de Acuario —en la que entramos— será la de la fraternidad, la administración estadounidense, más pedestre, nos presenta, a partir de proyecciones cuantitativas sobre la población, sus recursos y el medio ambiente, un mundo apenas viable a finales de siglo. «Si las tendencias actuales se mantienen —afirma dicho estudio encargado por el presidente Carter y publicado el 24 de julio—, el mundo en el año 2000 estará más superpoblado, más contaminado y será menos estable ecológicamente y más vulnerable a las explosiones que el de hoy en día»[5].

Frente a la ciencia, que se muestra taciturna, sólo la astrología nos aporta cierto consuelo. Notable inversión de los papeles con respecto a mediados del siglo XVII, cuando, por primera vez, la ciencia ayudó a la religión a mitigar sus angustias suscitadas por el anuncio de un eclipse de sol, pródromo —según dichos pronósticos astrológico-milenaristas basados en la entrada de Saturno en León— de un diluvio de fuego o incluso de un Juicio final[6]. Desde entonces, cuando era preciso inventar soluciones inéditas para problemas sin precedentes, balizar territorios desconocidos, recuperar confianza y esperanza, Occidente se volvía hacia su ciencia y hacia sus sabios. Es cierto que nunca han faltado las críticas que, en tratados de metafísica o en novelas por en-

[5] «Apocalypse 2000», *Le Monde,* 26 de julio de 1980.

[6] Cfr. E. Labrousse, *L'Entrée de Saturne au Lion,* La Haya, Martinus Nijhoff, 1974.

tregas, denunciaban sus perversidades: los crímenes y las guerras, la corrupción de las costumbres, la decadencia de las artes y las crisis de la economía mundial. Convencidos de que, dándose unas cuantas condiciones por lo demás bastante fáciles de cumplir, se puede, gracias a la ciencia, acabar con el hambre y las enfermedades, garantizar el pleno empleo y abrir a todo el mundo el acceso a la cultura y la participación en la vida pública, los científicos, a excepción de algunos casos aislados, rechazaban semejantes acusaciones considerándolas gratuitas, dictadas por la ignorancia o la mala fe. Y contaban con el apoyo de la mayor parte de la opinión, que daba poco crédito a los discursos catastrofistas de los poetas, los filósofos y los predicadores, reputados por su incompetencia para lo práctico y por lo quimérico de sus proyectos.

La extinción de las esperanzas

Las imágenes del tercer milenio, Apocalipsis lento o cataclismo final, se presentan desde hace una década avaladas por la ciencia. Al no referirse a valores sino a hechos mensurables, se consideran no profecías sino previsiones condicionales, a las que se les atribuye sin embargo una probabilidad bastante alta. Para justificarse, invocan el veredicto de los ordenadores y, como son obra de expertos fiables, pesan en las decisiones de los hombres de negocios y de los políticos. Pasaron los tiempos en los que la ciencia, de manera unánime, predecía un futuro que siempre sería mejor que el presente. Ahora, una fracción importante de los científicos cree que puede acabar pronto en un callejón sin salida, a menos que la humanidad decida comportarse, cosa nada evidente. De ahí la promoción de la ecología, durante mucho tiempo una de las disciplinas biológicas, a la categoría de visión del mundo, de ética y de política, que reivindica el rechazo a modificar y a innovar si ello puede poner en peligro la preservación de los equilibrios naturales. Antaño fuerza revolucionaria, la ciencia de hoy en día está en situación de volverse conservadora.

Al parecer las ideologías también han perdido en la actualidad la capacidad de imaginar un futuro a la vez plausible y atractivo. El comunismo ya no es la juventud del mundo con la que muchos nos identificamos en un pasado no tan lejano. El «socialismo real» a la soviética, que pretende ser su única encarnación, confiere al presente la consistencia de la eternidad y tacha de locura o de crimen cualquier aspiración a una vida diferente. Ni siquiera conservador sino directamente reaccionario, sólo sabe proponer a la humanidad como modelo que

ha de seguirse su sector militar ultramoderno implantado en un mundo civil a todas luces obsoleto[7], resucitando a finales del siglo XX una especie de Prusia de antes de la abolición del vasallaje, *knout*[8] incluido, y que habría exiliado a sus artistas, sus pensadores y sus poetas para conservar únicamente a los *Feldwebel*[9]. Tras ese arcaísmo desenmascarado al término de una larga tarea, la contradicción entre la sovietolatría de los partidos comunistas occidentales y sus discursos prometedores y futuristas ha saltado a la luz; los defensores de China han sufrido la misma contrariedad. Privado de este modo de cualquier perspectiva creíble, el comunismo como ideología se limita en adelante, básicamente, a una retórica estereotipada y embrujadora, salpimentada de *tics* demagógicos. Y los partidos que la defienden, a veces meros grupúsculos, atraen a militantes y a electores a través de una hábil recuperación de reivindicaciones auténticas pero, sobre todo, explotando las costumbres, los automatismos y las tradiciones. Lejos de ser portadores de futuro, están atorados en el pasado, el más sólido de sus apoyos y la más pesada de sus cargas.

Al contrario del comunismo, la socialdemocracia no tiene miedo de los recuerdos: su historia es confesable, cuando no honorable, y su balance innegablemente positivo. Pero los remedios cuya eficacia ha cantado durante mucho tiempo, y con motivo, han agotado en la actualidad sus virtudes terapéuticas e incluso corren el riesgo de convertirse en veneno. Al sustituir en la regulación de la economía una «mano visible» más bien mítica por la decisión meditada de los mandatarios del pueblo para garantizar un reparto cada vez más equitativo de la riqueza, la socialdemocracia ha conseguido efectos inesperados y ambivalentes: un debilitamiento de la dependencia de los individuos con respecto a los juegos del mercado al que acompaña su dependencia de la tutela del Estado, de la que cabe temer que se convierta en vigilancia lisa y llana.

> Se ha demostrado que no nos podemos fiar de la política para enderezar el balance de la economía y que, en lo que se refiere a la toma de decisiones, las instancias políticas no son intrínsecamente mejores que el mercado. Carente de regulación, el mercado del siglo XIX era caprichoso y cruel, pero un Estado carente de regulación

[7] Cfr. C. Castoriadis, «Devant la guerre (I)», *Libre*, núm. 8, págs. 217-250.

[8] Látigo utilizado en Rusia a partir del siglo XV y hasta el XIX (fue abolido por Pedro I en 1845) para el castigo corporal. *(N. de la T.)*

[9] Primer sargento; en sentido figurado, hombre bruto; en alemán en el original. *(N. de la T.)*

lo será probablemente todavía más, y el Estado es mucho más difícil de controlar de lo que lo ha sido jamás el mercado. Sin embargo, aunque la socialdemocracia fue extraordinariamente fértil a la hora de producir medios para controlar el mercado, ha mostrado escaso o nulo interés por el control del Estado[10].

Es decir, que sus proyectos tradicionales se han vuelto anacrónicos sin que tenga nuevos proyectos que proponer.

Desconfianza con respecto a cualquier espontaneidad y particularmente la del mercado; creencia firme en la racionalidad inherente a una economía nacionalizada (al menos parcialmente) y planificada a partir del centro (aunque sólo sea de manera indicativa); convencimiento de que el camino hacia una mayor libertad, igualdad y justicia pasa necesariamente por el refuerzo del Estado: estos elementos de la herencia marxiana, reivindicados tanto por los socialdemócratas como por los comunistas, están actualmente cuestionados por doquier y, con ellos, la propia idea de una sociedad que pueda ser al mismo tiempo socialista y democrática. Al considerarse el poder estatal de la burocracia, calificado de consustancial a la realización de esa idea, insoportable incluso en aquellos lugares en que se ejerce desde el mayor respeto de la ley y de los criterios de una gestión eficaz y no con la incuria y la arbitrariedad ruso-asiáticas, los conservadores, aunque no tengan nada más que ofrecer que la promesa de atemperarlo, cobran nuevamente audiencia. Como si la mayoría de la opinión prefiriera, visto lo visto, conservar la libertad para poder utilizarla llegado el momento, aunque el precio sea muy alto, que enajenarla a unas fuerzas que supuestamente iban a hacer el mejor uso posible de la misma, pero con el riesgo de no volver a gozar jamás de ella.

Los dos fines de siglo

Desde la Revolución francesa, dos certezas sostenían las esperanzas colectivas: las transformaciones institucionales, violentas o pacíficas, pueden, bien llevadas, resolver definitivamente los principales problemas sociales, políticos y culturales; los descubrimientos de la ciencia, las invenciones técnicas y la expansión de la economía bastan para crear las condiciones duraderas de un bienestar generalizado. De estos

[10] D. Marquand, «Remaking the Centre», *London Review of Books*, 3-16 de julio de 1980.

dos axiomas, que unas veces se suponía que se reforzaban mutuamente y otras veces que se oponían uno a otro, el primero ha sufrido los efectos del desgaste. Al segundo tampoco le va mucho mejor. Los progresos del conocimiento despiertan preocupaciones incluso entre los científicos divididos sobre la cuestión de saber si todavía se puede uno alegrar de ellos o hay que deplorarlos. Por otra parte es evidente que las tecnologías punta, a excepción de las «tecnologías blandas», suscitan temores sordos y a veces una reprobación manifiesta; las protestas contra la energía nuclear, la informática, la ingeniería genética, son los ejemplos más flagrantes de esta cuestión. El propio crecimiento económico ha dejado de ser esa especie de evidencia que perfectamente podía servir de base para cualquier previsión. Débil e irregular, amenaza con caer a nivel cero y son pocos quienes lo creen capaz de recuperar nunca más sus ritmos de ayer. La confianza en el advenimiento de una sociedad de consumo, que supuestamente nos iba a garantizar a todos no sólo lo necesario sino incluso el acceso a cierto lujo, comienza a esfumarse poco a poco, puesto que el aumento constante y notable del nivel de vida ya no la alimenta. Con su pérdida se difumina el poder de persuasión del que, casi durante dos siglos, ha gozado toda una imaginería, ideológicamente muy dispar, pero subyacente incluso a través del mito de la abundancia futura científicamente garantizada, a condición de que se trabaje más y mejor. Esta erosión del optimismo económico que, al tiempo que sirve de justificación a la política del dejar hacer, es un componente esencial de los sincretismos comunista y socialdemócrata, de tal modo que su debilitamiento agrava el suyo, permitiría sin más diagnosticar una crisis del futuro. Y, sin embargo, no es más que un síntoma entre otros muchos.

Desde luego no es la primera vez que se produce una crisis de este tipo. A finales del siglo XIX se profetizaba ya la caída inminente de la civilización europea, provocada, bien por el empuje de las masas, bien por la invasión de los amarillos, o por las masas y los amarillos actuando conjuntamente. Se escribían versos sobre la decadencia, se acababa con las ilusiones del progreso, se refutaban las pretensiones de la ciencia de describir la realidad de manera adecuada y se advertía contra los abusos que seguramente generaría. Pero, al mismo tiempo, los partidos socialistas ganaban terreno en todos los países de Occidente, la industria era objeto de auténtico culto y las aplicaciones de la ciencia y de la técnica suscitaban entusiasmo no sólo entre los empresarios, que acababan de descubrir la influencia de ésta en su cifra de beneficios, sino también de la opinión pública en su conjunto, deslumbrada por el teléfono y las vacunas pasteurianas, el alumbrado eléctrico, el automóvil,

el avión... La crisis de hace unos cien años se manifestaba, pues, principalmente, cuando no exclusivamente, entre la *intelligentsia* literaria y artística que, al parecer, se adaptó a duras penas a las nuevas condiciones del ejercicio de su papel en una sociedad altamente organizada y masivamente alfabetizada, donde las presiones del mercado empezaban a hacerse notar en ámbitos entonces protegidos de cualquier contacto con las realidades económicas y en los que los sabios y los técnicos reivindicaban, particularmente en la universidad, una redistribución de su estatus y de su poder.

Hoy en día, por el contrario, la crisis afecta primero, no tanto a las artes y a las letras, cuyo estado de todos modos es lamentable desde hace varias décadas a juzgar por la ausencia de obras innovadoras de gran envergadura, como a las ciencias, las técnicas y las ideologías que proporcionan el contenido de las propagandas; no tanto a las vanguardias supuestamente creadoras, camarillas impotentes cuyos enfrentamientos ya no despiertan el menor interés, sino a las innumerables producciones culturales destinadas a las masas; no tanto a los individuos como a las instituciones y a las colectividades. En definitiva, afecta a los fundamentos mismos de la civilización moderna, cualquiera que sea el régimen, porque cada vez es menos posible concebir un futuro que sea simultáneamente accesible y deseable, un futuro del que tendríamos razones convincentes de esperar su advenimiento, al tiempo que también tendríamos buenas razones para considerarlo, en varios aspectos si no en todos, mejor que el presente. Acabamos de verlo: el futuro que afirmamos ser el más probable sólo puede ser peor. En cuanto al que habría colmado nuestros deseos, halla su último refugio en la Utopía. Esto es grave. Porque nuestra civilización depende del futuro del mismo modo que depende del petróleo: si éste se agota, aquélla cae como un avión cuyos motores hayan dejado de propulsarla.

Moneda, futuro y «espíritu del capitalismo»

Imaginemos la población de un país que corre a los bancos y a las cajas de ahorros para sacar el dinero de sus cuentas y que gasta todas las sumas ahorradas desde hace tiempo en comprar bienes de consumo y almacenarlos en previsión de malas épocas, o para destruirlas con ocasión de un gigantesco *potlach*[11], lo mismo da. Los efectos son fácil-

[11] Fiesta sagrada amerindia en la que una persona dona o destruye bienes de su propiedad con el fin de poner de manifiesto su riqueza y alto rango. *(N. de la T.)*

mente previsibles: se dispararían los precios y por lo tanto caería el poder adquisitivo de la moneda, se instalaría una penuria creciente y finalmente el Estado, incapaz de hacer frente a su compromiso de garantizar a los billetes que ha emitido una contrapartida en bienes, quebraría; la única manera de evitarlo sería ordenar una suspensión inmediata de los pagos, procediendo de este modo a una expropiación temporal de la ciudadanía. Desde principios del siglo XVIII, estas situaciones de pánico se han repetido en varias ocasiones tanto en Europa como en Estados Unidos[12]. Sin embargo, sólo suceden excepcionalmente y, bien pensado, tampoco es de extrañar. Porque no es nada evidente que la gente acepte que se le pague en billetes como si tuviera la certeza de que éstos siempre se podrán cambiar por valores en uso. De hecho, es tan poco evidente que un economista francés observaba perentoriamente en 1843 que «la moneda de papel nunca ha sido y nunca será posible»[13]. Y tampoco es nada evidente que, una vez superado el nivel de simple subsistencia, la gente sólo consuma una fracción de sus rentas, aplace la satisfacción de determinadas necesidades o deseos, sacrifique el placer hoy accesible a la idea del de mañana, lo que equivale a suponer no sólo que habrá un mañana, sino que también habrá una circulación monetaria y bancos, y que las sumas ahorradas conservarán su valor. Pero si el comportamiento medio de los individuos fuera el contrario, orientado no hacia el ahorro y la inversión sino hacia el consumo inmediato y ostentatorio de todo lo que no es necesario para sencillamente mantener el nivel ya alcanzado, la civilización moderna sería incapaz de funcionar a falta de empresarios, trabajadores, capitales y créditos.

Recordar estas cuantas verdades elementales sólo tiene un propósito: poner de manifiesto que las representaciones del futuro no se limitan a determinados discursos e imágenes, cuya importancia por cierto es enorme, como veremos más adelante. Porque el porvenir está literalmente inyectado en la estructura misma del presente en forma de papel moneda que, incapaz como tal, aquí y ahora, de saciar el menor apetito —salvo evidentemente el de atesorar—, permite satisfacer a cada uno pero más tarde, tras haber sido previamente intercambiado por mercancías. La historia más que bimilenaria de la monetarización de la economía es también la de una dependencia creciente del presen-

[12] Cfr. Charles P. Kindleberger, *Manias, Panics and Crashes. A History of Financial Crisis*, Nueva York, Basic Book, 1978.

[13] E. Daire, cit. en P. Harsin, *Les doctrines monétaires et financières en France du XVI[e] au XVIII[e] siècle*, Alcan, 1928, pág. 150, nota 3.

el avión... La crisis de hace unos cien años se manifestaba, pues, principalmente, cuando no exclusivamente, entre la *intelligentsia* literaria y artística que, al parecer, se adaptó a duras penas a las nuevas condiciones del ejercicio de su papel en una sociedad altamente organizada y masivamente alfabetizada, donde las presiones del mercado empezaban a hacerse notar en ámbitos entonces protegidos de cualquier contacto con las realidades económicas y en los que los sabios y los técnicos reivindicaban, particularmente en la universidad, una redistribución de su estatus y de su poder.

Hoy en día, por el contrario, la crisis afecta primero, no tanto a las artes y a las letras, cuyo estado de todos modos es lamentable desde hace varias décadas a juzgar por la ausencia de obras innovadoras de gran envergadura, como a las ciencias, las técnicas y las ideologías que proporcionan el contenido de las propagandas; no tanto a las vanguardias supuestamente creadoras, camarillas impotentes cuyos enfrentamientos ya no despiertan el menor interés, sino a las innumerables producciones culturales destinadas a las masas; no tanto a los individuos como a las instituciones y a las colectividades. En definitiva, afecta a los fundamentos mismos de la civilización moderna, cualquiera que sea el régimen, porque cada vez es menos posible concebir un futuro que sea simultáneamente accesible y deseable, un futuro del que tendríamos razones convincentes de esperar su advenimiento, al tiempo que también tendríamos buenas razones para considerarlo, en varios aspectos si no en todos, mejor que el presente. Acabamos de verlo: el futuro que afirmamos ser el más probable sólo puede ser peor. En cuanto al que habría colmado nuestros deseos, halla su último refugio en la Utopía. Esto es grave. Porque nuestra civilización depende del futuro del mismo modo que depende del petróleo: si éste se agota, aquélla cae como un avión cuyos motores hayan dejado de propulsarla.

Moneda, futuro y «espíritu del capitalismo»

Imaginemos la población de un país que corre a los bancos y a las cajas de ahorros para sacar el dinero de sus cuentas y que gasta todas las sumas ahorradas desde hace tiempo en comprar bienes de consumo y almacenarlos en previsión de malas épocas, o para destruirlas con ocasión de un gigantesco *potlach*[11], lo mismo da. Los efectos son fácilmente previsibles: se dispararían los precios y por lo tanto caería el poder adquisitivo de la moneda, se instalaría una penuria creciente y finalmente el Estado, incapaz de hacer frente a su compromiso de garantizar a los billetes que ha emitido una contrapartida en bienes, quebraría; la única manera de evitarlo sería ordenar una suspensión inmediata de los pagos, procediendo de este modo a una expropiación temporal de la ciudadanía. Desde principios del siglo XVIII, estas situaciones de pánico se han repetido en varias ocasiones tanto en Europa como en Estados Unidos[12]. Sin embargo, sólo suceden excepcionalmente y, bien pensado, tampoco es de extrañar. Porque no es nada evidente que la gente acepte que se le pague en billetes como si tuviera la certeza de que éstos siempre se podrán cambiar por valores en uso. De hecho, es tan poco evidente que un economista francés observaba perentoriamente en 1843 que «la moneda de papel nunca ha sido y nunca será posible»[13]. Y tampoco es nada evidente que, una vez superado el nivel de simple subsistencia, la gente sólo consuma una fracción de sus rentas, aplace la satisfacción de determinadas necesidades o deseos, sacrifique el placer hoy accesible a la idea del de mañana, lo que equivale a suponer no sólo que habrá un mañana, sino que también habrá una circulación monetaria y bancos, y que las sumas ahorradas conservarán su valor. Pero si el comportamiento medio de los individuos fuera el contrario, orientado no hacia el ahorro y la inversión sino hacia el consumo inmediato y ostentatorio de todo lo que no es necesario para sencillamente mantener el nivel ya alcanzado, la civilización moderna sería incapaz de funcionar a falta de empresarios, trabajadores, capitales y créditos.

Recordar estas cuantas verdades elementales sólo tiene un propósito: poner de manifiesto que las representaciones del futuro no se limitan a determinados discursos e imágenes, cuya importancia por cierto es enorme, como veremos más adelante. Porque el porvenir está literalmente inyectado en la estructura misma del presente en forma de papel moneda que, incapaz como tal, aquí y ahora, de saciar el menor apetito —salvo evidentemente el de atesorar—, permite satisfacer a cada uno pero más tarde, tras haber sido previamente intercambiado por mercancías. La historia más que bimilenaria de la monetarización de la economía es también la de una dependencia creciente del presen-

[11] Fiesta sagrada amerindia en la que una persona dona o destruye bienes de su propiedad con el fin de poner de manifiesto su riqueza y alto rango. *(N. de la T.)*

[12] Cfr. Charles P. Kindleberger, *Manias, Panics and Crashes. A History of Financial Crisis*, Nueva York, Basic Book, 1978.

[13] E. Daire, cit. en P. Harsin, *Les doctrines monétaires et financières en France du XVI^e au XVIII^e siècle*, Alcan, 1928, pág. 150, nota 3.

te con respecto al futuro: de la prolongación del intervalo entre las materias primas y los productos acabados, la producción y el consumo, la decisión de invertir y los beneficios, el trabajo realizado y el pago recibido, etc. Desde luego, en cuanto los seres humanos se pusieron a domesticar animales y a cultivar plantas, apareció un desfase entre el presente y el futuro, entre el tiempo de la siembra y el tiempo de la cosecha. A los trobriandeses no les hizo falta una moneda para poner en movimiento un circuito de intercambio de bienes simbólicos extremadamente complejo en el que la distancia entre la entrega y la contraentrega podía ser muy grande. Pero fue sólo el gran comercio tal como lo practicaron, a partir del siglo XII, las ciudades italianas, flamencas y hanseáticas, con el desarrollo concomitante del crédito y de los seguros marítimos, el que promovió el futuro a la categoría de una dimensión constitutiva. Para el conjunto de las actividades económicas, alcanzó a serlo todavía más tarde: después de la monetarización de la agricultura, el auge del sistema bancario y la implantación de la gran industria.

El paso del metal al papel, momento crítico de la historia de la moneda, significa que se produce una inversión, sustituyendo el futuro al pasado en el papel de garante de todos los compromisos contraídos. No es de sorprender que sus comienzos se hayan visto acompañados de convulsiones memorables, como el asunto de los mares del Sur en Inglaterra o, en Francia, el «sistema» de Law. Tradicionalmente, el valor de la moneda radicaba en el peso y en el tipo de metal precioso utilizado para acuñarla y que cualquier particular podía pesar y verificar, haciendo caso omiso de las prohibiciones del Estado que exigía que confiara en él a pesar de sus abusos. Siendo un hecho muy antiguo la atribución de la condición de metal precioso al oro y a la plata —cuyas razones y orígenes no procede escrutar aquí—, el valor de la moneda que con ellos se acuñaba se anclaba en un pasado remoto y prestigioso, en una costumbre naturalizada. En cambio, el papel sólo tiene poder liberatorio en la medida en que lo garantiza una entidad emisora, y esta garantía consiste en asegurar que se podrá cambiar por metales preciosos o por mercancías. Se refiere, pues, principalmente, cuando no exclusivamente, al futuro. Se apoya, no en la certeza fundada en una larga experiencia que enseña que el oro y la plata son valores seguros, sino en la confianza en la duración y la solvencia de la entidad emisora, en una apuesta por el final feliz de la historia.

Esta subordinación de una referencia al pasado, antaño privilegiada, a una referencia al futuro, sin que sin embargo se hayan roto nunca completamente los vínculos con el pasado, no se ha hecho espontáneamente, bajo la presión sólo de las «necesidades económicas» o de

no se sabe qué «progreso de la racionalidad». Para ello ha sido preciso que los poderes públicos y privados, con el Estado a la cabeza, utilizaran, durante décadas, todos los medios que tenían a su alcance. La historia de la moneda siempre ha ido indisolublemente unida a la del Estado: si éste prospera y la circulación de la moneda se unifica en su territorio, el valor de cada especie permanece estable, las hermosas monedas de oro o de plata, apreciadas lejos de sus fronteras, ilustran su potencia y sus ambiciones; si periclita, los múltiples poderes que ocupan su lugar se arrogan el privilegio de emisión, el peso de las monedas disminuye progresivamente y se deteriora la calidad de la acuñación, el oro se oculta en los tesoros. Pero a partir de la introducción del papel moneda y, sobre todo, después del verdadero atentado contra la propiedad privada que fue la abrogación, haciendo caso omiso de los compromisos adquiridos, de la convertibilidad de los billetes en oro, la dependencia de la moneda con respecto al Estado se ha hecho casi total. En el interior de cada país, el curso legal de la moneda es hoy un curso forzado, castigando la ley el rechazo de la misma. Así, aparte de las personas morales o físicas, en cada transacción en la que la moneda desempeña algún papel participa un tercer socio, invisible pero real —el Estado—, que hace posible dicha transacción. Por ello, aunque en apariencia es un puro intercambio de mercancías, presupone en realidad, la mayoría de las veces sin que sus protagonistas se percaten de ello, una violencia organizada que, en caso necesario, ejecuta la amenaza proferida contra quienquiera que se niegue a aceptar los signos del poder supremo. Es decir, contra quienquiera que se niegue a identificar al Estado con el garante último del futuro económico de la nación en su conjunto y de los individuos que la componen. O más bien: del futuro a secas.

ESTADO, NACIÓN Y TIEMPO DE LA HISTORIA

La confianza en la duración y la solvencia de la entidad emisora se deposita, pues, primero y sobre todo en el Estado, y es la prosperidad futura de éste la que es objeto de la apuesta sobre el final feliz de la historia. Extraña confianza, respaldada por la amenaza. Extraña apuesta a la que prácticamente nadie puede sustraerse. Pero sin embargo una confianza verdadera en la mayoría de los casos, y una apuesta realizada casi siempre voluntariamente, sin siquiera pensar en ello ni discurrir, y que sólo se manifiesta a través del comportamiento cotidiano. En efecto, aunque tengamos opiniones sobre el Estado en el que vivi-

mos, sobre su régimen, su política, su personal, mientras nos limitemos a expresarlas, al tiempo que nos dedicamos a nuestros asuntos y participamos en la vida pública de acuerdo con las normas que la ley prescribe, sin recurrir al terror, estamos apostando por la duración futura del Estado: por su capacidad de cumplir los compromisos adquiridos y de hacer que se respeten aquellos que se ha encargado de garantizar. No se trata únicamente de compromisos económicos en el sentido literal de este término, aunque en la actualidad éstos tienen una importancia primordial y no se puede dibujar la frontera que los pudiera separar de los demás. Se supone que el Estado debe garantizar a nuestros hijos y a nuestros nietos, como nos las ha garantizado a nosotros, las condiciones generales del ejercicio de todas las actividades individuales y colectivas que no están explícitamente prohibidas; se supone que debe proteger la vida, la salud, la propiedad y el empleo, pero también asegurarse de que se reconozca la validez de los diplomas, certificados y permisos de toda clase. Se supone, repitámoslo, principalmente a través de la rutina diaria, a través de innumerables gestos y palabras que se pronuncian sobre asuntos de lo más pedestres, gestos y palabras que habrían sido francamente absurdos sino procedieran de la expectativa de un futuro mejor que el presente, aun sin separarse excesivamente de éste; o en otras palabras, de la fe en una historia futura simultáneamente progresiva y estable, fundada en la permanencia del Estado.

Durante siglos la Iglesia ha gozado a ojos de los occidentales del privilegio de ser coextensiva al mundo en el tiempo y en el espacio, de tener no sólo un pasado y un presente, sino también un futuro requerido por la extensión universal de su misión salvadora, y de dar con ello a la historia de la humanidad un sustrato sometido únicamente a variaciones accidentales. Traducidos al uso de los laicos en el calendario, la liturgia, la arquitectura y las imágenes de todo tipo, estos atributos, que conferían a la Iglesia su dignidad de ser sobrenatural, comparable a los ángeles, le fueron disputados primero por el Imperio y luego por los Estados soberanos, para acabar siendo acaparados por las naciones tal como se constituyeron en la Europa moderna, sufriendo no obstante en el transcurso de esta translocación varios cambios significativos. Siguiendo el ejemplo de la Iglesia, pero de una manera particular y variable, adaptada a la diversidad de coyunturas, cada nación se decía portadora de una universalidad; incluso hoy lo sigue afirmando en cierta medida y, tratándose por ejemplo de los derechos del hombre y del ciudadano, es bueno que los escasos pueblos que en términos generales los respetan reafirmen obstinadamente su validez para todos. Por otra parte, cada nación se jacta de tener un largo pasado

arraigado, según algunas interpretaciones abusivas, en la más lejana prehistoria, y sobre todo un futuro del que ni siquiera se imagina que pueda llegar jamás su fin. De un futuro, no espiritual como lo era el de la Iglesia, sino corporal, inconcebible sin la existencia física de una masa humana. De un futuro que no está determinado de una vez por todas en el momento de los orígenes y que desemboca, no en la eternidad divina, sino en un tiempo infinito, abierto y vacío, que generaciones de seres humanos vendrán a llenar con sus hechos y sus gestos. Y cuyo estatus es diferente de lo que fue: el futuro de la Iglesia se subordinaba al pasado y al presente, mientras que el futuro de la nación los domina y manda sobre ellos, de modo que la historia, anteriormente escrita en los albores del tiempo y para siempre, permanece ahora constantemente en suspenso a la espera de un significado que sólo llega *a posteriori* y que es indefinidamente revocable.

El advenimiento de la nación, realidad vivida e idea reguladora del comportamiento, que se inscribe en el paisaje y en el lenguaje, marca los destinos de los individuos y transforma, unas veces enmendándolas y otras trastocándolas, todas las instituciones, y se acompaña de una mudanza del tiempo: vuelta antaño hacia el pasado, se orienta cada vez más hacia el futuro, sin que sin embargo el pasado haya perdido nunca por completo su carácter ejemplar, revivificado a través de las festividades, los monumentos y los discursos. Mudanza del tiempo significa, a partir del siglo XVII, una atención sin precedentes a la infancia: edad privada de pasado pero que ostenta el futuro y lo representa antes de que advenga; más tarde, a partir del siglo XIX, será el descubrimiento de la juventud, erigida en fase privilegiada del ciclo vital y rodeada de un verdadero culto cuyos hitos son las grandes ceremonias deportivas y al que contribuyen también la moda de la ropa y el cine. Mudanza del tiempo es el cambio concomitante de la actitud con respecto a la vejez, desposeída de la autoridad que tuvo y obligada a camuflarse tras unas apariencias juveniles so pena de verse marginada. Es también la evolución de las actitudes con respecto a la muerte, cada vez menos soportable, y —ambas cosas condicionándose mutuamente— con respecto a la familia, que, contrariamente al individuo, se perpetúa a lo largo de una serie de generaciones y adquiere por ello, cuando se hace hincapié en el futuro, un significado que no tenía antes, cuando encarnaba principalmente los vínculos con el pasado[14]. Todo ello atestigua el paso a

[14] Con respecto a todo ello, véanse los trabajos clásicos de Ph. Ariès, *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime* (1960), Seuil, 1975; *Essais sur l'histoire de la mort en Occident*, Seuil, 1975; *L'homme devant la mort*, Seuil, 1977.

una realidad prácticamente tangible de este ser de hecho invisible que es la nación, pero cuya presencia se advierte sin tener de ella una conciencia clara, como si fuera la de un cuerpo colectivo e inmortal, aunque sometido a los efectos del tiempo, y que dobla el cuerpo perecedero de cada individuo prolongando hacia delante y hacia atrás la existencia finita, concediéndole un privilegio que en la Edad Media se reservaba sólo a la persona del rey[15]. El hecho de vivir así con la certeza, casi siempre silenciosa e inconmovible, de que se forma parte de un todo a la vez corpóreo e inmortal permite a los individuos concebir un futuro en la tierra del que ellos mismos estarán ausentes pero que, a sus ojos, conserva a pesar de ello la plenitud de su sentido por que se anuncia desde ya a través de la familia y sobre todo de los niños y de los jóvenes; eso les permite también rechazar la idea de la muerte y comportarse como si ésta nunca fuera a llegar.

Los cambios inducidos por la emergencia secular de las naciones y los que provocaba la monetarización creciente de la economía eran sin duda convergentes, aunque sólo fuera por la acción del Estado: promotor, por razones fiscales, de la utilización cada vez más masiva de la moneda y, al mismo tiempo, propagador del sentimiento nacional que justificaba su política exterior y su tendencia a acaparar en el interior de las fronteras el monopolio de la violencia. Pero al encaminarse en estas dos direcciones, el Estado del Antiguo Régimen (que en algunos países ha sobrevivido hasta nuestros días) agravaba constantemente, sin que sus dirigentes se hayan dado nunca cuenta de ello, las contradicciones en las que se hallaba atrapado. Efectivamente, por un lado ensalzaba las particularidades étnicas, las tradiciones, la lengua y las costumbres de su pueblo; por otro, mantenía su participación en la Iglesia universal. Por un lado, fomentaba el desarrollo de la producción y del comercio, rodeándolos de una protección aduanera, ayudándolos, si era menester con la fuerza, a hallar salidas en el extranjero; por otro, concedía al *otium* un prestigio mucho mayor que al *negotium* y fomentaba un consumo ostentatorio en la corte y en su entorno. Por un lado, hacía un llamamiento a la comunidad de destino, que supuestamente unía a todos los hijos de la misma patria; por otro, negaba a la inmensa mayoría de éstos cualquier influencia, siquiera simbólica, en los asuntos públicos, y se mostraba como perteneciente a un grupo que a veces se otorgaba orígenes diferentes del resto y asentaba sus privilegios en el derecho de conquista. Por un lado, se proclamaba santificado por el más allá y rodeado de una protección excepcional de la Providencia, que por consiguiente tenía derecho a un culto oficial y obligatorio para todos los súbditos; por otro, sacaba provecho de diversas variantes de la ideología orientada a situar la salvación de la patria o de la nación muy por encima de la salvación eterna. En resumen, por un lado afirmaba sacar su legitimidad de su pasado, lejano, prestigioso y hasta sobrenatural, y por otro obraba, de forma absolutamente inconsciente, a favor del advenimiento de un mundo en el que sólo se reconoce como legítimo un poder que se supone capaz de preparar el futuro.

[15] Cfr. E. Kantorowicz, *The King's Two Bodies. A Study in Medieval Political Theology*, Princeton University Press, 1957.

Los intentos por resolver estas contradicciones, deshacerse de ellas o hallar compromisos viables entre tendencias opuestas son, desde el siglo XVI, por no remontarnos más allá, el origen de los principales acontecimientos que jalonan la historia político-ideológica de los países europeos. Entran en este marco y reciben de él un suplemento de inteligibilidad: la reforma religiosa en algunos de sus aspectos y, donde no ha dado frutos, una estatización marcada de la Iglesia; la asimilación por parte de determinadas categorías sociales de las normas de una ética del ahorro y del esfuerzo; las revoluciones en cascada, que han conducido a la instauración de la igualdad de los derechos cívicos, del sufragio universal, de las libertades políticas y, más tarde, también sindicales; la generalización de una psicología de la inversión productiva; la adaptación de los sistemas de impuestos a las nuevas exigencias de la economía y a la nueva jerarquía de las riquezas. Éstos son sólo algunos ejemplos de las metamorfosis al término de las cuales el Estado, dotado de nueva legitimidad y reconocido como emanando de la nación para constituir su órgano ejecutivo, se gana la confianza de las masas y se convierte en portador de sus esperanzas. Todo está dispuesto para que se erija en garante del futuro, del poder de adquisición de los billetes del banco central y también del pleno empleo, del bienestar y del crecimiento económico continuo. Para que, suplantando a la Providencia, se haga responsable del final feliz de la historia.

La religión y el pasado, la ideología y el futuro

Así, durante las últimas décadas del siglo XIX, en los países desarrollados de Europa y en Estados Unidos, y más tarde bajo otros cielos, llega a su fin el largo proceso histórico que transformó un mundo pasadista en un mundo futurista, un mundo en el que sólo se pretendía

reproducir lo que fuera, imitar respetuosamente los ejemplos que transmitía la tradición o tomados de lo que se creía que era la naturaleza, seguir una costumbre inmemorial, en un mundo en el que el mayor prestigio recae en la innovación, la invención y el descubrimiento tanto en la economía como en las ciencias y en las técnicas; en el que se prima, en las artes, las letras e incluso en las costumbres, lo original, lo inédito, lo nunca visto; donde las anticipaciones importan más que las costumbres y las expectativas, más que los recuerdos. Desde luego, por muy profunda que sea, la escisión entre ambos mundos no es absoluta: del mismo modo que la dimensión del futuro nunca ha estado ausente del antiguo, el nuevo, aun queriéndolo, no habría conseguido sencillamente largar las amarras que lo unían al pasado. A pesar de ello y hechas estas reservas, cierto es que el tiempo ha mudado y con él el centro de gravedad de los comportamientos individuales y colectivos. Contrariamente a nuestros antepasados, vivimos asomados al futuro y sólo mantenemos el equilibrio gracias al movimiento que produce su fuerza de atracción.

La transformación secular de un mundo pasadista en un mundo futurista se expresa en particular a través de la reorientación temporal de creencias fundantes del sentido: ahora la esperanza, en una medida cada vez mayor que la fe, conforma y guía la caridad. Las imágenes del infierno y del demonio, y la idea misma de las penas eternas que algunos reformadores radicales rechazaron ya en el siglo XVI, resultan cada vez más difíciles de aceptar para el común de los cristianos. En cambio, son cada vez más numerosos aquellos que sienten la necesidad de integrar el progreso infinito de la humanidad, fundamento del nuevo catecismo, en una imagen del universo completado en el sexto día de la creación; de ello resultarán desgarros, escisiones, condenas y controversias. Sólo los individuos (algunos de los cuales establecen sus Iglesias) se arriesgan sin embargo a intentar la síntesis de la tradición y de la modernidad, de una fidelidad al pasado y de una apertura hacia el futuro. Porque las ortodoxias, ya sean islámicas o judeocristianas, rechazan durante mucho tiempo revisar sus mitos, sus ritos y sus dogmas, se resisten a cualquier innovación social, política o cultural y proponen obstinadamente, a pesar de su anacronismo cada vez más flagrante, modelos procedentes del origen de los tiempos, incluso imponiéndolos donde pueden hacerlo. Para proceder a su *aggiornamento,* han esperado hasta nuestros días. Pero ni siquiera ahora han dejado de edificar sus esperanzas sobre los cimientos de la fe, de hacer proyectos a partir de las enseñanzas de la tradición. Constitutiva, si no del fenómeno religioso, sí al menos de toda religión monoteísta, la convicción

de que es el pasado el que alberga la fuente del sentido es manifiesta incluso en el caso extremo de la «teología de la revolución», para la cual la ruptura radical que el futuro ha de efectuar con el presente ha sido ordenada y santificada por mandamientos dados a los seres humanos cuando Adán labraba y Eva tejía.

A partir del siglo XVIII, la religión empieza a perder su papel de creencia fundante del sentido en provecho de una creencia de un tipo totalmente distinto, hasta entonces desconocido, que, a través de una serie de equivocaciones, recibe el nombre singularmente inapropiado de «ideología». La ideología, puro producto de un mundo futurista en gestación, que contribuye a moldear por un efecto de rebote, concede al futuro tal preeminencia con relación al pasado que incluso llega a hacer de éste tabla rasa. De ello dan fe diversas ideologías que cuentan con el crecimiento, el progreso y la revolución y que consideran cualquier cosa procedente del pasado, precisamente porque viene de allí, más o menos sospechosa, cuando no la condenan de antemano; en estos casos extremos, ello conduce a postular y a pensar en el fantasma de una ruptura radical con la historia tal como ha sido, de la que se supone que sólo ha sido o una «prehistoria» o una transformación total de la naturaleza y del ser humano, o también un salto al «reino de la libertad». Asimismo dan fe de ello, sin saberlo, las ideologías que, dándoselas de reaccionarias, se hallan situadas por ello en una posición no menos paradójica que la de las «teologías de la revolución»: aunque preconizan el regreso a un estado que se supone que habría existido en el pasado, una restauración, una restitución, una marcha atrás, no por ello están menos obligadas, por la lógica misma de su procedimiento, a privilegiar el futuro con respecto al presente, porque sólo en el futuro se podrá restablecer el pasado. Por consiguiente, están obligadas a enunciar programas de futuro como lo hacen todas estas ideologías progresistas a las que vilipendian y de las que pretenden diferenciarse tanto por su contenido como, sobre todo, por la naturaleza misma de sus discursos, pero con las que, sin embargo, son comparables hasta el punto de utilizar, en algunos casos extremos (el fascismo italiano, el nazismo), su retórica revolucionaria y sus técnicas de acción política.

Es creando el futuro como se crea o se recrea el sentido que, aunque existía en el pasado, ha sufrido un eclipse. Esta convicción, constitutiva de cualquier ideología, le confiere una orientación temporal opuesta a la de la religión y genera, entre estos dos tipos de creencia, una enemistad duradera cuya intensidad depende cada vez del grado de apego de la religión al pasado y de la voluntad de la ideología de romper con el propio presente, que siempre es, por numerosos moti-

vos, la prolongación de dicho pasado: cuando el cristianismo, en particular el católico, se enfrenta al comunismo, el conflicto alcanza cotas extremas. El catolicismo, la expresión más perfecta del sentimiento de continuidad histórica, del respeto a la tradición, de la actitud cultual con respecto al pasado sagrado, que engloba fácilmente al pasado a secas, representa la cultura europea que impregna desde hará pronto dos milenios el modelo mismo de la creencia religiosa. El comunismo que afirma orientarse hacia el futuro al que subordina el presente, que prepara la revolución de la que se espera que conducirá al ser humano a un mundo social nuevo donde la herencia del pasado perderá todo valor, que se declara capaz de cambiar la vida, encarna por el contrario de modo ejemplar la creencia ideológica. Pero, por una inversión que sólo es paradójica en apariencia, el catolicismo, cuando se vuelve integrista, funciona no sólo como una religión sino inevitablemente también como una ideología reaccionaria, mientras que el comunismo radical, al tiempo que es una ideología hiperprogresista, adquiere los rasgos de una religión mesiánica. Estas tendencias límite, que dan a los mismos problemas soluciones incompatibles y cuya demagogia suscita simultáneamente un integrismo cada vez más negro y un radicalismo cada vez más rojo, se reproducen constantemente en el seno de sus respectivas creencias, llevando su confrontación hacia una violencia destructiva. El catolicismo y el comunismo en cuanto organizaciones pueden desde luego aceptar compromisos, sobre todo cuando se ven obligados a cohabitar, si uno no consigue ni desalojar ni dominar al otro. Pero semejantes compromisos no tienen nada de histórico. Traducen una relación de fuerzas, siempre lábil, y no consiguen extinguir el conflicto destinado al parecer a durar tanto como sus protagonistas.

El presente le importa a la religión en la medida en que representa la hora de la elección que, para no sobrecargar el futuro, debe ser conforme a las normas procedentes del pasado, que cada confesión define a su manera. Y le importa a la ideología que quiere orientarlo hacia un futuro determinado, a exclusión de cualquier otro, donde cada corriente cree ser la única que presiente o incluso que conoce de este futuro que está por inventar o que hay que ayudar a que nazca, si no los detalles más ínfimos, sí sus grandes líneas. Como era de suponer, la religión aborda el presente a la luz del pasado; en cuanto a la ideología, lo aprehende desde la perspectiva del futuro. Pero hay una actitud a la que el presente le interesa en sí mismo y cuyos defensores aceptan tal como son los sucesivos avatares sin exigir que se destruyan las viejas cosas que estiman todavía viables en nombre de planes que les parecen quiméricos, y sin combatir, en nombre de principios ancestrales, los

cambios que en su opinión se han hecho inevitables. Unas veces desgarrada entre la religión y la ideología, otras capaz de reducir al mínimo inevitable la influencia de una y de otra, pero siempre impregnada de cierta nostalgia acompañada sin embargo de una prudente esperanza, esta actitud conservadora subyace en las ciencias sociales y políticas, y particularmente en la sociología. No es que no haya habido nunca reaccionarios que hayan aportado a éstas contribuciones de primer orden ni tampoco que se puedan menospreciar los descubrimientos de algunos revolucionarios o progresistas. Sencillamente, desde Hume hasta Max Weber, pasando por Tocqueville y Durkheim, la actitud conservadora muestra hacia el estudio de los fenómenos sociales y políticos, hacia las investigaciones, hacia la recopilación y la exégesis de documentos, hacia la observación, hacia el análisis de datos estadísticos, una afinidad electiva, consecuencia directa del privilegio que concede al presente a partir del cual quiere comprender el pasado y entrever los esbozos de futuros concebibles.

El ejemplo de Marx no contradice en nada esta afirmación. Porque es Hegel, conservador y lector de Montesquieu, de Smith y de Ricardo, quien le inspira su respeto por la cientificidad (y por los títulos universitarios) de esta realidad que, en una de sus frases más enigmáticas, el viejo maestro incluso proclamó racional. La polémica de Marx con Proudhon, la de Engels con Dühring y el trato infligido por ambos amigos a los socialistas «utópicos» ponen de manifiesto un desprecio a los autodidactas que no han frecuentado las escuelas de la alta sapiencia que ni el mandarín más encumbrado le reservaría a nadie. La obra entera de Marx, al igual que su sensibilidad, está moldeada por el conflicto entre su voluntad deliberada de tener en cuenta los hechos como son, sin ningún añadido externo, y su deseo de verlos justificar la creencia generosa en un futuro en el que el ser humano realizará plenamente su vocación. Nunca resuelto y efectivamente insoluble, este conflicto conduce a Marx a defender una ruptura emancipadora con el pasado y el presente, pero que —y la contradicción no es baladí— permitirá finalmente que cada proletario lea los textos de Esquilo. Entre sus seguidores, el conflicto conduce a una lucha abierta entre los conservadores, como Kautsky y sobre todo Bernstein, y los ideólogos: Rosa Luxemburgo y, sobre todo, Lenin. El hecho de que esta lucha misma se haya desarrollado en el seno de una ideología común a unos y a otros no la reduce a la insignificancia: los conservadores, «reformistas» o «revisionistas», aceptaban el presente al tiempo que se esforzaban por imprimirle la dirección deseada; los ideólogos o, si se prefiere, los «revolucionarios», lo sacrificaban alegremente en aras del futuro.

Unos arrancaban concesiones y aceptaban compromisos; otros, al menos aquellos que vivieron suficiente tiempo, acabaron organizando festivales caníbales y fertilizando con cenizas humanas el suelo encargado de ser el sustrato de las abundancias futuras.

Semejante bipolaridad y la tensión que genera caracterizan al parecer todas las ideologías que han conseguido dejar, para bien o para mal, su huella en el curso de la historia. Porque aquellas que, aquejadas de una crisis aguda de delirio, han proclamado que los hechos son estúpidos y han propuesto seriamente que se tomen los deseos por realidades, han tenido una vida efímera, reduciéndose su audiencia, tras una oleada de entusiasmo juvenil, a un puñado de iluminados enclaustrados en su aislamiento autista. Sólo sobreviven, se imponen, se encarnan en instituciones sólidas —a veces de una solidez de hormigón armado y de alambrada— las ideologías que se dicen respetuosas de los hechos —cada una de sus hechos— y cuyos padres fundadores y afiliados iniciales dan por ciertos sin la menor duda los diagnósticos y las predicciones que supuestamente se derivan de ellas. Las ideologías que amalgaman las descripciones y los imperativos, una actitud conservadora y una actitud revolucionaria, la «ciencia» y la «utopía». Que se muestran capaces de justificar los deseos refiriéndose a las experiencias vividas, de engarzar visiones del futuro en imágenes convincentes del presente, de hacer que lo deseable parezca accesible, lo atractivo probable o incluso cierto.

La crisis del futuro se manifiesta hoy en día en particular a través de la imposibilidad en la que se hallan las ideologías de preservar su doble rostro de una manera que acabe con el consentimiento, las previsiones o las simulaciones más o menos sofisticadas que invocan, proponiéndonos únicamente guiones de los cuales ninguno es particularmente estimulante. El poder de las ideologías desde luego no ha muerto y los entierros a los que a veces ya se ha invitado al público han tenido que ser suspendidos a falta de difunto. Pero ahora saca gran parte de su fuerza de la rutina, a veces incluso del miedo, al tiempo que cede un poco por doquier terreno a la religión, que vuelve a ser ofensiva, como si, mediante una vuelta al pasado, se tratara de calmar la angustia que suscita el futuro.

Esto no es de sorprender: todas las instituciones a las que aquí hemos pasado revista, por el hecho de que encarnan en un grado más inminente que otras la orientación futurista del mundo en el que vivimos, están al parecer sufriendo graves conmociones mientras que los remedios que supuestamente podrían curarlas han resultado hasta la fecha ineficaces. La inflación erosiona el poder de adquisición de la moneda e introduce una incertidumbre en las relaciones entre empleadores y asalariados, en los mecanismos del crédito y de los intercambios internacionales. También la inflación, aunque una de otro tipo, reduce el valor de los diplomas de enseñanza superior, lo que cuestiona el sistema educativo en su totalidad, arruinando cierta adecuación de las competencias adquiridas a las realizaciones alcanzadas. El paro alcanza magnitudes cada vez más trágicas; por supuesto existen países en los que no hay paro, pero al precio de la penuria y de la opresión. La gestión de los organismos de seguridad social y de jubilación plantea problemas extremadamente difíciles y que corren el riesgo de agravarse debido al envejecimiento de las sociedades. Todos estos hechos, observados miles de veces pero cuya vinculación profunda no se subraya lo suficiente, conducen a ver en la crisis actual mucho más que una perturbación del funcionamiento de la economía. Porque, allí donde golpea, y golpea por doquier, afecta en primer lugar al Estado en su papel de garante del futuro.

Ni chamán ni profeta, simple lector del presente que trata, consciente de los riesgos que esto conlleva, de pensar en público para poner en orden sus propias ideas, no tengo ningún remedio que proponer. Sólo creo que hay que rechazar las dos tendencias extremas, pasadista y futurista. La primera porque la mudanza del tiempo se inscribe en los hechos y que estamos condenados, sea como fuere, a vivir asomados al futuro. La segunda, porque una de las razones de la crisis en su dimensión política radica al parecer en unas rupturas excesivas con el pasado y en los desequilibrios que éstas generan.

Queda por inventar una vía intermedia. Tal vez incluso ya se ha inventando en algún lugar, sin saberlo y sin que sepamos reconocerla.

Capítulo VII

De la historia, parte de la memoria, a la memoria, objeto de historia

Da la sensación de que, no sólo en Francia sino un poco por toda Europa, el interés por la memoria colectiva, sobre todo por las memorias nacionales, regionales o comunitarias, es desde hace una veintena de años mayor que nunca. Varios signos convergentes lo ponen de manifiesto:

— La importancia que se concede a los problemas del patrimonio cultural, incluidos sus estratos más recientes.
— La multiplicación del número de museos, en particular de museos de identidad local, de historia, de la vida diaria, del trabajo, con una multiplicación paralela del número de monumentos protegidos y su diversificación temática y cronológica, que es consecuencia de la atribución de esta cualidad a vestigios de la agricultura, de la industria y del hábitat del siglo XIX y de la primera mitad del XX.
— Las controversias de los historiadores que apasionan al público en general y por lo tanto a los medios de comunicación, en torno a episodios particularmente dolorosos del pasado reciente, como el Tercer Reich y su lugar en la historia alemana (objeto del *Historikerstreit),* el fascismo en la historia italiana, Vichy y su política judía en lo referente a Francia, los crímenes japoneses en China y en Corea, los regímenes comunistas en Rusia y en los países que formaban parte del bloque soviético.

— La moda de los libros dedicados a un inventario crítico de los contenidos de las memorias nacionales que empiezan a constituir en la producción histórica un género propio, ilustrado en Francia por los *Lieux de mémoire* de Pierre Nora y sus colaboradores, pero del que se pueden citar ejemplos en muchos otros países.

Todo ello es fruto en gran medida del alejamiento de la Segunda Guerra Mundial y de los años posteriores a la misma. Los principales actores de estos acontecimientos abandonaron la escena política como muy tarde en la década de 1970. Entre aquellos que los vivieron como adultos, incluso los más jóvenes han entrado a lo largo de la década siguiente en una edad en la que la jubilación de la vida activa conduce a menudo a recopilar sus recuerdos. E incluso aquellos que en la época de la guerra eran niños tienen ya en la actualidad sesenta años de edad o más. Las experiencias, a veces atroces, vividas a lo largo de los años 1930 y durante la guerra, durante mucho tiempo confinadas al recinto de las memorias privadas, porque su rememoración pública estaba bloqueada por poderosas instituciones —Estados, partidos políticos— o sencillamente porque no suscitaban interés, han empezado en esta nueva coyuntura demográfica y psicológica a ser el tema de libros, películas, exposiciones, programas de televisión y debates.

Esto es particularmente cierto en el caso de la experiencia de los judíos, supervivientes de la exterminación que llevaron a cabo los nazis y sus acólitos, pero otras categorías de la población, diferentes según los países, también cargaban con un terrible fardo de recuerdos que imperativamente había que sustraer del silencio —y del olvido que empezaba a corroerlos. Tras un largo período en el que la palabra fue monopolizada —o casi— por los vencedores, han empezado a alzarse las voces de las víctimas. Hoy se han hecho tan fuertes que la propia división entre vencedores y vencidos de la Segunda Guerra Mundial parece por momentos menos importante que la que opone a las víctimas de todo tipo con los responsables directos de sus desgracias, como si las solidaridades ideológicas tuvieran en adelante que dejar paso a la conmiseración y sólo a ella.

Otros hechos han reforzado y amplificado este retorno natural al pasado. El final de las grandes transformaciones económicas, sociales, morales y de las mentalidades que han afectado a todos los países occidentales entre principios de la década de 1950 y mediados o finales de la de 1970, según los casos, y cuya rapidez y profundidad han incidido en la vida familiar y en las relaciones entre generaciones, y por consiguiente en la transmisión de la memoria, ha inducido a restablecer la continuidad, a recordar el mundo desaparecido, a preservar y a dar a conocer sus vestigios memoriales y materiales. Paralelamente, el final de la guerra fría, que supuso revelar secretos hasta entonces guardados en nombre de la seguridad del Estado, ha liberado, aunque sólo sea por este mismo motivo, un gran número de recuerdos de los protagonistas o de los testigos de los acontecimientos. Y los avances de la unificación europea han contribuido a desplazar las manifestaciones del sentimiento nacional hacia el deporte, por un lado, y las conmemoraciones, por otro.

En los países de Europa central y oriental, la caída de los regímenes comunistas, impuestos después de la guerra por la Unión Soviética y mantenidos mediante la presencia de su ejército o la amenaza de su intervención, ha sido entre otras cosas una liberación de la memoria. Efectivamente, en cada uno de ellos se habían censurado, o incluso borrado, secciones enteras de la memoria nacional, unas veces porque eran de tipo religioso, otras porque mostraban los crímenes o las infamias de Rusia o de la URSS, y otras veces porque se referían a individuos o a fuerzas políticas anticomunistas, antiprogresistas, nacionalistas, feudales, burguesas, judías... En cada país, la memoria oficial estaba en conflicto más o menos violento con una memoria que, en el mejor de los casos, se transmitía únicamente de boca a boca, en las familias, y sólo tenía existencia pública a través de la emigración o el *samizdat*[16], cuando existía. La abolición de la censura, el restablecimiento de los contactos con los emigrantes, el retorno de hombres exiliados y de obras prohibidas durante décadas: todos estos efectos directos de la caída de los regímenes comunistas han provocado una ascensión de las memorias reprimidas y han conferido una nueva virulencia a conflictos de las memorias que, para algunos, parecían estar resueltos desde hacía tiempo.

El interés por la memoria colectiva a lo largo de los últimos veinte años traduce de este modo en todos los países europeos, e incluso fuera de Europa, en particular al parecer en Japón, la salida de la era de los totalitarismos que empezó en 1914, y de la guerra fría que duraba desde 1945. Salida cuyo primer acto fue la victoria sobre la Alemania nazi y sus aliados; cuyo segundo acto presenció la muerte de las dictaduras de Franco y de Salazar, así como la pérdida del aura moral e intelectual que rodeaba, sobre todo en Francia y en Italia, a la Unión Soviética y

[16] Palabra rusa que designa la difusión clandestina en la URSS de las obras prohibidas por la censura o las propias obras difundidas de esta manera. *(N. de la T.)*

a los partidos comunistas nacionales; y cuyo tercer acto borró entre 1989 y 1991 el «socialismo real» del mapa de Europa, promoviendo la transición de la mayoría de los países a los que se le había impuesto a la democracia y a la economía de mercado. Esto también ha tenido grandes repercusiones en Occidente, donde secciones enteras de la memoria condenadas al silencio en nombre de las exigencias de la guerra fría, de los vínculos de los antiguos combatientes y de las adhesiones partidistas por fin han podido acceder a la palabra.

Por muy importante que haya sido, la acción de todos los factores coyunturales —demográficos, sociales, políticos, psicológicos— probablemente no habría bastado por sí sola para conferir a los problemas de la memoria colectiva su actual centralidad, si no se hubiera conjugado con una serie de invenciones técnicas que, en el espacio de un siglo, literalmente han revolucionado tanto la memoria colectiva misma como los usos que podemos hacer de ella; todo induce a creer que seguirán produciendo efectos durante mucho tiempo. Estas palabras sólo podrán justificarse al término de nuestros análisis. Baste decir aquí que la aparición, seguida de su uso generalizado, de los medios de grabación de imágenes fijas primero, de sonidos después y finalmente de imágenes móviles, ha superpuesto una nueva memoria a la que transmiten los escritos. Y que la aparición y la propagación del ordenador personal, capaz de tratar tanto estos últimos como imágenes y sonidos de todo tipo, va a modificar la relación entre la inteligencia y la memoria de una manera por lo menos tan radical como la modificaron en otros tiempos la invención y la propagación de la imprenta, y mucho antes, la invención y la propagación de la escritura. Las invenciones técnicas recientes marcan, pues, una época. En los avatares milenarios de la pareja compuesta por la memoria y la historia, son, sin embargo, únicamente un episodio, el último en cuanto a fecha y por este motivo particularmente importante, pero que hay que comparar con aquellos que lo han precedido si se quieren discernir sus rasgos originales.

Esto es lo que explica la orientación general de este ensayo, que se puede presentar en pocas palabras: las relaciones entre la memoria y la historia se abordarán aquí desde una perspectiva histórica. Esto significa que tanto la memoria como la historia serán tratadas, no como abstracciones o «ideas», sino como fenómenos semiofísicos: sistemas de signos grabados sobre soportes materiales, ya sean éstos neuronas cerebrales o piedras, metales, cerámicas, papiros, pergaminos, hojas de palma o corteza, papeles, tejidos, semiconductores o cualquier otra cosa que los seres humanos hayan utilizado a estos efectos. A semejantes

objetos de dos caras, que aúnan una dimensión semiótica y una dimensión material, les daremos el nombre de semióforos.

Obviamente, no nos corresponde estudiar la dimensión material de la memoria y de la historia, ni las maneras en que los signos están inscritos, en estos dos casos, en sus soportes respectivos. Sin embargo es imposible pasar por alto las cuestiones referentes a la transmisión de la memoria, por un lado, y de la historia, por otro, porque es particularmente en este aspecto en el que difieren y en el que cambian a lo largo del tiempo. Es incluso imposible, una vez reconocido que nos hallamos ante semióforos, no tener en cuenta su circulación, porque toda memoria, del mismo modo que toda historia, abarca un territorio limitado por el que los seres humanos y los objetos que la portan se desplazan, y cuyas fronteras se mueven también con el tiempo. Queda un último punto, implícito en lo que acabamos de decir: tanto la memoria como la historia y, con ellas, las relaciones que las acercan y las oponen, son, no constantes, sino variables; su estado presente, constituido en su especificidad a lo largo de un tiempo prolongado, sólo se hace inteligible cuando se integra en un proceso multisecular del que constituye un resultado provisional.

Tomado al pie de la letra, semejante programa no puede llevarse a cabo en el marco de un artículo; exige además un estudio de los objetos, de las culturas y de las épocas que quedan fuera de las competencias del autor. Por consiguiente, nos limitaremos a Europa y nos contentaremos con señalar los principales hitos del camino que ha conducido desde una situación inicial en la que la memoria colectiva está organizada en torno a las relaciones entre este mundo y el más allá, y en la que la historia no existe, hasta la situación tal como la conocemos hoy, en la que la memoria colectiva —y, en el centro de ésta, las relaciones entre el pasado, el presente y el futuro— se ha convertido en objeto de historia por sí misma.

Preliminares: memoria, percepción, lenguaje

Toda memoria humana —aquí no nos interesan ni los animales ni los ordenadores— es la memoria de alguien: de una persona determinada dotada de un sentimiento de su singularidad y de su unicidad, que se manifiestan entre otras cosas a través de un nombre propio y de la frontera entre dicha persona y el exterior. Para cada persona, la memoria que la habita constituye una especie de doble invisible, su Yo al que tiene tendencia a conferir una realidad al menos tan grande como

a su cuerpo tal como se deja captar por su propriocepción y por la mirada. Lo que equivale a que una persona no puede ser privada de su memoria sin serlo al mismo tiempo de su identidad: del sentimiento de seguir siendo la misma frente a los cambios de su envoltorio visible y del mundo circundante, con el lugar que ocupa y el papel que desempeña en el mismo, y eventualmente también del sentimiento de seguir siendo la misma a través de las evoluciones de la imagen que tiene de sí misma. Del sentimiento que acompaña, en general de forma tácita, a cada impresión, a cada operación y a cada acto de una persona, y los refiere a lo que ésta cree que es su núcleo invariable, en la medida en que pertenece en exclusiva a este último. Que lo convierte en emanaciones de su Yo y que preserva de este modo la unidad de éste en la sucesión intrínsecamente diferenciada de vivencias. Sin memoria, una persona deja de reconocerse, se dispersa y por ello mismo deja de existir. En este sentido, toda persona es una memoria, aunque no es sólo eso.

Ya se trate de un conjunto de recuerdos que podemos rememorar a voluntad o de las huellas registradas y guardadas sin que lo sepamos, la memoria humana siempre es tributaria de las experiencias vividas: principalmente de la percepción sensorial externa o interna pero también de la imaginación —de los sueños, de las ilusiones y de las alucinaciones. Los datos de ésta constituyen una sucesión de acontecimientos discontinuos. En cuanto a aquélla, privilegia espontáneamente la forma con respecto al fondo, la ruptura con respecto a un flujo uniforme, la aparición o la desaparición con respecto a una presencia constante e invariable, lo singular con respecto a lo regular y, por lo general, todo lo que es sorprendente, espectacular, extraordinario, extravagante o excepcional y, por ello, capaz de llamar la atención y de retenerla. La memoria humana, por su naturaleza, se limita a los acontecimientos: retiene prioritariamente lo que irrumpe en la monotonía habitual, se aparta de la rutina, rompe la continuidad, sorprende, extraña. Es además cualitativa porque las cantidades quedan fuera del alcance de la percepción. Capaz de captar el número de objetos —aunque sólo lo capta hasta determinado umbral, por cierto bastante bajo—, la percepción no cuenta con ningún mecanismo que le permita medir nada. Eso sólo puede hacerse utilizando instrumentos construidos para este fin. La memoria sólo retiene los datos cuantitativos cuando dichos instrumentos se los proporcionan.

Aunque depende de la percepción, la memoria humana siempre es selectiva. Porque la percepción nunca es una simple grabación. Es fruto de una interacción del aparato sensorial propio exclusivamente del individuo que percibe —pero inseparable de un filtro conceptual y afectivo conformado en parte por su entorno social— y del mundo que percibe y que siempre tiene una determinada estructura. No se puede separar del pensamiento, de las creencias, ni de las actitudes interiorizadas por el individuo en el transcurso de su socialización hasta el punto de integrarse en su propia identidad. Por ello, en el interior de un marco social determinado, cada individuo percibe a su manera: por lo general realiza, sin ser consciente de ello, una selección entre los elementos del mundo circundante en función de sus necesidades, de sus preocupaciones, de su curiosidad y también en función de las propiedades de estos elementos, algunos de los cuales se imponen con mayor fuerza que otros.

La memoria es también selectiva porque, en el conjunto de datos de la imaginación y de la percepción, cada individuo realiza una nueva selección y sólo retiene una parte de los mismos. Dicho de otra manera, tanto la percepción como la memoria confieren implícitamente a cada elemento del mundo circundante un valor según su importancia para el individuo que percibe y memoriza. De este modo, proyectan sobre el mundo circundante una jerarquía de valores de la que este individuo es al mismo tiempo el centro y el fin. La percepción, tal y como se ejerce espontáneamente, no distingue los hechos de los valores, las constataciones de las apreciaciones, los juicios de existencia de los juicios de pertinencia, dependiendo del individuo que percibe. Esto rige todavía más para la memoria. En este sentido, toda memoria humana no es sólo selectiva; es además necesariamente egocéntrica. Lo organiza todo en torno al Yo del que es memoria; cualesquiera que sean los artificios retóricos que suele utilizar, habla siempre en primera persona.

Tributaria de las experiencias vividas, la memoria lo es también del lenguaje habitual, de su léxico y de su sintaxis. En efecto, el lenguaje proporciona a cada individuo los medios para exteriorizar su memoria en forma de narración en voz alta, haciéndola de este modo accesible a otros individuos. Con ello, proporciona también los medios para objetivar los contenidos de la memoria, porque le permite oír cómo se los cuenta a otras personas y oírlos contados por otras personas. Por último, proporciona a cada individuo los medios para dominar su memoria, para someterla, dentro de unos límites, a una inspección, para cultivarla y finalmente perfeccionarla utilizando técnicas que permiten controlar y reforzar la capacidad de retener lo que contiene. Por una parte, estableciendo entre los recuerdos relaciones en el marco de un relato construido de manera que se pueda rememorar más fácilmente gracias a la utilización de rimas, aliteraciones o fórmulas. Por otra par-

te, refiriendo los recuerdos de personas o de acontecimientos a objetos que supuestamente guardaron relación con ellos, que adquieren así la condición de reliquias capaces de suscitar una nueva actualización, o a lugares en los que supuestamente se produjeron los episodios dignos de ser memorizados, quedando por ello estos lugares distinguidos a menudo mediante marcas visibles.

El lenguaje moldea además la memoria en su contenido mismo, porque informa y orienta la percepción e influye en la retención de sus datos, al tiempo que codetermina el orden establecido entre ellas y proporciona por su parte datos que también son retenidos. De este modo, hace que entren en cada memoria individual informaciones sobre lo que nunca ha sido percibido por el portador de ésta e incluso en lo que nunca podría haberlo sido. Permite en particular a un individuo recopilar los relatos de sus antepasados, reales o supuestos, lo mismo da, y guardarlos en la memoria, desplazando de esta manera su frontera para que abarque un pasado lejano anterior al nacimiento del propio individuo, a través de su identificación con quienes vivieron antes que él: una asimilación de lo que éstos le han referido a lo que ha percibido personalmente, una asunción de los recuerdos procedentes de las selecciones que han realizado, impregnados de su egocentrismo, con su perspectiva y su jerarquía de valores.

Centrada en los acontecimientos, cualitativa, selectiva, apreciativa, egocéntrica, toda memoria humana es irremediablemente parcial y no imparcial. Eso no le impide ser autosuficiente. Mientras permanezcamos en el ámbito de la memoria, un auditor que no tiene ningún recuerdo personal de lo que le están contando sólo puede aceptar la palabra de un locutor que afirma estar contándole lo que ha percibido. Porque la memoria no administra pruebas. Es su propia prueba. «Recuerdo que ocurrió así» es un argumento convincente cuando se trata de hacer que se admita que fue así realmente; mientras no se refuten ni la buena fe de quien lo dice ni el funcionamiento de sus órganos sensoriales y de sus facultades mentales, no hay ninguna razón para no admitir que su testimonio es conforme a lo que ocurrió, es decir, es semejante (con variaciones insignificantes) al que habría podido emitir cualquier otro espectador normal y de buena fe que se encontrara en las mismas circunstancias. Siempre y cuando el relato que se hace sea intrínsecamente plausible, que no comporte nada contrario a las ideas del auditor sobre la imposibilidad de tales o cuales otros fenómenos. Una vez satisfechas estas condiciones, no hay ninguna razón para no dar crédito a un relato de la memoria, para no reconocer la autoridad de su autor tratándose de lo que pretende haber visto, oído o sentido, y de lo que uno mismo no tiene ni la menor idea ni medio alguno de hacerse una idea al respecto.

Desde luego, la memoria trata de alegar pruebas: por un lado, objetos materiales que son supuestamente reliquias; por otro, lugares en los que se afirma que se han producido los acontecimientos que evoca. Pero, de hecho, estas pruebas no demuestran nada. Porque, en un mundo sin escritura, la condición de reliquia o de lugar memorable depende enteramente de la propia memoria que ha establecido un vínculo entre un determinado objeto material y una determinada persona o entre un determinado lugar y un determinado acontecimiento. Los objetos y los lugares sólo tienen por lo tanto valor de prueba para quien reconoce previamente la veracidad del testimonio que éstos están destinados a confirmar. ¿Qué hacer entonces en el caso de un conflicto de memorias? ¿Cómo zanjarlo? Si un individuo conserva de algo un recuerdo diferente del que conservan varios otros individuos, o incluso incompatible con este último, cabe admitir que recuerda mal lo que ha visto u oído. Además, él mismo suele tener dificultades para contrastar sus recuerdos con los testimonios unánimes de otras personas que los contradicen. En el conflicto de las memorias, la pluralidad de voces es un argumento válido, mientras éstas sean independientes una de otra. Por ello se le daba mucha importancia cuando se trataba de establecer qué costumbres estaban vigentes en un territorio determinado: se preguntaba a los ancianos y se seguía la opinión mayoritaria. Sin embargo, cuando una memoria se opone a otra sin que se pueda recurrir a una votación, el conflicto se vuelve insoluble a menos que se conceda a una de las memorias una superioridad sobre la otra en virtud de las cualidades personales o, más frecuentemente, de la posición social de uno de los protagonistas del conflicto, o que se reconozca la existencia de una tercera memoria superior a las dos partes implicadas, o también que se admita que existe una instancia que dispone de medios distintos de la memoria para adquirir un conocimiento sobre el pasado en litigio.

La memoria colectiva, el pasado lejano y el más allá

Hasta ahora hemos supuesto tácitamente que la memoria humana siempre es la de los individuos. Todo el mundo sabe que eso no es cierto. Es preciso dar un sentido al concepto de memoria colectiva sin hipostasiar a la colectividad, erigiéndola en una especie de superindivi-

duo. Para ello, basta admitir que una asociación de individuos que abarca varias generaciones y constituye un grupo, una persona moral, un Yo colectivo con nombre propio y una frontera que lo separa del exterior —expresiones del sentimiento de unicidad y de singularidad del grupo compartido por sus miembros— sólo puede dotarse de memoria de una única manera: encargando a individuos elegidos en su seno, no viene al caso ahora a quién y cómo, la tarea de conservar los recuerdos referentes a todos los miembros del grupo o, al menos, aquellos que lo representan a los ojos de estos últimos y del exterior.

Los individuos encargados de conservar los recuerdos del grupo deben no sólo trabajar para tenerlos presentes en sus memorias; también deben transmitir estos recuerdos de generación en generación, conservar los objetos materiales que se estiman procedentes del pasado y cuya apariencia supuestamente confirma los relatos que tratan de ellos, saber reconocer los lugares en los que supuestamente se han producido los acontecimientos importantes y hacer que periódicamente todos los miembros del grupo participen en ceremonias en el transcurso de las cuales se hacen, o vuelven a hacerse, ellos también portadores de la memoria de éste.

Esto equivale a decir que la memoria colectiva siempre la preservan individuos, en general especializados en este tipo de actividad y en los que el resto del grupo confía, al tiempo que se proyecta sobre objetos materiales y lugares, y se reactualiza a través de ritos y de festividades en las que participan todos. Pero incluso estas proyecciones y estas reactualizaciones dependen de los encargados de los recuerdos del grupo. A falta de escritura, la memoria colectiva sólo existe en y por las memorias individuales. Mientras sea así, la transmisión de la memoria colectiva de una generación a la siguiente consistirá en una iniciación: en un aprendizaje —durante las relaciones habituales entre los ancianos y los jóvenes, que siempre implican el cuerpo y la voz— de las palabras y de los gestos que cada miembro del grupo debe apropiarse mental y corporalmente, de los que éste debe impregnarse hasta el punto de poder, en determinadas circunstancias, identificarse plenamente con una figura que supuestamente vivió en el pasado. Sin embargo, precisamente porque éste intermitentemente hace cuerpo con ella y por tanto está investido del mismo espíritu, dicha figura pertenece para él, no a un pasado irremediablemente pretérito y del que lo separa un gran intervalo de tiempo, sino a un presente diferente en su manera de ser del que él mismo habita. En un presente que existe más allá del presente ordinario, en alguna parte al lado, encima, debajo o dentro de este último, un presente invisible susceptible sin embargo, bajo determinadas condiciones, de ser objeto de una experiencia vivida como suprasensorial.

Alucinaciones, visiones, voces y otros estados de exaltación inducidos por la música, las danzas, el consumo de determinadas sustancias o de bebidas alcohólicas, contrastan radicalmente con la percepción ordinaria debido a sus objetos, inaccesibles a ésta, a las circunstancias en que se producen, a su rareza y su intensidad. Preparados para las iniciaciones, enmarcados y orientados por las liturgias a las que pertenecen, estos acontecimientos excepcionales responden entre los participantes a la expectativa de algo maravilloso y que supuestamente lleva la marca de su origen exterior a este mundo. Por ello se viven como superaciones de la frontera entre lo visible y lo invisible, que permiten una percepción directa de los seres y de las cosas ubicadas en este último, mediante órganos que no son del cuerpo sino de su doble que existe en él mismo más allá de esta frontera. El pasado lejano del grupo se muestra así como cortado del pasado ordinario y cualitativamente diferente de este último, como invisible e inamovible, siempre presente pero accesible únicamente mediante vías excepcionales y en circunstancias que lo son en igual medida. Es decir, que se presenta como si estuviera fuera del tiempo, como si formara parte de un ámbito ajeno a los cambios irreversibles, a la decrepitud, a la muerte. Siendo así, la memoria colectiva no tiene ninguna autonomía. Queda imbricada en el conjunto de representaciones que se refieren al más allá. Por ello adquiere inevitablemente la forma de una creencia orientada hacia éste: de una religión.

Las imágenes ejercen una segunda objetivación de la memoria colectiva después de la del lenguaje. Dan a determinados contenidos de ésta una existencia independiente de la de los individuos a los que se imponen desde el exterior con una fuerza casi sobrenatural. Así ocurre sobre todo cuando son reveladas ante sus ojos en el marco de una liturgia. Pero algo semejante ocurre para los autores mismos, siempre y cuando se vivan como simples instrumentos al servicio de un poder creador invisible. Las imágenes ofrecen de este modo un vínculo entre el más allá y este mundo; son una proyección del segundo sobre el primero, a imagen de los fenómenos raros, excepcionales, extraordinarios y espectaculares. Como además las imágenes duran y pasan de generación en generación, aunque sus significados originales se borren con el tiempo y sean sustituidos por otros, sirven de apoyo a los relatos de la memoria transmitidos por los individuos. Y como crean una realidad

visible distinta de la que se percibe habitualmente pero que sin embargo representa aquellos caracteres suyos que se consideran esenciales, hacen posibles las operaciones sobre los signos que supuestamente deben producir efectos en el mundo circundante. Por todos estos motivos, las imágenes añaden a las reliquias y a los lugares una tercera especie de objetos inseparables de la memoria colectiva que, sin embargo, a diferencia de los dos primeros, se compone de objetos capaces aparentemente de hablar por sí mismos y de no necesitar un comentario oral.

Sólo con la invención de la escritura —signos que permiten hacer visibles las unidades del lenguaje y de los soportes sobre los que se trazan— es posible objetivar todos los contenidos de la memoria colectiva. Y sólo entonces es posible producir objetos que hablan efectivamente por sí mismos. La memoria colectiva no depende por ello menos de la transmisión oral, en parte variable según los casos pero en general importante. Porque lo que las imágenes representan sigue siendo de hecho incomprensible sin un envoltorio verbal que relacione las figuras y las escenas con relatos y creencias. Por otra parte, cada escrito está necesariamente incompleto: es imposible anotar siempre todo y hay cosas que no se pueden describir; sólo se las puede nombrar pero, para referir los nombres a las propias cosas, hay que poder mostrar lo que denotan. Además, un texto sólo representa para un grupo su memoria virtual; para que ésta se actualice, dicho texto debe ser leído y comprendido por alguien, porque sólo entonces el pasado del que habla se convierte en objeto de una rememoración. Por este motivo, al parecer, incluso en las sociedades que ya conocían la escritura, durante siglos después de la invención de ésta se prohibió poner por escrito los relatos del más allá, así como del pasado más remoto: en la época de los orígenes del mundo, cuando los dioses y los héroes hacen emerger los seres y las cosas de lo invisible a lo visible, o de los orígenes de la ciudad, de sus creencias, sus ritos, sus costumbres. Dichos relatos utilizan efectivamente un lenguaje adecuado a la condición de los dioses y de los héroes, radicalmente diferente del lenguaje del común de los mortales, lenguaje de la poesía. Pero ésta sólo produce todo su efecto cuando quien ve lo invisible la transmite oralmente, en circunstancias solemnes y ante un público digno de oírla. Es decir: en el marco de una liturgia.

En cualquier caso, ya desde la invención de las imágenes y, con más motivo, tras la invención de la escritura, la memoria colectiva deja de existir únicamente en y por las memorias individuales. También existe, y ello en un grado creciente, en las imágenes y los textos que, con el paso del tiempo, pierden, unas y otros, su inteligibilidad inmediata y suscitan la producción de textos destinados a que se entiendan los significados de imágenes antiguas y de textos procedentes de un pasado separado del presente por varias generaciones. La duplicación de los medios de transmisión de la memoria colectiva, su triplicación incluso, si contamos aparte las imágenes y los escritos, crea de este modo las condiciones en las cuales esta transmisión poco a poco deja de reducirse a un aprendizaje de las palabras y de los gestos que cualquier individuo, miembro del grupo, debe interiorizar hasta el punto de poder convertirse, en las circunstancias idóneas, en una reencarnación de los personajes del pasado, que son para él los habitantes del más allá. Porque, tras el paso de los siglos, consiste también en algunas sociedades en la adquisición de un dominio de la escritura y de la lengua de los textos escritos antaño, a menudo distintas de la escritura habitual y de la lengua hablada, lo que puede inducir a perder la conciencia de que un largo intervalo de tiempo separa el presente del momento en que fueron redactados y contribuir a un cuestionamiento de la identificación del pasado remoto con el más allá y, por lo tanto, a su inserción en el tiempo, o más exactamente: en un tiempo diferente del tiempo de los orígenes, aunque sea una prolongación de éste. En la medida en que conduce a una acumulación de los escritos con el paso del tiempo, la invención de la escritura abre así la posibilidad de disociar el pasado del más allá y, por consiguiente, de disociar la rememoración de éste de la experiencia suprasensorial que supuestamente permite acceder a él.

El pasado más remoto, el tiempo de los orígenes, permanece ligado al más allá no sólo por los personajes y los acontecimientos que lo habitan, sino también, como hemos observado, por la manera en que se habla de él y por su inserción en liturgias que se desarrollan durante ceremonias y festividades a lo largo de las cuales el pasado remoto se vuelve a actualizar periódicamente, mientras que el más allá vuelve a convertirse momentáneamente en objeto de experiencia, lo que contribuye a destemporalizar, por así decirlo, dicho tiempo, integrándolo en el segundo. En la continuidad de este pasado más antiguo aparece sin embargo otro pasado, también muy lejano, desde luego, pero más próximo que el tiempo de los orígenes y cuyos recuerdos preservan tanto la memoria de los individuos como las imágenes y sobre todo los escritos. De este modo se dibuja una fisura entre el pasado y el más allá y, paralelamente, entre la memoria colectiva y la creencia religiosa. Se trata de un primer paso hacia una autonomización de aquélla con respecto a ésta.

La disociación del pasado remoto y del tiempo de los orígenes halla su expresión en la aparición de las listas reales: enumeraciones de nombres de príncipes según el orden que se estima es aquel en el que se sucedieron, con, a veces, indicaciones sobre las genealogías; comienzan a menudo por los nombres de los dioses y de los personajes heroicos que, por su condición de fundadores de las dinastías, aseguran el anclaje del pasado lejano en el más allá. Halla también su expresión en la aparición de los sistemas cronológicos que, al permitir determinar el número de años entre cada acontecimiento y un acontecimiento de referencia, casi siempre situado también en el punto de unión entre el pasado lejano y el más allá, ordenan los acontecimientos según su menor o mayor proximidad a este último. A continuación aparecen los anales: registros de los acontecimientos que los escribas que los redactan han elegido entre el conjunto de aquello que han visto u oído, porque los consideraban incursiones del más allá en los asuntos de este mundo y por ello les parecían importantes, hasta el punto de ser dignos de dejar una huella duradera.

Estos acontecimientos se registran año tras año, en el orden en que se han producido cuando se trata de aquellos de los que el escriba ha sido testigo ocular, y en el orden en que las noticias referentes a ellos le llegan al escriba cuando se trata de aquellos que se han producido lejos. De esa manera se incorpora una adaptación a la forma misma de los anales, siempre y cuando el escriba no olvide anotar el paso de un año a otro o que no considere que el mes y el día de la semana son más importantes que el año. Pero aun cuando la datación sea deficiente, queda un orden de sucesión que permite situar unos acontecimientos con respecto a otros. Este orden no puede modificarse en los anales originales cuando están escritos sobre arcilla o grabados sobre piedra, y su cambio deja huellas en el papiro o en el pergamino.

A diferencia de los relatos sobre el más allá y el tiempo de los orígenes, indisociables de la oralidad y de la gestualidad, y a diferencia, en particular, de la poesía épica que escenifica a los dioses y a los héroes, los anales son un efecto de la escritura —efecto necesario a juzgar por el hecho de que se cree aparecieron en todas las civilizaciones que la inventaron. Ni siquiera podrían haber sido concebidos si los escribas profesionales, que aspiraban a dotarse de una memoria específica de modo que en adelante ésta dependiera no de las capacidades de los individuos para retener los recuerdos de los acontecimientos sino de su capacidad para leer y escribir, no hubieran dominado la escritura. La aparición junto a la transmisión oral de la memoria colectiva de la transmisión escrita cambia, pues, la naturaleza de las competencias que se requieren por parte de los encargados de los recuerdos del grupo y su propia identidad social. Junto a aquellos que se dedican exclusivamente a los relatos orales y a las ceremonias destinadas a volver a actualizar la presencia del más allá, se forman los equipos de quienes gestionan los escritos que se encargan del pasado lejano. Estos últimos conservan por supuesto vínculos con la liturgia, igual que el pasado remoto conserva vínculos con el más allá, pero su prestigio y sus privilegios radican principalmente en el dominio de la escritura, lo que los sitúa en una posición de competencia con los maestros de la palabra y del gesto.

Gracias a la escritura, lo que se registra se presta a ser transmitido de una generación a las siguientes sin sufrir otras alteraciones que las accidentales. Es cierto que las inscripciones sobre piedra pueden martillearse, que los metales pueden fundirse, que los manuscritos pueden perderse o destruirse. Conocemos en la Antigüedad intentos de ejecutar *damnationes memoriae,* de borrar después de su muerte hasta el último recuerdo de un personaje odiado. Al parecer tuvieron éxito y por eso hubo que esperar a la arqueología moderna para devolver a aquellos que fueron víctimas de ellas sus nombres y sus actos. Son poco frecuentes. Más importantes son las destrucciones derivadas de consideraciones puramente materiales —el deseo de volver a utilizar piedras que ya están labradas, estatuas, bajorrelieves— o las alteraciones fruto del abandono en que se dejan los escritos cuando pierden su interés o aquellas que aparecen irremediablemente cuando se hacen copias, sobre todo de los textos antiguos que el copista comprende mal o no comprende. No obstante, el grado de estabilidad de los escritos es cualitativamente diferente del de la transmisión oral porque ésta, aun cuando conserve la estructura de los relatos, introduce inevitablemente alteraciones y variaciones que afectan principalmente a los nombres propios y a las fechas y que modifican con ello el contenido mismo de la memoria.

Con el paso de los escritos de una generación a las siguientes, el pasado consignado en ellos adquiere una presencia diferente de la que tiene un pasado que sólo deja tras de sí relatos orales, reliquias, lugares e imágenes. El pasado escrito sólo es accesible a una pequeñísima minoría: únicamente a quienes saben leer y que están autorizados a consultar los anales en la cancillería en la que se conservan. En otras pala-

bras, se convierte en patrimonio de una corporación especializada en registrar los acontecimientos y en conservar y transmitir los escritos. Además, es un pasado que no se vuelve a actualizar periódicamente en el transcurso de ceremonias o de festividades en las que todos participan, o que se reactualiza sólo en parte. Su presencia es meramente virtual. Puede caer en el olvido cuando nadie relee los escritos que proceden y hablan de él, y sobre todo cuando la capacidad misma de leerlos se pierde, así como la de comprender las imágenes que lo muestran. También puede ejercer efectos a largo plazo cuando se exhuma de repente un tratado firmado hace siglos o se recurre a un precedente creado por antecesores lejanos.

Los anales tienen carácter oficial. Carecen de autor individual. Aunque sean individuos los que los redactan —no podía ser de otra manera—, emanan de la institución para la que trabajan. Y guardan la memoria de ésta. Expresan su punto de vista. Defienden sus intereses. Por eso jerarquizan los acontecimientos en función de la institución de la que son obra y registran sólo aquello que es susceptible de referirse a ella. En el caso de una monarquía, siempre ligada de una manera o de otra al más allá, los hechos y los gestos del príncipe, sus decisiones y la ejecución de éstas, sus victorias, sus conquistas, sus botines de guerra, sus tratados con los pueblos vecinos, las noticias del país o del extranjero importantes para guiar su política. En el caso de un templo, de una comunidad monástica o, entre los cristianos, de una diócesis, las transacciones inmobiliarias, las ofrendas y las donaciones, los privilegios, los trabajos de construcción de un edificio de culto o de un palacio episcopal. Y siempre lo que se sale de lo ordinario en el curso de la naturaleza y de los asuntos humanos, monstruos, milagros y prodigios, cosas raras, excepcionales, sorprendentes, en definitiva todo aquello que aparentemente refleja la intervención del más allá en el mundo visible.

Las listas reales, las cronologías y los anales son las formas más antiguas de registrar acontecimientos por escrito. Después de varios siglos durante los cuales se cultivan de forma exclusiva, aparece una nueva forma de registro, que legítimamente se puede designar con el nombre de historia. Difiere de los anales, aun conservando su estructura, en primer lugar porque cada historia es obra de un individuo que la presenta bajo su responsabilidad y su nombre. A veces sucede que éste se pierda; por eso hablamos del Pseudo Fredegario o de Gallus Anonymus, utilizando los nombres que se dieron en el siglo XVI a los autores desconocidos de las dos crónicas medievales. Pero también sucede, a la inversa, que nos hayan llegado los nombres de los historiadores cuyas

obras devoró el tiempo. Este tipo de accidentes no cambia nada la cuestión de fondo: a diferencia de los anales que emanan de una institución, una historia remite siempre a un individuo determinado. La consciencia de su carácter individual era antaño tan fuerte que los historiadores trataron a veces en Grecia de obtener para sus obras un reconocimiento general, procediendo a lecturas públicas; en la Edad Media, intentaron conferirles un sello oficial haciendo que las autentificaran entidades establecidas, por ejemplo las universidades.

Una historia, obra individual al igual que una epopeya o una tragedia, representa como éstas un género literario independiente del que el historiador debe respetar las exigencias retóricas para colmar las expectativas del público al que quiere llegar. A este respecto también, la historia contrasta claramente con los anales cuyo carácter oficial y la subordinación a la institución que los produce obligan a sus redactores a reducir los efectos literarios al mínimo indispensable. Así, a la discontinuidad constitutiva de los anales, que sitúan seguidas, sin transición, noticias de acontecimientos desprovistos de cualquier vínculo intrínseco, dispersos en el espacio y en los que intervienen actores diferentes, cuya yuxtaposición en el texto es meramente fruto del momento en que llegan a conocimiento del analista, una después de otra, la historia opone una narración continua que agrupa los acontecimientos según sus actores, según los lugares en los que se han producido y según la sucesión del tiempo o el orden que se estima ser el de su causalidad.

Por otra parte, a diferencia de los anales que permanecen encerrados en el mundo de lo vivido, no registrando sus redactores más que lo que creen haber visto ellos mismos y lo que han oído que ha sido visto, la historia, desde sus primeros pasos, trata de recurrir a lo invisible. Al pasado remoto o a países alejados, en la medida en que los acontecimientos que allí se han producido pueden ser el origen de aquellos que el historiador ha vivido y de los cuales habla; de ahí que haya vueltas atrás e incursiones en el espacio como preámbulo de una historia de su tiempo y de su territorio. A las fuerzas —deseos, ambiciones, pasiones, creencias...— que operan desde el interior en los individuos, en particular en los príncipes y otros hombres insignes y que los inducen a actuar de una determinada manera o de otra; de ahí las arengas ficticias encargadas de revelar las motivaciones y los móviles ocultos de sus empresas. Por último, al más allá, cuyas intervenciones supuestamente explican el curso de las cosas y el resultado final de los enfrentamientos; de ahí que la narración de los acontecimientos se prolongue mediante impulsos de la inspiración hacia la teología o la astrología, que es una teología cosmocéntrica, o también hacia las me-

ditaciones sobre el papel en los asuntos humanos del destino, de la fortuna o del azar.

El problema de la credibilidad

Las listas reales y los anales conservan un vínculo directo con la memoria colectiva en particular en la medida en que ambos emanan de instituciones cuyos miembros se relevan en el papel de redactores. En cambio, la historia introduce una relación diferente con el pasado. Efectivamente, ésta pasa por un individuo que afirma describir fielmente los acontecimientos en los que participó o de los que fue testigo ocular y referir con la misma fidelidad los propósitos que ha oído o que afirma —pretensión verdaderamente exorbitante— se remontan a un pasado lejano que antecede, en ocasiones por mucho, a su propio nacimiento, y ofrecer de ello un relato digno de crédito. Y que se dirige a un público limitado, desde luego, pero relativamente amplio: a todos aquellos que saben leer y que se interesan por su pasado colectivo o por el del mundo.

La historia impone así la cuestión de la credibilidad, que no había ningún motivo de plantearse a propósito de las listas reales o de los anales, porque el acceso a éstos estaba reservado a los miembros de la institución encargada de redactarlos y porque su autoridad era indisociable de la de la propia institución de la que emanaban y que en virtud de ello los avalaba. Pero que no se puede eludir cuando se trata de un particular que pretende ofrecer a la colectividad a la que pertenece un relato del pasado, sobre todo del pasado lejano o del de una región alejada. Por su propia naturaleza, la historia despierta la sospecha, que la acompaña siempre y por todas partes como una sombra. Y que sólo consigue disipar alegando pruebas de lo que refiere. Un autor sólo se convierte en historiador cuando asume la exigencia de probar lo que dice y se dedica a satisfacerla.

Si la cuestión de la credibilidad se plantea principalmente a propósito de los relatos que hablan del pasado remoto y, en términos más generales, de los acontecimientos que el historiador no ha podido presenciar, es porque cuando sólo refiere lo que ha visto u oído, lo único que hace es poner por escrito sus recuerdos. Por tanto, estamos aquí en el ámbito de la memoria que, como ya hemos comentado, no tiene que demostrar lo que dice. «Estuve allí y vi que las cosas sucedían de este modo y no de otro» es un argumento que no admite réplica, a menos que consideremos que quien habla desvaría o miente. Pero entonces la controversia no se refiere a los acontecimientos del pasado, sino al propio historiador, a sus cualidades morales o a su salud mental, y eventualmente también a su estatus social y a su nivel cultural, estando las tres cosas ligadas, sobre todo en la Edad Media. Y no difiere en su esencia de una controversia entre los autores de diferentes relatos orales y un mismo acontecimiento. En este caso también, era preciso o bien que uno aceptara la superioridad del otro o que los dos aceptaran el relato de este mismo acontecimiento proporcionado por una instancia superior o, por último, que la controversia quedara sin solución, resignándose los auditores a tener dos relatos divergentes o incompatibles.

Cuando, sin embargo, un historiador habla de los acontecimientos que no ha podido presenciar, ya no estamos ante el mismo caso. Estamos ante un discurso que se refiere al pasado. El autor de este discurso no exige de nosotros que lo aceptemos, porque ha visto y oído lo que cuenta. Nos informa, por el contrario, de que no es así, lo que hace que su discurso aparezca inicialmente como si estuviera desprovisto, por su propia naturaleza, de toda credibilidad. Y es que, ¿cómo se puede pretender saber lo que ha ocurrido en épocas y en lugares en los que uno no ha estado personalmente? Nos hemos acostumbrado tanto a la historia que incluso hemos perdido la capacidad de asombrarnos ante la pretensión de los especialistas de disponer de un saber sobre épocas muy pretéritas. Pero es una pretensión que durante siglos suscitó la sorpresa y la sospecha; Heródoto pasó por mentiroso.

Cualquier historiador del pasado remoto corría el riesgo de verse tratado de este modo, a menos que estuviera en situación de contestar a la pregunta: *Tu, cum sis iunior, quomodo seniorum gesta poteris scire, qualiter ad te eorum facta venerunt?*, pregunta que citamos aquí según la formulación de Gregorio de Tours para mostrar que quienes se la planteaban no tenían necesariamente un espíritu crítico excepcional. La respuesta del interpelado consistía en afirmar que se limitaba a repetir fielmente lo que había oído de boca de personas dignas de crédito que, por su parte, habían asistido los acontecimientos en cuestión o habían recogido fielmente las palabras de sus predecesores que... y así sucesivamente. A veces se añadía que, con respecto a determinadas materias, se habían consultado documentos, por ejemplo inscripciones o anales oficiales, y se habían visto objetos cuya presencia en el lugar en el que se encontraban, por ejemplo determinados templos u otros lugares concretos, confirmaba la veracidad de los relatos que los habían evocado.

Eso era todo lo que un historiador podía alegar para justificar sus propósitos referentes al pasado lejano, en la medida en que no dispo-

nía de ningún medio para convertir este último en objeto de conocimiento y que ni siquiera concebía que esto fuera posible. De ello se deriva que en último término un historiador del pasado lejano era, al igual que el del pasado próximo, tributario de la memoria. Pero, a diferencia de este último, lo era de la memoria de los demás. Las pruebas que tenía que proporcionar consistían por lo tanto en poner de manifiesto que sabía distinguir a los informadores dignos de crédito de aquellas personas que no eran merecedoras de él, que había tenido ocasión de recoger los testimonios de los primeros y que dominaba los medios, particularmente los lingüísticos, que le permitían transcribirlos sin traicionarlos.

En la época de su nacimiento y durante mucho tiempo después —las cosas no empiezan a cambiar hasta el siglo XV—, la historia no es más que la memoria puesta por escrito. Pero esta puesta por escrito, cuando adopta la forma de una obra que lleva el nombre de un individuo y está bajo su responsabilidad, conduce a cuestiones que no se planteaban a propósito de la memoria; de dichas cuestiones, la más importante es la de la credibilidad del historiador cuando habla de aquello de lo que no ha sido testigo personalmente. Para lo demás, el historiador conserva todos los rasgos de la memoria. Ésta depende de la percepción, con lo que ello supone de selectividad. Se limita a los acontecimientos, es apreciativa y cualitativa, incluso a menudo en su tratamiento de las fechas. Y siempre es abiertamente egocéntrica, está organizada en torno a un Yo, ya sea el Yo individual de un memorialista o el Yo colectivo de una ciudad, una dinastía, una Iglesia, una diócesis, un monasterio, una república, un reino o un imperio del que el historiador asume la perspectiva.

Aunque la historia es mucho más estable que la memoria colectiva mientras ésta no se ponga por escrito, no por ello deja de ser frágil y maleable mientras sólo exista en forma de manuscritos. Así, conocemos los títulos de muchas obras desaparecidas, incluso en Grecia y en Roma, donde el nivel de alfabetización era sin embargo excepcionalmente elevado. Además, los manuscritos podían sufrir alteraciones: involuntarias, debidas sencillamente al descuido o a la ignorancia de los copistas, o deliberadas cuando introducían subrepticiamente interpolaciones, modificaciones o cortes en los textos que se suponía debían reproducir con toda fidelidad. Y también podían fabricarse falsificaciones para justificar las pretensiones a un territorio, a un rango, a un bien, o simplemente por el placer de engañar.

En la Edad Media, cuando semejantes prácticas eran habituales, su detección estaba al filo de lo imposible. Porque la dificultad que encuentra cualquier mirada que no esté entrenada cuando debe captar claramente las diferencias en la apariencia visible de los textos o de los objetos, resulta prácticamente infranqueable a consecuencia de la costumbre de la transmisión oral que, frente a los escritos, orienta la atención hacia sus contenidos supuestamente inmateriales, capaces según se creía de imprimirse directamente en el espíritu del lector, y no hacia sus grafías, tintas o soportes, considerados secundarios y accidentales. Por ello podía rechazarse una falsificación cuando su contenido parecía contrario a las evidencias de la razón, y se rechazaba; así ocurrió en el caso de la crítica del *Constitutum Constantini* por Dante, por Ockham y por muchos más. Pero no se sabía desenmascarar la falsedad de una carta que supuestamente se había escrito en tiempos de Carlomagno, a pesar de estarlo en letras «góticas». En resumen, la historia mantenía una gran semejanza con la memoria colectiva, no sólo en su organización interna, sino también en su modo de transmisión.

HUMANISMO: REESTRUCTURACIÓN DE LA MEMORIA DE LAS ÉLITES

Hacia 1450, en Europa occidental y central, coexisten, no sin algunos conflictos, varias memorias colectivas. La de la Iglesia primero, transmitida por la jerarquía sacerdotal, ofrecida a través de las imágenes cuyos significados explican los clérigos a los fieles y consignada en los escritos que conservan, leen y comentan. Basada en un libro —el Libro— y organizada en torno a él, la enseñanza de la Iglesia exige, para ser reproducida y dispensada, el dominio de la escritura y del latín. Pero, al tiempo que multiplica los escritos cada vez más numerosos y diversificados, la Iglesia concede también la suma importancia a las oraciones en voz alta, a los cánticos, a los gestos y a todo un saber que se refiere en particular a las creencias y a las costumbres religiosas propias de cada lugar (culto a los santos locales, usos, festividades) y que se transmite de boca a boca. Los laicos sólo tienen acceso al Libro dentro de su envoltorio oral y gestual; además, la grandísima mayoría de ellos no sabe leer, ni siquiera allí donde la alfabetización es mayor que en otros lugares, y no conoce la lengua del Libro, el latín. La transmisión de los contenidos de la fe cristiana se hace fundamentalmente a través de la modalidad de la memoria.

Al lado de la memoria de la Iglesia, idéntica a la religión cristiana en su contenido doctrinal y en sus manifestaciones litúrgicas, al lado también de las memorias locales de las instituciones eclesiásticas, en

parte orales y en parte escritas en forma de documentos de todo tipo —anales, vidas de santos, crónicas, relatos acumulados por generaciones sucesivas de clérigos—, existen historias tanto de la Iglesia en su conjunto durante toda la duración de su trayectoria como de algunos períodos, de algunos pueblos, de algunas personalidades, de obispados, de abadías. Pero la memoria conserva siempre la primacía y la superioridad con relación a la historia, que debe ser conforme a ella y que es parte de ella porque, aun estando escrita y teniendo por autores a individuos, hereda sus rasgos distintivos: se limita a los acontecimientos, es cualitativa, apreciativa, selectiva y egocéntrica. Y si la transmisión de la memoria de la Iglesia de una generación de clérigos a la siguiente privilegia lo escrito con respecto a lo oral en la enseñanza y en la práctica cotidiana de la jerarquía, sobre todo de los escalones superiores, en la teoría no ocurre lo mismo: es la palabra de Dios pronunciada de viva voz la que constituye el origen de las Escrituras y es ella la que ejerce sus efectos a través de la lectura en voz alta de los pasajes de éstas durante la misa. En este sentido, la Iglesia permanece fiel a la primacía de lo oral sobre lo escrito.

Los poderes temporales funcionan bajo una modalidad semejante. En su caso también, el saber oral y gestual tiene al parecer, si no la superioridad, al menos la preeminencia con respecto a los escritos. Ya se trate de las ceremonias y las festividades, del ejercicio de la justicia o de las relaciones entre los poderosos, aun cuando la escritura interviene ya en todas estas actividades, por lo general desempeña un papel subsidiario, el de un prontuario; los efectos los producen las palabras y los gestos, a condición de que emanen de la persona adecuada y de que sean conformes a la tradición. Aunque la memoria de las burocracias del Estado en gestación, a ejemplo de la de las burocracias eclesiásticas, se transmite principalmente en forma escrita, no por ello deja de incluir una importante parte oral y gestual. Escrito en los países del derecho romano, el derecho consiste en otros lugares en la costumbre que se comienza apenas a consignar. En cuanto a la historia suscitada o inspirada por los poderes temporales, sigue siendo una memoria puesta por escrito tanto por sus caracteres intrínsecos como a consecuencia de los vínculos directos que mantiene en general con las cancillerías, órganos especialmente encargados de todo lo referente a la memoria de los poderes a cuyo servicio se encuentran.

La primacía de lo oral sobre lo escrito y de la memoria sobre la historia se incorpora a la jerarquía social misma. En la cúspide de ésta se hallan los portadores de la palabra eficaz, de una palabra cuyo poder emana del hecho de producir los efectos visibles e invisibles de su anclaje en el más allá tanto en el caso de los obispos como en el de los reyes. Más abajo se sitúan los clérigos, mediadores entre este mundo y el más allá, seguidos de quienes profesan las armas y cuyo saber hacer sólo se transmite por el gesto y la palabra; por lo general sólo acceden a los escritos mandando que se los lean. Luego vienen los maestros de la escritura que pueblan las cancillerías, los tribunales de justicia, las casas de la moneda. Los burgueses, sobre todo los negociantes de las grandes ciudades, también viven en el mundo de los escritos: las cuentas, las letras de cambio, la correspondencia mercantil, los libros de cuentas, los testamentos. Con ellos se produce un gran cambio: a este nivel lo escrito se hace más importante que lo oral en términos de poder y de prestigio. Pero cuanto más nos alejamos de la ciudad, al tiempo que descendemos escalones de la jerarquía de las instituciones, de las actividades, de los grupos sociales, más crece el papel de la oralidad y de la gestualidad. Abajo del todo, los campesinos todavía viven en un mundo de la memoria colectiva tal como fue antes de la llegada del cristianismo y a veces incluso antes de la invención de la escritura.

En esta mitad del siglo XV, nos centraremos especialmente en un grupo particular. Compuesto por hombres de letras, muy frecuentemente laicos —notarios, médicos, artistas— y a veces también por clérigos, se constituye en Italia a partir del siglo XIV y sus miembros se interesan prioritariamente por el pasado de Roma, que pretenden revivir en su pureza original. Buscan las obras de los autores romanos, cotejan sus manuscritos para identificar y eliminar los añadidos posteriores, se esfuerzan, para comprenderlos, por recuperar el sentido original de las palabras y de las locuciones y, con este fin, exhuman y estudian todo lo que es susceptible de aportarles alguna explicación: monedas, piedras grabadas, inscripciones, esculturas y en general todos los objetos que utilizaban los antiguos. Vuelven a aprender el latín que ya no se habla y que se esfuerzan por utilizar en sus escritos y erigir en norma, se ponen a aprender el griego, modifican la grafía misma de las letras. Proponen una vuelta a los modelos romanos en la arquitectura, la escultura y la pintura. A lo largo del siglo XV, empiezan a ser designados individualmente como *humanistas*, mientras que un nombre colectivo, el de *respublica litteraria*, los identifica como grupo. Pero ya constituían un grupo mucho antes.

Todo ello supone que Roma, republicana o imperial, no se prolonga en el presente de manera continua, que se produjo una ruptura en el intervalo, cuyo efecto fue la destrucción de las obras, las alteraciones de las supervivientes y la pérdida de saberes que se tenían antaño. Una convicción análoga ya se había manifestado antes, incluso en varias

parte orales y en parte escritas en forma de documentos de todo tipo —anales, vidas de santos, crónicas, relatos acumulados por generaciones sucesivas de clérigos—, existen historias tanto de la Iglesia en su conjunto durante toda la duración de su trayectoria como de algunos períodos, de algunos pueblos, de algunas personalidades, de obispados, de abadías. Pero la memoria conserva siempre la primacía y la superioridad con relación a la historia, que debe ser conforme a ella y que es parte de ella porque, aun estando escrita y teniendo por autores a individuos, hereda sus rasgos distintivos: se limita a los acontecimientos, es cualitativa, apreciativa, selectiva y egocéntrica. Y si la transmisión de la memoria de la Iglesia de una generación de clérigos a la siguiente privilegia lo escrito con respecto a lo oral en la enseñanza y en la práctica cotidiana de la jerarquía, sobre todo de los escalones superiores, en la teoría no ocurre lo mismo: es la palabra de Dios pronunciada de viva voz la que constituye el origen de las Escrituras y es ella la que ejerce sus efectos a través de la lectura en voz alta de los pasajes de éstas durante la misa. En este sentido, la Iglesia permanece fiel a la primacía de lo oral sobre lo escrito.

Los poderes temporales funcionan bajo una modalidad semejante. En su caso también, el saber oral y gestual tiene al parecer, si no la superioridad, al menos la preeminencia con respecto a los escritos. Ya se trate de las ceremonias y las festividades, del ejercicio de la justicia o de las relaciones entre los poderosos, aun cuando la escritura interviene ya en todas estas actividades, por lo general desempeña un papel subsidiario, el de un prontuario; los efectos los producen las palabras y los gestos, a condición de que emanen de la persona adecuada y de que sean conformes a la tradición. Aunque la memoria de las burocracias del Estado en gestación, a ejemplo de la de las burocracias eclesiásticas, se transmite principalmente en forma escrita, no por ello deja de incluir una importante parte oral y gestual. Escrito en los países del derecho romano, el derecho consiste en otros lugares en la costumbre que se comienza apenas a consignar. En cuanto a la historia suscitada o inspirada por los poderes temporales, sigue siendo una memoria puesta por escrito tanto por sus caracteres intrínsecos como a consecuencia de los vínculos directos que mantiene en general con las cancillerías, órganos especialmente encargados de todo lo referente a la memoria de los poderes a cuyo servicio se encuentran.

La primacía de lo oral sobre lo escrito y de la memoria sobre la historia se incorpora a la jerarquía social misma. En la cúspide de ésta se hallan los portadores de la palabra eficaz, de una palabra cuyo poder emana del hecho de producir los efectos visibles e invisibles de su anclaje en el más allá tanto en el caso de los obispos como en el de los reyes. Más abajo se sitúan los clérigos, mediadores entre este mundo y el más allá, seguidos de quienes profesan las armas y cuyo saber hacer sólo se transmite por el gesto y la palabra; por lo general sólo acceden a los escritos mandando que se los lean. Luego vienen los maestros de la escritura que pueblan las cancillerías, los tribunales de justicia, las casas de la moneda. Los burgueses, sobre todo los negociantes de las grandes ciudades, también viven en el mundo de los escritos: las cuentas, las letras de cambio, la correspondencia mercantil, los libros de cuentas, los testamentos. Con ellos se produce un gran cambio: a este nivel lo escrito se hace más importante que lo oral en términos de poder y de prestigio. Pero cuanto más nos alejamos de la ciudad, al tiempo que descendemos escalones de la jerarquía de las instituciones, de las actividades, de los grupos sociales, más crece el papel de la oralidad y de la gestualidad. Abajo del todo, los campesinos todavía viven en un mundo de la memoria colectiva tal como fue antes de la llegada del cristianismo y a veces incluso antes de la invención de la escritura.

En esta mitad del siglo XV, nos centraremos especialmente en un grupo particular. Compuesto por hombres de letras, muy frecuentemente laicos —notarios, médicos, artistas— y a veces también por clérigos, se constituye en Italia a partir del siglo XIV y sus miembros se interesan prioritariamente por el pasado de Roma, que pretenden revivir en su pureza original. Buscan las obras de los autores romanos, cotejan sus manuscritos para identificar y eliminar los añadidos posteriores, se esfuerzan, para comprenderlos, por recuperar el sentido original de las palabras y de las locuciones y, con este fin, exhuman y estudian todo lo que es susceptible de aportarles alguna explicación: monedas, piedras grabadas, inscripciones, esculturas y en general todos los objetos que utilizaban los antiguos. Vuelven a aprender el latín que ya no se habla y que se esfuerzan por utilizar en sus escritos y erigir en norma, se ponen a aprender el griego, modifican la grafía misma de las letras. Proponen una vuelta a los modelos romanos en la arquitectura, la escultura y la pintura. A lo largo del siglo XV, empiezan a ser designados individualmente como *humanistas*, mientras que un nombre colectivo, el de *respublica litteraria*, los identifica como grupo. Pero ya constituían un grupo mucho antes.

Todo ello supone que Roma, republicana o imperial, no se prolonga en el presente de manera continua, que se produjo una ruptura en el intervalo, cuyo efecto fue la destrucción de las obras, las alteraciones de las supervivientes y la pérdida de saberes que se tenían antaño. Una convicción análoga ya se había manifestado antes, incluso en varias

ocasiones, volviendo a actualizarse cada vez una parte de la herencia romana tanto literaria como figurativa e integrándola en lo que se transmitían las generaciones sucesivas de clérigos. Pero el renacimiento del que ahora hablamos desembocó enseguida en una condena sin apelación del pasado cercano, de esta *media aetas, media tempestas* que se rechazó en beneficio de un pasado antiguo, un pasado romano. En otras palabras, en el rechazo de una parte importante de la memoria colectiva de los hombres instruidos: del lenguaje utilizado, desde el léxico hasta el estilo, lo que equivalía a condenar varios siglos de producción literaria; de la ortografía y de la caligrafía; de la filosofía dominada exclusivamente por Aristóteles, al que se le añade ahora Platón en un lugar equivalente o incluso superior; de las ciencias de la naturaleza que ignoran las matemáticas; de los modelos en que se inspiraban las artes visuales y de la jerarquía de estas mismas artes. Este rechazo, supuestamente fruto de un regreso al pasado clásico, se ideó originalmente como la reparación de un olvido, la restauración, por encima de los estragos causados por los godos, de la continuidad de la memoria fundada en una imitación de los personajes que vivieron en la Roma de los tribunos o de los césares, y de las obras que entonces se produjeron.

La actividad de los humanistas provocó una profunda reestructuración de la memoria de los hombres instruidos y, en términos más generales, de la de las élites. Paralelamente a la cascada de rupturas que acabamos de enumerar, produjo una promoción de la Antigüedad a la categoría de época ejemplar. Ésta nunca estuvo tan presente en la cultura europea como durante los tres siglos que abarcan del XV al XVIII. Se la invocaba y se hacían esfuerzos por aplicar lo que se creía eran sus enseñanzas a la literatura y la filosofía, al pensamiento político y al arte de la guerra, a las matemáticas y a las ciencias, a la arquitectura y a la construcción naval y, por supuesto, a las artes visuales. De este modo se sedimentó una nueva memoria, diferente de la de las élites de la Edad Media, aunque la continuidad con ésta no se rompiera completamente porque seguían existiendo las instituciones que se encargaban de reproducirla: la Iglesia con sus órdenes monásticas, las universidades, las burocracias del Estado y los aparatos judiciales.

Pero esta nueva memoria de las élites no era en ningún caso una prolongación continua de la de las élites de la Antigüedad. En términos estrictos, incluso era imposible que lo fuera, porque sólo una transmisión corporal y vocal, inscrita en las relaciones de costumbre entre las generaciones sucesivas, permite garantizar una verdadera continuidad de la memoria. Además, tampoco podía serlo siquiera en la modalidad imaginaria, a través de textos y objetos evocadores de la Antigüedad romana. Ya desde los primeros tiempos del cristianismo, era flagrante que el pasado romano, en la medida en que estaba impregnado de religiosidad pagana, sólo podía ser exterior y ajeno al mundo cristiano, y que a este respecto ninguna continuidad podía establecerse entre ambos. Los humanistas no rebatían esta ruptura, aun cuando algunos fueron tan lejos en el sentido de una rehabilitación de las creencias constitutivas del paganismo que se ganaron la condena de la Iglesia. Pero el hecho de asumir, aunque fuera en grado variable, su identidad cristiana, habría bastado por sí solo para conducirlos a adoptar frente a la herencia de los Antiguos una actitud selectiva para no tener que volver a actualizar todo lo que contradecía de manera explícita su fe. Habría bastado, en otras palabras, con limitar su identificación con los Antiguos, adquiriendo conciencia de la pertenencia de estos últimos a otra religión y, por lo tanto, a otra cultura. También actuaba en el mismo sentido la conciencia del alejamiento temporal de la Antigüedad, de todos los siglos que la separan del presente, así como de las diferencias múltiples, particularmente políticas, entre éste y aquélla. Todo ello producía una tensión constante entre la tendencia a la identificación con los Antiguos y la toma de distancia con respecto a ellos, tensión que los individuos resolvían cada uno a su manera y que se agravaba con el paso del tiempo.

Todo ello confería también un doble estatus a la propia Antigüedad y a todos los vestigios que ha dejado. Eran modelos, ejemplos, cosas valiosas. Y eran al mismo tiempo objetos de estudio y de juicio crítico. Algunos eran sobre todo modelos, otros casi exclusivamente objetos de estudio, pero incluso los primeros se analizaron con atención e incluso los segundos sólo suscitaban interés porque eran partícipes, aunque fuera débilmente, del carácter ejemplar de la época que los generó. Este doble estatus de la Antigüedad y de las antigüedades fue variando también en el tiempo. Con la multiplicación de los inventos y de los descubrimientos, y de los cambios a veces espectaculares que producían, la Antigüedad empezaba a aparecer como exterior y ajena al presente en relación no sólo con la religión sino también con las costumbres, la técnica y la propia ciencia: en todos estos ámbitos, los modernos comenzaron, ya en el siglo XVI, a tomar conciencia de su superioridad sobre los antiguos y de la ausencia de un vínculo continuo con éstos. Además, la importancia creciente que se concedía a las lenguas vernáculas modificaba la actitud con respecto al latín y limitaba su uso. Sólo las artes visuales permanecieron fieles hasta el siglo XVIII a la idea de una superioridad del arte clásico y a la exigencia de imitar sus

obras maestras. Por lo demás, la Antigüedad, aun proporcionando ejemplos y analogías al pensamiento político y a una reflexión sobre el futuro, se convertía cada vez más en objeto de estudio.

En el espacio de unos cuantos siglos, el redescubrimiento de la Antigüedad trastocó tanto la memoria colectiva como la historia. La primera por razones ya evocadas y por otras sobre las que volveremos. La segunda porque la incluyó entre las bellas letras, situándola cerca de la cumbre de la jerarquía de los géneros literarios, porque le impuso como modelos de escritura las obras de los historiadores antiguos, primero de Tito Livio, luego de Tácito, y, por ello, propulsó los problemas del lenguaje, de la composición y del estilo al primer plano de las preocupaciones de cualquier historiador que quisiera respetar las reglas del arte. De ahí la degradación de los anales y de las crónicas procedentes del pasado cercano, incapaces de responder a las nuevas exigencias. De ahí también el cambio de los criterios de credibilidad del historiador, entre los cuales ahora se otorga una gran importancia, cuando no una preeminencia, a su dominio de los instrumentos de la retórica. De ahí finalmente los llamamientos, para explicar el curso de los acontecimientos, a categorías ajenas a la cronosofía cristiana, como por ejemplo la de la Fortuna.

Paralelamente, el redescubrimiento de la Antigüedad dio origen a una nueva actitud con respecto al pasado remoto. Efectivamente, indujo a escrutar los objetos procedentes de ella, a describirlos en todos aquellos detalles que parecían importantes, a restituir los textos en su integridad cuando era posible, a hacer explícitos los significados de las imágenes, a esforzarse por comprender los unos y los otros, pero también los usos de los instrumentos, de los utensilios, de los vestigios de todo tipo y, por último, a sacar conclusiones sobre la datación y la localización de los acontecimientos, sobre la identidad de diferentes personalidades, sobre su lugar respectivo y su posición en el tiempo, sobre las creencias, las costumbres, las ceremonias y las instituciones de los clásicos. Estos *studia antiquaria*, que gozaron entre los siglos XV y XVII de un grandísimo prestigio, que hicieron las delicias de centenares de individuos, que canalizaron su curiosidad y que les proporcionaron temas de conversación, de cartas, de libros, se consideraban diferentes de la historia en su mismísima esencia. Sin embargo, el hecho de abordar el pasado clásico situaba de entrada estos estudios en un conflicto virtual con la historia porque a cierto plazo hacía inevitable la confrontación de sus relatos con los resultados de sus investigaciones. Y ello sobre todo a partir del momento en que estas últimas abordaron la Edad Media. El conflicto estallará en la segunda mitad del siglo XVII.

La imprenta y la renovación de la memoria colectiva

Estas transformaciones de la memoria colectiva y de la historia fueron posibles por el hecho de que los promotores del retorno a la Antigüedad formaron un grupo de hombres de letras, a menudo prestigiosos e influyentes, directamente vinculados a quienes ostentaban el poder temporal y espiritual o la riqueza. Un grupo cuyos miembros podían dedicarse prioritariamente a que renacieran las costumbres antiguas, a quienes las peleas internas no les impidieron insistir sobre su diferencia con los grupos ya existentes, que instauró las reglas de su funcionamiento y dibujó a su alrededor una frontera, que adquirió un nombre propio y generó su propia memoria. Pero probablemente estas transformaciones no habrían sido tan profundas y tan duraderas si la segunda mitad del siglo XV no hubiera presenciado la producción y la propagación de un invento que ejerció sobre las relaciones entre la memoria y la historia una influencia comparable únicamente a la de la invención de la escritura. Se trata, por supuesto, de la imprenta.

Efectivamente, la imprenta dio un nuevo paso en el sentido de una exteriorización y de una objetivación de la memoria colectiva que se iniciaron con la invención de las imágenes y continuaron con la de la escritura. Porque no sólo permitió la reproducción múltiple de los textos a un precio mucho menor que el de las copias manuscritas, sino que además confirió a los textos una estabilidad de la que los manuscritos carecían, reduciendo, sin eliminarlo del todo, el riesgo de destrucción de todos los ejemplares de un texto y limitando el de que fuera modificado subrepticiamente. Para muchos textos, cortó los vínculos que, mientras seguían siendo manuscritos, los ataban a las instituciones en los que habían sido producidos, colocándolos en el ámbito público. Amplió en general la audiencia virtual de cada texto, permitiéndole circular más deprisa, a distancias mayores, y por lo tanto llegar a un número de personas incomparablemente mayor que aquel que tenía acceso a las copias del manuscrito. Facilitó y aceleró la lectura, que gracias a ella se pudo convertir en una actividad privada e íntima no sólo para un puñado de hombres de letras de alto nivel, cosa que ya sucedía antes, sino para un gran número de lectores. Introdujo de este modo un nuevo tipo de transmisión, una transmisión impresa cualitativamente diferente de la simple transmisión escrita.

Al acostumbrar a sus usuarios a privilegiar la fidelidad de la reproducción y la estabilidad, la imprenta ahondó la brecha entre la transmisión escrita y la transmisión oral, convirtiéndola en un auténtico foso. Y consagró definitivamente la superioridad de lo escrito sobre lo oral, iniciando una serie de cambios provocados por la penetración de la escritura en todos los ámbitos y en todos los medios, cosa que acabó por transformar la jerarquía social, el ejercicio del poder, el arte de la guerra e incluso la vida cotidiana. Con ello, la imprenta reforzó entre los hombres de letras la sensación de diferencia entre el pasado, próximo y remoto, y el presente, lo que traía como consecuencia, cada vez más frecuentemente a medida que el mundo cambiaba, la convicción de que el segundo era superior al primero. De este modo contribuyó a erosionar la autoridad del pasado en general y a crear las condiciones que permitieron convertirlo en objeto de estudio.

Al introducir, al lado de la oposición entre lo oral y lo escrito, una oposición en el interior de este último entre el manuscrito y el texto impreso, la imprenta modificó por otra parte la definición misma de la historia. Ésta, aunque abordaba acontecimientos en los que el historiador había participado o de los que había sido testigo, difería hasta entonces de la memoria sobre todo por el hecho de estar escrita y por eventuales intentos de recurrir a lo invisible para explicar estos acontecimientos. Caso distinto era el de la historia del pasado remoto, que obligaba a su autor a invocar a los testigos cuyos relatos lo autorizaban a hablar de él. Pero estos testigos se invocaban en la modalidad identificativa; eran autoridades dignas de crédito: el pasado remoto era objeto de fe, de una *fides historica.* A partir de entonces, una historia debe estar imperativamente impresa o al menos aspira a ello; un texto que no está destinado a la imprenta puede ser una fuente de la historia pero no pertenece a ella. Esto tiene consecuencias para el trabajo mismo del historiador.

En efecto, a partir del momento en que una historia está impresa, su autor ya no domina en absoluto la circulación de la que todavía conservaba cierto control cuando su obra sólo estaba manuscrita. Por lo tanto, no puede impedir que llegue a lectores que pueden tener otra representación de los acontecimientos de los que habla, bien porque, al igual que él, participaron en ellos o fueron testigos de ellos, bien por haber tenido acceso a documentos susceptibles de poner en duda sus afirmaciones, o incluso de contradecirlas. Si quiere convencer y no sólo entretener, e incluso si quiere entretener a los lectores más exigentes que hay que convencer de la realidad de los acontecimientos que les está contando, un historiador que escribe para que impriman su obra debe prestar mucha más atención que anteriormente a las constataciones y a los juicios que enuncia y a los argumentos que establece. Al hacer que uno tome conciencia de que escribe necesariamente para un público más amplio que el entorno inmediato o próximo de uno, para un público que no se identifica con la institución a la que uno está vinculado o con el grupo al que uno pertenece, suponiendo que no le sea directamente hostil, la imprenta confiere una nueva agudeza al problema central para cualquier historiador, el de su credibilidad. Actúa así en el sentido de ahondar la brecha entre la memoria colectiva y la historia, porque opone la transmisión de las representaciones del pasado en el modo identificativo, oralmente o con la ayuda de escritos de naturaleza privada (cartas, notas, periódicos o memorias, archivos personales), y la transmisión de estas representaciones en los textos impresos y por lo tanto públicos, que abre la posibilidad de un distanciamiento, incluso de una actitud crítica con respecto a ellos y a las representaciones que transmiten.

Todas estas virtualidades de la imprenta se manifestaron relativamente pronto, en cuando ésta empezó a utilizarse para propagar y amplificar la segunda gran ruptura de la memoria después de la que llevaron a cabo los humanistas, ruptura incomparablemente más importante y más profunda porque afectaba a la memoria cristiana misma y por consiguiente trastocaba no sólo un saber reservado a las personas instruidas sino el comportamiento cotidiano de la gente. Ruptura que al principio se ideó como una reforma, como un retorno de las instituciones y de las creencias corrompidas por las fuerzas del mal a su pureza original, como una nueva actualización de los recuerdos que se habían perdido y una eliminación de aquellos que no merecían preservarse. Pero que condujo a un rechazo violento de la memoria transmitida por la Iglesia, que a partir de entonces se denominó romana, y a la constitución de la memoria opuesta a la suya, a la que acompañaba una nueva definición de las relaciones entre el Libro y su envoltorio oral y gestual. Para los católicos, como ya hemos señalado, era inseparable de él; de él lo extraen los protestantes, cada uno de los cuales debe leerlo de cabo a fin para impregnarse de él en lugar de oír extractos que elige el sacerdote y que se leen durante la liturgia. La propia liturgia se limita a la oración, los cánticos y el sermón. No más imágenes, no más incienso, no más espectáculo. La Reforma, entre muchas otras cosas, fue también una victoria de lo escrito sobre lo oral, del recogimiento silencioso sobre la dispersión de los sentidos, del blanco y negro sobre el color, de la interioridad sobre los gestos.

Era paralelamente la constitución de un historia cuyo primer objetivo era mostrar lo que los reformadores consideraban la verdadera

continuidad de la Iglesia: la continuidad de las Iglesias reformadas, estando la Iglesia de Cristo y de los apóstoles garantizada por un vínculo subterráneo que ha establecido entre ésta y aquéllas la cadena de los testigos de la verdad, que ha permitido una transmisión directa, vocal y corporal de la memoria, y que de este modo ha preservado la identidad de la verdadera Iglesia sin otra variación que las accidentales. De ello se deriva que los reformadores son lo contrario de los innovadores, pues lo único que han hecho ha sido recordar un pasado olvidado por los papas y sus seguidores, e insuflarle nueva vida. Por consiguiente, esta historia pretendía demostrar la persistencia de una memoria incompatible con la de la Iglesia romana, de la que había que probar al mismo tiempo que no era una memoria sino una sucesión de invenciones perniciosas. Y había que demostrarles, no a los adeptos de su propia confesión, convencidos de antemano, sino a los católicos, que se trataba de convertir a la verdadera fe a través de la palabra, a falta de poder aplicarles otros métodos persuasivos. Por su lado, los católicos se esforzaban, utilizando la palabra, por sacar a las almas del extravío protestante cuando los cuerpos estaban fuera del alcance del brazo secular. Para unos y para otros, se trataba de la causa de Dios. Es esta baza suprema la que explica tanto la virulencia de la controversia como la insistencia de varios portavoces de ambos bandos en relación con los argumentos utilizados y el grado de exactitud alcanzados enseguida por éstos.

La Reforma desencadena de este modo una guerra de las historias que es al mismo tiempo, si no en primer lugar, una guerra de las memorias. Porque esas historias conservan todos los rasgos intrínsecos de la memoria: se basan en los acontecimientos y son cualitativas; son sobre todo, incluso de un modo exacerbado, apreciativas, selectivas y egocéntricas, pues cada confesión condena a las demás y cada una considera que su punto de vista es el válido y excluye todos los demás. Pero, al mismo tiempo, esas historias están impresas y algunas pretenden convencer. Por ello sus autores se consideran obligados a administrar las pruebas. Éstas, puesto que se trata de un pasado lejano, sólo pueden ser textos: actas de los concilios, cartas y otros documentos, cronologías, anales, crónicas, obras de los dignatarios eclesiásticos, de los exegetas, de los juristas, de los teólogos. Pero dichos textos, para que puedan funcionar como pruebas, deben estar fechados con precisión y ofrecer su contenido original, expurgado de toda interpolación y alteración. De ahí que se busquen los manuscritos más antiguos, los más próximos en cada caso al momento de la confección del documento o de la redacción de la obra; obliga a fijarse en los rasgos de la

apariencia visible de dichos manuscritos susceptibles de situarlos en el tiempo, así como a aprender a interpretarlos. De ahí también que se cotejen los manuscritos para detectar los cambios que han sufrido a lo largo de sucesivas copias. De ahí finalmente el esfuerzo conducente a comprender bien los términos utilizados, a convertir unos sistemas de datación en otros y unas unidades de medida en otras, a restablecer la grafía correcta de los nombres propios y a identificar los personajes a los que se aplican. Un período que comienza con la era cristiana y dura hasta la actualidad se convierte de este modo en objeto de múltiples estudios. Éstos utilizan las técnicas que ya aplicaban los anticuarios, adaptándolas a la especificidad de los textos considerados pero, a diferencia de los *studia antiquaria* de los humanistas, están destinados a proporcionar a los controversistas los argumentos que podrían utilizar en su empeño por convencer. La historia que los humanistas cultivan como rama de la retórica se convierte de este modo, en cuanto historia eclesiástica, en una disciplina auxiliar de la teología, lo que la hace tributaria de investigaciones que anteriormente no necesitaba.

Todo este trabajo se desarrollaba en cada campo bajo la mirada vigilante de sus enemigos. Por ello cada falsificación o error suscitaba rápidamente una corrección. Cada argumento estaba sometido a una férrea crítica. Cada referencia estaba controlada y cada afirmación que la respaldaba suscitaba una refutación en toda regla. Semejante controversia no se habría podido producir sin la imprenta, que permitía a varias personas el acceso simultáneo a un mismo texto, que acortaba los plazos y hacía de este modo posible un intercambio polémico entre los autores, a menudo distantes unos de otros, y que, al permitir que quienquiera que se interesara por ellos, supiera leer obras eruditas y tuviera los medios para comprar libros pudiera seguir estos intercambios, obligaba a los protagonistas a esforzarse por convencer, conduciendo por consiguiente a un perfeccionamiento de la argumentación y a un rigor cada vez mayor de los razonamientos.

El conocimiento mediato: el divorcio entre la historia y la memoria

Tras la memoria literaria y artística, a las que más tarde sigue la memoria religiosa, es la memoria jurídica y política la que a su vez sufre una ruptura, efecto de la constitución de los Estados como aparatos burocráticos diferenciados de las dinastías reinantes y de sus entornos cortesanos, e investidos de la plenitud de poderes sobre sus respectivos

territorios, lo que traduce la idea del interés del Estado y la de la razón de Estado. Iniciado ya en el siglo XIII, el auge del poder de los Estados conduce ya en el XIV a una inversión de la relación de fuerzas entre los Estados y la Iglesia; en adelante son los primeros los que ostentan una posición dominante que ya no perderán. Con la propagación de la Reforma y la intervención de determinados factores coyunturales (la llegada de un Habsburgo al trono de España), el auge del poder de los Estados provoca también una reestructuración de todo el sistema de relaciones internacionales, que se traduce en una larga sucesión de guerras; ésta durará hasta el siglo XVIII.

De ahí las controversias referentes a las relaciones de las Iglesias locales con la Santa Sede y a las prerrogativas del Estado en sus relaciones con la Iglesia; la interminable controversia acerca de los derechos y las libertades de la Iglesia galicana es un ejemplo particularmente llamativo de la interferencia de estos dos temas. De ahí también las controversias entre los portavoces de los Estados que se oponen unos a otros. Éstas se refieren a los territorios, los reconocimientos, los privilegios, y apelan primero a la cristiandad y más tarde a Europa, es decir, a un público capaz de seguir los argumentos jurídicos-teológicos-políticos y al que cada parte implicada quiere convencer de lo justificado de su causa. Estas controversias jurídicas y políticas fruto de los intentos por restablecer las relaciones que supuestamente existieron en un pasado lejano, por recuperar derechos, por hallar precedentes al apoyo de las reivindicaciones de ese momento, conducen a menudo a un rechazo de las tradiciones sin fundamento, a una eliminación de las falsificaciones, a una extensión del campo de la crítica. Al igual que las disputas de los anticuarios y las controversias religiosas, inducen a buscar documentos, multiplican el número de ellos en circulación gracias a la imprenta y conducen a someterlos a una inspección tanto más minuciosa cuanto mayor es lo que está en juego en la controversia y cuanto más estricta es la vigilancia de los protagonistas.

La ruptura de la memoria literaria y artística tuvo por efecto la constitución de una nueva memoria de las élites instruidas, de una nueva historia perteneciente de pleno derecho a la literatura y de un nuevo saber sobre la Roma clásica y más tarde también sobre Grecia. La ruptura de la memoria religiosa desembocó en la constitución de nuevas confesiones cristianas, es decir, entre los reformados, de una nueva memoria de los fieles y, paralelamente, de una nueva historia eclesiástica tributaria de un nuevo saber sobre el pasado de la Iglesia y, por consiguiente, sobre la Antigüedad tardía y la Edad Media. A su vez, la ruptura de la memoria jurídica y política genera una nueva memoria: la

memoria de los Estados, de los usos y de las reglas que rigen el funcionamiento interno de los aparatos burocráticos y sus relaciones con las poblaciones; aunque comporta una parte oral y gestual, se transmite, al igual que otras nuevas memorias, principalmente por escrito, lo que traduce la importancia que a partir de entonces todas las burocracias conceden a sus depósitos de actas. Esa memoria engloba también los usos y las reglas que rigen las relaciones recíprocas de los Estados. Por lo tanto, se expresa, por un lado, a través de la constitución de un nuevo derecho interno procedente, en grado variable dependiendo de los países, de la redacción escrita de antiguas costumbres, y, por otro lado, a través de la constitución del derecho internacional que desde luego adopta elementos de la tradición pero que a pesar de ello sigue siendo en gran parte una respuesta nueva a una situación sin precedentes: la aparición en el seno de la cristiandad latina de Estados de confesiones diferentes y la imposibilidad consiguiente de recurrir a la religión para fundamentar unas normas susceptibles de ser admitidas por todo el mundo.

La constitución de la nueva memoria de los Estados se produce en paralelo con la ampliación del ámbito de los estudios anticuarios. Porque después de las antigüedades romanas convertidas en objeto de estudio y de controversia erudita a partir del siglo XV y las antigüedades cristianas convertidas en objeto de estudio y de controversia religiosa a partir de la primera mitad del siglo XVI, en el siglo XVII a su vez se convierten en objetos de estudio y de controversia, esta vez político-jurídica, las antigüedades propias de cada país concreto y que por consiguiente llevan cada una un nombre diferente; aquí las llamaremos *étnicas*. La mayoría de ellas proceden de la Edad Media, si bien algunas son originarias de épocas mucho más distantes del presente, incluida la que desde hace poco más de un siglo denominamos *prehistoria* y que hasta entonces no se había sabido distinguir ni datar.

De estas controversias, cada una tiene su propio ritmo y sus particularidades vinculadas a la naturaleza de los grupos que participan en ellas, a la importancia de lo que está en juego, a la especificidad de los propios documentos. Sin embargo, todas ellas tienen en común que se refieren al pasado, a menudo muy lejano, y que incitan a sus protagonistas a pronunciar con respecto a ellas afirmaciones o negaciones de las que pretenden aportar pruebas, en general en forma de documentos escritos que fundamentan supuestamente sus conclusiones, o de referencias a dichos documentos; también se recurre, aunque con menos frecuencia, a monumentos figurativos, monedas, armas, instrumentos ceremoniales o litúrgicos, tumbas, vestigios de edificios. Por ello, a partir del siglo XVI, se publican muchas recopilaciones de documentos y,

territorios, lo que traduce la idea del interés del Estado y la de la razón de Estado. Iniciado ya en el siglo XIII, el auge del poder de los Estados conduce ya en el XIV a una inversión de la relación de fuerzas entre los Estados y la Iglesia; en adelante son los primeros los que ostentan una posición dominante que ya no perderán. Con la propagación de la Reforma y la intervención de determinados factores coyunturales (la llegada de un Habsburgo al trono de España), el auge del poder de los Estados provoca también una reestructuración de todo el sistema de relaciones internacionales, que se traduce en una larga sucesión de guerras; ésta durará hasta el siglo XVIII.

De ahí las controversias referentes a las relaciones de las Iglesias locales con la Santa Sede y a las prerrogativas del Estado en sus relaciones con la Iglesia; la interminable controversia acerca de los derechos y las libertades de la Iglesia galicana es un ejemplo particularmente llamativo de la interferencia de estos dos temas. De ahí también las controversias entre los portavoces de los Estados que se oponen unos a otros. Éstas se refieren a los territorios, los reconocimientos, los privilegios, y apelan primero a la cristiandad y más tarde a Europa, es decir, a un público capaz de seguir los argumentos jurídicos-teológicos-políticos y al que cada parte implicada quiere convencer de lo justificado de su causa. Estas controversias jurídicas y políticas fruto de los intentos por restablecer las relaciones que supuestamente existieron en un pasado lejano, por recuperar derechos, por hallar precedentes al apoyo de las reivindicaciones de ese momento, conducen a menudo a un rechazo de las tradiciones sin fundamento, a una eliminación de las falsificaciones, a una extensión del campo de la crítica. Al igual que las disputas de los anticuarios y las controversias religiosas, inducen a buscar documentos, multiplican el número de ellos en circulación gracias a la imprenta y conducen a someterlos a una inspección tanto más minuciosa cuanto mayor es lo que está en juego en la controversia y cuanto más estricta es la vigilancia de los protagonistas.

La ruptura de la memoria literaria y artística tuvo por efecto la constitución de una nueva memoria de las élites instruidas, de una nueva historia perteneciente de pleno derecho a la literatura y de un nuevo saber sobre la Roma clásica y más tarde también sobre Grecia. La ruptura de la memoria religiosa desembocó en la constitución de nuevas confesiones cristianas, es decir, entre los reformados, de una nueva memoria de los fieles y, paralelamente, de una nueva historia eclesiástica tributaria de un nuevo saber sobre el pasado de la Iglesia y, por consiguiente, sobre la Antigüedad tardía y la Edad Media. A su vez, la ruptura de la memoria jurídica y política genera una nueva memoria: la

memoria de los Estados, de los usos y de las reglas que rigen el funcionamiento interno de los aparatos burocráticos y sus relaciones con las poblaciones; aunque comporta una parte oral y gestual, se transmite, al igual que otras nuevas memorias, principalmente por escrito, lo que traduce la importancia que a partir de entonces todas las burocracias conceden a sus depósitos de actas. Esa memoria engloba también los usos y las reglas que rigen las relaciones recíprocas de los Estados. Por lo tanto, se expresa, por un lado, a través de la constitución de un nuevo derecho interno procedente, en grado variable dependiendo de los países, de la redacción escrita de antiguas costumbres, y, por otro lado, a través de la constitución del derecho internacional que desde luego adopta elementos de la tradición pero que a pesar de ello sigue siendo en gran parte una respuesta nueva a una situación sin precedentes: la aparición en el seno de la cristiandad latina de Estados de confesiones diferentes y la imposibilidad consiguiente de recurrir a la religión para fundamentar unas normas susceptibles de ser admitidas por todo el mundo.

La constitución de la nueva memoria de los Estados se produce en paralelo con la ampliación del ámbito de los estudios anticuarios. Porque después de las antigüedades romanas convertidas en objeto de estudio y de controversia erudita a partir del siglo XV y las antigüedades cristianas convertidas en objeto de estudio y de controversia religiosa a partir de la primera mitad del siglo XVI, en el siglo XVII a su vez se convierten en objetos de estudio y de controversia, esta vez político-jurídica, las antigüedades propias de cada país concreto y que por consiguiente llevan cada una un nombre diferente; aquí las llamaremos *étnicas*. La mayoría de ellas proceden de la Edad Media, si bien algunas son originarias de épocas mucho más distantes del presente, incluida la que desde hace poco más de un siglo denominamos *prehistoria* y que hasta entonces no se había sabido distinguir ni datar.

De estas controversias, cada una tiene su propio ritmo y sus particularidades vinculadas a la naturaleza de los grupos que participan en ellas, a la importancia de lo que está en juego, a la especificidad de los propios documentos. Sin embargo, todas ellas tienen en común que se refieren al pasado, a menudo muy lejano, y que incitan a sus protagonistas a pronunciar con respecto a ellas afirmaciones o negaciones de las que pretenden aportar pruebas, en general en forma de documentos escritos que fundamentan supuestamente sus conclusiones, o de referencias a dichos documentos; también se recurre, aunque con menos frecuencia, a monumentos figurativos, monedas, armas, instrumentos ceremoniales o litúrgicos, tumbas, vestigios de edificios. Por ello, a partir del siglo XVI, se publican muchas recopilaciones de documentos y,

a finales del siglo XVII, se codifica la utilización de la nota a pie de página que remite a las pruebas de las afirmaciones que se hacen o permite localizar aquellas que se citan. En el siglo XVIII se multiplican las listas de monumentos figurativos.

Todo ello equivale a admitir tácitamente que el pasado lejano puede ser objeto de conocimiento a través de los escritos, las imágenes y los objetos materiales que proceden de él y cuyo estudio, atento a las mínimas diferencias de sus apariencias visibles y, si es preciso, de sus contenidos, proporciona constataciones que permiten sacar conclusiones sobre las circunstancias que han rodeado su redacción o su producción. Semejante conocimiento indirecto o mediato del pasado sólo recurre a la percepción en la medida en que ésta constituye una condición necesaria para cualquier inspección visual y cualquier lectura. Pero no puede asimilarse con la percepción porque ésta, reducida a sí misma, ni siquiera es capaz de leer; menos aún en el caso de operaciones mucho más complejas que exigen un conocimiento de las lenguas, de las escrituras, de los estilos, de las *realia* de todo tipo, así como un dominio de la lógica. El conocimiento mediato del pasado es un conocimiento *sui generis* que recurre a la comparación y al razonamiento. A la comparación porque sólo la comparación de los documentos y de los monumentos de diferentes épocas y de diferentes lugares permite deducir los caracteres distintivos vinculados a una datación, a una localización y a una atribución determinadas. Al razonamiento porque, cuando un documento se ha descifrado, fechado, localizado y atribuido correctamente, cabe extraer de su apariencia visible y de su contenido inferencias sobre la identidad social y cultural de sus autores, sobre las circunstancias en las que lo produjeron, incluso sobre sus móviles. Al no ser tributario de la percepción el saber sobre el pasado que resulta de dicho conocimiento, difiere en su misma esencia de la memoria.

Hasta el siglo XIX no se producirán la toma de conciencia de su especificidad y una elucidación epistemológica de ésta. Pero ya cuatro siglos antes un saber basado en el conocimiento mediato del pasado lejano había comenzado a acumularse y había empezado a ejercerse una crítica que recurría a dicho conocimiento. Durante mucho tiempo este saber se mantuvo apartado de la historia que, como hemos visto, formaba parte de las bellas letras y conservaba los caracteres intrínsecos de la memoria. El conocimiento mediato quedaba reservado a los anticuarios y a los eruditos. Los historiadores, exceptuando los de la Iglesia, se dedicaban principalmente a escribir bien. Sin embargo, no podían permanecer totalmente indiferentes a la exigencia de proporcionar pruebas de lo que decían, porque dicha exigencia es constitutiva de

cualquier historia, incluida la historia como rama de las bellas letras, que pretende contar no fábulas sino hechos. Por ello cuando trataban del pasado antiguo se apoyaban en las pruebas de sus afirmaciones; las hallaban en los relatos de los testigos que asumían como propios adaptándolos, si era menester, a un estilo más acorde con la nueva sensibilidad. Por consiguiente, funcionaban según los principios de la memoria. Pero semejante procedimiento, legítimo para quien se identificara con el pasado, ya no era admisible cuando se rompía con éste, lo que suponía el rechazo de conceder crédito a los relatos de los testigos, a menos que su veracidad estuviera justificada mediante pruebas cuya aceptación no suponía una identificación con el pasado, sino que era fruto de un estudio del que era objeto. Que recurría, en otras palabras, al conocimiento mediato.

Pero en el clima marcado por las controversias de todo tipo y que a menudo se referían directamente a los propios objetos de sus relatos, los historiadores estaban sometidos a una presión cada vez mayor. Se expresaba, a partir de las últimas décadas del siglo XVI, a través de la crítica a la que se sometía no sólo a sus obras individualmente sino a la propia historia, a la que se acusaba de repetir las invenciones, cuando no las mentiras, y de ser incapaz de la menor veracidad. También se expresaba, ya desde mediados del siglo XVII, a través de la reivindicación del título de historiador por parte de los autores que publicaban, no historias en el sentido que tradicionalmente se ha otorgado a este término, sino recopilaciones de documentos, diccionarios, genealogías, tratados de diplomática o de paleografía de las investigaciones cronológicas, vidas de santos pasadas por la criba de la crítica, etc.

Y tenían buenas razones que los respaldaban, porque aunque la historia perteneciera a la literatura, no se limitaba a ella ni en la Antigüedad, ni en la Edad Media. Es cierto que se le exigía que estuviera bien escrita, que no resultara aburrida, que entretuviera, que gustara, que captara y retuviera la atención; es lo que repetían hasta la saciedad desde el siglo XV los autores de las *artes historicae*. Pero también se esperaba que el relato de los destinos de los individuos y de las vicisitudes de los imperios instruyera sobre el juego de intenciones y efectos y sobre el gobierno de la Providencia o de la Fortuna, dando de este modo lecciones de moral y de religión; en otras palabras, se esperaba de la historia que fuera una *magistra vitae*. Por último, se daba por supuesto que sólo se refería a hechos, a acontecimientos que efectivamente habían tenido lugar y no a ficciones, a personajes que habían existido realmente y no a héroes de novela, a países situados en el mapa y no a utopías. La cuestión de la manera de definir y de practicar la historia

radicaba en el núcleo mismo de una controversia cuyos protagonistas privilegiaban unas veces su dimensión literaria, otras su dimensión cronosófica y otras su dimensión cognitiva.

Ganaron los defensores de esta última, apoyándose en la imposibilidad en la que se encuentra la historia de no recurrir a la administración de las pruebas si quiere seguir siendo ella misma, si pretende entretener de una forma distinta a la que lo hacen las novelas e instruir de una forma distinta a la que lo hacen los moralistas. También era preciso conseguir imponer la convicción de que la historia debe prioritariamente ser capaz de probar su veracidad, incluso, si es necesario, en detrimento de sus cualidades literarias; y que, con respecto a todo lo que se refiere al pasado remoto, a los hechos cuya constatación no puede justificar el historiador que habla de ellos afirmando «yo estuve allí y lo vi», sólo el conocimiento mediato permite ofrecer argumentos susceptibles de convencer a un escéptico, conduciéndolo paso a paso desde el documento que tiene ante sus ojos hasta las personas y los acontecimientos del pasado remoto, que ha de presentar como si realmente hubieran existido para explicar cómo este documento se halla donde está y para exhibir unos determinados caracteres y no otros.

La asimilación por parte de la historia del conocimiento mediato marca su emancipación cognitiva con respecto a la memoria, que deja de ser el único vínculo entre el pasado y el presente que permite remontar desde éste a aquél, cosa que ésta ha sido durante milenios. A partir de entonces empieza a poderse practicar una vía distinta que no está en absoluto en deuda con la memoria. Consiste en identificar determinados objetos presentes en el entorno como vestigios del pasado a partir de la inspección de sus caracteres visibles o de la observación de aquellos de sus rasgos que no se ven a simple vista, así como, tratándose de textos o de imágenes, de la interpretación de sus contenidos; y, a partir de los resultados de operaciones idénticas, sacar conclusiones sobre las circunstancias en las que surgieron los objetos originarios de los que estos vestigios son los fragmentos.

Los historiadores, al menos en algunos casos, incluso se convierten en críticos de la memoria capaces de demostrar que un determinado testigo no estuvo allí donde pretende haber estado o que estuvo en otro momento que aquel que indica o que las cosas ocurrieron de diferente manera a como él las cuenta, etc. Y están en condiciones de someter los datos de la memoria a una crítica de este tipo, no sólo confrontando a unos testigos con otros con el fin de poner de manifiesto un conflicto de las memorias, cosa que se sabía hacer desde hacía tiempo. Porque pueden adquirir un saber acerca del pasado totalmente independiente de los testimonios, es decir, de la memoria de los individuos, aportando documentos que, sin que nadie lo sepa, han conservado las huellas del pasado del que se trata. En las relaciones entre la memoria y la historia, se trata de una inversión de sus posiciones respectivas, inversión que marca una época. La historia no sólo ya no es exclusivamente tributaria de la memoria. Incluso es el fin de la época de superioridad de la memoria sobre la historia, y junto con éste el de la superioridad de lo oral sobre lo escrito.

La refundación cognitiva de la historia

La asimilación por parte de la historia del conocimiento mediato y de sus resultados ha conducido a una nueva definición de la historia que al mismo tiempo la ha separado tanto de la memoria como de las bellas letras para identificarla con el estudio del pasado a través de las fuentes. Ello se expresa primero a través de la aparición, ya en el siglo XVII, de expresiones como *la ciencia de la historia* u otras análogas, mientras que el derecho a la denominación de *historiador* empezó a negárseles a los escritores, al tiempo que la reivindicaban los investigadores. Porque desde aquel momento, la historia empieza a adquirir el estatus de una ciencia moral que, a diferencia de las ciencias naturales, se ocupa, no de objetos determinados de una forma unívoca por las leyes de la naturaleza, sino de sujetos que actúan según su libre albedrío. Estatus que queda sancionado institucionalmente hacia mediados del siglo XVIII con la entrada de la historia en la universidad como disciplina equivalente a otras ciencias que allí se enseñan. Aquella nueva enseñanza de la historia difería radicalmente de la que las universidades dispensaban, a veces con un título parecido, desde el siglo XV y que consistía en comentar las obras de los historiadores antiguos como modelos que se debían imitar. Ya no le interesaba la retórica sino que se centraba en la investigación.

A partir de entonces, efectivamente, para ser reconocido como historiador, es preciso haber estudiado el pasado antes de ponerse a escribir las obras que de él tratan. También es preciso que las afirmaciones que se hagan sobre acontecimientos o hechos reconstruidos que supuestamente se produjeron en el pasado remitan a una realidad exterior al propio texto del historiador: a escritos, impresos o manuscritos, de sus predecesores, a fondos de archivos, a objetos que se conservan en gabinetes o en museos, a huellas dejadas sobre el terreno que por

consiguiente hay que empezar por encontrar, por situar en el tiempo y en el espacio y por atribuir y criticar. Además, es preciso que las afirmaciones que se enuncian puedan ser reproducidas por cualquiera que se proponga rehacer el camino del que son fruto siempre que disponga de las competencias requeridas para ello. En cuanto a las afirmaciones de carácter general incapaces de satisfacer directamente dichas exigencias, es preciso que hayan sido inferidas a partir de afirmaciones reproducibles, mediante razonamientos que, a su vez, deben poder reproducir los lectores. Todo ello impone unas limitaciones sobre la propia escritura de la historia que, de una manera o de otra, ha de tener en cuenta la evolución y los resultados de las investigaciones.

Desde luego, la subordinación de la escritura a la investigación nunca ha suscitado opiniones unánimes. Pero ni siquiera quienes se oponían a ella y querían que la historia siguiera siendo un arte despreciaban el estudio de las fuentes, conscientes de que, de lo contrario, pasarían no por historiadores sino por impostores o fabuladores. Y quienes creían que la historia debía servir prioritariamente para instruir y guiar a la humanidad revelándole el futuro también sabían que, si no se apoyaban en un estudio de las fuentes, se les tendría, no por historiadores, sino por adivinos o profetas. Esto equivale a decir que, a diferencia de los dos milenios durante los cuales el historiador podía limitarse a poner por escrito los datos de la memoria de una manera conforme a las exigencias de la retórica, ahora su primera obligación consiste en aplicar a los vestigios del pasado los procedimientos que le permiten hacer de éste un objeto del conocimiento.

Desarrollados a lo largo de más de tres siglos, los cambios del estatus epistemológico de la historia, que se iniciaron con la transformación de una rama de las bellas letras en una disciplina del saber, una ciencia moral, han tenido por efecto la aparición de la desconfianza con respecto a las fuentes narrativas, los relatos de los participantes o de los testigos, que imponen sus puntos de vista y sus opiniones y cuya veracidad nunca es segura mientras no se cotejen unos con otros y todos ellos con documentos sometidos previamente a crítica. La actitud con respecto a las fuentes narrativas suscitó sin embargo una larga controversia que se refería en realidad a la importancia respectiva, en el trabajo del historiador, de la dimensión literaria y de la dimensión erudita. La defensa de estas fuentes se conjugaba con la defensa de los vínculos de la historia con la literatura, es decir, también con la memoria y con un amplio público al que le interesaba ésta y no las sutilidades de la erudición. Insistía además en la necesidad de adaptar el lenguaje y la forma del relato histórico a la especificidad de la época a la

que éste se refería, con el fin de recrear su «color», de permitir al lector que la reviviera en su unicidad; todo ello imposible sin utilizar los términos, las expresiones y las intrigas de las narraciones propias de dicha época.

A esta tendencia romántica que prevaleció durante la primera mitad del siglo XIX siempre se han opuesto aquellos para quienes la historia debe romper con la literatura y con la memoria, descartar las fuentes narrativas o limitar su uso a los casos en los que son insustituibles y centrarse en los documentos que no han sido producidos intencionadamente para influir sobre los lectores. De ahí la exigencia de considerar únicamente como bien establecidos aquellos hechos probados al menos por dos narraciones independientes una de otra, exigencia que equivale sencillamente a prohibirle al historiador que conceda a una narración, cualquiera que ésta sea, el estatus de autoridad, que se identifique con el punto de vista de su autor y que asuma las elecciones y las apreciaciones de éste. De ahí también la creciente importancia atribuida a los documentos de archivo, que supuestamente ofrecen informaciones que no están sesgadas por el deseo de sus autores de transmitir su visión de los acontecimientos a la posteridad, con los corolarios subsiguientes: la reivindicación de la apertura de los archivos a los historiadores y la insistencia en la necesidad de establecer las reglas para la crítica de los documentos, en primer lugar de las cartas, que permitan determinar con una certeza razonable de qué época proceden y de qué *scriptorium* o de qué cancillería, a partir del estudio de sus soportes, de la grafía de las escrituras, de sus títulos y fórmulas, de las dataciones, de los sellos, etc.

La autoridad de los historiadores griegos y romanos se ha mantenido durante más tiempo que la de los cronistas de la Edad Media; sólo empieza a cuestionarse en el siglo XVIII. En el XIX, la historia de Grecia y Roma se escribe utilizando principalmente las informaciones que proporcionan las inscripciones, equivalentes de las cartas para la Edad Media. La historia del judaísmo antiguo y de los primeros siglos del cristianismo se escribirá a partir de las inscripciones y de otros datos de la arqueología. En todos estos ámbitos, se propaga e intensifica la desconfianza que suscitan la percepción y la memoria, que habían alimentado la historiografía a lo largo de la Antigüedad y de la Edad Media; ahora se les oponen los documentos, únicos intermediarios seguros entre el presente y el pasado.

La revalorización de las narraciones como fuentes históricas se produjo ya en el siglo XX a consecuencia de la progresión de la hermenéutica nacida en las primeras décadas del siglo XVIII del cruce entre los es-

tudios bíblicos y la filología clásica, interesada entonces por la poesía antigua, sobre todo la griega. La gran aportación de la hermenéutica a la historia fue el descubrimiento de que cada texto —más tarde se hizo extensivo también a las imágenes— encierra un contenido latente que lo singulariza; transmitido por su contenido manifiesto, es accesible a través de éste, siempre y cuando se haga del mismo una lectura-interpretación respetando determinadas reglas. Cualesquiera que hayan sido las justificaciones filosóficas de la hermenéutica, algunas de las cuales se basaban en la intuición, es evidente desde hace tiempo que se trata de un caso particular del conocimiento mediato que permite revelar lo que existe en un texto aunque su autor lo desconozca y que, por lo tanto, no puede inducir al lector a sospechar que se ha introducido en el texto para que pueda identificarse con él. Ello abre la vía a una utilización de los textos narrativos que, sin confiar explícitamente en lo que dicen, extrae informaciones sobre las circunstancias de su redacción, sobre sus autores y sobre los entornos de estos últimos, que se pueden justificadamente considerar válidas.

Si la hermenéutica insiste en la singularidad de cada texto y de cada imagen, y trata de ponerla de manifiesto, lo que la empuja a privilegiar las obras literarias y artísticas, la estadística, que también se constituyó en las últimas décadas del siglo XVIII, se interesa por el contrario por los elementos repetitivos, y por lo tanto cuantificables, de todas las producciones naturales y humanas, incluidos los textos y las imágenes; por ello privilegia las fuentes anónimas, de masas y uniformes, que por este motivo se prestan a un tratamiento cuantitativo. Mientras que la hermenéutica constituye el fundamento de las ciencias humanas, de las *Geisteswissenschaften,* por llamarlas con su nombre original, la estadística ha proporcionado su carácter distintivo no sólo a las ciencias de la naturaleza sino también a las ciencias sociales: la economía, la sociología, la demografía, etc. La historia, que desde el siglo XVII se considera una ciencia moral, se encuentra de este modo, desde mediados del siglo XIX, en el núcleo de un conflicto entre quienes la practican como una ciencia humana y aquellos cuyos procedimientos equivalen a incluirla entre las ciencias sociales. Aparentemente prolonga el antiguo conflicto entre los defensores de la historia-literatura y los promotores de la historia-ciencia moral. De hecho, éste es profundamente diferente, puesto que ya no se centra en las relaciones entre la historia y la memoria. Tanto la hermenéutica como la estadística, y por consiguiente las prácticas de la historia que se derivan de ellas, se interesan prioritariamente por aquello que, no habiendo sido objeto de un registro consciente por parte de sus contemporáneos, sencillamente no ha podido ser conservado en la memoria aunque ha dejado algunas huellas y por consiguiente puede convertirse en objeto de estudio. Ambas privilegian lo que nos viene del pasado por vías extramemoriales.

Pasaremos por alto el desarrollo de este conflicto. Aquí sólo nos importa su resultado: en la actualidad, la historia utiliza tanto la hermenéutica como la estadística, aplicándolas no sólo a objetos diferentes —la primera sobre todo a las obras artísticas y literarias, la segunda sobre todo a las economías, poblaciones y sociedades—, sino en ocasiones a los mismos objetos abordados unas veces en su singularidad y otras como elementos pertenecientes a conjuntos, dependiendo de las necesidades de la investigación. Por otra parte, a lo largo del último siglo, la historia se ha beneficiado de los progresos de la estratigrafía geológica, de la física y de la biología para obtener informaciones acerca del pasado a partir de las huellas: de todos los vestigios de la existencia humana, desde los restos óseos de los propios seres humanos hasta las huellas de los pasos en el suelo, pasando por las herramientas, los desechos de todo tipo y los especímenes de la flora y la fauna.

Paralelamente, el campo de aplicación del conocimiento mediato también se ha ampliado. Al principio, a partir del siglo XV, sólo se recurría a él para extraer de los vestigios de la Antigüedad informaciones importantes sobre este período. Pero ya a partir de la segunda mitad del siglo XVI, se empezaron a aplicar a los vestigios de la Edad Media los procedimientos que habían resultado eficaces para el estudio de los vestigios de la Antigüedad. Durante mucho tiempo no se pudo ir más allá porque los documentos que lo habrían permitido seguían conservando su función vinculada a la memoria y estaban por lo tanto encerrados en depósitos de actas a los que accedían únicamente los funcionarios autorizados. Además, incluso los documentos originales de la Edad Media quedaban en muchos casos fuera del alcance de los historiadores. Fue sólo una vez que se abrieron los archivos, a lo largo del siglo XIX, cuando el período moderno pudo convertirse en objeto del conocimiento mediato y cuando los estudios medievales se vieron liberados de estos últimos obstáculos. Y ha habido que esperar a la época actual para que el conocimiento mediato se incorporara de lleno a las investigaciones históricas sobre el tiempo presente; en este ámbito, sin embargo, hacía mucho tiempo que lo practicaban los economistas, los demógrafos y los sociólogos. En el otro extremo de la cadena de los tiempos, a partir del siglo XIX se incorporó al estudio del pasado anterior a la escritura, anterior a las propias imágenes, delimitando cada vez mejor las discontinuidades entre la historia de los seres humanos como productores de semióforos y la historia de los homíni-

dos y de los antropoides, productores de herramientas, y entre esta última y la evolución de las especies.

La ampliación temporal del campo de aplicación del conocimiento mediato ha corrido pareja con la ampliación espacial del campo que engloba el pasado de las civilizaciones y de los pueblos extraeuropeos, totalmente desconocido para muchos de ellos hace apenas un siglo. Y ambos han corrido parejos con la incorporación al campo de aplicación del conocimiento mediato de nuevos ámbitos, que ha conducido a la diferenciación de la historia en una multiplicidad de subdisciplinas —historia política, económica, social, cultural—, cada una de las cuales dividida a su vez en varias ramas según sus objetos —espacios, períodos, tipos de vestigios estudiados—, sus técnicas, las lenguas cuyo dominio requieren, las instituciones en las que se practican, etc.

El doble movimiento de invención de nuevos procedimientos del conocimiento mediato y de ampliación de su campo de aplicación ha modificado radicalmente el contenido mismo de la historia y, por consiguiente, las relaciones de éste con el contenido de las memorias colectivas de los europeos. Efectivamente, por una parte, la historia abarca ahora todo un pasado del que nadie se acordaba: de las épocas anteriores a la escritura o de los pueblos de los que, como mucho, han conseguido llegar hasta nuestros días los nombres, sin que se haya sabido situarlos en el tiempo y en el espacio. Por otra parte, aun tratándose de períodos bien anclados en la memoria de los europeos, como por ejemplo la Edad Media o la primera modernidad, la historia exhuma hechos que habían caído en el olvido y otros de los que nadie había sido nunca consciente y que por ello habían permanecido fuera de la memoria.

Entre los primeros intentos de aplicarlo y la actualidad, el conocimiento mediato del pasado ha evolucionado mucho, mientras que la historia no sólo ha enriquecido el abanico de sus técnicas y de sus métodos sino, lo que es más importante, ha cambiado otra vez de estatus epistemológico, convirtiéndose en una disciplina en la intersección entre las ciencias humanas y las ciencias sociales. Esto en ningún caso ha supuesto la desaparición de quienes siguen practicando la historia como una ciencia moral ni tampoco de aquellos para quienes sigue siendo una rama de las bellas letras, procedente de la memoria. Estas historias conservan siempre su público, aunque los profesionales de la historia universitaria o, mejor dicho, de una historia-investigación, cuestionen su legitimidad. Por consiguiente, la palabra *historia* designa hoy en día un conjunto epistemológico heterogéneo de prácticas cognitivas que van desde los procedimientos más tradicionales hasta las técnicas más punteras, y un conjunto estilísticamente heterogéneo de prácticas de escritura que, por su parte, van desde el relato literario hasta las ecuaciones de un modelo econométrico retrospectivo. Esta heterogeneidad, que la historia comparte con todas las demás disciplinas del saber y que es inherente a casi todos los conceptos que éstas utilizan, manifiesta en primer lugar aunque, como veremos, no exclusivamente, su historicidad intrínseca. Demuestra que son a su vez el resultado provisional de una sucesión milenaria de sedimentaciones, cada una de las cuales ha dejado tras de sí un estrato de preguntas, procedimientos, documentos y monumentos exhumados y de obras escritas por los historiadores, cuyo resultado es una superposición de estos estratos unos sobre otros, modificando los posteriores el significado, cuando no la propia apariencia, de los anteriores a través de un efecto de rebote. Hablar de la historia sin tener en cuenta su historicidad es condenarse de entrada a no entender nada.

La memoria, objeto de historia

Hasta el siglo XV, el contenido de la historia no fue más que una parte del contenido de la memoria de las élites instruidas de la cristiandad. A partir de esta fecha, primero los estudios de los anticuarios y luego la historia comienzan a explorar épocas, ámbitos y territorios que nunca habían sido objeto de la memoria de los clérigos, de modo que se podían representar las relaciones de aquéllos con ésta mediante una intersección de dos círculos. A partir del siglo XIX, la historia estudia también épocas, ámbitos y territorios con respecto a los cuales cualquier memoria ha desaparecido desde hace siglos, cuando no milenios, o que nunca han sido registrados por ninguna memoria. En todo esto, ya no depende de la memoria. Además, en sus estratos más recientes, en cuanto ciencia moral y sobre todo en cuanto ciencia humana y ciencia social, la historia no sólo se ha emancipado de la memoria incluso en aquellos aspectos en los que comparte con ella los mismos objetos, sino que la contradice deliberadamente. Si aceptamos que un acontecimiento es un cambio percibido, la historia, la historia económica y social en particular, en la medida en que se desvía del contenido explícito de las narraciones, pasa por alto los acontecimientos en beneficio de los hechos que los historiadores reconstruyen a partir de los contenidos latentes, de los elementos repetitivos y de las huellas. En otras palabras, rompe con la percepción. Lo que, en algunos casos, permite abandonar lo cualitativo para centrarse en lo que se puede

contar o medir y, por lo tanto, permite enriquecer el abanico de hechos reconstruidos, teniendo en cuenta, además de los individuos, las formas espaciales, las relaciones, las trayectorias y las singularidades, cosas todas ellas de las que no se ha podido formar ningún recuerdo porque nunca se las ha podido aprehender, ni siquiera inconscientemente; por eso sólo pueden ser desenterradas, descritas y explicadas a condición de disponer de las fuentes que lo permiten y de aplicarles un tratamiento idóneo.

La ruptura con la percepción y la memoria suscitó la esperanza de que el carácter selectivo inherente a las mismas pudiera dar opción a que la historia registrara el pasado en su totalidad o en su globalidad. Pero dicha esperanza se vio frustrada porque no quedó más remedio que darse cuenta de que la historia es selectiva, ella también, aunque lo sea de una manera distinta que la memoria. Porque el carácter selectivo de la historia puede controlarse y los criterios que ésta aplica pueden, hasta cierto punto, hacerse explícitos, lo que permite criticarla. Los historiadores eligen los objetos que les interesan y, por lo tanto, los documentos que estudian y que siempre son sólo una parte del conjunto virtualmente infinito de documentos susceptibles de ser pertinentes. Eligen el enfoque que dan a estos documentos, el tratamiento que les aplican y la manera en que interpretan sus resultados. Eligen unas explicaciones y no otras, así como los procedimientos literarios que aplican. Todas estas opciones proceden de consideraciones muy diversas. Pero, en definitiva, sólo se reconocen como legítimas aquellas que, al tiempo que hacen que progresen nuestros conocimientos, pueden ser explicitadas y estar codificadas para que cualquier historiador que trabaje sobre un tema análogo pueda retomarlas.

También se tenía la esperanza de que, a diferencia de lo que ocurre con la memoria, la historia pudiera ser no apreciativa sino puramente descriptiva, que se limitara a dar cuenta de lo que realmente ocurrió. Una vez más, la esperanza se vio frustrada. En la medida en que no puede evitar la elección, cualquier investigación está condenada a juzgar la importancia de los hechos. Y los historiadores no son capaces de no sentir simpatía o antipatía por las personas o los colectivos que estudian, o de evitar considerar beneficiosos o perjudiciales para alguien los hechos que reconstruyen. No obstante, a diferencia de las apreciaciones de la memoria, inmediatas, espontáneas, emocionales e incorporadas implícitamente en el relato mismo de los acontecimientos, los juicios de valor que enuncian los historiadores pueden ser meditados, explícitos, pueden estar separados de la presentación de los hechos y argumentados, lo que permite convertirlos en objeto de discusión.

La constitución de la historia, a diferencia de lo que ocurre con la memoria, ha suscitado otra esperanza más: la de sustituir el carácter inexorablemente egocéntrico de ésta por un punto de vista libre de cualquier egocentrismo y que permita estudiar el pasado y escribir la historia como si el historiador fuera un sujeto infinito, capaz de alcanzar por ello la objetividad. En este caso también, ha habido decepción. Pero el hecho de que el historiador, como cualquier sujeto del conocimiento, sea un ser finito, significa únicamente que la subjetividad interviene en la producción de cualquier historia, aunque se practique como una ciencia social, y que se expresa en su carácter inexorablemente selectivo y parcial. Pero de ello no se deduce que la subjetividad de la historia sea idéntica al egocentrismo inherente a la memoria. Porque no basta para crear entre una historia y su autor la cosustancialidad que hace que un Yo sea su memoria. En otras palabras, para un historiador, la historia de la que es autor es *su* historia de una manera radicalmente diferente de la que hace que la memoria de la que es portador sea *su* memoria. Sólo un poder excepcional de la imaginación ha permitido a algunos raros historiadores proyectarse cada uno de ellos en su historia hasta el punto de tratarla al mismo tiempo como su memoria individual y como la memoria del grupo al que encarnaban. En definitiva, mientras que la memoria habla necesariamente en primera persona, la historia prefiere la tercera persona. Y con motivo. Porque el historiador trata por lo general no de sí mismo sino de los demás, separados de él por un intervalo temporal más o menos largo, por una distancia en el espacio y por un haz de diferencias sociales, culturales o psíquicas, o a veces incluso por su propia naturaleza. De los demás a los que sólo puede acceder a través de los escritos, de las imágenes, de los vestigios de todo tipo, es decir, bajo una forma ya desde sus inicios objetivada. De los demás a los que también debe captar y comprender precisamente en su otredad.

La gran diversidad de las relaciones de los historiadores con el pasado que estudian y que describen, y por consiguiente los niveles de su identificación con éste, no se han hecho patentes hasta la ampliación temporal, espacial y temática del campo de aplicación del conocimiento mediato, que ha durado, insistamos en ello, varios siglos. Hoy sabemos que varían en función del grado de otredad del pasado; por consiguiente, no son los mismos en sus diferentes subdisciplinas de la historia, algunas de las cuales sólo utilizan la tercera persona, mientras que en otras ésta compite con la primera, que a veces predomina. Precisemos, para evitar malentendidos, que no se trata de gramática sino de epistemología: de la perspectiva que adoptan los historiadores fren-

te al pasado que abordan. Y recordemos que aquí sólo se trata de los estratos más recientes de este conjunto heterogéneo que denominamos *historia* y cuyos estratos más antiguos sólo están compuestos por la memoria puesta por escrito.

Las diferencias entre la historia y la memoria son por consiguiente máximas siempre que se trate de un pasado muy remoto, del pasado de la naturaleza, y se reducen al mínimo siempre que se trate de un pasado próximo en todo al historiador. Son máximas allí donde se estudian las trayectorias y sus singularidades, para atenuarse en el estudio de las formas espaciales y de las relaciones, sobre todo cuando integramos en ellas su dimensión vivida, y alcanzan su mínimo cuando se trata de individuos. Pero incluso en el estudio del tiempo presente, el respeto de la exigencia de abordarlo a través de sus fuentes y mediante procedimientos codificados y reproducibles, sin los cuales no sería historia, transforma el tiempo presente en pasado, a la vez que lo distancia del historiador, lo que permite a este último hacer un esfuerzo para superar la propensión inveterada al egocentrismo, limitar la influencia en sus investigaciones de sus sentimientos y de sus compromisos. Ello se aplica evidentemente también al estudio de los individuos. El resto depende de las condiciones, principalmente políticas e institucionales, en las que trabajan los historiadores, de su carácter y de su fidelidad a las reglas de la deontología profesional.

Al igual que la historia, la memoria colectiva es en cada momento un conjunto heterogéneo, compuesto por varios estratos cuya sucesión traduce su historicidad intrínseca. Al igual que la historia, ha vivido a lo largo de los dos últimos siglos transformaciones que han hecho que hoy sea muy distinta de lo que fue. Sus estratos más antiguos han quedado cubiertos, marginados, a veces incluso borrados, por los que dejaron las revoluciones y otras perturbaciones políticas, las guerras, el paso de la agricultura a la industria y a los servicios, luego de la industria pesada a la electrónica, el éxodo de la mayoría de las poblaciones europeas del campo a la ciudad, la escolarización masiva y cada vez más larga, los cambios en la vida familiar, en las relaciones entre los sexos y las generaciones, en las creencias colectivas, y entre éstas ante todo en la religión.

Por otra parte, a lo largo de los dos últimos siglos, la memoria colectiva se ha convertido en todos los países europeos en objeto de preocupación de los Estados, que han actuado sobre ella utilizando instrumentos como la escuela, el servicio militar, las ceremonias y las conmemoraciones, los monumentos históricos, los museos e incluso los nombres de las calles. Todo ello ha conducido a sustituir, en la

masa de la población, una memoria principalmente campesina y religiosa por una memoria nacional y laicizada que, al mismo tiempo, suplantaba entre las élites una memoria común producida por la pertenencia, por encima de las simpatías políticas, a una República de las Letras internacional y supraconfesional. La nacionalización de la memoria colectiva y la asunción, en gran medida, de su transmisión por parte del Estado, son hechos fundamentales de su historia a lo largo de los dos últimos siglos.

Paralelamente, durante los ciento cincuenta últimos años se ha producido una revolución de los medios de comunicación, precedida y facilitada por la revolución científica, que ha multiplicado desde el siglo XVII los instrumentos de observación y de medida. La fotografía, la fonografía, el cine, la radio, la televisión y el vídeo han creado conjuntamente una nueva memoria colectiva objetivada en forma de imágenes, de discos, de películas, de bandas magnéticas, de casetes, y accesible a un público cada vez más numeroso a medida que bajan los precios y progresan las técnicas que facilitan el manejo de los aparatos de grabación y reproducción. Esta revolución de los medios de comunicación permite al parecer revivir el pasado, volver a ver sus escenas y oír sus sonidos, siempre y cuando hayan sido grabados; porque, al conferirle al pasado una dimensión sensible de la que antes carecía, lo ha convertido en objeto de una casi percepción, de una percepción a través de las grabaciones, que sin embargo no es en realidad más que la percepción de estas últimas unida a la convicción de su conformidad con la realidad visible o sonora que ya ha desaparecido —convicción que a menudo produce una fuerte ilusión de estar en presencia de esa realidad. Es cierto que esto no es más que una memoria virtual; por tanto, su actualización exige al mismo tiempo un mínimo de competencias técnicas, disponer de aparatos efectivamente capaces de traducir las modificaciones observables de los soportes en datos accesibles a la percepción y el dominio de un saber acerca del pasado. En cualquier caso, es una memoria nueva que se superpone a la antigua memoria escrita, como ésta se ha superpuesto a la memoria oral, todavía más antigua.

Mientras que la historia, en algunas de sus manifestaciones más recientes, se aleja deliberadamente de la memoria colectiva, a veces hasta el punto de oponerse a ella abiertamente, en su conjunto no intenta siquiera separarse de ella. Por su parte, la memoria colectiva queda expuesta a la influencia de la historia erudita, que se basa en las investigaciones, sobre todo en los casos en los que el Estado asume su transmisión. Esto equivale a decir que entre la historia y la memoria no hay una se-

paración estanca. La heterogeneidad de la historia es fruto por una parte también del hecho de que se extiende entre dos polos, uno de los cuales está constituido por la memoria colectiva y otro por el conocimiento mediato, dos maneras de establecer un vínculo con el pasado, aunque se trate de vínculos diferentes en su mismo principio. De forma semejante, la heterogeneidad de la memoria colectiva es también fruto de la asimilación por parte de ésta de las aportaciones de la historia erudita. La redacción por parte de los historiadores de manuales escolares y de libros de difusión y su participación en la programación de conmemoraciones y en emisiones de radio y de televisión, todas estas actividades se sitúan en la frontera entre la historia erudita y la memoria colectiva o, mejor aún, en un espacio que pertenece unas veces a una y otras a otra, y otras a ambas a la vez.

Sin embargo, durante mucho tiempo, no han ejercido ninguna influencia sobre la práctica de la historia erudita, y en particular sobre los cuestionarios que se utilizaban en las investigaciones y que no incluían la memoria colectiva entre los objetos susceptibles de ser estudiados por los historiadores, a diferencia de los etnólogos y de los sociólogos. Además, semejante influencia era difícilmente concebible cuando los sectores más avanzados de la historia erudita, orientados hacia un pasado que por lo menos dos siglos separaban del presente, se interesaban principalmente por la economía y se sentían fascinados por las cuantificaciones, las ecuaciones y las curvas. Sólo a lo largo de la década de 1970, el centro de gravedad de las investigaciones históricas empezó a desplazarse de lo económico a lo político y lo cultural, ejerciendo una incidencia inmediata sobre el tratamiento de lo social, cuya dimensión recobró el rango que le correspondía. Y que comenzó paralelamente a desplazarse desde la primera modernidad hacia el tiempo presente y el siglo anterior, imponiendo a los historiadores nuevas preguntas y obligándoles a afrontar nuevos desafíos.

Todo ello traducía sin duda el impacto sobre la historia erudita de la coyuntura psicológica y política evocada al principio de este ensayo. Pero también era en gran medida fruto de la revolución de los medios de comunicación. Efectivamente, creó objetos de un tipo inédito —grabaciones visuales y sonoras—, cuya utilización por parte de los historiadores con la categoría de fuentes exigía la ampliación de la noción de archivo y la entrada en vigor de nuevas prácticas de archivo, así como la adaptación a dichos objetos de los procedimientos críticos que hasta entonces se reservaba casi exclusivamente a los textos escritos. Puso a disposición de los historiadores nuevos instrumentos como el magnetófono de casetes; ligero, fácil de manejar y barato, éste permitió por primera vez grabar a gran escala la voz de los miembros de las categorías sociales que expresaban muy poco o nada en las fuentes escritas sus maneras de ver y de vivir y que, por este motivo, hasta entonces se habían pasado por alto o abordado desde el exterior. Por último, debido al lugar que los medios de comunicación conceden a personajes y episodios del pasado, sobre todo del pasado reciente, y debido también a su capacidad de imponer determinados temas a la atención de la opinión pública y de suscitar controversias en torno a los mismos, el lugar que han pasado a ocupar los medios de comunicación en la vida diaria de la gente ha conducido a los historiadores a plantearse de un modo nuevo las actitudes con respecto al pasado, la supervivencia de éste en el presente, la influencia que ejerce sobre el comportamiento de los individuos, de las instituciones y de los grupos.

Pero abordar este conjunto de cuestiones equivalía evidentemente a centrar las investigaciones en la historia misma y en la memoria colectiva. Por ello, a lo largo de las últimas décadas, hemos asistido al resurgir del interés por la historia y por los problemas del estatus epistemológico de la historia, de sus relaciones con la retórica y el conocimiento, de su manera de abordar el tiempo. Y hemos asistido a la promoción de la memoria colectiva a la dignidad de un objeto de historia por derecho propio. Ahora se estudian sus portadores, los lugares en los que se inscribe, los mecanismos que garantizan su transmisión, los efectos que provoca en la producción cultural y en la vida social y política. Pero se estudia a través de las fuentes consideradas en toda su diversidad, es decir, con los métodos del conocimiento mediato. Y esos estudios están en sus inicios, porque la utilización de ordenadorse, que a su vez empiezan a ser relativamente baratos y fáciles de manejar, abre una nueva época en nuestras relaciones con la memoria virtual, registrada de diferentes maneras y en diferentes soportes, pues permite explorarla con una exhaustividad y un rigor hasta ahora inalcanzables.

PARTE IV

CAPÍTULO VIII

La historia en el siglo XX: de la ciencia moral al ordenador

Para comprender la historia tal como se ha practicado en el siglo XX, hay que volver atrás. No necesariamente a Heródoto ni a Tucídides, ni siquiera a las grandes figuras fundadoras de la era de la erudición y del Siglo de las Luces, por muy duradera que haya sido su influencia. Pero sí a quienes a lo largo del siglo XIX han llevado a cabo la renovación radical del saber acerca del pasado: los medios que permiten adquirirlo, los argumentos que se aceptan como pruebas, los marcos conceptuales que supuestamente hacen inteligibles los hechos, la manera de hablar de los tiempos pasados. Se ha integrado este saber antes desgarrado entre la literatura, las investigaciones eruditas y la teología suplantada por la filosofía, en torno a una disciplina comparable a la filología tanto desde el punto de vista epistemológico como en términos de estatus, y animada no sólo por la ambición de conservar el derecho exclusivo a la denominación de *historia,* sino también, muy pronto, por la de conquistar una posición superior en el mundo de la ciencia.

EL DOGMA FUNDAMENTAL DE LA HISTORIA ERUDITA EN EL SIGLO XIX

Todo empezó en Gotinga hacia 1770 y continuó en Berlín en la década de 1820 en torno a Ranke y sus discípulos, y también en la década de 1860 en torno a Mommsen, antes de que quienes asistían a sus

seminarios introdujeran su saber en las universidades de todos los países europeos y de Estados Unidos. Y consistía en imponer, con el máximo rigor en la práctica de la investigación y de la escritura, en la evaluación de los trabajos publicados y ante todo en la enseñanza superior, lo que cabe llamar el dogma fundamental de la historia erudita: el pasado sólo puede conocerse a través de las fuentes y las únicas fuentes son las escritas. En definitiva: la historia se hace con textos. Las monedas y los sellos, únicas excepciones aparentes, se asimilan a escritos. Los objetos materiales, cuando los estudian los historiadores —como ocurre en el caso de las armas, las armaduras, los trajes y los edificios—, se estudian para comprender los textos. Cuando se estudian para suplir a estos últimos, los objetos materiales dejan de ser competencia de la historia; corresponden a la arqueología, que es una disciplina aparte, separada de la historia por una brecha infranqueable.

Ya desde el siglo XVII, para responder a los argumentos de los pirrónicos, los historiadores se vieron obligados a privilegiar entre los textos no las narraciones sino los documentos públicos en el sentido de que emanan de una institución o se destinan a un uso institucional: cartas, contratos, leyes, tratados, dictámenes judiciales, sentencias de deliberaciones, etc. Pero este tipo de documentos se hallaban fundamentalmente en los depósitos de las administraciones correspondientes, que sólo permitían el acceso a los mismos por razones de servicio. De ahí la importancia crucial para la historia de la creación de los archivos públicos. De ahí también, en cada Estado, la dependencia de la práctica de la historia de las políticas archivísticas que se aplicaban, elemento de su dependencia del entorno político y cultural, que contribuía a diferenciarla en gran medida dependiendo de los países. De ahí finalmente la preferencia concedida a épocas alejadas en el tiempo, porque los documentos que proceden de ellas, aparentemente privados de significación actual, eran por ello en el siglo XIX más fácilmente accesibles para los historiadores.

Con la adopción del dogma fundamental se instauró una escisión esencial entre el pasado y el presente. El primero sólo se conoce a través de las fuentes; el segundo sólo gracias a la percepción, que aparentemente lo aprehende sin ninguna mediación. Una historia del tiempo presente es por tanto inconcebible a menos que se trate de una historia que no respeta el dogma fundamental y que por consiguiente se opone a la historia erudita desde el punto de vista epistemológico. Así ocurre con la que producen los escritores, los periodistas y los aficionados que se consideran historiadores de lo contemporáneo, cualidad que los defensores de la historia erudita no tienen más remedio que ne-

garles en virtud de la diferencia entre las prácticas cognitivas entre ambas y las exigencias difícilmente compatibles que ello conlleva con respecto a la investigación y la escritura.

Otros corolarios del dogma fundamental determinan la idea reguladora de la historia y orientan las elecciones de los historiadores. Si el pasado sólo puede conocerse a través de los escritos, el período que la humanidad había vivido antes de la aparición de la escritura es, desde el punto de vista epistemológico, diferente en su mismísimo fundamento del período posterior a este acontecimiento; de ahí la ruptura entre la historia y la prehistoria. Por el mismo motivo, los pueblos sin escritura son objeto de un conocimiento que, a su vez, contrasta radicalmente con el conocimiento a través de las fuentes, porque los relatos transmitidos oralmente no sirven para estos fines. En ambos casos, la diferencia de la manera de conocer traduce supuestamente la manera de ser de las épocas y los pueblos sin escritura, más espontánea, más natural en una palabra, más próxima de la animalidad que la que corresponde a épocas y pueblos históricos; al igual que la arqueología, la etnografía difiere, pues, de la historia no sólo por las técnicas que utiliza, sino por la condición misma de su objeto. La insistencia en el doble sentido de la palabra *historia*, que designa al mismo tiempo los hechos tal como se han producido y el relato de estos hechos destinado a la posteridad, subraya este carácter supuestamente inherente a la historia que es, según unos, la identidad de la realidad y de la conciencia, y, según otros, la imposibilidad de separarla de la acción y la reflexión, que sólo la escritura hace al parecer posible.

Fiel al dogma fundamental, la historia concede importancia a los individuos en proporción a los escritos que se refieren a ellos, ya emanen de dichos individuos o de otros. Por eso privilegia los acontecimientos, sobre todo los grandes acontecimientos, es decir, aquellos que dejan tras de sí una estela particularmente larga de escritos. Por el mismo motivo, sólo estudia las instituciones y las categorías sociales que han producido escritos; cuantos más han producido, cuanto más han sido éstas objeto de ellos, más atención se les concede. La masa de la población de las sociedades premodernas queda, pues, fuera de sus intereses o sólo se aborda a partir de lo que de ella dicen los representantes de las categorías sociales instruidas, mientras que las investigaciones se centran en el derecho y en el Estado y, entre las actividades de éste, en la diplomacia y en la guerra.

Aplicando el dogma fundamental, sólo se hace historia de aquello que ha suscitado la producción de textos y que por consiguiente ha tenido que ser previamente percibido de forma consciente por los pro-

pios contemporáneos. Esto excluye todo lo que no creían digno de ser registrado por escrito y todo aquello de lo que no se daban cuenta, en particular los cambios lentos, que abarcan varias décadas o siglos. Por consiguiente, la historia es tributaria del tiempo corto, el de los individuos y el de los acontecimientos. Su tiempo, ritmado por fechas, es un tiempo de rupturas que carece de continuidades, un tiempo de innovaciones que carece de permanencias. Es un tiempo lineal, irreversible y progresivo debido al auge del poder de los Estados y a la propagación de la escritura, paralela a su creciente importancia.

De todo ello resulta que el ámbito de la historia todavía no está completamente separado del de la memoria. Desde luego el historiador debe abordar el pasado a través de las fuentes; debe preferir los documentos; debe ser consciente de la distancia temporal entre él y el período de estudio. También debe tratar sus fuentes con mirada crítica: verificar o establecer sus fechas y atribuciones, descubrir las circunstancias por las que se han producido, hacer explícitos los intereses y las posiciones que proyectan. Pero al cabo de ese conjunto de operaciones, a pesar de todo el historiador asume, aunque sea desde una perspectiva propia, lo que han percibido y grabado los autores de los documentos que utiliza. En otras palabras, lo que han memorizado.

Historia y filología

El reparto de los textos entre la historia y la filología atribuye a esta última las obras dotadas de un valor artístico: los textos literarios. A partir de la filología, o inspirándose en ella, pasan a ser disciplinas también la historia del arte, la historia de la literatura, la historia de la filosofía y, mucho más tarde, la historia de las ciencias. La primera es resultado de la distinción de una clase de objetos dotados de valor artístico, y las otras tres de la distinción de clases de textos dotados unas veces de valor artístico —aunque se trate de un arte de la palabra—, y otras de valor cognitivo (lógico), que no son mutuamente excluyentes; todos estos objetos y todos estos textos pueden tener además un valor educativo o ético.

«Tener un valor» significa manifestar su capacidad de trascender el tiempo, de ser permanentemente actual, de estar en condiciones, tras haber sabido conmover a las generaciones de nuestros predecesores, de actuar con la misma fuerza sobre nosotros y sobre nuestros descendientes hasta el futuro más lejano, de gustarnos y de gustarles, de abordar problemas siempre vigentes e incluso de proponer soluciones que

sean pertinentes, cualesquiera que sean las circunstancias. Su eterna ejemplaridad para la literatura, el arte, la filosofía, la moral o la ciencia, diferencia las obras que lo tienen de aquellas que, aun habiendo conmovido, aun habiendo despertado o incitado a actuar a los contemporáneos de sus autores, sólo lo han hecho durante un período limitado, para convertirse luego en astros muertos. Estas últimas sólo tienen un valor histórico: encerradas en su tiempo, sólo se refieren a aquellos a quienes interesan, porque el papel que entonces desempeñaron les permite servir de fuentes para el estudio de aquel tiempo pasado.

La definición del arte, de la literatura, de la filosofía o de la ciencia a través de la ejemplaridad eterna de las obras que les pertenecen suscita en el artista, en el escritor, en el pensador o en el sabio una capacidad creadora casi sobrehumana —imaginación o intuición— y lo rodea de la admiración que se le rinde a un semidiós, de un verdadero culto. Ésta también sitúa en el origen de cualquier estudio de las obras un acto de admiración. Ello conduce a incluir, en el núcleo del cuestionario con el que se abordan, el enigma de las cualidades que les confieren la capacidad de trascender el tiempo, y a asimilar la finalidad de cualquier estudio de una obra a la revelación de aquello que le ha permitido al artista (al escritor, al sabio, al pensador) hacer que se separe tanto de su persona como de las circunstancias que han presidido su génesis para tener una vida autónoma durante siglos.

¿En qué punto se encuentra ahora la historia? Lógicamente, sólo habría debido ocuparse de los residuos dejados por la filología y sus disciplinas satélite. Por consiguiente, por reparto le corresponderían obras que sólo tienen valor histórico y textos que no son obras porque sólo son medios, mientras que una obra es siempre un fin en sí misma. Producto de las actividades rutinarias, no son más que documentos que ocupan en la jerarquía de los textos un lugar muy inferior al de las obras. Por supuesto existen textos que, al estar situados en la frontera entre las obras dotadas de un valor supratemporal y los documentos, pertenecen tanto a los filólogos como a los historiadores. Así ocurre con el derecho romano, modelo de cualquier derecho, el derecho canónico que todavía aplica la Iglesia católica, los tratados, las convenciones y otros actos diplomáticos que conservan su validez. De ahí el lugar especial de la historia del derecho y de la historia de la diplomacia. Por lo demás, la competencia de la historia sólo abarca, salvo algunas excepciones, los documentos. El historiador, lector de documentos a través de los cuales convierte el pasado en un objeto de conocimiento, a diferencia del filólogo, no tiene nada que admirar; su ámbito es, no el de los valores sino el de los hechos, no el de los juicios sino el de las consta-

taciones. Sólo tiene que describir las cosas tal como han ocurrido realmente.

Sin embargo, existen hechos que, desde esta perspectiva, resultan problemáticos porque al parecer se asemejan a obras portadoras de un valor supratemporal. Es el caso de las creaciones políticas que han conservado su ejemplaridad hasta nuestros días: Atenas y Esparta, el imperio de Alejandro, la república romana. Es el caso de las decisiones que también la han conservado: desde la estrategia de Aníbal hasta la batalla de Cannes o del paso del Rubicón por parte de César. Es también el caso de todos esos personajes heroicos cuya obra, siempre ejemplar, ha sido su propia vida: los grandes capitanes, Luis XIV, Federico II, rey de Prusia. Es cierto que, a diferencia de las obras de arte o de la literatura que seguimos pudiendo contemplar o leer, estas obras políticas ya no existen y por consiguiente sólo se pueden estudiar a través de los textos que hablan de ellas. No por ello deja de plantearse la cuestión de la actitud que hay que adoptar con respecto a ellas. ¿Hay que tratarlas como un filólogo trata una obra maestra literaria? ¿O se puede hacer caso omiso de su valor supratemporal para abordarlas tal como se aborda cualquier otro hecho que se haya producido en el pasado?

Enfoque hermenéutico, enfoque etológico

Estas preguntas no se plantean sólo en el caso particular de las obras políticas. Se refieren al conjunto de las obras, cualesquiera que éstas sean. Y dan lugar a dos respuestas que definen, cada una a su manera, la filología y las disciplinas que gravitan en torno a ella y a la historia. Según la primera, preponderante en Alemania, todas son ciencias hermenéuticas. La segunda, que las considera como ciencias morales, predomina en Francia. El tratamiento de las obras que preconizan y que aplican difiere en varios aspectos.

La hermenéutica, cuyas reglas fueron codificadas a finales del siglo XVIII, sitúa en el núcleo del estudio de una obra la reconstrucción mental de dicha obra por parte del filólogo, entendiéndose que todo lo que vale para el filólogo vale también para el historiador del arte y para el historiador de la política, de la diplomacia y de la guerra, siempre y cuando aborde los Estados, las batallas, los tratados, los héroes, como obras dotadas de una ejemplaridad eterna. Por consiguiente, el filólogo debe ser a su manera un artista de la palabra. Por supuesto no se exige de él que sea un creador capaz de producir un texto literario sin precedentes, ganándose así el reconocimiento de los pueblos y de

los siglos. Lo que sin embargo debe aprender es a saber recrear en sí mismo algo que ya se ha creado y que es público.

Sólo la recreación permite captar la obra estudiada en su individualidad y comprenderla: volver a encontrar no sólo los procedimientos formales sino sobre todo las cualidades y los estados de ánimo de los que es fruto, tomar conciencia de las relaciones de significación entre las partes y el todo, señalar los caracteres que hacen que esta obra sea digna de ser estudiada a título individual, pues le confieren su valor artístico: su capacidad de hablar a los seres humanos y de conmoverlos mucho tiempo después de haber sido creada y muy lejos de su lugar de nacimiento. Por consiguiente, la obra se aborda desde el interior, a través de una serie de identificaciones y de distanciamientos con respecto a ella. También al autor se le aborda desde el interior; los accidentes de su biografía visible sólo tienen importancia en la medida en que han moldeado su interioridad. Así, cada obra es una mónada. Pero lo es en el sentido leibniziano del término: refleja a su manera todo el universo y, haciendo explícito lo que contiene, se revela su alcance universal.

El enfoque etológico, cuyas reglas también datan básicamente de finales del siglo XVIII, aun cuando tiene hondas raíces en el XVII, es el de una observación del exterior; incluso cuando se practica la introspección, el Yo que se mira es exterior al Yo objeto de la mirada. El filólogo debe ser, no un artista, sino exclusivamente un sabio. Sólo una observación que compara la obra estudiada con otras análogas y con fenómenos contemporáneos permite explicarla, reducirla a un entrecruzamiento de cadenas causales, restituir la conjunción única de circunstancias, por lo demás repetitivas y sometidas a regularidades, que ha permitido la eclosión de la obra. Por eso el enfoque etológico puede recurrir a los datos de la biografía para establecer un vínculo entre «la obra» y «la vida» de su autor; también puede recurrir al «medio», ya sea éste social o natural. En este caso se plantea la cuestión de la determinación de los creadores por este último; dicha cuestión no procedía que la planteara la hermenéutica, para la cual la única necesidad susceptible de imponerse a un creador es la inmanente a su propia creación.

La historia, ciencia hermenéutica, difiere a su vez por varios motivos de la historia, ciencia moral. Primero por la elección de los temas. La primera sólo se interesa por aquello que se puede tratar como una obra y concede por consiguiente una grandísima importancia al papel de los individuos. La segunda prefiere los hechos colectivos y se centra principalmente en las instituciones. Ésta estudia las revoluciones, la in-

glesa y la francesa, la historia de la civilización, la del tercer estado o la de la feudalidad. Aquélla, a Alejandro Magno, la historia político-diplomática, a los *condottieri* italianos del Renacimiento. La elección del tema conlleva obviamente una elección correspondiente de las fuentes no narrativas, tributaria en gran medida de las condiciones de acceso a los archivos, que sólo mejoran en la segunda mitad del siglo XIX; los medievalistas pueden privilegiar fuentes no narrativas, en tanto que los modernistas, cuando superan el siglo XVII, todavía se ven condenados a utilizar sobre todo relatos y memorias. Dicho todo esto, la barrera entre los adeptos de la hermenéutica y aquellos que optan por el enfoque etológico es cualquier cosa menos estanca. Las maneras de pensar, de estudiar y de escribir la historia atraviesan fronteras, y la práctica de los historiadores es por lo general mucho más ecléctica que sus declaraciones de principios. Pero lo que realmente une la disciplina y convierte las diferencias entre el enfoque hermenéutico y el enfoque etológico en problema interno es el acuerdo general referente a un dogma fundamental: tanto para unos como para otros, la historia se hace utilizando fuentes, y no hay más fuentes que las escritas.

EL ENFOQUE ESTADÍSTICO: LAS CIENCIAS SOCIALES

A partir de las últimas décadas del siglo XVIII, la economía, constituida ya como disciplina cuyo objeto es la producción y los intercambios, empieza a aspirar a la dignidad de ser la única ciencia capaz de prever el futuro de las sociedades humanas y, por consiguiente, de explicar su evolución pasada. Por ello, sus adeptos se vuelven hacia documentos que hasta entonces atraían muy poco a los historiadores, a menos que éstos se hubieran interesado por las cuestiones económicas, como fue el caso de David Hume. Estos documentos se refieren a la historia del comercio, de los precios, del curso de las monedas, de la fiscalidad, de las tarifas aduaneras, de las manufacturas y de las políticas de los Estados con respecto a ellas, del estado de la población en diferentes épocas, de la riqueza nacional que se trata de evaluar. Por otro lado, a partir de la primera mitad del siglo XIX empiezan a multiplicarse las investigaciones cuyo objetivo es registrar de forma cuantitativa hechos sociales sin relación directa con la producción y los intercambios: medir por ejemplo el número de suicidios o de crímenes cometidos cada año en un país determinado, clasificarlos por grupos de edad, estado civil, nivel educativo, categoría social, señalar sus fluctuaciones en cada

época del año y estudiar sus variaciones en períodos prolongados. Conducirán a la creación de una nueva disciplina que, después de haber sido calificada de *física social*, acabará llamándose *sociología*.

Pero lo que sucede aquí es algo mucho más profundo que la aparición de dos nuevas disciplinas, por muy importantes que éstas sean. Porque lo que aportan y lo que se incorpora a la definición de sus objetivos respectivos y a los procedimientos cognitivos que ponen en práctica es una innovación epistemológica fundamental: la elaboración de un tratamiento estadístico de los hechos humanos, modalidad *sui generis* del conocimiento de estos últimos, diferente en su principio del tratamiento hermenéutico y del tratamiento etológico. Y es que a la estadística no le interesan los individuos en su singularidad, los acontecimientos en su unicidad, las instituciones en su especificidad ni las obras tratadas como incomparables. Su material son los datos diarios, banales, en masa, repetitivos. Se dedica a contarlos, con el fin de poner de manifiesto, a partir de las series de números, las regularidades que los rigen.

En las ciencias sociales que aplican el tratamiento estadístico, la exterioridad del investigador con respecto a lo que estudia es todavía mayor de lo que lo es para las ciencias morales. También es mayor la independencia de los procedimientos utilizados con respecto a las preferencias personales del investigador y a sus juicios de valor; por ello durante mucho tiempo se creyó que era completa. Por otra parte, también abundando en las regularidades que rigen los hechos humanos y que los hacen en cierta medida previsibles, el tratamiento estadístico al parecer desdibuja la frontera entre el reino de la libertad y el del determinismo, entre el ser humano y la naturaleza. Por ello es muy grande la tentación de tratar la historia humana como si sólo fuera una prolongación de la historia natural y de empeñarse en descubrir las leyes que supuestamente la rigen o la de borrar la diferencia cualitativa entre la historia humana y la evolución biológica y reducir la primera a la segunda.

Ciencias morales, ciencias hermenéuticas, ciencias sociales, ciencias naturales: éste es, en su forma más general, en las últimas décadas del siglo XIX, el reparto de las disciplinas universitarias según las modalidades del conocimiento que aplican. A esta diferencia epistemológica le corresponden opciones diferentes en el conjunto de objetos virtuales de estudio. Pero estas opciones dependen también de los países en que se realizan. Posiblemente el mismo objeto se aborde de forma distinta en Francia que en Alemania. Sin embargo, por lo general la división del campo del saber en disciplinas autónomas unas con respecto a otras garantiza la coexistencia pacífica de los enfoques que proce-

den de opciones filosóficas divergentes, cuando no incompatibles. La particularidad de la historia radica en que se encuentran y se enfrentan precisamente en su terreno.

Durante la segunda mitad del siglo XIX emerge la historia económica que más tarde se convertirá en historia económica y social, como disciplina reconocida del saber histórico. Esto se produce paralelamente en varios países: en Alemania (Schmoller y su escuela, Max Weber, Sombart), en Gran Bretaña (Unwin, Clapham), en Estados Unidos (primera cátedra de historia económica en 1892, en Harvard, para Ashley), en Francia (Levasseur, d'Avenel, Mantoux), en Bélgica (Henri Pirenne), en Rusia (Vinogradov y su escuela, Rostovzev, Kareïev). En sus inicios, la historia económica y social es una ciencia moral. Sólo a partir de las últimas décadas del siglo, marcadas por los avances de la sociología y de la economía, empieza a adoptar cada vez más el enfoque estadístico, lo que dará lugar a importantes debates desde el seno mismo de la disciplina. La influencia de la obra de Marx contribuyó en gran medida a este giro.

No obstante, desde su aparición, la historia económica y social se vuelve hacia objetos por los que anteriormente los historiadores en el mejor de los casos sólo se interesaban de forma marginal. Efectivamente, se centra en las variaciones de los precios, de las rentas, de los salarios, en las relaciones entre los terratenientes y los campesinos en el medio rural y en el seno de las corporaciones en las ciudades, en las empresas (las compañías comerciales, los bancos, las manufacturas), en la revolución industrial, en la constitución de la burguesía como clase social y como tipo psicológico, en las crisis económicas y en los ciclos de la coyuntura. Con ello, la historia económica y social introduce todo un nuevo abanico de fuentes escritas —mercuriales, libros contables, inventarios, correspondencia comercial...—, y somete estas fuentes a un tratamiento que se beneficia de lo que tienen de repetitivo, aun cuando no se trate de datos cuantificables y con más motivo cuando no se dispone de ellos. Que, en una palabra, procede del enfoque estadístico e incluso lo aplica directamente a los documentos procedentes del pasado.

Nada muestra mejor la novedad de semejante manera de practicar la historia que las controversias suscitadas por su pretensión de ser, si no la única que la practica correctamente, al menos la mejor, adaptada a todas las épocas y a todos los objetos. La polémica de Max Weber con Édouard Meyer o el proceso que entabló François Simiand contra los historiadores son ejemplos particularmente memorables de ello. Al tiempo que plantean cuestiones inéditas, estas controversias confieren

nueva actualidad a viejos problemas de los que se podía pensar que, si no estaban resueltos, al menos el paso del tiempo los había privado de su virulencia original. ¿Es la historia una ciencia o un arte? Y si se la considera una ciencia, ¿qué sentido se le da a este término? ¿Se puede concebir una ciencia de lo individual? ¿La historia se dedica a las repeticiones y, en caso afirmativo, dónde aparecen éstas? ¿Hay que privilegiarlas en detrimento de los hechos singulares o, por el contrario, hay que interesarse exclusivamente por estos últimos? ¿Qué tipo de determinismo descubre la historia, si es que descubre alguno: leyes que se aplican sin excepción o regularidades probabilistas? ¿Cuáles son los papeles respectivos de los individuos y de las masas? ¿Dónde se sitúan y en qué consisten los motores de la dinámica histórica?

De la historia política a la historia económica y social

Todas estas cuestiones, debatidas en el cambio de siglo en la mayoría de los países europeos y en Estados Unidos, se refieren al respecto de saber si los tres enfoques, el etológico, el hermenéutico y el estadístico, son incompatibles o si se pueden conciliar en la investigación con vistas a establecer los hechos y en la construcción de marcos conceptuales cuya función es hacer que estos hechos resulten inteligibles. Sin embargo, estos debates no cuestionan el dogma fundamental de la historia erudita. A pesar de ello, a finales del siglo XIX el propio dogma empieza a ser a su vez objeto de refutaciones cuya trascendencia inicialmente no se percibe porque en aquella época da la sensación de que éstas se producen o bien en los márgenes de la historia o bien desde fuera de ésta. En los márgenes: es el caso de la *Siedlungsgeschichte*[17] alemana, que, para suplir la falta de fuentes escritas antiguas y medievales, o las lagunas de éstas, recurre al estudio de los paisajes, las técnicas y los usos campesinos, los topónimos y los etnónimos, los vestigios hallados en excavaciones. Desde fuera de ésta: así, en Francia, la geografía humana de Vidal de La Blache, con el fin de explorar el territorio nacional y de poner de manifiesto las fuerzas que lo han modelado, se interesa igualmente por los paisajes, los topónimos, los aperos de labranza y las costumbres de los pueblos.

Ambos procedimientos desde luego permanecen fieles a la idea de que el pasado sólo puede conocerse a través de las fuentes. Pero en la

[17] Historia del poblamiento, en alemán en el original. *(N. de la T.)*

práctica rechazan que éstas se limiten exclusivamente a los textos. Promueven a la dignidad de fuentes históricas las formas de los campos y el reparto de los bosques, el trazado de las carreteras y los planos de los pueblos, los carros y las carretas, las tejas, los ladrillos y los vestigios dejados por las antiguas industrias. De este modo, erigen en instrumento del conocimiento la mirada posada sobre los elementos del entorno natural y sobre todo humano, y recalcan el valor de documentos tales como los planos, los mapas y las imágenes. La transposición del enfoque de los geógrafos a una historia económica y social dominada por el conocimiento estadístico constituirá la principal innovación de Lucien Febvre y Marc Bloch. Confiere su originalidad a la revista que lanzan en 1929, *Annales d'histoire économique et sociale,* y su fecundidad al programa de investigaciones que presentan y que llevan a cabo.

El período comprendido entre la década de 1890 y finales de la de 1960 se caracteriza por un auge del poder de la historia económica y social que, en distintas fechas dependiendo de los países, destrona a la historia política y a la historia cultural practicadas unas veces como ciencias morales y otras como ciencias hermenéuticas. En la mayoría de los países, no obstante, éstas conservan sus posiciones dominantes hasta recién terminada la Segunda Guerra Mundial, porque abordan los grandes problemas candentes del pasado nacional y gozan del favor del público. Al parecer sólo hay dos excepciones a esta regla: Estados Unidos, por la enorme influencia de Charles A. Beard y su interpretación económica de la historia estadounidense, y la Unión Soviética, por la imposición por parte del poder bolchevique del marxismo-leninismo, primero en la versión extremista de Mikolaï N. Pokrovski y, a partir de mediados de la década de 1930, bajo una forma más moderada que ha permitido retomar el vínculo con la tradición de la historia económica y social rusa representada en particular por E. A. Kosminski, D. M. Petrushevski, Boris Porchnev y Evgeni V. Tarle.

En otros países se producen otras situaciones. En Alemania, la tradición de Ranke representada por Friedrich Meinecke se impone en la enseñanza universitaria de la historia hasta la llegada al poder de Hitler. En Italia, la gran figura de Benedetto Croce se mantiene a la cabeza de la historia ético-política, del mismo modo que en Inglaterra la escuela de sir Lewis Namier domina una historia política que se centra en las instituciones y en las ideas. Johan Huizinga, cuya historia cultural se basa en un enfoque hermenéutico, destaca en la historiografía neerlandesa. Y en Francia, Charles Seignobos es probablemente, en el período de entreguerras, el historiador más reputado, si no el más influyente. Sin embargo, en todos estos países, como en varios otros, los adeptos de la historia económica y social son muchos y eminentes. Por doquier se multiplican las revistas cuyo título contiene la expresión «historia económica y social» o sus sinónimos, al igual que las cátedras dedicadas a esta disciplina. Se concede una importancia cada vez mayor a la historia de los precios, que en la década de 1930 es objeto de una investigación internacional.

La historia económica y social no ocupa el lugar que antes le correspondió a la historia política hasta después de 1945, momento en el que impone su impronta a la historia de todas las épocas y de todos los ámbitos. En otras palabras, se convierte en la disciplina rectora del saber histórico en su conjunto. Prueba de ello es el reconocimiento internacional de historiadores franceses tales como Fernand Braudel y Ernest Labrousse, y en general de toda una corriente que se dice seguidora de Lucien Febvre y de Marc Bloch, que se expresa a través de los *Annales* y cuyos miembros enseñan casi todos en la sección VI de la École Pratique des Hautes Études de París. Testimonio de ello es la publicación en Gran Bretaña, a partir de 1952, de una revista como *Past and Present,* cuyos fundadores, todos ellos especialistas distinguidos en historia social —en particular Eric Hobsbawn y Edgard P. Thompson— buscan su inspiración en los *Annales* y en el marxismo que por otra parte penetra con fuerza en las universidades occidentales. También son testimonio de ello las grandes controversias de la época. Se refieren, como prolongación de las que se habían dado antes de la Primera Guerra Mundial, al paso de la economía antigua (esclavista, según los marxistas) a la economía medieval (feudal, según los marxistas), así como a los orígenes del capitalismo y en particular a las relaciones entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo. También abordan nuevos temas: las crisis, sus repercusiones y sus efectos (siglo XIV, siglo XVII), las condiciones de un despegue económico o las relaciones entre los órdenes y las clases. Testimonio de ello es la penetración del enfoque estadístico en los ámbitos que inicialmente le eran absolutamente ajenos, en particular el estudio de los fenómenos políticos (por ejemplo los comportamientos electorales) y más tarde también el estudio de los fenómenos culturales (la producción y la circulación del libro, la alfabetización, las actitudes frente a la muerte, etc.).

Tal como se practica a partir de la década de 1930, la historia económica y social se aleja poco a poco de sus orientaciones anteriores. Desplaza su centro de gravedad desde la Edad Media hacia los siglos XVI a XVIII. Se interesa en menor medida por el gran comercio y cada vez más, siguiendo la línea marcada por Marc Bloch, por la historia rural, la de la vida campesina y de la producción agraria, así como

por las crisis y las coyunturas, principalmente agrarias, objeto de estudio por parte de Wilhelm Abel y Ernest Labrousse. Abandona una idea simple del tiempo de la historia, según la cual éste era unidimensional y uniformemente progresivo, en beneficio de una distinción —aportación fundamental de Fernand Braudel— entre la larga duración de las estructuras, puntuada por cambios irreversibles, revoluciones, las variaciones más rápidas y cíclicas de las coyunturas y el tiempo acompasado y lineal de los acontecimientos. El primero se mide en unidades de siglo, incluso de milenio; el segundo en décadas; el tercero en años, meses, días y horas.

Para explicar las fluctuaciones de las coyunturas que las series de precios permiten comprender, los especialistas en historia económica y social, al igual que los economistas, llegan a construir modelos que hacen explícitas las dependencias recíprocas entre variables tales como los cambios del entorno natural, los movimientos de la población, las innovaciones técnicas, la producción de metales preciosos, etc. Esto los conduce en particular a hacer una historia del clima que utiliza como fuente los movimientos de los glaciares y los anillos de crecimiento anual de los árboles. Y una historia demográfica que tiene en cuenta las epidemias, los cuidados corporales y la higiene, así como las prácticas sexuales, entre ellas la contracepción. De este modo plantean de una manera nueva el papel de los factores no económicos: vinculados con las mentalidades, la cultura y la política.

La promoción de la historia económica y social a la categoría de disciplina rectora del saber histórico en su conjunto es sólo uno de los aspectos del nuevo papel que les corresponde asumir a las ciencias sociales en un Occidente en el que se producen dos revoluciones industriales: primero la del vapor, del carbón y del acero, luego la de la electricidad, la química y el motor de combustión interna. Efectivamente, éstas constituyen el origen de los difíciles, e incluso explosivos, problemas sociales que son consecuencia de la expansión de la urbanización y del crecimiento del número de obreros que trabajan en la gran industria; las reformas orientadas a integrar esta categoría en la nación conducirán al cabo de un tiempo a la aparición del *Welfare State*[18]. Otro aspecto de los cambios a los que conducen las revoluciones industriales es el auge del poder del marxismo, con el que la historia económica y social se alía y que, a partir de la década de 1890, se convierte en una

[18] Estado de bienestar, en inglés en el original. *(N. de la T.)*

fuerza política, creciendo el electorado de los partidos socialdemócratas, en algunos países, sobre todo en Alemania, en las universidades. La Primera Guerra Mundial y las grandes transformaciones sociales subsiguientes, la revolución bolchevique en Rusia y el crecimiento económico de la URSS en contraste con la gran crisis de las sociedades capitalistas, el advenimiento al poder del fascismo en Italia y del nazismo en Alemania, los desastres de la Segunda Guerra Mundial—, todo ello conduce, incluso en los países democráticos, a otorgarle al Estado la responsabilidad de la reconstrucción económica y social y, en términos generales, del bienestar de las poblaciones. De ahí la adopción de la planificación bajo diversas formas y la importancia de las ciencias sociales, que habrán de permitir la recogida de datos sobre la situación de la sociedad y aportar las bases teóricas de las políticas económicas, culturales, educativas y sanitarias.

La nueva historia cultural

Aproximadamente a partir de 1965, la historia económica y social empieza a ceder su lugar, preponderante, a una historia al mismo tiempo cultural y política de la que veremos que tiene muy poco en común con la historia cultural y la historia política tal como se practicaron durante la primera mitad del siglo. La transición de una a otra la garantizó, en gran medida, la intermediación de la demografía histórica o de la historia de las poblaciones, situada en la encrucijada de la economía y de la problemática del cuerpo y de las representaciones que rigen las actitudes con respecto a la vida y sus fases, a la sexualidad y a la muerte. La obra de Philippe Ariès pone de manifiesto de una manera particularmente llamativa el papel de la demografía. Pero dicha transición ha tenido lugar paralelamente a través de otras vías. Así, en el caso de Witold Kula, la de un estudio de las medidas, principalmente de las agrarias, y, en el caso de Jacques Le Goff, la de una investigación sobre los grupos sociales y sobre los problemas del tiempo de trabajo en la Edad Media. La influencia de la antropología en los historiadores, en particular en los especialistas de la Antigüedad y en los medievalistas, también ha obrado en este sentido, como se puede comprobar a través de las obras de Jean-Pierre Vernant.

Pero la promoción de la historia cultural y política a la categoría de disciplina rectora del saber histórico es fruto no sólo de los cambios inherentes a la historia económica y social. También es efecto de una verdadera mutación epistemológica de las disciplinas que durante mu-

cho tiempo han conservado en el seno de este saber una posición autónoma: la historia de la literatura, la historia del arte, la historia de las ciencias y, al parecer en menor medida, la historia de la filosofía. A diferencia de la historia a secas, ciencia moral primero y luego, cada vez más, aunque nunca exclusivamente, ciencia social, todas estas disciplinas, hasta la década de 1960, permanecen fieles al enfoque hermenéutico, aun cuando se intenta aplicar localmente a determinadas disciplinas el enfoque estadístico. La mejor ilustración de este caso nos la ofrece la historia del arte, siendo los trabajos más significativos y más influyentes, a partir de la década de 1920, los producidos por los partidarios de la iconología (Erwin Panofsky, Fritz Saxl, Edgar Wind, André Chastel), que adaptaron con rigor y maestría las reglas de la hermenéutica al estudio de las artes visuales; los autores que practican una sociología del arte de inspiración más o menos marxista (Arnold Hauser, Frederick Antal) nunca han dejado de estar marginados.

Sin embargo, a lo largo de la década de 1960, se cuestionaron todos los fundamentos del enfoque hermenéutico. Las propias nociones de autor equivalente a un individuo estrictamente determinado y de obra bien circunscrita y dada de una vez por todas fueron objeto de refutación (Michel Foucault), lo que al parecer las privó para siempre de esta especie de evidencia apodíctica de la que gozaban anteriormente. Además, la admiración que había que profesar a las obras y a sus creadores, antes siquiera de haber comenzado a estudiarlos para poder comprenderlos desde dentro, ha dejado paso a una sospecha generalizada y al parecer es la única postura que permite profundizar en su comprensión. Se manifiesta sobre todo en la historia de las ciencias tal como la cultivan quienes, no sin algunos abusos, se las dan de seguidores de Thomas S. Kuhn, con el fin de revelar el carácter ilusorio de la racionalidad a la que aspiran.

Al mismo tiempo, la idea de un valor, artístico, cognitivo o de otro tipo, identificado con la capacidad que tienen algunas obras del espíritu de trascender el tiempo, de conservar una eterna ejemplaridad en sus respectivos ámbitos, también ha perdido crédito. Ya no se trata de preguntarse cómo un creador ha conseguido conferir un determinado valor a una u otra de sus obras. Se trata de determinar cómo las generaciones sucesivas de espectadores o de lectores han vuelto a fabricar, por así decirlo, una obra a partir de los elementos que tenían a su disposición, se la han atribuido a un autor en particular o le han adjudicado significados diferentes, a veces contradictorios y, por lo general, muy alejados de los que contenía en origen, hasta el punto de que se pueden extraer de ella estratos de significados superpuestos a lo largo

del tiempo. Es decir, que, si es que hay estética, ahora se incide, en particular en los estudios literarios, en una estética de la recepción (Hans Robert Jauss). Y si la palabra *hermenéutica* se utiliza hoy en día más que nunca, el conjunto de presupuestos y de procedimientos al que remite es completamente distinto de aquel que designaba en el siglo XIX.

La aplicación de la nueva hermenéutica parece compatible, al menos localmente, con el hecho de recurrir a procedimientos procedentes del enfoque estadístico. A veces incluso los suscita. Por lo tanto, disciplinas tales como la historia del arte, la historia de la literatura, la historia de las ciencias o la historia de la filosofía ya no se distinguen de la historia en términos epistemológicos. Esto se traduce en una reorientación de sus programas de investigación. Así, la historia del arte concede ahora una importancia mucho mayor que antaño a la materialidad de las obras y sitúa en el centro de sus preocupaciones las relaciones entre los artistas, los patronos y los espectadores, las colecciones, los museos, las academias de arte y la circulación de las imágenes. En cuanto a la historia de la literatura, ya no se separa de la historia del libro, al mismo tiempo técnica, económica, social e incluso psicológica, junto con la de la lectura. Paralelamente, la historia de las ciencias se orienta por una parte hacia las colectividades, como los laboratorios, las redes de intercambios con los especialistas, las academias y otras instituciones del saber, y, por otra parte, hacia los instrumentos.

Por regla general, los artistas, los escritores, los pensadores y los sabios ya no son tratados como genios desencarnados y solitarios que, desvinculados de toda práctica, lo extraen todo del poder exclusivo de su espíritu. Al contrario, se les trata como seres corpóreos y sexuados, implicados en relaciones jerárquicas diversas, en juegos de poder en el seno de las instituciones, interesados sobre todo por las gratificaciones pecuniarias y honoríficas, compitiendo por los mejores puestos de mando, el reconocimiento de la prioridad y el mayor número de lectores. Y que, en el ejercicio de sus actividades, han de vérselas permanentemente con realidades materiales: el papel, la pluma, la tinta, las máquinas de escribir; los pinceles, los lápices y las tijeras, la tela, la piedra y el metal; los instrumentos de observación y de medida. La literatura, el arte, la filosofía y la ciencia dejan, por consiguiente, de ser entidades puramente espirituales y supratemporales, lo que implica su historización interna y hace posible una historia cultural concebida como la de las metamorfosis del conjunto de las producciones humanas.

La historia económica y social ha perdido su posición dominante no sólo a consecuencia del agotamiento de la productividad cognitiva de su cuestionario al cabo de un siglo de intensas investigaciones, sino también debido al nuevo lugar que ocupa la cultura en las sociedades desarrolladas, donde los servicios, incluidas las actividades culturales, han adquirido un peso económico sin precedentes. Y debido a la crisis generalizada de las ideologías que ha quedado patente a finales de la década de 1970 con el nuevo auge del liberalismo y su programa de dejar que el mercado se autorregule y su insistencia en la centralidad del individuo. Desde luego que el liberalismo es también una ideología. Pero es una ideología particularmente bien adaptada a la ausencia de una visión fuerte del futuro, capaz de movilizar a las masas, tal como las presentaban a finales del siglo XIX la socialdemocracia y, después de la Primera Guerra Mundial, las ideologías totalitarias bolchevique, fascista y nazi. Estas últimas, afortunadamente, han quedado marginadas. Pero las ideologías autoritarias están renaciendo en forma de integrismos religiosos, en el área islámica, donde se han hecho poderosas; en Estados Unidos, donde ejercen una influencia en la vida pública, y en Europa, donde —¿de momento?— son muy minoritarias. Pero las respuestas que ofrecen a la crisis de identidad que atraviesan todas las sociedades desarrolladas al cabo de varias décadas de profundas transformaciones que han afectado a la economía, la vida social y las costumbres de la gente en el sentido más amplio del término y que han privado a las personas de sus referencias habituales, hacen que una amenaza se cierna sobre el futuro de la democracia.

Éste es el telón de fondo de la nueva historia política que se desarrolla desde hace unos veinte años y cuya cuestión nuclear se refiere precisamente a la emergencia de la democracia moderna a partir del absolutismo monárquico y a la irrupción, en el terreno político democrático o en vías de democratización, de ideologías, de movimientos y regímenes autoritarios y totalitarios, después de la Primera Guerra Mundial y la crisis universal de la década de 1930. Ésta es la cuestión que aborda la obra de François Furet, y es la que orienta las investigaciones de varios historiadores en muchos países. Dichas investigaciones conducen a una nueva lectura de la historia moderna en cuya línea de salida figuran, desde esta perspectiva, las revoluciones inglesa, norteamericana y francesa en la medida en que fueron el origen de las instituciones de la democracia: el parlamento y los partidos políticos, la constitución escrita, los derechos humanos, una articulación original de los poderes, el sufragio que al final acabó siendo universal. Pero la nueva historia política es también la del Estado y la del derecho, que se remonta a su pasado medieval para deducir las variaciones de sus maneras de actuar. Y es además una historia, por un lado, del individuo y de la sociedad de los individuos, y, por otro, de la nación y de los grandes movimientos colectivos orientados por las ideologías en lucha abierta unas contra otras a lo largo del siglo XIX y durante la mayor parte del siglo XX.

Varios ámbitos, que éstas exploran conjuntamente, conjugan ahora la historia política y la historia cultural; a veces ni siquiera se pueden distinguir, como ocurre en el caso de Alphonse Dupront. Cuando se plantea el Estado, como lo hace la primera, sobre todo como un organizador de los escenarios del poder público en su papel de administrador de la violencia y de proveedor de bienes, la atención se centra en los ritos, las ceremonias, las festividades y las solemnidades de las que también se ocupa la segunda. Y se abordan utilizando las mismas fuentes: imágenes de todo tipo y vestigios tales como las insignias del poder o los monumentos arquitectónicos. Aunque las cuestiones son diferentes según los ámbitos tratados, apenas lo es el enfoque que consiste en comparar las fuentes icónicas y materiales con los textos con el fin de reconstituir en la medida de lo posible los espectáculos del poder, de volver a identificar sus colores y sus sonidos, así como los gestos y las posturas que adoptaban los actores y los espectadores, de hacer explícitos los significados que sus promotores y sus públicos otorgaban a estos espectáculos. Por este motivo, la historia política se interesa por los artistas, los autores de decorados e incluso los maestros de ceremonias, mientras que la historia cultural se interesa por quienes ostentan el poder y quienes reclutan en su nombre a los artistas y les indican qué programas han de seguir.

Los vínculos recíprocos entre la historia política y la historia cultural son más patentes que en ningún otro aspecto a través de la importancia que ambas conceden a este nuevo objeto privilegiado de investigaciones en que se ha convertido, a lo largo de los últimos veinte años, la memoria tanto individual como colectiva con sus mecanismos, sus instituciones, sus medios de transmisión y sus variaciones, en función de los retos que quienes son sus portadores tienen ahora que afrontar y de cómo éstos se plantean el futuro. De ahí la gran oleada internacional de estudios sobre las conmemoraciones, las ceremonias y las festividades a través de las cuales se reviven los

recuerdos del pasado, sobre los rituales que las rigen, sobre los lugares de la memoria materiales e inmateriales: recopilaciones de cánticos y paisajes, repartos mentales del espacio natural y social, cementerios, archivos y emblemas. La propia distinción entre la historia política y la historia cultural pasa a ser a este respecto no pertinente, debido a la identidad de los objetos que estudian y a los tratamientos que les aplican.

Probablemente sea con respecto a este punto como mejor se aprecia la afinidad no sólo temática sino también epistemológica entre ambas ramas de la historia. La apropiación por parte de ésta de la memoria que ha convertido en su objeto —pues, ¿qué es sino un estudio de los acontecimientos, de los personajes, de las creencias, de las instituciones y de las ideas a partir de su recepción?—: imágenes que se conservan y que se transmiten una generación tras otra, no sin sufrir cambios por el camino. O, mejor aún, una integración en la historia de la recepción memorial del pasado y de los efectos que ejerce, a menudo hasta nuestros días. Ello supone que se parta del presente y que luego se quite un estrato de los recuerdos tras otro hasta llegar a los fenómenos situados en el origen y que se extraiga, si es posible, el significado original para establecer en qué medida marcó todos aquellos significados que se les otorgaron posteriormente.

La historia del tiempo presente

El paso al primer plano de la historia cultural y política ha corrido parejo con el desplazamiento del centro de gravedad temporal de la historia. Hasta el siglo XIX, la Antigüedad y la Edad Media eran para ella las épocas privilegiadas, aquellas cuyo estudio hacía avanzar el saber histórico en su conjunto. La historia diplomática, que pasa a primer término bajo la influencia de la afirmación por parte de Ranke del *Primat der Aussenpolitik*[19], se centraba en la primera modernidad (siglos XVI a XVIII), cuyos archivos pasaron a ser accesibles a lo largo del siglo XIX, en distintas fechas dependiendo de los países. La Antigüedad, la Edad Media y la primera modernidad son una vez más las que se han visto privilegiadas por la historia económica y social, aunque ésta se centró principalmente en la última de ellas, lo que se advierte sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, si bien ya puede percibirse desde

[19] Primacía de la política exterior, en alemán en el original. *(N. de la T.)*

antes, y deriva de su interés fundamental por la génesis y las metamorfosis del capitalismo.

La promoción de la historia cultural y política al rango de disciplina rectora del saber histórico ha ido acompañada por un desplazamiento del centro de interés hacia el siglo XIX y hacia la historia actual. Esta última ha pasado a ser concebible a partir del momento en que se ha dejado de pensar que el presente sólo se podía comprender a través de la percepción, por lo que éste puede convertirse, igual que el pasado, en objeto de conocimiento a través de las fuentes, es decir, a partir del advenimiento de las ciencias sociales. Pero la historia del tiempo presente sólo ha podido afirmarse plenamente a raíz de la posibilidad de consultar los archivos, la cual, en varios países, ha permitido a partir de la década de 1960 el estudio del período de entreguerras e incluso de las primeras décadas de la posguerra.

Por este motivo, la historia del tiempo presente ha vivido en las tres últimas décadas un impulso que la ha convertido en el sector más dinámico y más innovador del saber histórico. Es la historia del tiempo presente la que se ha lanzado a la producción de fuentes, recurriendo a gran escala a relatos orales, ahora fáciles de grabar gracias al magnetófono de casetes que es ligero y barato. También es la historia del tiempo presente la que ha empezado a explotar de forma masiva las imágenes: carteles, fotografías, documentos cinematográficos, grabaciones de vídeo. Semejante apertura del abanico de fuentes virtuales ha permitido ceder la palabra a categorías sociales que, incluso en la época de la alfabetización masiva, producían pocos escritos susceptibles de traducir directamente sus maneras de ver, de pensar y de vivir.

De este modo se ha producido una renovación en la historia del campesinado y de los obreros, y con la historia de las mujeres ha aparecido todo un ámbito nuevo. Pero incluso la historia política y la historia de las ciencias, por ejemplo, se han beneficiado de la utilización de nuevas fuentes, en la medida en que éstas permiten recabar testimonios sobre cuestiones precisas procedentes de los actores directamente implicados en ellas y ceder la palabra a quienes hasta ahora pocas veces habían sido oídos: militantes de base, técnicos, miembros de las familias, etc. La historia del tiempo presente es hoy además el sector más controvertido de la historia, como lo ponen de manifiesto la *Historikerstreit*[20] alemana y los debates internacionales sobre los libros de François Furet y Eric Hobsbawm o —en un registro más político y me-

[20] Disputa o polémica entre los historiadores, en alemán en el original. *(N. de la T.)*

morial— en torno al libro de Daniel Goldhagen o también al *Libro negro del comunismo*.

No es de sorprender. Porque, ¿qué es el tiempo presente, sino el período que las generaciones todavía vivas han vivido y están viviendo? La duración de la vida se ha incrementado en los países desarrollados en tal medida que las personas que ya estaban activas hace más de medio siglo siguen entre nosotros, mientras que los plazos al término de los cuales los archivos se hacen accesibles se reducen casi por doquier a treinta años, exceptuando algunos informes particularmente delicados. Por consiguiente, se hace inevitable una confrontación entre, por un lado, los trabajos de los historiadores del tiempo presente, y, por otro, las memorias todavía doloridas y las posturas ideológicas capaces de despertar intensas pasiones. Confrontación dramática, porque la historia no puede limitarse a una puesta por escrito de la memoria, lo que inmediatamente desencadena entre una y otra un conflicto cuando abordan los mismos objetos. Y porque el papel de un historiador no es el de adoptar el punto de vista de las víctimas, por muy grande que sea su solidaridad con ellas. Su papel consiste en primer lugar en establecer los hechos de acuerdo con las reglas de la crítica histórica y luego en tratar de comprenderlos; esto lo conduce inevitablemente a situarse en un punto de vista distinto de todos aquellos que adoptan los protagonistas de los acontecimientos que estudia y, por consiguiente, a provocar el descontento general.

Sin embargo, sería reductor retener sólo de la historia del tiempo presente los temas políticos y candentes. Porque se han realizado trabajos importantes sobre la historia económica del siglo XX, sobre los cambios demográficos (las migraciones, el envejecimiento de la población), sobre las profundas transformaciones sociales que se han producido, como el fin de los campesinos, sobre las nuevas costumbres que se están implantando —las relaciones entre las generaciones, el estatus de la juventud, la familia—, sobre las transformaciones institucionales, en particular sobre la construcción europea, sobre las ciencias y las técnicas, sobre las artes y el lugar que ocupan en la vida contemporánea. Debido a las competencias que exige a sus especialistas, la historia del tiempo presente es menos que cualquier otra monopolio de los historiadores profesionales. Entre las publicaciones importantes de los últimos años, varias de ellas son obra de sociólogos, economistas o periodistas. Las fronteras entre el saber histórico y los demás ámbitos del saber han perdido la definición que antaño tuvieron y la recomposición de sus relaciones recíprocas dista mucho de estar acabada.

PERSPECTIVAS

Al cabo de todos los cambios que acabamos de describir, el dogma fundamental de la historia erudita, tal como se enunció al principio de este artículo, ha quedado definitivamente invalidado. Desde luego sigue siendo cierto, acaso más que nunca, que la historia sólo se construye a partir de las fuentes. Pero hoy sabemos que, lejos de limitarse a las meras fuentes escritas, el conjunto de las fuentes históricas es virtualmente ilimitado. Cualquier objeto material, ya sea mineral u orgánico, ya sea una producción natural o un artefacto, puede ser una fuente histórica a condición de que le hagamos las preguntas a las que éste es capaz de responder y de que dominemos las técnicas susceptibles de hacerlo hablar. La invalidación del antiguo dogma fundamental ha ahondado la brecha entre la historia y la memoria en la medida en que la historia se interesa cada vez más por fenómenos que nunca se memorizaron. Porque nunca se había tenido conciencia de los mismos. Así ocurre con todos los hechos cuantitativos antes del advenimiento de la era estadística. Ésta ha hecho posible, como acabamos de verlo, una historia del tiempo presente y, en particular, una historia de la memoria misma. Y ha permitido que la historia salga del tiempo corto para orientarse hacia una pluralidad de tiempos mejor adaptada a los ritmos variables de los hechos que le corresponde estudiar.

Todo ello ha permitido ampliar nuestro conocimiento del pasado a épocas que hasta hace poco quedaban fuera de nuestro alcance, lo que ha conllevado el desplazamiento de la frontera entre la prehistoria y la historia; ésta transcurre hoy no entre el período de antes de la escritura y el período de la escritura, por muy revolucionaria que por cierto haya sido la invención de ésta, sino entre el *Homo sapiens* y las especies del género *Homo* que lo han precedido, incluso entre los antropoides y los homínidos, es decir, entre la evolución biológica y técnica y la evolución cada vez más marcada por la producción, el intercambio y el consumo de semióforos. Todo ello ha permitido también incluir en el ámbito de la historia hechos que antes le eran ajenos: el paisaje y el clima, el cuerpo, la sexualidad, la vida cotidiana, el entorno sensible (los colores, los sonidos, los olores, incluso los sabores), las categorías mentales, los esquemas de las clasificaciones, etc. La historia se ha convertido en un haz de disciplinas especializadas, cada una de las cuales adapta sus técnicas a la naturaleza de los objetos que estudia. La síntesis histórica, capaz de establecer las relaciones entre las

diferentes partes del ámbito de la historia y de seguir las variaciones de estas relaciones en el tiempo, es ahora un reto intelectual al que es muy difícil responder.

Lo anterior se limita a Europa y a Estados Unidos; me faltan competencias para hablar de la historia que se practica en otros lugares. En los términos generales que planteamos aquí, a falta de lugar que nos permita entrar en más detalles, lo que es importante observar es la existencia de una producción histórica propia en todos los continentes y en casi todos los países del mundo. El siglo XX —y éste es uno de los hechos que hay que subrayar— ha presenciado cómo la historia en cuanto disciplina universitaria se convertía en un fenómeno mundial, tras estar confinada inicialmente sólo en Europa. El número de publicaciones, la multiplicidad de lenguas que se utilizan, la imposibilidad para una persona de acceder a todo lo que se produce y de asimilarlo hacen extremadamente problemático cualquier intento por realizar una historia mundial. Además, ya no se puede siquiera concebir, porque los viejos modelos de historia universal se nos antojan arbitrarios al tiempo que no son capaces de englobar a la humanidad entera con su diversidad temporal y espacial. Sin embargo —y ya es un paso importante en la dirección de una historia del ser humano—, sabemos que semejante historia no sería capaz de medir todas las sociedades con la vara de los criterios europeos y que debe renunciar a cualquier visión teleológica.

Todos los hitos que han jalonado la historia de la historia como género literario en primer lugar y como saber que aspiraba a la cientificidad en la época moderna se deben a la intervención de al menos tres factores: grandes cambios religiosos, políticos, sociales y culturales como la reactualización de los modelos antiguos, la imprenta, la Reforma, la Revolución francesa, la propagación de las ideologías...; la invención de nuevas fuentes y de nuevos tratamientos de fuentes antiguas; la renovación del cuestionario de los historiadores por regla general después de avances conceptuales y en particular de la constitución de las ciencias morales, de las ciencias hermenéuticas y de las ciencias sociales. Imposible hablar del papel futuro del primero de estos factores; para poder hacerlo habría que ser profeta. Pero sí podemos evocar el de los otros dos, porque ya están operando y se pueden vislumbrar los efectos que son susceptibles de producir en un futuro relativamente cercano.

En cuanto al tratamiento de las fuentes, al parecer nos espera una revolución, debida a la utilización a gran escala de los ordenadores y de los escáneres que permiten introducir en sus memorias enormes

masas de documentos que tenemos que manejar, sobre todo en lo referente a la era estadística y en particular al siglo XX. Baste recordar que numerosas series de archivos siguen pesando toneladas aun después de las selecciones que se han realizado y ocupan kilómetros de longitud. En numerosos ámbitos, ello debería facilitar que se abandonara un enfoque escasamente riguroso derivado de la imposibilidad en la que nos hallamos de construir muestras representativas de los conjuntos documentales que no se pueden dominar, y por consiguiente de profundizar nuestro conocimiento de determinadas tendencias pesadas de la economía y de la vida social.

Entre los avances conceptuales que se están perfilando, el primero que tenemos que citar es el de la historización de la historia tal como la practican los historiadores, es decir, una toma de conciencia por parte de estos últimos de su propia historicidad. Eso significa al menos dos cosas: por una parte, la eliminación de todo aquello que, en la manera de pensar los hechos y de describirlos, procede de la convicción implícita de que nos encontramos al final de la historia; por otra parte, positivamente, el aprendizaje de la apertura hacia el futuro, necesariamente imprevisible y sorprendente, aun cuando podamos identificar islotes de previsibilidad. El segundo avance conceptual que se perfila consiste en superar el marco nacional en la medida en que organiza las investigaciones, la interpretación de los hechos y su descripción. Esta pregnancia del marco nacional se debe entre otras cosas a la organización de los archivos que a su vez viene dictada por su dependencia con respecto a los Estados nacionales. La globalización de la economía y la aparición de entidades supranacionales, tales como diversas organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, y en particular de la Unión Europea, probablemente hagan que los marcos nacionales sean cada vez más insuficientes para comprender las últimas décadas del siglo XX, lo que puede tener también una incidencia sobre la manera de abordar las épocas más lejanas. La posibilidad de introducir en las memorias de los ordenadores el contenido de archivos muy diferentes y hoy en día muy difícilmente accesibles debido a su dispersión y a la pluralidad de las lenguas que utilizan podría contribuir, si se supiera aprovechar, a que se pensara desde una perspectiva europea la historia de cada país europeo considerado independientemente y la de todos los países juntos.

No existe una teoría general de la historia y nunca existirá. Pero disponemos de teorías parciales que se aplican cada una a un ámbito determinado y es probable que haya cada vez más y que sean más finas

que las actuales. También cabe esperar que algún día los historiadores puedan recurrir a una psicología renovada que les ofrezca una visión más operativa de la vida interior de los seres humanos que aquella que propone el psicoanálisis y que les permita comprender unos comportamientos en la actualidad ininteligibles.

CAPÍTULO IX

La irreducible pluralidad de la historia

¿Dónde se recluta hoy en día a los autores de las obras que los biógrafos clasifican en una de las múltiples subdivisiones de la rúbrica «historia»? Primero entre los profesores, los investigadores, los archiveros, los conservadores, es decir, entre las personas cuyo oficio consiste precisamente en editar las fuentes y en publicar artículos, monografías, síntesis, manuales y trabajos de divulgación referentes a un pasado más o menos lejano o al presente. Luego entre los periodistas, cuando éstos publican libros sobre los acontecimientos que acaban de producirse, sobre las vicisitudes de los partidos políticos, las peripecias de las campañas electorales, el desarrollo de las legislaturas, los asuntos o la vida de los actores eminentes de la escena pública. También entre los escritores, atraídos sobre todo por las biografías y por los episodios particularmente espectaculares del pasado. Y, finalmente, entre los aficionados que ocupan su tiempo de ocio estudiando los misterios de los Templarios o de la Segunda Guerra Mundial, los asuntos de espionaje, las intrigas amorosas de antaño, las causas célebres...

HISTORIA, PERIODISMO, LITERATURA

Sería fácil ponerse la toga académica y proclamar que sólo las publicaciones de los profesionales son propias de la historia, siendo el resto sólo periodismo o literatura, que corresponde tratar con condescendencia o incluso con desprecio. Sin embargo, esto sería un acto al mis-

mo tiempo vano y arbitrario. Vano porque, en nuestras sociedades democráticas, la definición del contenido y de las fronteras de la historia no es tarea exclusiva de los historiadores profesionales. La opinión pública tiene mucho que decir sobre el tema y sus relaciones con los profesionales de la historia son las de una negociación permanente. La opinión ejerce de diversas maneras una presión sobre los historiadores para orientarlos en la dirección que ella desea, mientras que los historiadores, por su parte, tienen que recurrir a argumentos para defender la idea de su disciplina que aplican en sus investigaciones. Además, la exclusión del periodismo y de la literatura en absoluto suscitaría la unanimidad de los propios historiadores profesionales, muchos de los cuales son perfectamente conscientes del carácter absolutamente arbitrario de semejante operación.

Y es que es imposible levantar hoy en día un muro infranqueable entre, por un lado, un periodista que estudia los archivos públicos y privados, desentraña la prensa de la época, se sume en las memorias del tiempo, en los anuarios estadísticos y otras publicaciones oficiales y graba entrevistas con los actores de los acontecimientos, y, por otro, un historiador del tiempo presente. Uno y otro proceden de manera similar aun cuando luego presenten los resultados de su trabajo de formas diferentes, lo que por otra parte no necesariamente ocurre. Semejante muro rodeaba sin embargo la historia universitaria de hace un siglo, cuando se la consideraba coextensiva de los archivos públicos y, por consiguiente, se detenía en la fecha en que éstos dejaban de ser accesibles: por lo general 50 años antes; más allá empezaban el periodismo y la política. Pero en aquella época, no había historia del tiempo presente, que es un invento reciente.

Y tampoco podía haberla, pues mientras que desde hace varios siglos la historia de los universitarios estudiaba el pasado a través de las fuentes, principalmente de los textos escritos, los periodistas referían lo que habían visto u oído en persona, mientras que los escritores y los aficionados contaban los acontecimientos del pasado tal como se habían grabado en el recuerdo. Por consiguiente, las producciones de unos y de otros diferían radicalmente desde el punto de vista epistemológico: las de los universitarios eran fruto de un conocimiento mediato del pasado; las de los periodistas, los escritores y los aficionados dependían del conocimiento habitual y de la memoria. Ello confería a estas producciones estatus sociales diferentes. Aun cuando no siempre aspirara a la dignidad de ciencia en una de las múltiples acepciones del término, la historia procedente del conocimiento mediato del pasado era una disciplina académica respetuosa para con las normas del mundo erudito, en particular en lo referente a la administración de las pruebas. Por ello, sus adeptos rechazaban el derecho a llamar *historia* a los relatos sobre el pasado, fruto del conocimiento habitual y de la memoria, que aspiraban a formar parte de las bellas letras y por consiguiente se sometían a las exigencias de los lectores interesados no en las pruebas sino, sobre todo, en la calidad artística de la narración. De ahí que se produjera un conflicto en torno a la propia definición de historia. ¿Es una ciencia o un arte? ¿Y quién tiene competencias para dirimir sobre este asunto?

A lo largo de los últimos cien años, estas diferencias se han desvanecido debido a la entrada del conocimiento mediato en la vida cotidiana y en el ejercicio de numerosas profesiones, en particular del periodismo. De hecho, también las transformaciones de la propia historia universitaria, que se ha podido abrir al presente sin traicionar sus principios en los casos en que se han hecho accesibles unos archivos muy recientes; además, documentos públicos de todo tipo, datos estadísticos, imágenes fijas y móviles, entrevistas grabadas con grandes figuras de la vida pública, así como con personas anónimas, proporcionan una masa de fuentes que permiten abordar el período que se está viviendo, al menos en relación con algunos de sus aspectos, como objeto de un conocimiento mediato. La frontera entre las producciones de los universitarios y las de la mayoría de los aficionados sigue solapándose con la línea de separación entre el conocimiento mediato y el conocimiento habitual completado por la memoria; sin embargo, tratándose de los periodistas y a menudo también de los escritores, la cosa cambia: la frontera pasa en estos casos por el interior del conocimiento mediato entre las diferentes modalidades de éste. Volveremos sobre ello.

Sin embargo, comentemos previamente el carácter arbitrario de cualquier intento de oponer la historia de los historiadores profesionales a la de los escritores o de los aficionados aduciendo el interés que estos últimos conceden a las biografías, a los sucesos, a los pequeños acontecimientos o a los acontecimientos a secas. Porque la biografía nunca ha sido repudiada por la historia universitaria, que, tanto en el siglo XIX como en el XX, ha producido algunas obras maestras del género; en algunos casos, sus autores fueron historiadores que se contaban entre los más innovadores de su época. En cuanto al acontecimiento, la historia universitaria lo ha rehabilitado plenamente después de un período en que dio la sensación de que le volvía la espalda; también hay que recordar que ocupó su lugar en la tripartición braudeliana del tiempo, junto a las estructuras y a las coyunturas. Y, por último,

el suceso, exiliado de la historia durante mucho tiempo, ha regresado a ella por obligación cuando se ha visto que revelaba comportamientos y mentalidades de determinadas categorías sociales que de otro modo habrían quedado fuera de su alcance.

En definitiva, hace un siglo los historiadores universitarios negaban el rango de historia a algunas obras producidas fuera de su corporación porque éstas, salvo algunas raras excepciones, no procedían del conocimiento mediato y por lo tanto no cumplían los criterios que supuestamente distinguían la historia erudita, única legítima según ellos, de cualquier otro discurso sobre el pasado. La historia como disciplina del saber, cuando no como ciencia, se oponía de este modo a la historia como género literario, tal como ocurrió a partir del siglo XVII, en términos al mismo tiempo epistemológicos, institucionales, sociales y estéticos. Desde luego, fueron muchos los historiadores que produjeron obras que pertenecían de pleno derecho a las bellas letras. Pero ello no formaba parte de sus obligaciones profesionales. Hoy en día, aunque existe una barrera, constantemente derribada y constantemente reconstruida, que separa la historia de la ficción, los historiadores universitarios ya no tienen razones epistemológicas para negar el rango de historia a gran parte de los trabajos cuyos autores no proceden de sus filas.

Las modalidades del conocimiento mediato

Dicho esto, existen diferencias nada despreciables que distinguen la historia universitaria, la de los historiadores profesionales, de la historia de los periodistas, de los escritores y de los aficionados que en adelante, por abreviar, denominaremos no profesional. Para empezar, no coinciden. En efecto, la primera estudia períodos y objetos que no interesan a la segunda y cuyos adeptos ni siquiera disponen de medios para abordarla. La historia antigua, impracticable sin el dominio de las lenguas muertas y de las escrituras a menudo no alfabéticas; la historia medieval, con sus exigencias en materia de paleografía, diplomática y genealogía; la historia de las poblaciones, tributaria de técnicas de análisis demográfico muy sofisticadas; la historia económica del siglo XIX y del siglo XX, aplicación de la econometría; todo ello queda reservado a los profesionales; en cuanto a los periodistas, los escritores y los aficionados, lo más que pueden hacer es divulgar sus resultados.

Además, la historia la practican hoy en día también los especialistas en genética cuando reconstruyen la manera en que los seres humanos poblaron la superficie de la tierra; los arqueólogos cuando, gracias a las técnicas físicas de la datación, sitúan en el tiempo sociedades de antes de la aparición de la escritura y revelan sus estructuras de poder, sus creencias y sus condiciones de vida; los médicos cuando, a partir de vestigios óseos, estudian antiguas enfermedades; los biólogos, los zoólogos, los climatólogos... en definitiva, la historia universitaria es incomparablemente más amplia que la historia no profesional tanto en el tiempo como en el espacio, y se interesa por un número mucho mayor de objetos.

Ésta no es ni mucho menos la única diferencia entre la historia universitaria y la historia no profesional. Pero al parecer predomina sobre todas las demás. En primer lugar sobre la que se deriva de los diferentes pesos respectivos que se asignan a las tres dimensiones del trabajo del historiador que son la investigación, la interpretación de los hechos y la escritura. Para los historiadores profesionales, aun cuando pretenden dar a sus obras una dignidad literaria, el acento recae siempre en la investigación. No es de sorprender: sus pares los juzgan en primer lugar por la calidad de ésta; lo que cuenta es la novedad de los hechos observados y las revisiones que son susceptibles de realizar de ideas ya admitidas acerca del pasado. En segundo lugar viene la interpretación, y en tercero la escritura; el *linguistic turn*[21] no ha incidido en esta jerarquía. Sin embargo, la historia profesional no la respeta, puesto que en su caso la escritura, así como el juicio que se realiza de los hechos, ya sea éste político, religioso, ideológico, estético o moral, es por lo general más importante que la investigación.

También son diferentes las relaciones que ambas historias mantienen cada una con la memoria. En la medida en que toda historia es, en la actualidad, tributaria del conocimiento mediato, se opone en esencia a la memoria. Pero la distancia entre una y otra es muy variable. La historia universitaria se aparta en mayor medida de la memoria cuando se aleja de la actualidad y de los grupos a los que pertenece el historiador, en particular de su nación. Y es la historia del tiempo presente, o del pasado próximo con respecto a tal o cual aspecto de su autor, la que se codea con la memoria hasta el punto de que no puede evitar enfrentarse a ella o a veces sufrir su influencia, incluso sin ser consciente el historiador. En la medida en que la historia no profesional se interesa principalmente por el tiempo presente y el pasado próximo, se sitúa enteramente en el propio terreno de la memoria de

[21] Giro lingüístico, en inglés en el original. *(N. de la T.)*

la que suele ser tributaria, aun cuando a veces la rebata oponiéndole documentos que la contradicen o que revelan sus lagunas.

Estas observaciones estarían incompletas si no añadiéramos que la historia universitaria está en sí misma profundamente diversificada. En primer lugar, como es evidente, en función de los espacios, los períodos y los sujetos estudiados, cada uno de los cuales requieren competencias particulares referentes a las lenguas, las escrituras y las técnicas que permiten extraer de ellos informaciones sobre el pasado de los vestigios que éste ha dejado, semióforos, cosas o cuerpos. Luego, lo que es menos conocido y requiere desarrollos algo más extensos, la historia universitaria está diversificada desde el punto de vista epistemológico, aun cuando esta diversificación se sitúe en el marco general del conocimiento mediato. Las preferencias por tal o tal otro vestigio del pasado, los tratamientos que se les aplican y las maneras de hablar de ellos difieren según los objetivos que se planteen y las vías que se elija para alcanzarlos.

Se puede practicar la historia como una ciencia moral. Entonces se estudian preferentemente los documentos públicos, que se analizan minuciosamente con el fin de reconstruir mentalmente las instituciones de las que emanan, así como las circunstancias en las que fueron producidos: las costumbres, las normas vigentes, los caracteres de los actores, los acontecimientos. A partir de los rasgos de documentos tales como la naturaleza de los soportes utilizados, la grafía de los signos, las huellas de los sellos, y a partir de un conocimiento de la lengua —del léxico, de las fórmulas, títulos, giros gramaticales y maneras de fechar—, semejante enfoque que puede denominarse etológico realiza inferencias apoyándose en una teoría que autoriza el paso del presente al pasado a través de la hipótesis de la invarianza de los principios que rigen la naturaleza humana.

También se puede practicar la historia como ciencia hermenéutica. Entonces hay que orientarse preferentemente hacia las obras de arte, el arte literario o las artes visuales, para poder reconstruir los procedimientos que los autores utilizaron para conferir a estas obras cualidades que hacen que las admiren generaciones muy alejadas en el tiempo del momento en que se crearon. Semejante enfoque se ha aplicado también a la política, asimilándose determinadas realizaciones, por ejemplo un Estado, a obras de arte. Aquí interesa poco o nada la materialidad de las obras; sin embargo, se examinan en sus más ínfimos detalles sus significados y se sacan inferencias sobre su génesis apoyándose en una especie de psicología especulativa que justifica el paso del presente al pasado a través de la hipótesis de una dependencia de la

vida intelectual y afectiva de los individuos con respecto al lugar que ocupan en la historia de las mentes.

En tercer lugar, también se puede practicar la historia como una ciencia social. Se estudian entonces preferentemente los vestigios que presentan caracteres repetitivos y que por este motivo se prestan a un tratamiento estadístico que permite revelar continuidades, rupturas y regularidades ocultas, así como relaciones entre determinadas variables. En ese caso no se hallan en el centro de interés ni las instituciones ni los individuos creadores, sino conjuntos, grupos, poblaciones. Y las inferencias del presente al pasado se sacan a partir de datos cuantificables, al menos en principio, apoyándose en teorías que se refieren, cada una de ellas, a un ámbito particular —la economía, la demografía, el hábitat, las relaciones de dominación—, y que supuestamente revelan los mecanismos de su evolución.

Por último, también se puede practicar la historia como una ciencia natural, aplicando las técnicas elaboradas por la física, la biología molecular, la hematología, la genética, a los vestigios que ha dejado el ser humano: sus producciones de todo tipo tomadas en su materialidad o los efectos de sus actividades sobre su cuerpo, la fauna, la flora, el clima. Los resultados de las observaciones o de las experimentaciones sobre estos vestigios permiten sacar inferencias sobre el pasado apoyándose en teorías científicas que supuestamente justifican las dataciones atribuidas a los objetos estudiados o las reconstrucciones de los entornos naturales o culturales en las que se han producido.

Todas estas maneras de practicar la investigación histórica son otras tantas modalidades del conocimiento del pasado a través de las fuentes. No por ello son menos diferentes unas de otras, hasta el punto de plantear problemas difíciles cuando se trata de hacer compatibles sus resultados. Éstos, en cada caso, se integran en otro marco conceptual que supuestamente los hace inteligibles, y no disponemos de una teoría general de la historia reconocida por todos los historiadores y que habría permitido su síntesis. A este respecto intervienen con mayor peso en el trabajo del historiador los presupuestos religiosos, ideológicos, filosóficos e incluso estéticos que, desde luego, también orientan su investigación, la mayoría de las veces sin que él lo sepa, en la medida en que lo inducen a preferir un determinado objeto, período o país, pero que no desempeñan con respecto a esta investigación más que un papel regulador; de no ser así, la investigación no lo sería más que de nombre. Sin embargo, cuando se trata de la síntesis de los resultados en una historia que in-

tenta reunir las aportaciones de diferentes modalidades del conocimiento mediato, los presupuestos religiosos, ideológicos, filosóficos y estéticos desempeñan un papel constitutivo y es poco probable que esto llegue a cambiar.

La escritura de la historia depende en primer lugar, en gran parte, de las operaciones conflictivas subyacentes de las que esta historia es fruto. Un resumen de las observaciones y las experimentaciones, aunque su objeto sea una obra de arte, se parecerá mucho más a un trabajo perteneciente a las ciencias naturales que a una biografía escrita por un historiador, adepto de la hermenéutica, o a una monografía concebida en el marco de la historia como ciencia moral. Salta a la vista la diferencia entre un texto literario y otro lleno de columnas de cifras, gráficos, histogramas, símbolos químicos o físicos o ecuaciones. Sin embargo, ambos tienen pleno derecho de pertenecer a la historia. Pero la escritura de la historia depende también del aparato conceptual que debe explicar o hacer comprender los hechos —en definitiva, hacerlos inteligibles— y, a través de ello, depende de los presupuestos religiosos, ideológicos, filosóficos o estéticos del historiador. Por ello no hay una escritura de la historia en singular. Hay varias, y muy distintas unas de otras.

La unidad intrínseca de la historia

Ya se entienda como conocimiento, interpretación, escritura, institución o también como conjunto de todos aquellos que la practican y a los que se reconoce como tales, la historia sólo se declina en plural. Por ello, cualquier objetivo que se refiera a la historia tiene que tener en cuenta su irremediable pluralidad, so pena de no aplicarse, en el mejor de los casos, más que a alguna de sus formas, y, en el peor de los casos, de no aplicarse a nada. ¿Pero acaso se pueden enunciar proposiciones válidas para la historia en singular? ¿Existe algo que sea común a todos los tipos de conocimiento, de interpretación y de escritura que acabamos de distinguir y, en caso afirmativo, en qué consiste? ¿Con qué derecho los consideramos modalidades de la historia en lugar de tratar a cada uno de forma independiente? ¿Y por qué, si admitimos que se trata de modalidades diferentes de la historia, ésta es plural? ¿Es ésta en ese sentido una excepción o estamos ante un carácter propio a todas las disciplinas? Son preguntas a las que conviene contestar antes de terminar.

Todas las historias que acabamos de distinguir tienen en común en primer lugar que sitúan en el tiempo los hechos que constatan, interpretan y describen. Tanto si la situamos en un marco cronológico riguroso como si nos limitamos a afirmar que un determinado hecho se ha producido antes que otro y paralelamente a un tercero, siempre establecemos relaciones de coordinación entre los distintos hechos humanos y naturales y, con ello, determinamos su posición en el tiempo. En un tiempo, habría que decir más bien, porque ahora sabemos que los tiempos locales son varios y que difieren unos de otros por sus direcciones, sus velocidades y sus topologías. Pero todos se articulan unos sobre otros y, además, los que se pueden medir encajan unos con otros y, en último término, en un mismo tiempo global, porque los relojes utilizados para medirlos se basan todos ellos en unidades que son, bien fracciones, bien múltiplos, del segundo.

Cualitativamente diferente del tiempo de la evolución biológica, a su vez cualitativamente diferente del tiempo de la evolución del universo, el tiempo de la historia humana no deja de ser por ello un segmento del tiempo universal. En este sentido, cabe decir que es una misma historia la que engloba tanto los millares de años que nos separan de la invención de la escritura como las decenas de millares de años de actividades del *Homo sapiens*, encajadas en los centenares de millares de años de existencia de los homínidos, encajados a su vez en los millones de años de existencia de los antropoides, que se encajan en los miles de millones de años de existencia de los seres vivos, encajados por último en los más de diez mil millones de años de existencia del universo. La historia, en el sentido limitado del término, se superpone, en otras palabras, a la evolución biológica que a su vez se superpone a la evolución del universo. Esta extraordinaria ampliación del tiempo de la historia, al correr pareja con la difuminación de las fronteras entre el período que precede a la invención de la escritura y el que le sucede, entre la historia del ser humano y la historia de la naturaleza, sólo se ha producido a lo largo del siglo xx, de resultas de los avances de la física y la biología. Todavía estamos lejos de haber extraído todas sus consecuencias.

Pero decir que la historia se dedica a situar los hechos que estudia en el tiempo no basta para caracterizarla. Efectivamente, hay que añadir enseguida que cada historiador debe proporcionar pruebas de sus afirmaciones referentes a lo que según él son los hechos, debe demostrar a sus lectores que son precisamente hechos y no ficciones, fruto de actos del conocimiento y no de impulsos de la imaginación. Un discurso que pretende alcanzar el rango de historia, pero que es incapaz de aportar pruebas de sus alegaciones, por muy atractivo, estimulante y fructífero para la mente que resulte, pertenece no a la historia sino a

la literatura bajo la etiqueta de novela histórica, drama histórico o relato histórico. Porque la prueba es inherente a la historia desde la propia aparición de ésta. Existe una frontera entre la historia y la ficción en la actualidad frecuentemente refutada, sin que ello tenga una incidencia sobre la práctica de los historiadores. Porque la obligación de aportar pruebas define por así decirlo la naturaleza misma de su oficio. Un escritor puede decirlo todo, con la única condición de que sepa decirlo. Un historiador, desde su condición de historiador, sólo puede afirmar aquello que puede demostrar.

Si la exigencia de aportar pruebas separa la historia de la ficción, la naturaleza de las pruebas a las que recurre la separa de la memoria. Porque las pruebas que la historia reconoce hoy como válidas son referencias a vestigios del pasado, atribuidos y fechados, y que por ello se han convertido en fuentes a través de las cuales se puede estudiar a quienes las han producido y eventualmente también a quienes las han utilizado a lo largo del tiempo. Las pruebas reconocidas por la memoria son, por su parte, totalmente diferentes. «Estuve allí y lo vi con mis propios ojos» es un argumento irrefutable. O también «me lo ha dicho, lo conozco y le creo». Mientras la historia no era más que memoria puesta por escrito, le bastaban las pruebas de este tipo. A partir del siglo XV, pasó a ser una disciplina del saber en oposición a la memoria que fue desarrollando medios cada vez más sofisticados para conocer los hechos de los que no sólo el historiador que los aborda no puede acordarse porque son muy anteriores a su nacimiento, sino de los que nadie ha conservado nunca la memoria porque nadie los percibió cuando se produjeron.

De todo lo que acabamos que decir, cabe extraer varias consecuencias referentes a la propia escritura de la historia. La primera es evidente: no se puede hablar en singular. Existen varias escrituras de la historia, tan diferentes unas de otras que sería muy difícil encontrarles alguna unidad estilística o narrativa. Sin embargo, existe un criterio que todas deben satisfacer so pena de que no se les reconozca la cualidad de escritura de la historia. Deben comportar marcas de historicidad: giros verbales o signos gráficos o icónicos que remitan a las pruebas de las afirmaciones enunciadas en el texto y que deben permitir que los lectores accedan a ellas. Utilizo intencionadamente una fórmula imprecisa, porque existen varios tipos de marcas de historicidad: nombres de personas, topónimos, fechas de los acontecimientos, referencias de notas y notas a pie de página o al final del texto, comillas que aíslan la cita de una fuente escrita y a la que sigue la indicación de la identidad de ésta y, en su caso, de su localización, anexos que reproducen textos o documentos, fotografías, mapas, planos, cortes estratigráficos, resultados de mediciones... Pero también existen marcas de historicidad inherentes a la lengua: el historiador necesita una retórica particular.

Cualesquiera que éstas sean, las marcas de historicidad deben abrirle al lector la vía que, si lo desea, le sacará de la obra histórica que está leyendo y lo conducirá hacia las pruebas últimas de las afirmaciones que contiene: textos, imágenes u objetos exteriores a la propia obra por hallarse en bibliotecas, archivos, museos, laboratorios, excavaciones. En otras palabras, deben utilizar libros que efectivamente figuran en bibliotecas y citar extractos que se pueden encontrar en las páginas indicadas, precisar los registros de archivo a los que corresponden efectivamente los informes, describir paisajes que pueden visitarse en un determinado lugar, objetos que se pueden ver en un determinado museo, etc. Por supuesto, y eso le ocurre a cualquiera, se puede dar el caso de que nos equivoquemos en las notas, citemos de memoria o confundamos las referencias. Pero si un autor describe acontecimientos o personas de los que es el único que ha oído hablar, si remite sistemáticamente a publicaciones que no se encuentran en ningún lugar, a archivos que no están en ningún depósito, a objetos que no conserva ningún museo, ya no estamos en el ámbito de la historia. Estamos en el ámbito de la ficción, que debemos juzgar según sus propios criterios.

Las prácticas de la historia de las que se ha tratado de poner de manifiesto su irremediable heterogeneidad epistemológica, filosófica, estética y literaria se desarrollan en un marco limitado, por un lado, por la ficción, y, por otro, por la memoria. Heterogeneidad de la que afirmaremos, sin ofrecer pruebas de ello por falta de espacio, que es fruto de una sedimentación y que ha dejado a lo largo de los siglos estratos superpuestos, cada uno de los cuales procede de otra época. Heterogeneidad que, en otras palabras, no es sino una manifestación de la historicidad de la historia. Porque la historia es en sí misma histórica, como cualquier otra disciplina, incluidas las matemáticas. Es éste el último carácter suyo que es importante subrayar.

Fuentes

Los ensayos reunidos en este volumen se incluyeron por primera vez en las publicaciones que se citan a continuación. Agradezco a sus directores que hayan accedido a autorizarme para que formen parte de este libro.

«Histoire et fiction», *Le Débat*, núm. 54, 1989, págs. 114-137 (versión resumida), y *Rivista di storia della storiografia moderna*, núm. 3, 1993, págs. 425-466.
«Le passé: de la foi à la connaissance», *Le Débat*, núm. 24, 1983, págs. 151-168.
«L'histoire de la science et l'histoire de l'histoire», *Annales E.S.C.*, núm. 5, 1975, págs. 935-952.
«De la comparaison dans l'histoire», *Revue européenne des sciences sociales*, núm. 72, 1986, págs. 93-103.
«Histoire culturelle, histoire des sémiophores», en J.-P. Rioux y J.-F. Sirinelli (dirs.), *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1996, págs. 73-100.
«La crise de l'avenir», *Le Débat*, núm. 7, 1980, págs. 5-17.
«De l'histoire, partie de la mémoire, à la mémoire, objet d'histoire», *Revue de métaphysique et de morale*, núm. 1, 1998, págs. 63-110.
«L'histoire au XX^e^ siècle: de la science morale à l'ordinateur», *Diogène*, núm. 185, 1999, págs. 41-60 (versión resumida).
«L'irréductible pluralité de l'histoire», *Le Débat*, núm. 104, 1999, págs. 171-178.

La historia, decía Voltaire, «es el relato de los hechos que se consideran ciertos, mientras que la fábula es el relato de los hechos que se consideran falsos». Para Voltaire, la historia era ante todo un género literario. Hoy en día es ante todo una disciplina erudita. Pero hoy, al igual que ayer, distingue los hechos de las fabulaciones y afirma que comprueba los primeros y deja a los artistas la tarea de elaborar las segundas.

Los nueve ensayos reunidos en este volumen y seleccionados entre un conjunto mucho más amplio jalonan veinticinco años de reflexión sobre la historia. Abordan las diferentes cuestiones que se plantean a propósito de la misma, una de las cuales atraviesa esta recopilación de punta a punta: la del saber referente al pasado y a los medios que permiten alcanzarlo y, en particular, la del conocimiento mediato. Ponen así de manifiesto los cambios que dichas cuestiones han experimentado a lo largo de las últimas décadas y, especialmente, el lugar que ha ocupado progresivamente la que se refiere a las relaciones de la historia con la memoria. De paso ofrecen una visión conjunta de las grandes orientaciones de la investigación histórica del siglo XX.

ISBN 978-84-376-2398-6



0171083